MARIAH EVANS
El grimorio perdido
SERIE ESPAÑA III

MARIAH EVANS

El grimorio perdido

SERIE ESPAÑA III

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor.

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Título original: El grimorio perdido. Serie España III.
©Mariah Evans, marzo 2023.
Diseño de portada y maquetación: Marien F. Sabariego (ADYMA Design).

Esta novela está dedicada con todo mi cariño a Arancha Eseverri. Muchas gracias por apoyarme siempre y por escucharme. Espero que nuestra amistad dure mucho tiempo y un día podamos vernos para darnos un gran abrazo.

María.

Hay algo que quiero explicar y que debéis conocer antes de comenzar con la lectura.

En cuanto a los demonios, rituales para conjurar y sellos están extraídos del libro "*La llave de Salomón*", "*Clave de Salomón*", etc., aunque advierto que he modificado algunos sellos y conjuros de demonios durante esta serie, no vaya a ser que acabéis conjurando a alguno… :)

Los hechos históricos de leyendas y todo lo referente a sectas y organizaciones secretas actuales son reales.

¡Allá vamos! Espero que estas novelas os hagan pasar un buen rato y, ante todo, muchas gracias por apoyarme siempre.

Mariah.

Índice

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
Agradecimientos

1

Aquello iba de mal en peor.

Pocas horas antes, tras días de incansable búsqueda, la botella en la que moraba Astaroth había sido abierta.

Meses antes de que esto ocurriese, la división se había visto desbordada por una sucesión de posesiones acontecidas en Lugo, concretamente en Monforte de Lemos. Habían acudido a decenas de ellas, siempre en compañía de un sacerdote llamado Santiago y de su ayudante, una monja llamada Anael.

Todas las posesiones eran de tipo violento y todas coincidían en un aspecto: los poseídos repetían incesantemente *"Las puertas del infierno se abrirán"*.

Poco después habían comprendido el significado de aquellas enigmáticas palabras pronunciadas por los demonios encarnados cuando, gracias al aprendizaje de la magia negra, habían podido conjurar a un demonio llamado Cheitán, el cual había despejado sus dudas.

Abrir las puertas del infierno no era tarea fácil, al contrario, solo alguien muy poderoso podía hacerlo: Astaroth, un serafín del trono de Dios que había caído en desgracia tras pasar un tiempo en nuestro mundo, convirtiéndose en uno de los ángeles caídos con más poder. Nadie lo igualaba. Como anterior serafín de Dios estaba en lo alto de la jerarquía angelical, con un poder inigualable. Tras la caída de los ángeles había sido relevado al infierno, consagrándose como el príncipe de este. Él era el único con suficiente poder y fuerza como para acabar con otros ángeles y abrir las puertas del infierno.

El rey Salomón, gracias a la intervención del arcángel Miguel, había sido dotado del conocimiento suficiente como para encerrar a los demonios que hostigaban al mundo, entre ellos Astaroth. Así pues, durante su reinado, Salomón se encargó de encerrar a setenta y dos

demonios en botellas de bronce, brindando al mundo un poco de paz.

Astaroth había permanecido oculto en la botella durante milenios hasta que la secta Thelema, una organización secreta de ocultismo y adoradores de Satanás, había decidido que este era el momento ideal para abrirla.

Lo habían intentado todo para impedirlo hasta el último momento, pero Farid, el hechicero supremo de la orden secreta Thelema, controlaba con intachable destreza la magia negra y las artes ocultas. No había sido nada fácil luchar contra él, ni siquiera para la división.

Así era como, finalmente, la botella había sido abierta y Astaroth, la amenaza más grande que el mundo había conocido hasta ahora, había sido liberado para llevar a cabo su cometido: abrir las puertas del infierno.

Lo único que le había dado algo de paz y esperanza a Daniel eran las palabras que su amigo Miguel había pronunciado hacía pocos minutos.

Elena, la novia de Miguel, había sufrido un pasado tormentoso a manos de un hombre que la maltrataba. Por suerte, una amiga que trabajaba en la notaría con ella se había dado cuenta del maltrato que sufría y la había ayudado a escapar ofreciéndole una vivienda allí, en Barxa, el pueblecito donde ellos vivían, vivienda que se encontraba justo al lado de la de ellos.

Su sorpresa había sido mayúscula cuando la amiga que la había ayudado y a la que esperaba resultó ser Anael. Todos se habían quedado sorprendidos al descubrir aquello. ¿Se conocían? ¿Anael era la que había ayudado a Elena llevándola hasta allí?

Aún permanecía incrédulo ante las palabras que Miguel, su amigo y novio de Elena, había pronunciado, pues se había acercado a él para preguntarle si era conocedor de que ambas eran amigas y lo había visto con lágrimas en los ojos.

—Eh, ¿qué pasa aquí? —preguntó Daniel situándose a su lado—. ¿Se conocen? —Miguel no pudo responder, pues los sentimientos lo embargaban, así que Daniel se giró hacia él y lo observó. Le sorprendió ver que sus ojos estaban llorosos—. ¿Estás bien? —preguntó preocupado.

Miguel inspiró con fuerza y asintió.

—Sé… sé quién es Anael.

—Ah, ¿sí? —preguntó Daniel rápidamente, intrigado—. ¿Te lo ha dicho ella?

—Más o menos —sonrió incrédulo. Miró a su amigo y sonrió conteniendo las lágrimas—. Es un ángel.

Aquellas palabras se repetían en la mente de Daniel una y otra vez. Anael es un ángel. Ahora, muchas de las cosas que habían ocurrido o que ella había pronunciado cobraban sentido, sobre todo cuando en la última posesión a la que habían asistido, la de la novia de su jefe de

división, Nerea, Anael había sido la única que había podido combatir y expulsar al demonio. Aún recordaba aquella intensa luz tras la puerta cerrada de la habitación, el temblor de toda la casa…

—¿Un… ángel? —preguntó Daniel sin dar crédito.

Miguel asintió.

—Anael fue quien trajo a Elena hasta aquí. Ella necesitaba ayuda, nosotros también para dar con la botella… ella nos ha facilitado el camino todo lo que ha podido y la ha protegido —susurró.

Daniel tragó saliva sin poder decir nada más, asombrado, mientras veía a las dos muchachas a través de la ventana dirigirse al jardín.

—Ahora ya lo sabéis —susurró el padre Santiago al lado de ellos.

Los dos se giraron de golpe hacia él, pues ni siquiera lo habían escuchado acercarse. Ambos lo escudriñaron.

—¿Lo sabía? —preguntó Daniel.

Santiago observó también a Anael a través de la ventana.

—Desde el momento en que apareció en mi parroquia diciendo que venía a ayudarme —pronunció—, que tiempos oscuros se aproximaban, pero que ella estaría ahí para darnos su protección. —Ambos tragaron saliva. Santiago colocó una mano en el hombro de cada uno y dio una palmadita—. Ahora ya sabéis en qué bando estamos y por lo que luchamos, pero, sobre todo: junto a quién.

En ese momento, pudieron ver cómo Anael se giraba hacia ellos y les sonría.

Sí, no había lugar a dudas, aquella sonrisa, su mirada… solo podían ser exhibidas por un ser tan especial como un ángel.

Aquella revelación era lo único que, en aquellos momentos, no le hacía perder la cabeza.

Habían fracasado en su misión, no habían podido evitar que Astaroth fuese liberado, pero saber que contaban con Anael le daba cierta paz interior. Aún había esperanza.

Seguramente, si hubiese sabido que se trataba de un ángel, no le habría dicho según qué cosas ni se habría paseado sin camiseta por delante de ella como si nada.

Se pasó la mano por los ojos azules y resopló.

—¿Qué pasa? —le preguntó Miguel que iba tras él, dirigiéndose ambos a la oficina para realizar una reunión.

Tras informar a Anael de lo ocurrido la noche anterior, así como de la liberación de Astaroth, ella les había dicho que se verían al día siguiente para elaborar un plan. Lo bueno era que, de sus compañeros, solo ellos dos sabían quién era realmente Anael, y lo cierto era que se moría por ver las caras de asombro de todos cuando se enterasen.

Daniel abrió la puerta de la oficina y entró junto a Miguel. El resto de la división había subido a la segunda planta donde contaban con una lujosa oficina desde donde trabajaban y ahora esperaban la

llegada de Anael y Santiago para hablar sobre lo ocurrido el día anterior.

—¿Sabías que se conocían? —preguntó Aitor directamente a Miguel.

Miguel empujó a Daniel para que entrase rápidamente en la oficina y cerró la puerta. Todos miraron asombrados la reacción de Miguel, pues parecía bastante nervioso.

Dio unos pasos hacia delante sin dar crédito aún a lo descubierto y miró directamente a su jefe.

—Sé quién es Anael —le susurró.

Todos lo miraron intrigados. Aquella muchacha se había convertido en una gran amiga para ellos, pero era muy reservada con sus secretos. De hecho, innumerables veces le habían preguntado cómo era posible que tuviese tantos conocimientos y poder. Habían barajado la idea de que fuese una bruja, una vidente, una hechicera…

—¿Quién es? —preguntó Aitor con la misma expectación que el resto.

—Es un… —comenzó Miguel.

—¡Un ángel! —acabó Daniel alzando los brazos hacia arriba.

Miguel se giró hacia él y resopló, estaba claro que deseaba ser él quien lo dijese.

Todos pusieron su espalda recta al escuchar aquello.

—¿Un… un ángel? —preguntó Marcos asombrado.

—Sí, tío —dijo Daniel—. Alucina. —Ladeó su cabeza y chasqueó la lengua—. Y nosotros pensando que era una bruja, ¿eh? —ironizó.

—Pero… ¿te lo ha dicho ella? —preguntó Víctor con ansiedad.

Miguel resopló y se giró hacia sus compañeros para seguir con la explicación.

—No, no me lo ha dicho personalmente. Ha sido Elena quien me ha dado la pista… —comentó pensativo—. E, igualmente, poco después Santiago nos lo ha corroborado —señaló también a Daniel.

—Entonces, ¿Santiago sabe que es un ángel? —preguntó de nuevo Aitor que parecía bastante nervioso.

—Pues claro que lo sabe —contestó Miguel—, ¿cómo no iba a saberlo? Siempre está con ella.

—El padre Santiago nos ha explicado que se apareció en su iglesia y dijo que venía a ayudarlo —continuó Daniel la explicación—, que tiempos oscuros se aproximaban, pero que ella estaría ahí para darnos su protección.

Todos apretaron los labios asombrados. Aquello era más de lo que habían imaginado.

Habían tratado con demonios durante aquellos últimos meses y no habían sabido ver que tenían a un ángel a su lado protegiéndolos y ayudándolos en todo momento.

Aitor dio un paso atrás y se pasó la mano por la cara, conmocionado.

—Vaya —susurró. Tragó saliva—. No sé… cómo tomarme esto… mmm… —los miró a todos—. Supongo que deberíamos darle las gracias por ayudarnos y por estar aquí —acabó diciendo, aunque chasqueó la lengua al recordar las veces que le había insistido esperando una explicación por su parte, cómo la había cuestionado y cómo había dudado de ella en más de una ocasión. Resopló y se pasó la mano sobre el cabello, despeinándose.

Daniel dio unos pasos hacia delante, abriendo los brazos hacia el resto de sus compañeros con una gran sonrisa en sus labios.

—Y… ¿sabéis qué es lo mejor? —preguntó retóricamente, pues dio la contestación de inmediato—. Lo que ha dicho luego Santiago: "Ahora ya sabéis en qué bando estamos y por lo que luchamos —pronunció imitando la voz ronca del sacerdote, con solemnidad—, pero, sobre todo: junto a quién". —Alzó más los brazos, escenificando— ¿No os parece increíble? ¡Tenemos a un ángel junto a nosotros! —los miró divertido—. A mí me tranquiliza bastante, la verdad.

Todos se quedaron pensativos ante aquellas palabras. Lo cierto era que sí les tranquilizaba saber que Anael era un ángel, en parte les hacía recuperar la esperanza que habían perdido la noche anterior.

Todos se pusieron firmes y miraron sin pestañear cuando Santiago abrió la puerta de la oficina y entró junto a Anael, ambos muy sonrientes, intercambiando palabras entre ellos como si fuese lo más normal del mundo hablar con un ángel.

Santiago y Anael se detuvieron en medio de la sala y los miraron extrañados. Todas las miradas se concentraban en Anael que los miraba enarcando una ceja, como si no comprendiese a qué venía aquella inspección por parte de todos ellos. Luego sonrió y miró a Miguel.

—Ya lo has dicho, ¿verdad? —preguntó ella sonriente mientras iba hacia la mesa. Miguel chasqueó la lengua y la miró con cara de circunstancias, como si hubiese hecho algo malo—. No pasa nada —comentó divertida con un sonrisa tranquilizadora y cargada de cariño. Los miró a todos y se encogió de hombros—. Bueno, ahora ya lo sabéis —pronunció como si no tuviese importancia—. Vamos a hablar sobre lo que ocurrió ayer y cómo detener a…

Se quedó callada cuando Miguel, sin previo aviso, avanzó hacia ella y le dio un tierno abrazo, cerrando los ojos.

Anael se quedó callada, pero sonrió mientras correspondía a su abrazo con ternura.

Miguel se puso erguido y la miró a los ojos. Se le notaba emocionado.

—Gracias por cuidar de Elena durante todo este tiempo —pronunció

conteniendo la emoción.

Ella ladeó su rostro con una sonrisa y cogió sus manos.

—Elena es una buena amiga. No se merecía pasar por lo que estaba pasando.

—Ella… —Miguel tragó saliva—, ¿sabe quién eres?

—No. Creo que de momento ya ha tenido suficientes emociones. Cuando se tranquilice se lo diré. —Soltó sus manos y acarició sus hombros—. Desde el momento en que te vi supe que tú eras el indicado para cuidar de ella.

Miguel apretó los labios y asintió.

—Gracias.

Ella volvió a asentir mientras Miguel se separaba, cohibido por la muestra de cariño que había tenido con ella delante de sus compañeros, pero ya no le importaba. Era tal el agradecimiento que sentía que no podía expresarlo con palabras, por eso mismo se había echado a sus brazos.

—Bien, vayamos a lo importante… —comentó ella—. Astaroth…

—No, no… espera —interrumpió Daniel visiblemente excitado por lo que habían descubierto minutos antes. Anael se calló y lo miró con calma—, eres… eres un ángel, ¿no? —Ella rio y asintió—. Y… por curiosidad… y perdona si me extralimito con la pregunta, pero ¿no tienes alas?

En un acto reflejo toda la división ladeó su cabeza como si esperase ver a la espalda de Anael unas enormes alas blancas.

—Claro que las tengo…—contestó ella divertida—, pero me las reservo para ocasiones especiales —bromeó.

—Vaaaya —susurró Daniel—, ¡qué pasada!

—Bien, ¿podemos hablar de lo que es verdaderamente importante? —acabó con un tono de súplica.

—Sí, sí, perdona —continuó Daniel—, es que… bueno, no todos los días se conoce a un ángel —acabó mirando a sus compañeros de reojo.

Anael los miró a todos con una sonrisa y suspiró.

—Sigo siendo la misma de siempre —acabó diciendo.

—Ya, pero… —pronunció Aitor un poco cohibido por la situación. Tragó saliva y luego chasqueó la lengua—. Disculpa por la de veces que te insistí y…

—Oh, vaaamos —rio ella moviendo su mano como si espantase una mosca—, me he divertido mucho escuchando vuestras conjeturas. ¿Cómo podíais pensar que era una bruja? ¿O una hechicera? —rio ella —. Andabais muy perdidos. Era encantador —y acabó haciendo un gesto gracioso.

—Y el padre Santiago, qué bien calladito se lo tenía, ¿eh? —interrumpió Víctor mirando a Santiago, el cual se encogió de hombros.

Anael lo miró divertida y volvió la vista hacia todos.

—Bueno, atenderé todas vuestras dudas a medida que os vayan surgiendo, pero ahora hay un tema más importante que debemos resolver —acabó diciendo.

Aitor asintió.

—Está bien, ¿cómo acabamos con Astaroth? —preguntó ya más serio.

Anael negó.

—Es imposible —reconoció ella—. Lo único que podemos hacer es encerrarlo tal y como hizo el rey Salomón. Ninguno de vosotros, ni tan siquiera nosotros los ángeles —se señaló a sí misma—, tiene suficiente poder como para acabar con él. ¿Recordáis cuando os expliqué la jerarquía angelical? —les preguntó. Todos asintieron—. Él era un serafín del trono de Dios, su poder es prácticamente divino. No estamos hablando de un arcángel o un ángel normal y corriente. Él era el más poderoso de todos.

Daniel carraspeó.

—Perdona, pero… ¿y tú? —preguntó con curiosidad.

—Yo, ¿qué? —preguntó sonriente.

—¿En qué rango estás? —preguntó un poco más despacio.

Ella se encogió de hombros.

—Soy un arcángel —miró a Miguel—, muchos me conocen como el ángel del amor —le guiñó un ojo a Miguel, el cual sonrió divertido. Miró de nuevo a Daniel—. Y antes de que me lo preguntes… porque sé que lo harás… un arcángel está por encima de los ángeles rasos. Nos encargamos sobre todo de proteger a la humanidad y de resolver sus problemas. A nosotros se nos encomiendan misiones, como por ejemplo a mí, que se me encomendó venir aquí.

Daniel tragó saliva de nuevo y se aventuró a preguntar.

—¿Quién… quién te lo encomendó? —preguntó.

Todos miraron expectantes a Anael. Parecía que todos querían formular esa pregunta, pero ninguno se atrevía a hacerlo.

—¿Tú quién crees, Daniel? —preguntó de una forma enigmática. Daniel carraspeó y tragó saliva, nervioso por la respuesta que ya intuía —. Mi padre me lo ordenó —contestó al final.

Aitor miró de reojo a sus compañeros.

—Supongo que… que te refieres a… a Dios, ¿no? —Anael asintió sin problema—. Él… ¿está enterado de lo que está ocurriendo?

—Nosotros le informamos de todo lo que acontece en la Tierra, y sí, está al tanto.

—Y… ¿va a intervenir? —preguntó Aitor casi en un susurró.

—¿Papá? —preguntó ella divertida—. Oh, no, no… él siempre se ha mantenido al margen —respondió como si nada, sin darle importancia —, en eso consiste el libre albedrío, ¿no?

—Entiendo —comentó Aitor.

—Os hizo libres. Libres para aprender, libres para amar, libres para luchar vuestras propias batallas… —comentó ella—. Libres para decidir vuestro futuro. —Ladeó su cabeza—. Pero eso no quita que os envíe alguna ayudita —se señaló a sí misma con cierta gracia.

—Y no sabes lo agradecidos que estamos por ello —continuó Miguel—. Después de lo de ayer todos tenemos la moral por los suelos. Fracasamos. Estrepitosamente…

—Aún podemos ponerle remedio…

—¿Cómo? —preguntó Aitor.

Ella asintió y se apoyó contra la mesa al lado de Santiago.

—Como os he explicado la única forma de detener a Astaroth es encerrarlo de nuevo en una botella, igual que hizo el rey Salomón.

—Entonces, ¿sugieres que hagamos un conjuro como el que hicimos con Cheitán? —preguntó Daniel.

Ella negó.

—No, no estamos hablando de un demonio normal, sino de un ángel caído, el ritual es diferente, se necesita mucho más poder. De hecho, el rey Salomón necesitó unos salmos especiales y la ayuda de un objeto mágico: el anillo del rey Salomón, que fue forjado especialmente para encerrar a Astaroth. Es decir, necesitamos los salmos reales y el anillo.

—Está bien —intervino Marcos y se dirigió hacia la estantería para coger uno de los blocs donde tenían fotocopiado todo el libro: *Las llaves de Rey Salomón*.

—Ahí no lo encontrarás —comentó Anael mientras Marcos hojeaba el libro. Al momento, este alzó el dedo y señaló una página.

—Sello 29, Astaroth —comentó Marcos señalándole el sello.

—Pero no explica cómo usar el anillo, ni el conjuro que debe realizarse sobre este para tener mayor poder —continuó—. Como os expliqué, ese no es el verdadero libro de Salomón, es solo una copia de una copia de una copia. Sirve para conjuros e invocaciones sencillas, pero no para sellar a un ángel caído en el interior de una botella. —Anael dio un paso hacia delante—. Las primeras referencias conocidas al libro son del siglo 17, aunque muchos lo datan del siglo 16 y de la baja Edad Media. Lo usaban en brujería y espiritismo. En la actualidad, existen numerosas versiones modernas como la que tenéis vosotros, pero eso no implica que la copia sea fidedigna, al menos en la parte que nos interesa a nosotros. Lo que tenéis sirve para conjurar demonios, no para encerrar a ángeles caídos.

—¿Entonces? —preguntó Daniel bastante perdido.

—Se dice que la versión original, es decir, el verdadero libro que escribió el rey Salomón, se encuentra en los archivos secretos del Vaticano, custodiado bajo llave por el peligro que entrañaría su mera exposición al público —explicó ella.

—Necesitamos ese libro para volver a encerrarlo —intervino Víctor.

Anael asintió.

—Pero… hay un problema…

—Cómo no —ironizó Daniel.

—Los demonios también lo necesitan —todos la miraron con curiosidad—. El hecho de que sea un libro que está bajo llave —repitió—, no es porque sí. Este libro documenta desde conjuros, rituales… tal y como habéis visto, hasta el conjuro necesario para abrir las mismas puertas del infierno.

—Joder —susurró Miguel.

—Espera, espera… —la cortó Daniel intentando ordenar las ideas—, por lo que nos explicaste la otra vez, este libro se lo narró el arcángel Miguel al rey Salomón, ¿no es cierto? —Anael asintió—. Pues digo yo que… el arcángel Miguel podría decirte a ti cuál es el conjuro para encerrar a Astaroth en la botella sin necesidad de buscar el libro, así iríamos más rápido.

Anael negó.

—No podemos. Para encerrar a Astaroth se requiere, aparte de unos salmos específicos, el anillo del rey Salomón… y ese anillo obra en poder de los demonios.

—¿Qué? —intervino Aitor con los ojos muy abiertos.

Anael inspiró lentamente.

—En los tiempos de Salomón, un amigo de este fue acosado por un demonio llamado Ornias —relató—, estaba succionando su vitalidad.

—¿Una posesión? —preguntó Daniel.

Anael asintió.

—El rey Salomón se dirigió rápidamente al domicilio de su amigo junto al anillo y lo estampó con el sello, poniendo al demonio Ornias bajo su control. Una vez liberado a su amigo, ordenó al demonio que fuese con el anillo al infierno a estampar a todos los demonios…

—¿Hizo eso? —preguntó Aitor sorprendido.

—Sí, Salomón ordenó mediante el triángulo de Salomón a aquel demonio que cumpliese sus indicaciones, lo único que Salomón no sabía era que una vez el demonio salía de su sello y volvía al infierno el triángulo ya no tenía fuerza sobre él, la obligación en el infierno ya no existía. El demonio se llevó el anillo de Salomón al infierno y ahí sigue.

Daniel se pasó la mano por la cara, agobiado.

—Pues vaya —comentó a disgusto.

—Así que los demonios ya tienen en su poder uno de los instrumentos de poder para abrir las puertas del infierno, les falta el salmo y este se encuentra en el libro original del rey Salomón. Irán a buscarlo para conseguirlo.

—Exacto —confirmó Anael.

—De acuerdo. Dices que el libro original se encuentra en el

Vaticano, ¿verdad? ¿No habrán ido ya a por él?

Anael chasqueó la lengua.

—No sé a ciencia cierta si el grimorio se encuentra ahí. Dicen que es uno de los artículos más preciados de los archivos secretos del Vaticano y que se encuentra fuertemente custodiado. —Inspiró—. Respecto a lo de que los demonios hayan ido a por él, lo dudo. Si lo tuviesen ya en su poder no tardarían ni un minuto en abrir las puertas del infierno —apuntó ella—. El tiempo en el infierno pasa mucho más lento que en la Tierra, así que no, no lo tienen. Además, no es tan fácil que un demonio entre en el Vaticano y consiga el libro, si es que realmente se encuentra ahí —acabó diciendo mientras se encogía de hombros.

—De acuerdo, pues… al Vaticano, ¿no? —preguntó Miguel dirigiéndose al ordenador.

—Espera, espera… —le interrumpió Anael—, hay algo más. —Los miró a todos, esta vez seriamente—. Os habéis enfrentado a demonios encarnados, incluso habéis conjurado a un legionario, pero eso no es nada comparado con lo que está por venir. Pensad que una vez liberado Astaroth van a ir a por todas, no enviarán a simples legionarios a por el libro, no os vais a enfrentar a los más dóciles, estamos hablando de seres demoníacos con muchísimo poder.

Aitor asintió.

—Y… ¿qué nos propones? —preguntó interesado.

—Si queréis tener una mínima posibilidad, tenéis que dominar todas las artes místicas —aclaró—. Escudos de protección, amuletos, conjuros… debéis aprender a dominar la magia ancestral sin fisuras.

Todos la miraron fijamente.

—Está bien, pues… estudiaremos… —dijo Miguel.

—No es eso, vais a entrar en un combate cuerpo a cuerpo contra demonios. Debéis ir muy bien preparados. —Se puso erguida y los miró a todos—. Yo os entrenaré, os puedo enseñar a combatirlos, a luchar contra ellos y salir vencedores, pero…

—Tú… nos… ¿nos vas a entrenar? —preguntó Daniel boquiabierto.

Anael asintió.

—Si queréis enfrentaros a esto, sí.

—¡Joder! ¡Qué pasada!... —gritó Daniel, aunque luego se moderó—, perdón —dijo hacia Anael—. ¿Entrenados por un ángel? Me apunto —dijo directamente mirando a sus compañeros.

Anael miró al resto que no tardó en asentir con efusividad.

—Vamos a por Astaroth —sentenció Miguel.

—Espera… —volvió a intervenir Daniel—, ¿y el gran maestre de Thelema?

Anael asintió.

—A eso quería llegar yo —apuntó—. El conjuro para abrir las

puertas del infierno debe ser recitado desde el infierno y desde la Tierra a la vez, de esta forma se abre el portal entre los dos mundos. Es posible que ese hechicero sea quien haga el ritual.

—Así que hay que dar con él también —indicó Víctor—. Si detenemos a ese hechicero ganaremos tiempo.

—Sí —confirmó Anael—, aunque no tenemos la certeza de que sea él quien vaya a hacerlo...

—Tiene muchos puntos de que sí sea —acabó la frase Aitor.

Miguel alzó la mano como si pidiese permiso para hablar.

—Dime —le indicó a Miguel.

—Cuando nos enfrentamos a ese hechicero nos lanzó un conjuro o algo… —señaló a Daniel—, nos paralizó, hacía con nosotros lo que quería.

Anael asintió.

—Por eso es muy importante que antes de que os enfrentéis a él o a cualquier demonio estéis preparados. Yo os enseñaré cómo defenderos ante ellos —sentenció.

—De acuerdo, entonces... —intervino Aitor—, tenemos varios frentes abiertos: hay que aprender las artes místicas, encontrar al hechicero y hacernos con el verdadero grimorio de Salomón.

—Yo puedo adelantarme y asegurarme de que el Vaticano tiene en su poder el grimorio. Si es así y se encuentra allí deberíais acudir vosotros a buscarlo y traerlo hasta aquí. Yo no puedo tocar ese grimorio de hechicería negra —explicó ella.

—Perfecto —comentó Aitor—. ¿Cuándo comenzamos el entrenamiento?

—En cuanto obtengáis unos objetos —los miró con una sonrisa enigmática.

Daniel la miró ceñudo.

—¿Nos vas a hacer otra lista de la compra? —preguntó Daniel con tono burlesco.

Daniel chasqueó la lengua y miró a su compañero Miguel.

—Cuarzo blanco, velas blancas, agua bendita, más lino blanco… —miró a su amigo con una ceja enarcada—, ¿querrá hacernos más ropa a la última moda? —bromeó.

—Al menos esta vez no ha pedido sangre de gallo virgen —respondió Miguel mientras conducía—. Santiago me ha dicho que se encargaría de bendecir un par de litros de agua.

El resto de la división se había quedado en casa. Marcos se encargaría de llamar a Paula, la joven que los había conseguido introducir en la orden satánica de Lugo para intentar averiguar algo sobre el hombre que parecía ser el hechicero supremo de la orden Thelema. Mientras, Anael se aseguraría de que el grimorio se

encontraba en el Vaticano. Por suerte, tenía varios contactos allí.

—Siete cadenas de bronce, cuencos de bronce, hilo de oro fino, sal fina, vinagre blanco, pelotas transparentes para rellenar… ¿dónde encontramos pelotas así?

—Nerea ha dicho que puede conseguirlas ella. —Detuvo el vehículo y echó marcha atrás para aparcar en el hueco que había—. Dice que ella tiene en su almacén unas pelotas de plástico duro que quizá sirvan. Luego llevará una a casa para mostrársela a Anael.

Daniel chasqueó la lengua.

—Espero que sirvan porque si no… no sé dónde narices vamos a encontrar eso —comentó mirando la lista. Se giró hacia Miguel mientras apagaba el motor—. ¿Te ha dicho cuando kilos de sal necesita? ¿O litros de vinagre?

Miguel negó.

—Llevaremos un par de kilos y varios litros, si necesita más ya vendremos a comprar, eso es fácil.

—Sí —respondió Daniel mientras abría la puerta y bajaba del todoterreno. Dobló la lista y la guardó en su bolsillo. Miguel se situó a su lado para cruzar la calle y dirigirse ambos al supermercado que había enfrente. Se fijó en la gente que cruzaba la calle, en las parejas cogidas de la mano, en madres y padres con sus hijos paseando—. Si la gente supiese lo que ocurre en realidad… —susurró hacia su amigo.

Miguel miró también a su alrededor y asintió. Sí, se respiraba paz, como si nada hubiese ocurrido el día anterior, como si un serafín de Dios, uno de los más fuertes, no hubiese sido liberado con la misión de abrir las puertas del infierno.

—Es mejor así. La gente enloquecería si lo supiese. —Se detuvieron ante el supermercado—. Aquí podremos encontrar la sal y el vinagre. —Señaló más adelante en la calle—. Y al final de esta calle está la tienda de telas.

Daniel asintió y ambos entraron en el supermercado.

Normalmente, cada diez o quince días llenaban la despensa de su casa para no tener que estar bajando a Monforte de Lemos cada dos por tres. Cuanto menos contacto tuviesen con la población mejor. No solo porque sus identidades eran secretas, sino porque las personas que se relacionasen con ellos podían correr más peligro de la cuenta.

Entraron al supermercado, cogieron un carro y avanzaron con él.

Se internaron entre la sección de verduras buscando los ingredientes que Anael les había pedido.

Daniel avanzó unos pasos por delante hasta llegar al final y cogió una botella de vinagre blanco.

—¿Cuántas botellas? —preguntó.

Miguel se encogió de hombros situándose a su lado.

—No sé… mmm… ¿cinco?

Daniel hizo un gesto con la cabeza de no estar muy seguro.

—Cojamos seis por si acaso, nunca se sabe —dijo metiendo en el carrito las botellas.

—¿Para qué me preguntas entonces?

—No sé… ¿por cortesía? —ironizó Daniel.

Ambos se giraron cuando escucharon un leve gemido femenino a su espalda.

Miraron a la mujer que los observaba fijamente, sin pestañear. Tanto Miguel como Daniel sonrieron al reconocerla.

—Rosa, ¿qué tal? —preguntó Daniel dando un paso hacia ella, pero la mujer retrocedió de inmediato con los labios apretados.

Rosa, una meiga que se dedicaba a echar las cartas del tarot y a hacer pequeños conjuros de amor. La habían conocido durante las fiestas del pueblo de Monforte de Lemos en el mes de agosto. Miguel se había infiltrado en su caseta como un cliente para que le echase las cartas del tarot y ver si realmente Rosa se trataba de una meiga. En el caso de que lo fuese y dependiendo de los poderes que tuviese la clasificaban en diferentes niveles que iban desde el uno hasta el cuatro. Rosa había resultado ser una meiga de nivel uno, si llegaba, pues a duras penas había acertado las cartas del tarot a Miguel.

—Eh, Rosa… —dijo Miguel avanzando también, aunque la mujer no parecía estar muy feliz de verlos. No era de extrañar, todos la habían amenazado con que la vigilarían para que no intensificase sus poderes. Aun así, Miguel avanzó hasta ella sin importarle el rostro de asombro de la mujer—, ¿qué tal? Hacía tiempo que no te veíamos por Monforte.

Rosa titubeó un poco sin saber qué decir.

—Eh, llevo un par de semanas acordándome de ti —dijo Miguel con una sonrisa—. ¿Te acuerdas cuando me tiraste las cartas? —Rosa negó, como si no quisiese recordar ese momento. Miguel se situó a su lado y pasó un brazo por sus hombros, estrechándola contra él—. Me dijiste que encontraría el amor… —dijo con una sonrisa. Daniel ladeó su cabeza al escucharle decir aquello y puso los ojos en blanco—, pues eh… que lo he encontrado.

Daniel se acercó y resopló.

—Me… me alegro mucho, de verdad… —balbuceó ella.

—Quizá te infravaloramos… —comentó Miguel sin soltarla, aunque esta vez se quedó pensativo—, dime… ¿sigues ejerciendo? —preguntó en un tono más serio.

Rosa tragó saliva y salió de debajo de su brazo.

—Poco —dijo no muy convencida—, alguna tirada del tarot, alguna lectura del poso del café… —miró a su alrededor como si estuviese francamente nerviosa.

—Eh —rio Daniel—, no te preocupes… —se acercó también a ella

—, no estamos de cacería —le guiñó un ojo intentando que la mujer se calmase, aunque por lo visto no lo consiguió.

Rosa retrocedió arrastrando su carrito y los miró de la cabeza a los pies.

—¡Deixa de seguirme! —exclamó la mujer en gallego.

Ambos dieron un paso atrás ante aquel grito que llamó la atención de varias de las personas de su alrededor.

—¿Por qué estás berrando? —le gritó también Daniel en gallego.

—¿Berrando? —rio divertido Miguel al escuchar a su compañero hablar en gallego—. Menuda palabreja.

—¡Déixame! —acabó la mujer haciendo rodar su carrito y saliendo disparada, casi derrapando.

Miguel y Daniel enarcaron una ceja, sobre todo cuando llegó al final de la sección de verduras y giró su carrito derrapando hacia la sección de lácteos.

Daniel chasqueó la lengua.

—Creo que no guarda un buen recuerdo de nosotros —ironizó.

Miguel se encogió de hombros.

—Una pena… me cae bien —continuó.

Compraron todo lo que podían conseguir de la lista de Anael en el supermercado y salieron.

—¿Dejamos esto en el coche y vamos a la tienda de telas? —preguntó Daniel.

—Sí, mejor.

Fueron hacia el coche y dejaron las bolsas en el maletero.

Daniel se puso tieso como un palo mientras su compañero cerraba el maletero. Se giró lentamente y miró a su alrededor. Miguel miró extrañado a Daniel.

—¿Qué te pasa? —preguntó mirándolo raro.

Daniel recorrió la calle con la mirada. La calle era larga, con muchas tiendas y bares, lo que implicaba que era una zona muy transitada a todas horas.

—¿No te da la sensación de que nos están observando? —preguntó mirando al frente, buscando la causa de aquella sensación.

Miguel elevó sus dos cejas hacia él.

—No —acabó diciendo.

Daniel expiró con fuerza y acabó encogiéndose de hombros sin darle importancia.

—Da igual, vayamos a por las telas —comentó mientras iniciaba su camino.

—Vamos —respondió Miguel situándose a su lado—. Eh, ¿y esa palabreja que has usado? ¿Berrar?

—Significa gritar.

—Beeerraaarrr —pronunció lentamente Miguel—. Me gusta.

2

Valeria gritó y se incorporó sobre el colchón. Se pasó las manos por la cara apartándose su cabello negro y se sentó al borde de la cama recobrando la respiración.

Había dormido a duras penas tres horas. Los acontecimientos ocurridos la noche anterior le habían helado la sangre.

Astaroth había sido liberado.

Gimió y se levantó dirigiéndose al aseo. Se observó en el espejo unos segundos y tragó saliva. Creó un cuenco con sus manos y se lavó la cara.

—Ayyy —se quejó al verse el morado que tenía en el brazo.

Las imágenes de lo ocurrido la noche anterior se repetían en su mente una y otra vez.

Había llegado al Castro de Viladonga una hora antes de que diese comienzo el rito de iniciación.

Estaba preparada. Jamás había matado a nadie, pero estaba decidida a hacerlo. Haría lo necesario para que no abriesen el recipiente.

Desde pequeña había estado ligada al mundo del ocultismo. Su familia, perteneciente desde hacía generaciones a la Orden secreta de la Aurora Dorada, se había encargado de proteger, junto a muchas más familias, los secretos más grandes de la humanidad y así salvaguardarla de posibles peligros.

Junto a su hermano Héctor, dos años más pequeño que ella, había aprendido las artes místicas desde los seis años. Así pues, cuando la Aurora Dorada fue conocedora de que Thelema planeaba hacerse con la botella, la orden había elaborado un plan.

Aquella botella permanecía en paradero desconocido desde hacía milenios, si bien, gracias a los planos y documentos antiguos que obraban en poder de la organización, habían podido dar con tres

posibles lugares donde cabía la posibilidad de que se encontrase el recipiente que contenía a Astaroth.

El primero había sido en los subterráneos de Santa Sofía, aquella enorme y preciosa mezquita situada en el centro de Estambul, el segundo lugar había sido Lalibela, en Etiopía, dado que era conocido por todos que el rey Salomón había mantenido una relación con la reina de Saba, y el tercer lugar había sido el antiguo templo del rey Salomón.

Su hermano y ella habían sido enviados en misión a aquella zona junto a los planos que tenían. Habían dado con la botella. Aún temblaba cuando había sostenido entre sus manos aquella botella milenaria que encerraba a uno de los seres más destructivos y peligrosos que la humanidad hubiese conocido.

Poco después, un grupo de hombres armados junto a Farid había irrumpido en su habitación del hotel y se había hecho con la preciada botella, ejecutando a su hermano de un disparo en la cabeza.

Su cuerpo tembló al recordar el sonido del disparo que había acabado con la vida de su adorado hermano. Poco después había vuelto a la habitación y había llorado junto a su cuerpo haciendo una promesa en ese mismo lugar: “Te prometo que los detendré”, había sollozado mientras sujetaba su mano con delicadeza y las lágrimas humedecían sus mejillas.

Había tenido que huir de Jerusalén, pues la orden de Farid antes de abandonar la habitación del hotel había sido clara: que la buscasen y la matasen.

Sí, había huido, pero estaba decidida a acabar con él.

Desde pequeña había aprendido a luchar, a defenderse, a hacerse prácticamente invisible… todo aquel aprendizaje había hecho posible que les siguiese la pista hasta allí, hasta Lugo, al Castro de Viladonga, donde pretendían abrir la botella y liberar a Astaroth.

No había podido evitarlo, aunque había estado cerca. Si aquellos hombres no hubiesen intervenido seguramente lo habría logrado.

Eso era lo que más le había sorprendido, aquel grupo de seis chicos que parecía luchar y tener las mismas intenciones que ella: que aquel recipiente permaneciese sellado.

Había escuchado hablar de una organización secreta del gobierno llamada DAE, compuesta por los llamados cazadores, pero nunca se había topado con ninguno de ellos. Por lo que sabía, ellos eran los encargados de luchar contra seres sobrenaturales que amenazaban a la especie humana: vampiros, brujas, hombres lobo… por lo que no entendía qué estaban haciendo allí. En principio, según tenía entendido, los cazadores no trabajaban en temas espirituales.

Al menos, eso creía ella, pues realmente no estaba segura de quiénes eran y tampoco estaba decidida a posicionarse sobre ellos o a confiar.

Sabía que no podía fiarse de las primeras apariencias y que estas podían encerrar intereses ocultos, aunque no podía negar que habían suscitado su interés.

Había escuchado con claridad cómo varios de ellos gritaban que no se abriese la botella, así que suponía que estaban en el mismo bando, no solo por eso, sino porque luchaban contra los demonios encarnados y contra el propio Farid.

Le había impresionado su velocidad y su fuerza, pero estaba claro que en el campo de la magia ancestral no tenían ni idea, pues habían sido vapuleados sin piedad por el hechicero supremo.

—Panda de aficionados —susurró molesta mientras se dirigía a la habitación.

Sabía que los hombres que la habían buscado por Jerusalén la buscarían también en Lugo, ahora más que nunca, pues era consciente de que Farid había detectado su presencia. Estaba claro que, hoy por hoy, ella representaba una amenaza mucho mayor que los cazadores. Sabía que irían a por ella, pero eso no la asustaba, estaba preparada para ello.

Se dio una ducha rápida y se vistió con unos tejanos negros, un jersey fino de color azul marino y se puso una chaqueta de cuero ajustada, pues en aquella época del año y allí en Galicia ya comenzaba a refrescar más de la cuenta.

Había llegado a Lugo tres semanas antes. Había alquilado una habitación en un hotel situado a dos kilómetros del centro y se había dedicado a seguir a aquellas furgonetas negras que se dirigían a las misas negras. Se había camuflado entre todos ellos como una satanista más y gracias a Yosef, el jefe de la organización secreta a la que pertenecía, la Aurora Dorada, había recibido las instrucciones que debía seguir.

Había fallado, les había fallado a todos, pero lo que más le dolía era que le había fallado a su hermano. No había podido cumplir la promesa que le había hecho.

Iba a coger el casco de su moto cuando su teléfono móvil sonó.

Lo cogió y lo llevó a su oído.

—*Shalom*[1] —pronunció ella al descolgar.

—Shalom —respondió la voz grave del hombre—, ¿cómo te encuentras?

Valeria suspiró y soltó el casco de su moto sobre el colchón. Se pasó la mano por la cara, agobiada, y se dirigió a la ventana.

—Apenas he podido dormir —se sinceró. Apretó los labios y apartó la cortina para observar a través de la ventana. Las vistas eran bonitas. Pese a que se encontraba en la segunda planta del hotel y tenía edificios por delante, a lo lejos podían divisarse las montañas y los frondosos bosques que rodeaban el poblado de Monforte. El lugar era

realmente precioso—. Siento que os he fallado —acabó con la voz apagada.

—Sé que si tú no has podido lograrlo nadie habría podido —contestó el hombre—. No debes preocuparte ya por lo que está en el pasado, ahora lo que importa es el futuro.

Valeria asintió decidida.

—Te prometo que lo detendré —sentenció.

—Sé que lo harás. —Se tomó unos segundos de silencio—. En cuanto a lo que me explicaste sobre unos cazadores que habían aparecido en medio del ritual…

—¿Has averiguado algo? —preguntó interesada.

—No es fácil averiguar secretos de estado, pero sabes que tengo contactos en todos lados. —Escuchó cómo exhalaba largamente—. Parece que sí, es cierto, hay una división de cazadores en Lugo.

Valeria cerró los ojos y resopló. Se apartó de mala gana de la ventana e inició una marcha nerviosa por la habitación de su hotel.

—¿Y qué hacían metiéndose en nuestros asuntos? —preguntó con el tono más elevado—. Si no hubiesen intervenido seguramente podría haber acabado con el que sujetaba la botella antes de que la abriese —acabó con los dientes apretados.

—Eso no lo sé —respondió—. En principio una división no debe encargarse de estas cosas. —Valeria resopló mientras se removía inquieta por la habitación—. Lo bueno es que ahora sabemos que ellos solo pretendían ayudar, no apoderarse de esa botella para sus propios intereses.

—¿Ayudar? —preguntó molesta.

—Están de nuestra parte —pronunció con voz tranquila, intentando contagiar un poco de paz a Valeria—. Y quizá puedan ser unos buenos aliados.

Valeria se detuvo en medio de la habitación y suspiró. Ya suponía que él diría eso.

—Yosef… —pronunció ella con confianza—, no tenían ni idea de magia ancestral. El hechicero supremo de Thelema hizo lo que quiso con ellos. ¿Aliados? —ironizó ella—. Más bien un estorbo.

El hombre suspiró al otro lado de la línea.

—Nunca se sabe cuándo vas a necesitar ayuda, Valeria.

Valeria se pasó la mano por la cara nerviosa y negó. No, ella ya no quería trabajar en equipo, la única persona con la que había trabajado y que quería a su lado era su hermano, y ahora él ya no estaba. Prefería trabajar sola.

Abrió los ojos y paseó nerviosa por la habitación.

—¿Has podido averiguar la ubicación de Farid? —preguntó cambiando de tema.

—No. Ya sabes que es muy escurridizo, pero tenemos todos los

satélites y cámaras de vigilancia observando. Daremos con él tarde o temprano, igual que hicimos la vez anterior.

—Espero que sea más temprano que tarde —contestó ella intentando calmar su voz. Apretó los labios y se quedó observando la fotografía de su hermano que reposaba sobre la mesita de noche, una fotografía impresa y arrugada por los laterales, pero que siempre la acompañaba allá donde fuera—. Espero nuevas instrucciones —comentó mientras la cogía entre sus manos.

—En cuanto tengamos una pista te llamaré. Shalom.

—Aleijem Shalom —se despidió Valeria antes de colgar.

Se quedó unos segundos más mirando la fotografía mientras guardaba el móvil en su bolsillo. Debía reconocer que su hermano menor y ella guardaban una gran similitud. El mismo color de ojos marrón claro, el pelo negro y liso, la misma sonrisa…

Una parte de su alma y de su corazón se habían ido con él, pero la necesidad de cumplir la promesa que había hecho a su hermano le insufló fuerzas para seguir. Sabía que, en parte, la humanidad dependía de ella.

Abrió su cazadora y guardó la fotografía de su hermano en el bolsillo interior, cerca de su corazón. Cogió el casco de la moto y se dispuso a hacer una ronda de vigilancia por la zona… de todas formas no podía pegar ojo.

Sabía que era improbable que Farid se encontrase en la zona, seguramente, a esas horas, se encontraría ya muy lejos de allí, pero durante aquellas últimas semanas había conocido a varios miembros de la orden satánica de Lugo, así que era posible que pudiese conseguir alguna información a través de ellos. No pensaba quedarse de brazos cruzados esperando a que Yosef la llamase.

Bajó hasta el aparcamiento subterráneo del hotel y fue hacia su moto, una Suzuki GSX-1300R Hayabusa de color negro que podía alcanzar un máximo de 312 km/h.

Desde su organización le habían ofrecido un vehículo para moverse por la zona, pero ella, siempre que podía, escogía esa moto. Le encantaba.

Se subió e hizo rugir el motor varias veces. Salió a la calle por la rampa y decidió acudir al centro. Tomaría un café y recorrería la zona, preguntaría en hoteles e incluso si era necesario preguntaría en el aeródromo de Rozas si algún jet privado había salido en las últimas horas, pues sabía que Farid se movía sobre todo en ese medio de transporte. No descansaría hasta encontrarlo.

Aparcó la moto en una de las calles céntricas y lo primero que hizo tras bajarse fue acceder a través de su móvil a la base de datos de la organización. Allí podía encontrar un archivo detallado que habían realizado con todas las personas que pertenecían a la orden satánica

de Lugo y también a Thelema. Había visualizado sus rostros cientos de veces, pero siempre, antes de iniciar una búsqueda, se tomaba unos minutos para volver a ver aquellas caras, así le sería mucho más fácil reconocerlas si las veía por la calle.

Se quedó observando el rostro de Mateo González, el hombre al que había disparado la noche anterior, unos segundos después de que abriese la botella. Se fijó en los rasgos marcados de Farid Ansari, el hechicero supremo de Thelema. Visualizó durante varios minutos todos aquellos rostros hasta que guardó de nuevo el teléfono en su bolsillo, guardó el casco de la moto en el interior de esta y echó a andar.

Aquellos paseos la relajaban.

Entró en un bar y se pidió un café para llevar.

Contuvo la respiración cuando observó la televisión colgada en una esquina de aquel bar. La presentadora de las noticias narraba los hechos acontecidos la noche anterior.

—La policía atribuye estos hechos a una banda satánica, puesto que han encontrado un altar y varios objetos usados en la práctica de las misas negras.

A continuación, salían varios testigos que decían haber escuchado gritos y un estruendo, el cual relacionaban con el disparo que había acabado con la vida del fiscal de Zafra, Extremadura.

Nadie sabía realmente lo que había ocurrido allí, ni siquiera se hacían una idea de lo que aquellos hechos podían desencadenar.

Pagó el café y fue tomándolo a medida que caminaba por las calles, fijándose en cada una de las personas con que se cruzaba hasta que sintió que el corazón le daba un vuelco.

Se echó rápidamente a un lado escondiéndose tras una esquina y observó atenta.

Reconocería a aquel muchacho en cualquier parte del mundo, aunque se sorprendió cuando lo vio acompañado de otro. Ahí estaban, los cazadores.

Se dedicó a observar cómo metían unas bolsas de plástico en el todoterreno. Sí, no había duda, aquel era el chico rubio que se había abalanzado sobre ella deteniendo sus disparos la noche anterior.

Se sorprendió a sí misma recordando cómo aquel muchacho rubio la había cogido del brazo impulsándola hacia el suelo después de que ella disparase repetidas veces hacia el altar.

—Será mejor que no te metas en esto —le advirtió el muchacho antes de golpear con el pie el arma de ella que permanecía en el suelo.

—Maldito idiota —susurró ella poniéndose en pie con movimientos nerviosos.

El muchacho la había mirado confundido. De hecho, Valeria había visto una mirada cargada de sorpresa cuando había descubierto que se

trataba de una mujer.

—Mejor quédate quieta, bonita —insistió el joven antes de desaparecer de su vista y moverse a una velocidad increíble hasta la tarima.

Valeria resopló mientras los veía soltar las bolsas de la compra en el maletero.

—Idiotas —susurró ella, aunque se escondió rápidamente tras la esquina cuando vio que el chico rubio se giraba y miraba en todas direcciones—. Mierda —gimió al darse cuenta de que había arrojado parte del contenido de su café sobre la calle, salpicándole en los pantalones—. Joder —dijo frotándoselos, pues estaba muy caliente.

Alargó el brazo y tiró el vaso de cartón a la papelera.

Cuando se asomó se dio cuenta de que aquellos dos chicos se dirigían en su dirección. Se giró justo antes de que pasasen caminando en paralelo a su lado.

Los vio alejarse mientras charlaban entre ellos animadamente.

Entendía que, tal y como le había dicho Yosef, no tenían malas intenciones, pero lo cierto era que si no fuese por ellos seguramente podría haber detenido a Mateo y a Farid y ahora no se encontrarían en esa situación.

De todas formas, no iría mal tenerlos vigilados. Aquella división había llegado a la misma conclusión que ella y se encontraba en el castro durante la invocación, estaba claro que también disponían de información válida y precisa.

Comenzó a seguirlos a distancia hasta que se detuvo al observar que entraban en una tienda de telas. Bien, ahora que los había localizado no iba a dejar que se escapasen, era posible que, en aquel momento, ellos tuviesen alguna información con la que ella no contaba.

Caminó hacia su moto aparcada al inicio de aquella calle, sin perder el contacto visual con aquella tienda, asegurándose de que no salían mientras ellas sacaba el casco de la moto y se lo ponía. Se subió en ella y la arrancó.

Lo cierto era que aquellos muchachos parecían estar haciendo la compra, nada más. Se sorprendió cuando tras ir a la tienda de telas fueron a un mercadillo donde vendían de todo.

Comenzaba a desesperarse. Había pensado que quizá aquellos cazadores fuesen a reunirse con algún miembro de la sociedad satánica de Lugo para interrogarlo o que se dirigirían a algún lugar para investigar, sin embargo, se sorprendió cuando los vio salir cargados de cuencos y velas del mercado.

—La madre que los parió —susurró para ella misma.

Tras eso, se subieron al todoterreno e iniciaron el camino que los alejaría del pueblo. Aquello se puso más interesante y los siguió a distancia.

No tenía intención de intervenir en lo que hiciesen, solo pretendía observar, asegurarse de si realmente sus intenciones eran buenas o no. Pese a que Yosef le había dicho que se trataba de una división DAE permanente en Lugo, ella prefería comprobarlo con sus propios ojos. No volvería a confiar en nadie más hasta estar bien segura.

Se sorprendió cuando el todoterreno tomó el desvió en dirección a una pequeña aldea llamada Barxa, donde a buen seguro no debía vivir prácticamente nadie.

Se quedó al inicio del camino, justo donde se encontraba la primera casita derruida, y apagó la moto. Bajó y caminó hasta la esquina para observar.

Al final de la calle había una casa que parecía estar en mejores condiciones. Se escondió tras la esquina y asomó solo la cabeza, justo para ver cómo la puerta del garaje se abría y el todoterreno entraba.

¿Vivían ahí? Miró a su alrededor. Sí, sin duda, en aquella aldea consistente en diez casas como mucho no vivía nadie más. Seguramente ese sería su cuartel.

La casita era de piedra, de varias plantas. Seguramente, si su hermano estuviese allí, conociéndolo, habría corrido hacia aquella casita y se habría presentado. En pocos minutos estaría tomándose una cerveza con todos. Ella no había heredado el carácter jovial y amistoso de su hermano y tras su asesinato debía admitir que aquellos últimos meses se había encerrado mucho en sí misma.

Lo que Yosef le había dicho sabía que era cierto, podían ser aliados. Sabía que los cazadores contaban con unas habilidades extraordinarias, tal y como pudo comprobar la noche anterior, pero, por el momento, prefería hacer aquello sola, sin depender de nadie ni preocuparse por nadie.

Se puso de nuevo el casco y se subió a la moto. Arrancó y tomó de nuevo la carretera que la llevaría hasta Monforte de Lemos.

3

Giovanni Costa, cardenal y camarlengo del papa de Roma, miró a través de la ventana.

Se encontraba reunido junto a dos cardenales más en el Palacio Apostólico de la ciudad del Vaticano desde donde podía observarse la Plaza de San Pedro, donde miles de turistas se amontonaban para rezar junto al papa el Ángelus.

La oración se realizaba a mediodía y duraba unos veinte minutos. Posteriormente, el papa saludaba a los fieles y volvía a sus aposentos mientras los fieles paseaban por el Vaticano.

A finales de octubre, a esa hora, comenzaba a anochecer. Miró el reloj que colgaba de la pared, el cual marcaba las seis menos diez de la tarde.

—Cardenal Costa —pronunció uno de los cardenales con los que se encontraba reunido—. Aquí tenéis la terna de los candidatos a obispo.

De acuerdo con el Código de Derecho Canónico, el papa era quien designaba libremente a los obispos. La designación se hacía bien mediante nombramiento directos o a través de la confirmación de quien hubiese sido elegido legítimamente.

Comprensiblemente, el papa necesitaba ayuda para poder llevar a cabo la elección, pues debía conocer a todos los sacerdotes con condiciones para ser designados obispo, por ello, y cumpliendo con el canon 377, al menos cada tres años los obispos de las provincias eclesiásticas debían elaborar, de común acuerdo, una lista de presbíteros, los más idóneos para el episcopado, y se debían enviar estas listas a la Sede Apostólica. Estas listas se denominaban ternas.

Después de una investigación sobre la idoneidad de los candidatos la Congregación de Obispos enviaba la terna al Vaticano.

—Son tres las vacantes, ¿no es cierto? —preguntó el cardenal Costa a su compañero y amigo, el cardenal portugués Timoteo Sarmento.

—Así es.

El cardenal Costa asintió y observó de nuevo a través de la ventana. Las vistas desde allí eran deslumbrantes. Pese a que llevaba más de quince años residiendo allí, aún se maravillaba ante la arquitectura y la elegancia de la Plaza de San Pedro.

—Somos unos afortunados al estar aquí —pronunció maravillado.

Desde muy pequeño había sentido la llamada y con doce años había accedido ya al seminario menor. Con dieciocho años había accedido al seminario mayor. Se había licenciado en Derecho Canónico por la Universidad de Roma, La Sapienza, y posteriormente había realizado la carrera de Teología.

Todo ello le había llevado a ser elegido a sus treinta y cinco años obispo de Pavía y, a sus sesenta años, elegido cardenal por el papa de Roma. A sus sesenta y cinco años, había sido ordenado camarlengo, es decir, el cardenal que supliría al papa a su muerte hasta la elección del nuevo papa de Roma.

No aspiraba a convertirse en papa, pese a que sabía que al ser cardenal podía aspirar a ello y que no sería la primera vez que un camarlengo era elegido, él no deseaba eso. Le gustaba la vida tranquila y en paz que llevaba, el poder tener horas para reflexionar y hablar con Dios… eso era para lo que había sido destinado desde su nacimiento y se sentía agradecido de haberlo logrado.

La puerta de la habitación donde se encontraban reunidos se abrió. Todos se giraron. Uno de los miembros de la Guardia Suiza Pontificia se quedó bajo el marco de la puerta.

—Camarlengo, tiene visita.

El cardenal Giovanni Costa pestañeó sorprendido y miró confundido al resto de cardenales.

—No recuerdo tener ninguna visita programada —pronunció dando unos pasos hacia delante.

El miembro de la Guardia Suiza Pontificia asintió.

—Así es, Camarlengo, pero me dicen que es urgente y muy importante.

El cardenal Costa rodeó la mesa con pasos lentos.

—¿De quién se trata?

—Una hermana llamada Anael —contestó con voz grave.

El cardenal Costa puso su espalda recta y aguantó durante unos segundos la respiración. Anael, sabía perfectamente de quién se trataba.

—Claro, claro… —respondió rápidamente y se giró hacia el resto de cardenales—. Si me disculpan —pronunció lentamente. Los dos cardenales que se encontraban allí se levantaron de los butacones mientras asentían—. Seguiremos con la reunión más tarde o ya mañana. Muchas gracias por todo.

Los dos asintieron y abandonaron la sala de inmediato, sin preguntar siquiera quién era Anael.

El cardenal pasó su mano sobre su sotana color negro con un grueso cinturón rojo rodeando su cintura y cogió entre sus dedos la gran cruz de oro que llevaba colgada a su cuello y que descansaba sobre su pecho. Se situó correctamente el solideo sobre su cabeza, aquel casquete de seda rojo que portaba sobre ella ocultando ya la falta de cabello en el centro de esta, e inspiró intentando calmar sus nervios.

Sintió cómo su corazón se aceleraba cuando vio entrar por la puerta a aquella muchacha de enormes ojos azules y rostro dulce. Vestía de monja y portaba la cofia, aunque sabía de sobra que aquello solo era una vestimenta para moverse sin problema por aquellos pasillos.

En cuanto el guardia cerró la puerta dejándolos solos el cardenal agachó su cabeza en señal de respeto y admiración.

—Me honras con tu presencia —susurró sin levantar la cabeza.

Anael caminó acelerada hacia él mientras observaba de un lado a otro, asegurándose de que se encontraban totalmente a solas.

—Giovanni… —pronunció llamándolo con confianza por su nombre de pila. El cardenal alzó su mirada hacia ella—, me temo que no soy portadora de buenas noticias.

Aquel comentario hizo que el cardenal se removiese inquieto y la mirase preocupado.

—¿Ha ocurrido algo?

Ella se detuvo ante él y lo miró con temor, pues era consciente de todo lo que podía desencadenar lo que se había iniciado.

—Tiempos oscuros se acercan… —pronunció lentamente—. La botella del rey Salomón ha sido abierta y Astaroth ha sido liberado —explicó sin preámbulos. No disponía de tiempo para intentar aplazar el impacto de aquella noticia.

Aquel comentario provocó que el cardenal diese unos pasos hacia atrás, atemorizado.

Tragó saliva e intentó encajar aquella noticia con la mente fría, aunque Anael pudo identificar cómo el tono de su tez se tornaba blanquecino.

—¿As… Astaroth ha… ha sido liberado? —preguntó tembloroso.

Ella asintió.

—Necesito un favor.

—Lo que sea —pronunció Giovanni rápidamente.

—Sabes de la guerra que se ha librado durante milenios, Astaroth no se detendrá ante nada… —susurró ella también preocupada—. Su intención es abrir las puertas del infierno para liberarse y hallar la ansiada venganza que tanto desea. Aún sigue atrapado allí, a donde el rey Salomón lo envió en un principio, pero mucho me temo que su próximo paso será abrirlas.

—¿Qué necesitas? —preguntó con urgencia.

—Para hacerlo, entre otras cosas, necesita dos objetos… y uno de ellos, por lo que sé, se encuentra aquí —explicó.

El cardenal se quedó pensativo unos segundos.

En los archivos secretos del Vaticano disponían de todo tipo de manuscritos antiguos, manuscritos que ni siquiera habían salido a la luz, así como de objetos muy poderosos que custodiaban por el bien de la humanidad, pues sabían que su mal uso podía acarrear unas horribles consecuencias.

—El Grimorio del rey Salomón… —susurró él llegando a aquella conclusión.

Anael asintió.

—Así es. El verdadero Grimorio del rey Salomón. —Inspiró intentando calmarse—. Estoy colaborando con un grupo de cazadores que están dispuestos a ayudarnos. Es de vital importancia que ese grimorio esté protegido.

—Lo está —susurró él.

Ella negó y lo miró con suspicacia.

—Amigo mío… —pronunció ella—, creo que ambos sabemos que el mal puede habitar en cualquier parte del mundo, incluso aquí, y aunque sé que vuestras intenciones son buenas, es necesario que corrobore que se encuentra aquí y que sea entregado a estos cazadores para su protección. —Lo miró seriamente—. Su protección requiere de magia ancestral y esa magia no puede practicarse aquí. —Cogió su mano en un acto de confianza—. Necesito saber que se encuentra aquí y así enviar a ese equipo a buscarlo, necesitamos usar hechizos de protección sobre el Grimorio para que Astaroth y sus legiones no den con él.

—Claro, por supuesto —comentó él acelerado. El cardenal le indicó la puerta de salida de la sala donde se encontraban y la abrió él mismo. La dejó pasar primero y cerró la puerta tras de sí.

El pasillo era largo y ancho, de mármol blanco, y unos enormes ventanales dejaban entrar mucha claridad. Los enormes cuadros religiosos tapaban las paredes blancas y daban colorido.

Inició una marcha apresurada mientras ambos se cruzaban con algún que otro cardenal y miembros de la Guardia Suiza Pontificia.

—Los archivos secretos del Vaticano se encuentran cerca de la Biblioteca Apostólica Vaticana —explicó mientras caminaban por aquellos largos pasillos. Giraron la esquina y descendieron por unas espaciosas escaleras a la planta baja—. Se encuentra a unos cinco minutos a pie de aquí.

Anael asintió sin decir nada más.

Salieron al exterior donde ya era plena noche. La Plaza de San Pedro seguía concurrida de fieles que admiraban aquellas enormes

columnas que la rodeaban. Tomaron una calle a la derecha y aceleraron el paso.

—¿Cómo han podido dar con la botella de Astaroth? —preguntó el cardenal en tensión.

Anael negó.

—Aún no lo sabemos —contestó mirando hacia delante, aunque giró su cuello para observarlo—. La secta Thelema dio con ella, pero no sabemos cómo lo logró. Fueron los causantes de su apertura.

—¿Cuándo ocurrió? —preguntó mientras giraban por otra calle.

—Ayer por la noche. —Chasqueó la lengua—. Intentamos evitar el ritual y los conjuros para abrirla, pero el equipo de cazadores no pudo. —Inspiró mientras seguían el ritmo—. Tienen un gran talento, pero necesitan aprender mucho para poder enfrentarse a ellos. —El cardenal la miró enarcando una ceja—. Voy a encargarme yo misma de su formación.

Aquel dato hizo que el cardenal se detuviese en seco.

—¿Tú? —preguntó sorprendido.

Anael asintió y siguió el camino.

—Son cazadores y, como sabrás, tienen unas habilidades especiales. Si a eso le sumamos que voy a enseñarles todo sobre magia ancestral para que la usen debidamente… son los candidatos idóneos para esta guerra. —Lo miró e inspiró con fuerza—. Sabes que nosotros no podemos interferir más de la cuenta, al menos, hasta que padre nos dé permiso.

Giovanni asintió mientras caminaba a su lado y tomó la cruz que colgaba entre sus dedos.

—Disculpa la pregunta, pero ¿lo habéis hablado con él?

Ella negó.

—Aún no —respondió mirando hacia delante—, pero quiero ir al Reino de los Cielos para hablar con Miguel.

—¿Con el arcángel Miguel? —preguntó.

Ella asintió.

—Él mejor que nadie sabe lo dura que es esta batalla. Ya enfrentó a Astaroth junto al rey Salomón —recordó—. Debo ponerlo al corriente de todo, pero antes he de asegurarme de que el Grimorio que le entregó sigue aquí y protegerlo.

—Claro —respondió el cardenal mientras llegaban a un alto edificio.

La Biblioteca Apostólica Vaticana era la biblioteca de la Santa Sede, situada tras cruzar el patio de Belvedere, no accesible a los turistas. La biblioteca se fundó en 1448 por el papa Nicolás V, con una colección personal de 350 códices. En la actualidad contenía miles. Era considerada el archivo personal del papa, al cual solo él y sus personas más allegadas tenían acceso.

Subieron unos escalones accediendo a través de una enorme puerta

a la biblioteca.

Anael observó los altos techos repletos de preciosos murales donde se relataban pasajes de la Biblia. El techo estaba iluminado con una luz dorada que realzaba los colores.

Las columnas y las paredes estaban igualmente decoradas con dibujos de santos y de Jesús.

El pasillo parecía un tablero de ajedrez, alternándose enormes baldosas de color negro y blanco.

Caminaron por el largo pasillo, a su lado, había grandes mesas de madera y oro con preciosa porcelana y crucifijos. Era un lugar que realmente transmitía elegancia y poder.

Mientras caminaban, Anael giró su cuello para observar que a su izquierda se abrían unos arcos que daban a una enorme y espaciosa sala donde las altas estanterías albergaban cientos de manuscritos.

Al llegar al final giraron a la izquierda y tomaron un pasillo más pequeño, aunque igualmente decorado.

—La biblioteca tiene varias plantas —explicó el cardenal mientras se situaban frente a un ascensor.

—¿Y a cuál nos dirigimos nosotros? —preguntó ella girándose hacia Giovanni.

—Los archivos secretos se encuentran en el subterráneo menos tres —explicó cuando las puertas del ascensor se abrieron.

El cardenal extrajo una tarjeta electrónica del bolsillo de su túnica y la insertó en una ranura debajo de donde se encontraban los botones. Nada más insertarla, los botones que señalaban las plantas menos uno, menos dos y menos tres se iluminaron, pudiendo entonces ser apretados.

Sí, había seguridad, pero sabía que aquello no bastaba para frenar al mal.

Las puertas del ascensor se cerraron y este comenzó a descender.

—Los archivos secretos se encuentran bajo el patio de la Piña —explicó el cardenal—. Poca gente, cuando pasea por el Museo del Vaticano, sabe que está caminando sobre los archivos secretos. —Pocos segundos después las puertas se abrieron—. Un búnker de 85 kilómetros cuadrados plagado de nombres, fechas, datos, hechos… de historia —indicó saliendo del ascensor.

Ante ella había una puerta custodiada por un cardenal que permanecía sentado en una silla, apoyando los brazos sobre la mesa y con los auriculares ensartados en los oídos. Mantenía los ojos cerrados y movía su cabeza de un lado a otro siguiendo el ritmo de alguna música.

Anael miró de reojo a Giovanni mientras se situaban frente al cardenal que custodiaba la puerta de acceso a la que pretendían acceder, el cual no era consciente de que no se encontraba solo.

Giovanni carraspeó intentando captar su atención, pero el cardenal seguía con su bobalicona sonrisa moviendo su cabeza de un lado a otro.

—Cardenal Silva —pronunció con sus manos unidas por delante, aunque volvió a carraspear cuando este no reaccionó. Llevó su mano lentamente hacia su hombro, situándola sobre él y dando una palmadita.

El cardenal Silva dio un brinco en la silla y se quitó rápidamente los auriculares con la respiración acelerada y los ojos muy abiertos, pues no esperaba a nadie allí. No era muy normal que bajasen a aquella parte de los archivos.

Se puso rápidamente en pie e inclinó su cabeza hacia abajo.

—Camarlengo —pronunció con la voz más aguda de la cuenta—. Discúlpenme, no era consciente de que se encontraban aquí.

Giovanni asintió sin darle mayor importancia al asunto.

—Venimos para asegurarnos de que todo sigue correcto. —El cardenal Silva asintió efusivamente—. Necesitamos ver uno de los objetos más preciados de la colección.

El cardenal Silva tomó asiento de nuevo y tecleó en su ordenador.

—¿Cuál? —preguntó con la mirada clavada en la pantalla.

Giovanni miró de reojo a Anael.

—El auténtico Grimorio del rey Salomón —indicó Anael directamente.

El cardenal Silva elevó su mirada lentamente hacia la muchacha, extrañado, y luego volvió su atención hacia Giovanni.

—¿El Grimorio de Salomón? —preguntó asombrado.

—Así es —continuó Giovanni—. Necesitamos asegurarnos de que sigue aquí.

Tecleó de nuevo en su ordenador y asintió.

—Así es, sigue aquí, nadie lo ha extraído del archivo.

Anael suspiró como si se sintiese aliviada.

—¿Podríamos verlo? —preguntó ella.

El Cardenal Silva miró de nuevo contrariado a Giovanni, el cual asintió pidiéndole que cumpliese lo que Anael le pedía.

—Claro —dijo volviendo a teclear en el ordenador para buscar la ubicación del Grimorio.

Se fijó en la pantalla y se puso en pie de nuevo.

—Seguidme —indicó mientras abría la puerta que había tras él.

El salón donde entraron parecía no tener fin. Los fluorescentes iluminaban un techo bastante alto. Allí abajo no había tanta pomposidad como en la parte superior de la biblioteca. Las paredes estaban simplemente pintadas de blanco. El espacio era tan inmenso que a duras penas la vista les alcanzaba a ver el final de aquellos largos pasillos, construidos a base de altas estanterías que llegaban

hasta el techo donde se encontraban miles de libros antiguos y archivos que debían de esconder documentos geográficos o bulas antiguas.

Caminaron entre todas las estanterías y giraron en un cruce hacia la derecha llegando al final del pasillo, encontrándose con una puerta de madera. El cardenal Silva extrajo una llave del bolsillo de su sotana y abrió la puerta. Dio un paso hacia delante y encendió la luz. Ante ellos había unas escaleras que descendían a un cuarto sótano accesible solo desde el tercero.

Descendieron lentamente las escaleras hasta que llegaron a una sala.

La sala tenía las paredes de piedra, como si fuesen antiguas, iluminada por potentes focos en el techo.

En el centro había una enorme mesa con varias lámparas que en ese momento permanecían apagadas, suponía que allí podían estudiar los manuscritos que guardasen en aquella cámara.

La habitación no era muy grande y sus cuatro paredes estaban ocultas por armarios que llegaban hasta el techo.

El cardenal Silva miró a su alrededor para ubicarse y fue directo a una de las estanterías de la izquierda. Se agachó y abrió uno de los amplios cajones, diseñados para mantener una temperatura en el interior que no perjudicase el mantenimiento de aquellos documentos tan antiguos.

Anael se fijó en la cantidad de cruces que había por la sala, tanto en algunas repisas de los armarios y en la mesa central, como talladas en todos los cajones. Sin duda, a un demonio encarnado le sería casi imposible entrar en aquella sala sin sufrir alguna que otra convulsión. El problema era que no solo estaban los demonios encarnados, sino los seguidores de Thelema que sabía que harían cualquier cosa para hacerse con el grimorio.

Anael y el cardenal Costa se situaron a su espalda mientras abría el cajón.

—Los manuscritos más antiguos y peligrosos permanecen aquí —explicó el cardenal Silva. En el amplio cajón había una caja de madera con un candado que necesitaba de una combinación de cuatro números para ser abierta—. Cada semana uno de los cardenales baja hasta este sótano y bendice la estancia —explicó.

El cardenal movió los rodillos buscando la combinación para abrir la caja.

—¿Aquí guardáis el grimorio? —preguntó Giovanni.

—Sí —respondió Silva acabando de poner la combinación. La puso y todos escucharon un clic informando que la caja podía abrirse. La caja de madera tenía tallada sobre ella la estrella de David y, en cada lado, una cruz. Además, los símbolos estaban cubiertos de una fina capa de cobre.

Anael se acercó más para mirar en el interior cuando Silva la abrió.

El corazón de todos se paralizó, incluso Anael pudo apreciar cómo las manos del cardenal Silva que mantenía la tapa de la caja de madera abierta temblaban amenazando con cerrarla.

Anael tragó saliva y miró asustada al cardenal Costa.

—¿Dónde está? —preguntó acelerada.

La caja estaba vacía. El auténtico Grimorio del rey Salomón que había permanecido oculto durante milenios en aquella estancia no se encontraba allí.

El cardenal Costa no podía siquiera articular palabra alguna y miraba de Anael a aquella caja de madera totalmente asombrado.

—Cardenal Silva… —volvió a llamar Anael su atención. El cardenal elevó su mirada asombrada hacia ella, sin dar crédito—, ¿dónde se encuentra el Grimorio? ¿Es posible que lo hayan trasladado?

Se puso rápidamente en pie y dio unos pasos hacia atrás, asustado, con el cuerpo tembloroso.

—No, no… —dijo rápidamente—, cada quince días hacemos inventario de todo. El último fue hace una semana —explicó rápidamente—. Os aseguro que se encontraba aquí. Yo mismo lo hice con el cardenal Timoteo Sarmento.

El cardenal Costa dio unos pasos hacia él.

—¿Quién ha bajado a este subterráneo?

Tragó saliva y se quedó pensativo.

—Hacemos turnos rotativos. En el ordenador tenemos un documento donde apuntamos todas las visitas que recibimos y…

Anael lo interrumpió y se dio la vuelta directa hacia las escaleras.

—Necesito ver ese listado —exigió mientras comenzaba a subir los escalones.

Los tres subieron a toda prisa y atravesaron la enorme sala hasta llegar a la mesa donde el cardenal Silva custodiaba la entrada. Silva se sentó directamente en la silla y abrió el documento.

Anael y Costa se situaron a su espalda para observar.

Silva paseó su ratón por el documento.

—No ha habido visitas —indicó y miró al cardenal Costa—. Los únicos que hemos estado aquí hemos sido el cardenal Timoteo, el cardenal Flavio de Rosa y yo mismo.

Anael dio un paso atrás con su espalda recta y con la mirada fija en el cardenal Costa.

Había intuido bien, sabía que la orden secreta Thelema contaba con infiltrados en todos lados, incluso en el Vaticano.

Apretó los labios e inspiró con fuerza.

—Gracias, cardenal Silva.

Tal y como pronunció aquello, se giró y se dirigió hacia la puerta de salida sin decir nada más.

—¿Anael? —preguntó el cardenal Costa corriendo hacia ella. La interceptó dirigiéndose al ascensor. Entró con ella. Podía observar cómo Anael permanecía en tensión—. ¿Crees que… puede tenerlo Thelema?

Anael pareció relajarse en aquel momento, mientras el ascensor ascendía.

—Sinceramente, no lo creo —explicó ella—. Astaroth necesita, entre otras cosas, el anillo del rey Salomón y el Grimorio para abrir las puertas del infierno. El anillo ya lo tienen, así que dudo que si el grimorio obrase en poder de Thelema no hubiesen abierto ya las puertas del infierno —explicó justo cuando las puertas del ascensor se abrieron.

Avanzaron por el pasillo en dirección a la puerta de salida junto a la Biblioteca Vaticana, con paso acelerado. En aquel momento ni siquiera se fijó en los preciosos frescos de aquel pasillo.

—Entonces, ¿quién puede tenerlo? —preguntó el cardenal acelerado, siguiendo el ritmo de ella.

Anael salió al exterior y la brisa fresca rozó su piel y movió su túnica.

—No lo sé, pero es lo que debemos averiguar —indicó.

—¿Puedo hacer algo para ayudar? —se ofreció rápidamente.

Anael lo miró esta vez con ternura, el cardenal Costa era un buen hombre, siempre se había ofrecido a ayudarla en todo y había guardado en secreto su identidad.

Iba a responder cuando miró hacia el lado. Dos hombres vestidos de sacerdote caminaban tranquilamente por la calle, pero eso no fue lo que llamó su atención, sino la mirada fija de ambos hombres sobre ella.

Anael también los miró fijamente. Los inspeccionó acelerada. Pese a que vestían una sotana negra de sacerdote no llevaban ninguna cruz al pecho.

Miró de nuevo hacia el cardenal.

—Debe ir con cuidado, nos vigilan —pronunció bajando un escalón, volviendo la mirada hacia la espalda de aquellos presuntos sacerdotes.

No tenía conocimiento de todo, pero sí sabía distinguir cuándo una persona se hacía pasar por otra.

Se giró de nuevo hacia el cardenal que miraba de un lado a otro, asustado. Se llevó la mano al bolsillo de la sotana y le tendió un papel.

—Este es mi teléfono, cualquier cosa que averigües… —dijo volviendo su mirada hacia los presuntos sacerdotes que giraban la esquina—, o si te ves en peligro, llámame.

El cardenal asintió rápidamente mientras introducía el papel en su bolsillo.

—¿Qué vas a hacer tú? —preguntó el cardenal directamente.

Anael miró hacia los lados, no había mucha gente paseando por la zona, pues había anochecido y la mayor parte de los fieles se encontraba en la Plaza de San Pedro. Aquello era una zona privada para los sacerdotes, obispos y cardenales que vivían en el Vaticano.

—Debo marcharme —dijo bajando los escalones. Miró hacia la esquina y se dirigió hacia allí.

El cardenal la siguió a pocos metros.

—Entiendo que entonces los cazadores no vendrán.

—No, no vendrán —indicó ella sin girarse, aunque al tomar la esquina se giró un segundo hacia el cardenal—. Ten cuidado, amigo mío.

El cardenal asintió justo cuando perdía de vista a Anael doblando la esquina. Corrió hacia allí y, para su sorpresa, no había nadie en aquella calle.

El cardenal inspiró con fuerza y se giró observando el majestuoso edificio de la Biblioteca Vaticana, donde en su subterráneo se escondían tantos secretos. Era un lugar increíble, lleno de historia, pero ahora era consciente de que el mal podía estar en cualquier rincón, incluso ahí.

Sujetó entre sus dedos la cruz que llevaba colgada y la llevó hasta sus labios, besándola.

El cardenal Silva fue hacia el ascensor y subió a la planta principal mientras sujetaba el móvil en su mano. En el subterráneo no se disponía de cobertura.

En cuanto las puertas del ascensor se abrieron avanzó unos pasos asegurándose de que no había nadie en el pasillo y buscó en la agenda el número de teléfono. Lo marcó y llevó el teléfono hacia su oído. En cuanto escuchó que descolgaban al otro lado de la línea habló.

—Soy el cardenal Silva. Han descubierto que el Grimorio no está en su lugar —pronunció.

Hubo un silencio al otro lado de la línea.

—Sigue con el plan establecido y no expliques a nadie lo ocurrido —ordenó la voz grave al otro lado de la línea y directamente colgó.

Silva llevó el teléfono hasta su bolsillo y suspiró. Sí, se había arriesgado demasiado, pero sabía que era lo que debía hacer.

Inspiró con fuerza y volvió hacia el ascensor para descender al subterráneo y continuar la vigilancia.

Gadreel paseó entre los calurosos, oscuros y estrechos pasillos que creaban las altas y picudas montañas del infierno. Aquello era un laberinto lleno de celdas donde permanecían atrapadas las almas que habían descendido al infierno.

Escuchó los gritos de muchas de ellas, sus respiraciones aceleradas…, pero no dejó de caminar, dirigiéndose al lugar donde

sabía que se realizaría la reunión con el resto de demonios.

Aquella situación era delicada. Se había visto obligado a traicionar la confianza de la que consideraba su amiga, un ángel llamado Anael, por la que había sentido y aún sentía un profundo cariño, pero lo cierto era que aquel era su hogar, el infierno había sido el lugar donde había morado desde hacía milenios. Ahora no podía darle la espalda a todos aquellos que habían compartido su dolor durante tantos años.

Su padre los había desterrado a aquel lugar oscuro, lleno de dolor y sufrimiento y, ahora, ellos deseaban escapar de allí. Llevaban esperando ese momento milenios. ¿Acaso él o muchos de sus amigos y hermanos se merecían aquel castigo? No, por ellos, y por él mismo, necesitaba ponerle freno a aquella cruel decisión, pese a que estar de su parte significase traicionar a personas a las que había llegado a amar.

Se situó tras unos demonios mientras se colocaba correctamente la americana color negro que vestía y observó en el centro de aquella muchedumbre a Astaroth, acompañado de Lucifer y Belcebú.

Inspiró con fuerza mientras todos los demonios que lo rodeaban alzaban sus vítores hacia un cielo cubierto por una espesa niebla que impedía que la luz se filtrase. Él no vitoreó, ni siquiera se movió, se limitaba a observar con cautela.

Vio cómo Belcebú abrazaba a Astaroth de nuevo. Aquel ángel caído, vuelto al infierno después de milenios, era tenebroso. Ni siquiera recordaba ya cómo había sido Astaroth cuando era un serafín del trono de Dios, al inicio de todo.

Aun así, a pesar de haber permanecido encerrado tanto tiempo en una botella, aún mantenía su compostura. Su cabello largo y rubio, casi blanco, le llegaba casi por la cintura. Su rostro blanquecino contenía dos enormes ojos azules casi transparentes. Su altura y corpulencia superaban en mucho a la del resto. Debía de medir cerca de dos metros y duplicaba en corpulencia a Belcebú y a Lucifer. Su rostro irradiaba odio y ansias de venganza.

Sí, lo habían recuperado, él era el único con suficiente poder como para abrir las puertas del infierno y garantizar la libertad de todos, pero ¿a qué precio? ¿Todo valía en esa guerra?

Gadreel se removió nervioso y se cruzó de brazos cuando observó a Astaroth elevar los brazos hacia lo alto y emitir un grito de guerra. Todos a su alrededor gritaron imitándolo, contagiándose de aquella bravura. Sabía que era peligroso, mucho, y que sería capaz de hacer todo lo que se propusiese.

—¡Hermanos! —gritó Astaroth con una voz grave, provocando un eco en todo el valle. Se creó el silencio—. Muchos milenios llevamos esperando este momento —dijo con agresividad hacia los demonios que lo rodeaban—. Nuestro padre nos relegó a este lugar oscuro,

olvidado, condenándonos a la oscuridad y al terror… ¡condenando a su propia creación! —alzó el tono provocando que todos volviesen a gritar—. Llegó nuestro momento. Juntos —gritó—, abriremos las puertas del infierno hallando la libertad que hemos deseado durante tanto tiempo y conquistaremos el mundo, un mundo que se nos negó y al que nosotros también pertenecemos. —Belcebú se acercó a él y le entregó una cajita que Astaroth abrió inmediatamente. Gadreel dio unos pasos hacia delante esquivando al resto de demonios que lo rodeaban para observar mejor. Pudo ver cómo la poca luz que llegaba hasta allí hacía que el oro del anillo del rey Salomón brillase. Astaroth lo observó con una sonrisa, lo cogió y lo mostró a todos—. El anillo del rey Salomón ya obra en nuestro poder —anunció—, el plan está funcionando, pero necesito la ayuda de todos vosotros. ¿Me ayudaréis a liberaros? —gritó.

Todos los demonios gritaron un sí al unísono.

—Nuestro tiempo se acerca y nadie, ni siquiera Dios, nuestro padre… —gritó con furia, escupiendo por la rabia contenida—, podrá arrebatárnoslo. Muchos años hemos esperado este momento. ¡Ya ha llegado!

Gadreel inspiró y miró a su alrededor. Desde luego, Astaroth sabía cómo animar a las masas.

Belcebú se acercó a Astaroth y le susurró algo para que solo este lo oyese. Gadreel avanzó más apartando con manotazos a los demonios y fijando la vista en los labios de Belcebú.

—No se encuentra en el Vaticano —le pareció entender al leer sus labios.

Astaroth asintió ante aquellas palabras y volvió a mirar hacia los demonios.

—Ya estoy aquí y os devolveré la redención que nuestro padre nos arrebató —insistió Astaroth—. Poseemos el anillo del rey Salomón, pero ahora necesito vuestra ayuda. ¿Queréis escapar de aquí? —Todos volvieron a gritar con un sí—. Necesitamos encontrar el Grimorio de Salomón. El conjuro para mantenernos encerrados aquí se encuentra en ese antiguo libro. —Alzó los brazos hacia ellos—. ¡Traedme ese Grimorio y abriré las puertas del infierno para todos vosotros!

Gadreel apretó los labios y miró de reojo cómo algunos demonios salían corriendo, sin duda para obedecer las órdenes de su recuperado líder. Sabía que muchos demonios tenían fuerza suficiente para poseer a los humanos, otros simplemente disponían de contactos en la Tierra como la secta Thelema que les ayudaría en su cometido.

Se giró para observar cómo la gran mayoría ni siquiera esperaba a escuchar si Astaroth daba alguna orden más, pues eran muchas las ansias por escapar de aquel lugar.

Se sorprendió cuando, al girarse, Astaroth, Belcebú y Lucifer lo

observaban. Lucifer le indicó con un movimiento de mano que se acercase.

Sintió cómo el vello de todo su cuerpo se erizaba y avanzó lentamente en dirección al trío, esquivando a todos aquellos demonios que corrían en dirección contraria.

Subió los escalones hacia la parte de aquel altar de piedra y se acercó.

Astaroth lo examinó de la cabeza a los pies y dio un paso hacia él.

—Gadreel… —dijo esta vez Astaroth con una sonrisa más delicada y situó su mano sobre el hombro de este en señal de confianza. Gadreel no dijo nada, simplemente se mantuvo firme—, Belcebú me ha explicado todo lo que has hecho. Tengo mucho que agradecerte.

Gadreel asintió.

—Es lo justo —pronunció.

—Que yo me encuentre hoy aquí te lo debo en gran parte a ti. —Gadreel se quedó callado, sin pronunciar nada, lo cierto era que encontrarse en presencia de la Trinidad Maligna imponía y llegaba a atemorizarlo—. Cuando abramos las puertas del infierno y consigamos ser libres tú estarás a mi lado, al igual que mis hermanos Belcebú y Lucifer. Gadreel lo miró fijamente.

—Es un honor que no merezco —pronunció Gadreel seriamente—. No he actuado de esta forma para garantizarme un puesto a vuestro lado, sino porque realmente creo que es lo justo.

Astaroth sonrió al escuchar esas palabras.

—Y por eso mismo, insisto. —Se situó a su lado y colocó de nuevo la mano sobre su hombro. Dio unos pasos con él hacia delante, acompañándolo—. Has sido fiel a la causa y has actuado correctamente, de una forma muy efectiva, por eso mismo necesito de nuevo de ti. Sé que tú más que nadie puede conseguir el Grimorio. —Gadreel inspiró hondo y se situó frente a él. Astaroth le sacaba más de una cabeza—. Necesito que me lo traigas.

Gadreel apretó los labios y lo miró fijamente. Pese a su envergadura no le imponía tanto como Astaroth pretendía. Él también era fuerte, no tanto como un serafín del trono de Dios, pero sí lo suficiente como para hacerle frente. Aunque sentía cierto recelo, pues tenía sus dudas, y aún no empatizaba del todo con la causa, se vio obligado a aceptar, no en vano sabía lo que ocurriría si se negaba a ayudarlos.

—Por supuesto, haré todo lo que esté en mi mano.

Astaroth asintió con una sonrisa maléfica y apartó la mano de su hombro.

—Sé que lo harás —sentenció.

Gadreel asintió lentamente, consciente de que sus palabras llevaban implícita una obligación de cumplimiento y, como tal, una amenaza.

Se separó de ellos y, sin decir nada más, bajó los escalones

esculpidos en la roca internándose de nuevo entre los pasillos tenebrosos de aquel oscuro lugar.

Astaroth se giró hacia Belcebú y Lucifer que se encontraban tras él y observó a su espalda el movimiento de los demonios. Sí, parecía que aquel breve discurso los había animado a todos. Saldría de aquella oscuridad, aunque tuviese que acabar con su padre y con el Reino de los Cielos.

—¿Dónde se encuentra Lilith? —preguntó avanzando hacia ellos.

Lucifer le indicó con un movimiento de cabeza hacia el final de uno de los pasillos.

Sin decir nada más, Astaroth avanzó por aquella densa oscuridad, entre los gritos de las almas encerradas en los calabozos. Sintió cómo su corazón se aceleraba mientras avanzaba en aquella dirección. Hacía milenios que no la veía.

El pasillo se ensanchó hasta dar con una amplia sala. Su mirada voló directamente hacia aquella figura alta y esbelta. Su cabello negro y liso le llegaba por la cintura. Portaba un vestido largo color rojo sangre ajustado que acentuaba su delgadez. Su piel pálida contrastaba con sus enormes ojos negros. Se detuvo al inicio de aquella sala, observándola. Ella permanecía sentada en un taburete, observándose en un espejo, pero cuando vio su reflejo en este ni se inmutó, simplemente una leve sonrisa apareció en su rostro.

—No te he visto en mi bienvenida —afirmó Astaroth.

Lilith se giró hacia él con la espalda recta y se levantó poco a poco de su asiento.

—¿Cómo tienes la espalda después de milenios retorcido en esa botella? —ironizó.

Astaroth la miró fijamente. La conocía lo suficiente como para saber cuándo bromeaba, aunque aquel humor no fuese de su agrado.

Avanzó hacia ella lentamente, sin decir nada. Lilith sonrió al no escuchar una respuesta por su parte mientras avanzaba también. Se detuvo ante él y lo miró de la cabeza a los pies.

—No tienes mal aspecto para haber permanecido tanto tiempo encerrado, serafín —comentó llevando una mano hacia el pecho desnudo de Astaroth.

Astaroth cogió su mano rápidamente, impidiendo que ella le tocase.

—Jamás vuelvas a llamarme así —dijo con los dientes apretados.

Ella volvió a sonreír y lo miró directamente a esos ojos azul claro, casi transparentes.

—Pero es lo que eres y lo que serás siempre… un ángel caído. Uno de los favoritos de padre desterrado al infierno. —Astaroth resopló y soltó su mano mientras daba unos pasos al lado observando el recinto. Lilith lo había acomodado como si se tratase de su habitación.

—Siempre disfrutas provocándome —comentó él observando una

botella donde conservaba sangre fresca—. Esto no va a quedar así. Tomaré mi venganza.

Ella hizo un gesto no muy seguro y ladeó su cabeza.

—Necesitas mi ayuda, ¿verdad?

Se giró hacia ella con una mirada cargada de recelo. Igualmente, Lilith pudo ver la determinación en él. Sí, no había duda de que creía realmente en lo que tenía planeado hacer.

—Necesito a tus hijos, Lilith —reaccionó rápidamente.

Ella avanzó hacia él y se situó justo enfrente, elevando su cabeza, pues Astaroth la superaba de largo en altura.

—¿A cambio de qué? —le preguntó en un susurro—. Mis hijos no son gratis.

Lilith volvió a llevar su mano hacia su pecho desnudo y, esta vez, Astaroth sí dejó que situase sus dedos sobre él, acariciándolo.

—¿Qué es lo que quieres? —le preguntó.

Ella lo miró con suspicacia.

—Yo deseo lo mismo que tú, salir del infierno —pronunció con los dientes apretados—. Pero cuando lo haga no quiero salir como un demonio… quiero poder —enfatizó.

Astaroth llevó su mano delicadamente hasta la barbilla de ella para elevarle más la cabeza.

—¿Eso es lo que deseas? ¿Poder? —ironizó. Lilith se apartó rápidamente de esa mano y dio un paso atrás sin apartar la mirada de él—. Te convertiré en mi reina. ¿Es lo que quieres? —la retó. Ella no dijo nada, simplemente asintió con la cabeza—. Dame el poder sobre tus hijos… —le pidió como si se tratase de la redacción de un acuerdo entre ambas partes—, y te haré la mujer más poderosa del mundo. Los demonios y los humanos se inclinarán ante ti.

—Y los ángeles —le recordó—. Los ángeles, sobre todo —acabó exigiendo.

—Y los ángeles —repitió él.

Ambos se miraron como si meditasen durante unos segundos aquel acuerdo y, finalmente, Lilith se giró ofreciéndole la espalda y dirigiéndose a una piedra que sobresalía donde había un pequeño colgante con forma de bola.

Lo cogió y se dirigió hacia la copa de sangre. La bola se abría por la mitad ofreciendo un pequeño cuenco. Lilith la hundió en la sangre de la copa y la cerró con unas gotas en su interior. Se dirigió de nuevo hacia Astaroth y se situó ante él.

—Con mi sangre te obedecerán… —dijo ofreciéndole el colgante. Astaroth fue a cogerlo, pero Lilith lo apartó—. Eso sí, cumple tu parte del trato o te aseguro que todos mis hijos irán a por ti y acabarán contigo. —Se acercó a él para susurrarle al lado de su oído, amenazante—. Te aseguro que si no lo cumples acabaré lo que ni

padre ni el arcángel Miguel pudieron hacer —lo amenazó.

Astaroth asintió mientras se separaba de ella lentamente y cogía el colgante que le ofrecía. Luego lo pasó directamente por su cabeza, dejándolo caer sobre su pecho.

—El mundo será nuestro —sentenció él, aunque no pronunció más palabras por su parte, tenía mucho que hacer.

Se giro y caminó lentamente hacia aquel pasillo para reunirse de nuevo con sus hermanos. Llevó sus dedos hacia el colgante y lo observó. Aquel colgante le ofrecería la ayuda de las criaturas más malvadas que vivían en aquel mundo. Los vampiros serían unos buenos aliados y sabía que, gracias a ese colgante, lo obedecerían en todo lo que les pidiese. Llevó el colgante hacia sus labios mientras una endiablada sonrisa aparecía en sus labios.

—Ahora, me obedecéis a mí —susurró.

En ese momento, la sangre que permanecía en el interior del colgante tomó un color más fuerte, incluso brillante. Una sonrisa brotó de sus labios mientras comenzaba a dar las órdenes, preparándose para lo que estaba por venir.

Daniel extendió los brazos hacia sus compañeros y miró fijamente a Santiago.

—¿No decían que los ángeles no tenían sexo?

Anael se materializó en la vivienda de la división provocando que todos diesen un brinco y miró directamente a Daniel con una sonrisa traviesa.

—¿Quién dice eso? —preguntó ella divertida enarcando una ceja en su dirección. Daniel tragó saliva, aunque la conocían y tenían una gran confianza con ella, les imponía saber que se trataba de un ángel. Se puso seria—. No traigo buenas noticias.

—¿Qué ocurre? —preguntó Aitor.

—Como me temía, el Grimorio ha desaparecido. No se encuentra en el Vaticano.

Todos se pusieron tiesos como palos de escoba.

—¿Crees que puede tenerlo Astaroth? ¿Thelema? —preguntó Daniel acelerado.

Ella negó.

—Lo dudo mucho. Si estuviese en poder de Astaroth o Thelema lo sabría, pues no habrían dudado en iniciar el ritual para abrir las puertas del infierno, sin embargo, no es así.

—Y, ¿quién puede tenerlo? —preguntó Víctor nervioso.

Anael apretó los labios y negó.

—No lo sé, pero me informaré en el Reino de los Cielos por si alguien sabe algo.

—En… el… ¿Reino de los Cielos? —preguntó Daniel boquiabierto,

al igual que el resto de la división.

Anael asintió sin darle importancia.

—De acuerdo, hay que encontrar ese Grimorio y dar con el hechicero supremo de la orden secreta de Thelema —ordenó Aitor.

—No —lo interrumpió Anael.

—¿No? —preguntó Aitor.

Ella negó.

—Yo me encargo de preguntar en el Reino de los Cielos y cuando obtenga una respuesta actuaremos en función de esta. —Los miró a todos seriamente—. Ahora, por lo pronto, necesito formaros para cuando llegue el momento de enfrentarnos a ellos.

—¡Genial! —exclamó Daniel con los brazos en alto—. ¿Cuándo comenzamos? —preguntó ansioso.

Ella miró a toda la división. Todos poseían aquella mirada cargada de expectación.

—Ahora mismo.

4

20 días después.

Aitor, Daniel y Miguel se agacharon esquivando el puñetazo que el demonio pretendía darles. Aquellos días estaban siendo de locos. Desde que se levantaban a las ocho de la mañana y hasta las diez de la noche Anael los entrenaba sin descanso, solo descansaban lo justo para comer. Tal y como ella decía iban a contrarreloj y necesitaba que aprendiesen a defenderse y a derrotar a los demonios cuanto antes mejor.

Los cinco primeros días había sido un intensivo de teoría donde habían aprendido todo tipo de hechizos, oraciones y conjuros para contrarrestar la fuerza de los demonios y el sexto día habían invocado a su primer demonio para luchar contra él.

Anael se había encargado de equiparlos con todo lo necesario. Desde los sellos para conjurar a todo tipo de demonios a colgantes con la estrella del rey Salomón, otro colgante con una cruz bendecida con agua bendita y una réplica del anillo del rey Salomón para cada uno de ellos, de esta forma, junto a los conjuros y hechizos que habían aprendido, cada vez les era más fácil derrotar a los demonios que conjuraban en su presencia.

Cada día solían invocar a un par de demonios y luchaban contra ellos. Ya imaginaban el revuelo que debía haber en el infierno ante la invocación continuada de estos, pero ¿acaso podían hacer otra cosa? Necesitaban entrenarse para luchar contra ellos cuando llegase el momento.

Daniel se agachó y avanzó hacia el demonio bloqueando su pierna y echándolo al suelo.

—¡Malditos cazadores! —gritó el demonio cayendo.

Abyssus era un demonio cuyo nombre significaba “desesperado”, y

no era para menos. Se había presentado ante ellos como una perla negra que, una vez le habían mostrado el Hexagrama del rey Salomón, se había convertido en un hombre robusto, aunque bastante más bajo que ellos. El único cabello que tenía era en forma de cresta de un color rojizo similar a la sangre. Estaba muy musculado y llevaba las uñas largas, con las que intentaba arañar a todos ellos.

—¡Deja de quejarte y lucha! —exclamó Daniel soltando su pierna al haberlo tirado al suelo.

El demonio resopló mientras Daniel miraba con la ceja enarcada a Aitor.

—¿No puedes hacer nada más? —se quejó Aitor.

Después de haber luchado contra más de treinta demonios comenzaban a cogerle el truco.

Abyssus se puso en pie, en actitud defensiva, y los miró a todos con odio.

—No sé a qué estáis jugando… —susurró el demonio con los dientes apretados—, pero no nos molestéis más o…

Daniel fue hacia su espalda y lo arrojó al suelo mientras colocaba el anillo del rey Salomón tocando su carne sucia y maloliente.

—Crux sancta sit mihi lux, non draco sit mihi duz, vade retro satana. Revertere ad locum tuum[2] —pronunció.

Una luz iluminó la estancia mientras aquel demonio desaparecía, desintegrándose.

Daniel se puso en pie mientras sacudía las manos y tanto Aitor como Miguel arqueaban su cuello.

—Podrías haber esperado un poco más —se quejó Miguel—, no me ha dado casi tiempo a luchar contra él.

Aitor miró divertido a Daniel.

—Últimamente tienes un petardo en el culo. Aquí estamos para disfrutar todos —comentó Aitor—. No solo tú.

Daniel se encogió de hombros.

—Sed más rápidos la próxima vez —respondió como si esa fuese la solución.

Los tres se giraron cuando Anael abrió la puerta. Llevaba unos pantalones color negro y un jersey azul a conjunto con sus enormes ojos. Aún les chocaba verla vestida así, pues hasta hace pocas semanas siempre vestía alguna túnica o el hábito de monja. Llevaba el cabello recogido en un moño alto del que se soltaban algunos bucles.

Entró y cerró la puerta tras de sí.

—Bien, cada vez sois más rápidos —comentó ella con una sonrisa.

Cada vez que luchaban contra los demonios Anael salía del subterráneo para no ser vista por ellos.

Daniel alzó sus dos cejas repetidas veces en actitud cómica.

Miguel se pasó la mano por los ojos como si estuviese agotado.

—Bien, ¿conjuramos a alguno más? —propuso él.

Anael negó mientras se dirigía al centro de la sala. Los tres bajaron del sello donde habían invocado al demonio.

—Me ha llamado Víctor… —indicó ella mientras cogía una vela blanca y la prendía—, José acaba de llegar a casa.

Los tres se miraron de reojo.

Aquellas últimas semanas se habían dedicado a seguir a José, el maestre de la orden satanista de Lugo, intentando averiguar si tenía algún contacto con el hechicero supremo. Debían dar con él. Los últimos cinco días, viendo los progresos de la división, hacían turnos para vigilar a José.

—Y, ¿nada? —preguntó Miguel.

Anael negó mientras cogía la vela y comenzaba a caminar por todo el subterráneo con ella en la mano, santificando la zona.

—Nada —respondió ella. Se detuvo y los miró de arriba abajo, todos respondieron a aquella mirada enarcando una ceja—. Creo que ya estáis preparados… al menos más que antes —pronunció pensativa. Se fijó en que los tres la observaban con una gran sonrisa—. Aunque aún tenéis mucho que aprender —pronunció rápidamente.

Había visto unos progresos extraordinarios en toda la división, pero sabía que pecaban de confianza y no quería que bajasen la guardia bajo ningún concepto.

Daniel fue hacia ella.

—¿Crees que podríamos hacer ya la visita a José? —preguntó entusiasmado.

Ella se quedó pensativa. El Grimorio del rey Salomón se encontraba perdido. Sabía que no estaba en posesión de los demonios, pues de ser así hubiesen seguido con su plan de abrir las puertas del infierno. Así pues, ¿dónde podía encontrarse? Se había dirigido al Reino de los Cielos en varias ocasiones y preguntado allí. Nadie sabía dónde podía estar.

Si caía en manos del hechicero supremo de Thelema se complicarían mucho más las cosas. Necesitaban dar con aquel hechicero y con el grimorio antes que los demonios, si no, no habría vuelta atrás.

Finalmente asintió. Ya no tenían por qué esperar más. La división estaba mucho más preparada para combatir contra la magia ancestral, al menos, lo suficiente como para luchar contra José y varios demonios, pues habían salido victoriosos de todas sus batallas sin tener que interceder ella en ningún momento. Aquello era un buen augurio.

Miró su reloj de muñeca que marcaba las seis y media de la tarde.

—Les he dicho a Víctor, a Marcos y a Lucas que vengan. —Los miró a los tres—. Creo que sería bueno que interrogaseis a José e…

—¡Toooma! —gritó Daniel elevando sus brazos y dando luego una

palmada—. Perfecto, te aseguro que le sonsacaremos dónde…

—E intentéis averiguar dónde se encuentra el hechicero supremo —acabó diciendo ella ante la irrupción de Daniel.

Daniel arqueó una ceja.

—Bueno, y el grimorio también nos interesa, ¿no?

—Nos interesan ambas cosas —recordó ella.

Aitor se acercó y miró también su reloj.

—De acuerdo, entonces, ¿cenamos y vamos para allí?

Anael asintió, aunque dudosa.

—Sí —los señaló—, pero no quiero nada de agresividad —comentó a modo de orden—, intentad sonsacarle información sin… sin tener que…

—¿Golpearle? —se burló Miguel. Se encogió de hombros—. Claro, tranquila, ya tenemos otras tácticas para asustarlo y que nos dé la información que necesitamos.

Anael arqueó una ceja ante aquellas últimas palabras de Miguel, aunque prefirió ignorar el comentario.

Eran las nueve de la noche cuando Daniel detuvo el todoterreno detrás del que había llevado hasta allí Miguel.

Se habían dividido en dos grupos. Aitor, Miguel, Lucas y Anael iban en el primer todoterreno, mientras que Víctor, Marcos y él iban en el segundo.

Habían esperado durante media hora, asegurándose de que José se encontrase solo en el domicilio, pues, como todos sabían, José tenía una amiga con la que pasaba bastantes noches. Aquella no parecía ser una de ellas.

Daniel miró hacia los lados a través de las ventanillas del vehículo. ¿Por qué tenía la sensación de que lo espiaban? Sin embargo, no había nadie paseando por las calles. A aquellas horas y con el invierno a la vuelta de la esquina la temperatura caía en picado y no superaban los diez grados. Por suerte, los uniformes que portaban los abrigaban lo suficiente en invierno como para no pasar frío y en verano los mantenía frescos.

—Debe de estar viendo una película —comentó Víctor desde el asiento trasero.

Marcos se encogió de hombros.

—No sé qué dan hoy por la tele —respondió como si nada.

Daniel volvió a mirar de un lado a otro.

—¿Vosotros no sentís como si nos espiasen? —preguntó angustiado.

—No —respondieron al unísono sus compañeros.

—Parece que va a llover —continuo Marcos mirando al cielo.

—O a nevar… —dijo Víctor.

—Aún no hace frío suficiente como para nevar —contestó Marcos.

Daniel chasqueó la lengua, cogió el *walkie* y lo llevó hasta sus labios.

—¿Vamos a hacer algo ya o qué? —preguntó con impaciencia—. Llevamos más de media hora aquí, ¿a qué esperamos?

Pudo ver cómo en el todoterreno aparcado justo delante sus compañeros se removían en el interior.

Aitor resopló mientras cogía el *walkie* y se giraba hacia Anael que permanecía sentada en el asiento trasero.

—¿Te quieres calmar? —preguntó Aitor por el *walkie*. Llevaban semanas encerrados en aquel subterráneo sin dejar de entrenar y estaban deseando salir, aunque fuese para interrogar a José—. ¿Vamos ya? —preguntó hacia Anael, la cual se mantenía en silencio.

Cuando habían llegado y aparcado el vehículo Anael les había pedido unos minutos para observar antes de actuar, desde entonces no había dicho nada más y habían estado a la espera de que ella les confirmase.

—Parece que no va a venir nadie esta noche —susurró ella sin apartar la mirada de la puerta de la vivienda de José.

—Entonces… ¿vamos ya? —repitió Lucas también con ansiedad.

Ella giró su cuello y miró a Aitor.

—De acuerdo. Id y… —Guardó silencio cuando automáticamente abrieron sus puertas para salir, parecían desesperados. Ella resopló—. Por favor… tened cuidado.

Daniel, Víctor y Marcos que habían reaccionado de inmediato al ver a sus compañeros salir del todoterreno se acercaron rápido hacia ellos.

—Descuida —pronunció Aitor hacia Anael con una sonrisa tranquilizadora.

—Y no hagáis ninguna locura —suplicó ella rápidamente.

Daniel que había llegado hasta la puerta trasera abierta del todoterreno la miró divertido.

—¿Por qué dices eso? Ni que no nos conocieses… —ironizó Daniel.

—Precisamente por eso, porque os conozco —apuntó ella.

—Tranquila, Anael, nos portaremos bien —le aseguró Víctor. Anael suspiró—. De verdad que sí —insistió él.

Daniel la miró mientras Aitor le tendía un pasamontañas para que se cubriese el rostro.

—¿Vienes con nosotros?

Ella negó.

—No, me quedo aquí. Esto es asunto vuestro —indicó ella sentándose correctamente en el asiento.

Aquel comentario llamó la atención de todos que la miraron mientras se ponían los pasamontañas.

—No intervienes en los conjuros a los demonios ni estás presente en nuestros entrenamientos cuando luchamos contra demonios… —Aitor

la miraba confuso—, ¿hay algún problema?

—No, ninguno. Es solo que a los ángeles no se nos permite interferir en la vida de los humanos —respondió como si nada—. Iré a casa de Santiago. Prefiero que no me vean con vosotros…

Todos enarcaron una ceja en su dirección.

—¿Te avergüenzas de nosotros? —bromeó Daniel.

—No —contestó ella mirándolo seriamente, lo que provocó que Daniel borrase su sonrisa bobalicona de su rostro—. Pero muchos demonios me conocen y no tengo ganas de que vayan chismorreando. A los demonios les encanta cotillear. No creo que sea bueno que en el infierno sepan que estoy colaborando con vosotros. —Se echó hacia delante y cogió la puerta—. Sed buenos.

Daniel pestañeó repetidas veces hacia ella.

—¿Y cuándo no lo somos? —ironizó él extendiendo los brazos en su dirección.

Lo último que escucharon fue el suspiro de Anael mientras la puerta se cerraba.

Daniel sonrió divertido. Les imponía que fuese un ángel, pero no tanto como esperaban. Lo cierto era que ella no había cambiado su forma de ser con ellos y, además, parecía disfrutar de su compañía y sus conversaciones.

Aitor miró hacia la casa y se giró hacia sus compañeros.

—Bueno, ¿cómo lo hacemos? ¿Llamamos al timbre? —preguntó dudoso.

Daniel acabó de ponerse el pasamontañas y se aseguró de que en el cinturón llevaba unas cuantas dagas y armas.

—Yo voto por hacer una entrada triunfal… —contestó con los brazos abiertos hacia ellos—, para acojonarlo, ya sabéis —dijo encogiéndose de hombros. Aitor suspiró mientras se ponía también el pasamontañas—. ¿De verdad pretendes llamar a la puerta con un pasamontañas puesto? —bromeó Daniel—. ¿Crees que te abrirá? —ironizó.

—No, tienes razón… —contestó Aitor—, además, joder, estos pasamontañas pican, ¿de qué están hechos?

—A lo mejor eres alérgico a la lana —contestó Víctor—, a mí no me pica.

—A mí también me pica —respondió Miguel rascándose.

—Bueno, entonces… ¿qué? —insistió Daniel.

—Hay que pedir al CNI que nos entreguen pasamontañas de licra, por Dios —pronunció Miguel rascándose.

—En cuanto lleguemos de la misión los pido —contestó Aitor.

—Entonces… si os pica el pasamontañas quitáoslo y llamad a la puerta —continuó Daniel que estaba deseando entrar en acción—. Víctor, Lucas y yo que no tenemos ese problema iremos por atrás… —

Miró a sus compañeros divertido—, de verdad que me apetece una entrada a lo grande.

Aitor se quitó el pasamontañas y resopló.

—De acuerdo —dijo como si se le agotase la paciencia y comenzó a caminar hacia la entrada—, haced lo que queráis.

—Bien —susurraron los tres con los puños apretados.

Aitor caminó junto a Miguel y Marcos hacia la puerta mientras observaba cómo sus compañeros se dirigían a la parte trasera. Se pasó la mano por el cabello, despeinándose, y miró a sus compañeros. Miguel y Marcos observaban alrededor, asegurándose de que no hubiese nadie cerca.

Aitor llamó al timbre y colocó sus manos por detrás.

Los tres escucharon los pasos que se acercaban a la puerta.

José abrió lentamente y miró. Tuvo que elevar su cabeza, pues Aitor le sacaba más de dos palmos.

José vestía con una bata larga de color negro con rallas rojas atada con un cinturón alrededor de su barriga. Bajo la bata asomaban sus piernas desnudas con unos calcetines blancos. Estaba claro que estaba de relax, pues el poco cabello que tenía en la cabeza lo tenía alborotado.

Todos fueron conscientes del mismo momento en que los reconocía. No era solo porque Miguel y Daniel se habían infiltrado en la organización secreta satanista de Lugo, sino porque él mismo había sido el encargado de invitarlos a la noche en que realizarían el conjuro para abrir la botella de Astaroth. Los había engañado, pues ellos eran las víctimas que pretendían dar en sacrificio.

—Oh, oh —dijo José tragando saliva.

Instintivamente intentó cerrar la puerta, pero Aitor metió su mano en medio evitando que lo hiciese.

—Nooo —gimió José empujando desde el otro lado.

Aitor enarcó una ceja hacia sus compañeros que ponían los ojos en blanco. Estaba claro que les temía y que era consciente de las habilidades que poseían.

—Dejadme o llamaré a la policía… —sollozó mientras empujaba con todas las fuerzas la puerta, patinando sobre el parqué.

Aitor suspiró y, sin ningún esfuerzo, abrió la puerta de par en par, rebotando esta contra la pared y provocando que José cayese al suelo.

Aitor fue el primero en entrar y observar cómo se arrastraba huyendo de ellos mientras gemía. La bata se le había abierto mostrando unos calzoncillos tipo *slip* color rojo y el pecho lleno de vello.

Miguel y Marcos siguieron a Aitor y cerraron la puerta tras de sí. Observaron asombrados el comportamiento de José.

—Madre mía, qué dramatismo —susurró Miguel mientras lo veía

arrastrarse sobre el suelo.

Aitor permanecía ante él enarcando una ceja.

—Y qué poco estilo… —dijo Marcos señalándole los calzoncillos rojos—. Por Dios, ¡cúbrete un poco! —le gritó. Avanzó unos pasos hacia él, desesperado con la imagen que veían sus ojos—. ¡Que te cubras! ¡Joder!

Aitor suspiró mientras veía a José ponerse de rodillas, gimiendo y temblando, abrochándose torpemente la bata. Se llevó la mano a la frente y la arrastró. La imagen le parecía surrealista. El jefe de la orden satánica de Lugo arrastrándose por el suelo y gritando desesperado por la incursión de ellos en su vivienda.

Lo miró mientras se ponía en pie y se echaba la bata por encima.

—¡Abróchatela! —ordenó Marcos con urgencia y miró a Aitor—. Mira, jefe… que no nos pagan suficiente para lo que hay que ver, ¿eh?

Aitor se fijó en José, a pocos pasos de ellos. De pie, intentando mantener el equilibrio, pues las piernas le temblaban mientras intentaba abrocharse la bata.

—Vamos a intentar hablar tranquilamente y… —comenzó Aitor.

Tuvo que callarse cuando José gritó y salió corriendo del recibidor tomando el pasillo de la derecha hacia la puerta que conectaba con el jardín trasero, dejándolos a los tres sorprendidos. Los tres arquearon su cuello al ver cómo derrapaba en la esquina para salir corriendo.

—En serio, jefe… que no nos pagan lo suficiente —repitió Marcos dirigiéndose al pasillo, seguido de sus dos amigos y caminando tranquilamente.

José llegó al final del pasillo e iba a agarrar el pomo para salir al jardín exterior cuando la puerta se abrió sin previo aviso y Daniel saltó al interior del pasillo con los brazos abiertos.

—¡Tachán! ¡Sorpresa! —gritó.

José gritó mientras daba unos pasos atrás y se llevaba la mano al corazón. De nuevo volvió a caer y comenzó a arrastrarse por el suelo. Giró su cabeza y gritó cuando se vio sorprendido por Aitor, Miguel y Marcos a su espalda y por delante a Daniel en primera posición y Víctor y Lucas detrás de este, cerrando Lucas la puerta que comunicaba con el jardín.

Aitor enarcó una ceja hacia Daniel.

—¿Contento? —ironizó ante su entrada magistral.

—Sí, mucho. Lo necesitaba —comentó él mientras descendía su mirada hacia José que permanecía paralizado, tirado en el suelo, aunque al menos esta vez la bata se mantenía cerrada—. ¿Qué tal, José? ¿Te acuerdas de nosotros? —preguntó echando la cabeza a un lado—. Pertenecíamos a tu banda… ¿recuerdas? —señaló a Miguel.

Miguel dio un paso hacia delante, con la mirada fija también en José.

—Y nos condenaste a que nos cortasen el cuello —acabó recordando este.

José tragó saliva y miró a ambos lados, nervioso.

—Yo… yo no quería… hice lo que me…

—¿Que tú no querías? —ironizó Daniel agachándose frente a él—. Tú nos invitaste a que fuésemos ese miércoles para la apertura de la botella de Astaroth. Nos engañaste —pronunció muy lentamente.

—Yo… —tragó saliva—, solo seguía órdenes.

—Y ahí quería yo llegar —pronunció Aitor interviniendo en la conversación. Se agachó y lo cogió del brazo para levantarlo—, ¿qué te parece si continuamos esta conversación en un lugar más plácido?

—Sí, claro, claro… —balbuceó José mientras Aitor lo empujaba hacia el comedor.

El comedor era bastante pequeño. Tenía un sofá de tres plazas apoyado contra pared y, frente a esta, una televisión antigua donde retransmitían en ese momento una telenovela. Al lado, había una mesa para cuatro comensales y una estantería donde había algunas fotografías y figuras de porcelana. El lugar no estaba muy limpio, pues sobre los muebles había polvo e incluso la casa olía a cerrado.

Aitor lo empujó hacia el sofá y este cayó de malos modos en él, abriéndose parte de la bata y mostrándole el trasero.

—Ohhh… nooo —se quejó Marcos de nuevo girándose, como si no soportase aquella visión.

El comentario hizo gracia a Aitor que sonrió hacia él, aunque se puso serio en cuanto José se sentó correctamente en el sofá mirando hacia ellos.

Aitor fue hacia una de las sillas, la arrastró por el suelo hasta situarse frente a él y se sentó a horcajadas sobre esta, apoyando los brazos en el respaldo.

—Queremos saber unas cuantas cosas —comentó con tono cordial.

José miró a su alrededor. Sí, tanto a Miguel como a Daniel los conocía y sabía perfectamente quiénes eran, a los otros únicamente los había visto el día en que habían realizado el conjuro para abrir la botella de Astaroth, aunque sabía perfectamente que eran cazadores. Miró a Aitor y tragó saliva.

—¿Cómo se llama el hechicero supremo de Thelema? —preguntó Aitor sin rodeos.

José balbuceó antes de responder.

—No… no lo sé.

Daniel se sentó a su lado y le dio una colleja.

—Venga, va… responde. ¿Quieres que creamos que eres el jefe de la orden satanista de Lugo y que no sabes el nombre del hechicero supremo de Thelema?

—Es que… no lo sé.

—Te escribías mensajes con él —le recordó Aitor.

—Sí, pero… yo lo conozco por el hechicero supremo, no sé nada más —explicó tembloroso.

Miguel se movió por el comedor hasta que halló sobre la mesa el móvil de José. Lo observó y fue hacia él.

—Desbloquéalo —ordenó tendiendo el móvil a José, aunque este no se lo cogió y Miguel acabó tirándoselo.

José titubeó con el móvil entre sus manos temblorosas.

—¡Que lo desbloquees! —ordenó Daniel de nuevo dándole otra colleja. La reacción de José fue inmediata y puso su pin de acceso—. Estupendo —dijo Daniel quitándoselo de las manos—. Vamos a ver… —dijo entrando en su *WhatsApp*—. Raquel profesora… —dijo mientras veía todos los privados que tenía—, ¿esta es tu amiguita, José?

—Mmm… —titubeó de nuevo.

—Vamos, sabemos que tienes una gran vida sexual… —bromeó Daniel.

—Aunque macho, espero que te pongas otros calzoncillos cuando quedas con ella —reaccionó Marcos—. Esos echan para atrás a cualquiera.

José los miraba balbuceando, sin saber qué decir.

—Los compré… de oferta en el mercadillo del pue…

—¡Cállate hombre! —dijo Daniel mientras le daba otra colleja sin apartar la mirada del móvil—. No nos interesa dónde los compraste… nos interesa el número de teléfono del hechicero supremo.

José negó.

—Yo… no… no hablo con él. Solo hablaba con un tal Mateo y este murió —les recordó—. Ese era mi contacto con Thelema.

Aitor resopló y se puso en pie.

—Así no nos ayudas —protestó.

Daniel se puso también en pie y le tendió el móvil a Aitor para que le echase un ojo. Daniel aprovechó para pasear por el comedor, observando.

—¿Y ahora? ¿Tienes contacto con alguien más de Thelema? —preguntó Víctor.

—No —escuchó que respondía José.

—¿Sabes si alguien de la orden satanista de Lugo lo tiene? —preguntó Marcos.

Daniel avanzó hacia la ventana y apartó la cortina para observar, asegurándose de que nadie se dirigía a aquella vivienda.

—Sé… sé que hay una chica a la que reclutaron, se llama Paula, de hecho, vosotros la conocéis…

Daniel se fijó en la esquina. Identificó una silueta que se asomaba para observar, pero al ser consciente de que había sido vista se escondía de inmediato.

—Mierda —susurró apartándose rápidamente de la ventana.

—¿Qué? —preguntó Aitor mirando aún el móvil, buscando cualquier tipo de pista—. ¿Tienes ordenador? —preguntó hacia José. Este asintió—. ¿Dónde?

Daniel se giró y corrió hacia el pasillo que daba a la puerta trasera por la que se accedía al jardín. Estaba seguro de que los seguían. Había tenido ese presentimiento desde hacía tiempo. Alguien los observaba desde la oscuridad, a escondidas. Sus compañeros lo habían tomado por un loco, pero él sabía que no era así. Aquella silueta permanecía escondida, espiándolos, y no pensaba dejar que se marchase esta vez.

—Enseguida vengo —gritó Daniel abriendo la puerta trasera para acceder al jardín.

5

Valeria se frotó las manos enfundadas en sus guantes mientras observaba tras la esquina.

Miró a su alrededor, asegurándose de que nadie la seguía y volvió a observar hacia delante justo cuando vio cómo de los dos todoterrenos salía aquel equipo de cazadores y la mitad de ellos se dirigía a la puerta principal y la otra a la puerta trasera.

Había estado vigilando la casa de José aquellas últimas semanas por si se daba el caso de que recibiese la visita del hechicero supremo de Thelema, pero no había sido así.

Parpadeó sorprendida cuando los tres hombres entraron en la casa mientras escuchaba los gritos de José, aunque rápidamente fueron amortiguados cuando se cerró la puerta.

Suspiró y avanzó hacia delante, escondida tras los coches aparcados en la acera, hasta la siguiente esquina desde donde podría observar mejor.

Desde que Astaroth había sido liberado sabía que la vigilaban. Ya lo hacían antes, pero desde que había hecho acto de presencia durante aquella noche y se había descubierto sabía que la vigilaban de cerca. Sabía que Farid no dudaría en dar la orden de matarla en cualquier momento.

Tragó saliva y se asomó para observar aquella vivienda. Se había debatido entre pedir o no ayuda a los cazadores, sabía que estaban de su lado, pero no quería trabajar con nadie más. Sintió cómo el corazón se le rompía de nuevo al recordar a su hermano.

Farid le había arrebatado todo lo que ella amaba y sabía que no dudaría en acabar con todos los que la rodeaban hasta dar con ella.

Se abrazó a sí misma mientras observaba, dejando pasar los minutos, controlando de vez en cuando a su alrededor.

Se asomó a la esquina, pero los coches le tapaban prácticamente la

visión. Pensó en acercarse a la ventana, pues suponía que los cazadores debían de estar interrogándolo. Era posible que le sacasen alguna información que ella necesitaba para dar con Farid.

Iba a avanzar hacia la ventana a hurtadillas cuando se dio cuenta de que uno de esos cazadores la observaba fijamente desde la ventana.

—Mierda —susurró echándose al lado, escondiéndose de nuevo.

Sintió su corazón acelerado. ¿La habían descubierto?

—Joder —farfulló mientras volvía a asomarse a la esquina. Observó mientras intentaba controlar su respiración. No había movimiento. Había visto claramente cómo uno de ellos miraba en su dirección, con suerte no la habría visto o no le daría importancia. Pensaría que era simplemente una vecina de la zona.

Tragó saliva y dio unos pasos atrás para apoyarse contra el bloque. El frío, a aquellas horas, era intenso. Miró hacia el cielo totalmente encapotado y sintió cómo una gota de lluvia caía sobre ella.

—Perfecto —susurró mientras se pasaba la yema de un dedo por su frente para secar la gota de lluvia. Al momento le cayó otra. Resopló y volvió a asomarse. En peores circunstancias había realizado una ronda de vigilancia.

Iba a dar otro paso hacia la esquina para observar cuando sintió una presencia justo detrás. Sus sentidos se pusieron alerta.

—Tú —escuchó una voz masculina tras ella.

Se giró de inmediato y alzó su brazo para golpear a quien se encontrase tras ella. Sabía que los hombres de Farid la buscaban y que no dudarían en acabar con ella si la encontraban. No pensaba rendirse fácilmente, lucharía con todas sus fuerzas.

Daniel esquivó sin problema el puñetazo de ella y la miró sorprendido.

—Menudo gancho —pronunció asombrado por el gesto de ella.

Sus miradas se encontraron. Durante unos segundos Valeria se quedó aturdida, pero lo identificó rápidamente. Él era uno de los cazadores que había entrado en aquella vivienda, seguramente el que la había visto desde la ventana… aunque no lo había visto salir. Además, era el mismo que se había cruzado en su camino la noche en que habían liberado a Astaroth.

Pese a que sintió alivió al descubrir que no era uno de los matones de Farid, sus nervios crecieron al ser descubierta.

Tomó carrerilla e impulsó su pierna hacia arriba para golpear en el pecho a Daniel, pero este volvió a esquivarla sin problema.

—Sí, eres buena luchadora —concluyó él divertido. Tuvo que agacharse de nuevo cuando Valeria volvió a lanzar su puño contra él —. ¿A qué viene tanta agresividad? —preguntó sin comprender, pues aquella muchacha parecía decidida a darle una paliza.

Valeria dio un paso hacia atrás y se situó en posición de ataque, con

sus puños hacia arriba. Daniel enarcó una ceja.

—Eres uno de los cazadores —susurró ella. Daniel parpadeó varias veces—. Por tu culpa Astaroth fue liberado —gritó y tomó carrerilla para volver al ataque.

Daniel se echó hacia atrás para esquivar su puñetazo y posteriormente se echó a un lado esquivando la rodilla de ella.

—Sí, te recuerdo bien —comentó Daniel con una sonrisa, como si la actitud de la joven le divirtiese—. Tú eres la loca que comenzó a dispararnos… —Detuvo su brazo a escasos centímetros de su rostro, evitando que le golpease.

—¿Disparar como una loca? —Se quejó ella—. Si no hubieseis intervenido podría haber acabado con el hechicero supremo antes de que abriese la botella —rugió.

Separó su brazo de la mano de él y volvió a arremeter contra él. Sí, demasiada tensión acumulada aquellas últimas semanas. Giró sobre sí misma e intentó golpearlo con la pierna, pero Daniel esquivaba sin ningún problema todos sus envites.

—¿De verdad crees que vas a poder golpearme? —ironizó él.

Aquel comentario la enfureció más y se agachó para golpearle los pies rodando sobre su propio eje, pero Daniel dio un saltito y cayó de brazos cruzados con el cuello ladeado y una ceja enarcada. Aquella actitud desesperó más aún a Valeria que intentó golpear su pecho y posteriormente su rostro, pero era imposible, Daniel esquivaba sin dificultad cada uno de sus golpes.

Daniel resopló y justo cuando Valeria iba a golpear su rostro cogió su muñeca, sujetándosela. La miró fijamente y la hizo rodar hacia la pared del edificio sin ningún esfuerzo. Había olvidado que estaba luchando contra un cazador. Valeria inspiró con fuerza y cuando se giró para contrarrestar el golpe Daniel la empujó levemente para volver a golpear su espalda contra la pared.

—Quieta —ordenó él. La miró de la cabeza a los pies. Sí, recordaba a aquella muchacha. En medio de la batalla para hacerse con la botella se habían sucedido una decena de disparos alocados en dirección al altar. En un principio había pensado que se trataba de sus compañeros, posteriormente se había dado cuenta de que el que disparaba era uno de los hombres que se encontraba bastante alejado del altar, con la capucha por encima cubriendo su rostro. Su sorpresa había sido mayúscula al luchar contra él y descubrir que, en realidad, se trataba de ella. La miró de arriba abajo. Era una chica delgada y esbelta, y, sin duda, había recibido clases de lucha, pues sabía defenderse perfectamente. Se fijó en su cabello negro por el hombro y en sus enormes ojos marrones. Era una chica preciosa. Ambos se miraron durante unos segundos hasta que Valeria hizo un gesto para salir corriendo, pero Daniel la detuvo de nuevo colocando una mano

en su estómago—. No vas a marcharte —pronunció, y durante unos segundos miró en dirección a la casita de José—, ¿por qué nos estás espiando?

Pudo observar cómo Valeria tragaba saliva y miraba de reojo también en dirección a la casa de José. Esperó unos segundos, pero ella no respondía. Se acercó un poco más, en actitud desafiante.

—¿Perteneces a Thelema? —preguntó.

Ella lo miró de la cabeza a los pies.

—¿A Thelema? —gritó molesta por la pregunta, como si hubiese recibido un insulto.

—¿Qué haces entonces siguiéndonos?

Valeria iba a contestar, pero observó cómo Daniel se ponía erguido y se quedaba paralizado unos segundos. Daniel inspiró lentamente. Hacía tanto tiempo que no sentía aquella brisa, aquella corriente de aire provocada por aquellas bestias… sintió cómo el vello de la nuca se le erizaba. ¿Cómo era posible? Llevaban casi un año allí y hasta el momento no se habían topado con ningún vampiro, sin embargo, aquella electricidad que conducía el viento, aquel olor… solo podían ser ellos.

En un movimiento extremadamente rápido llevó su mano al cinturón mientras se giraba y extrajo una daga. Solo tuvo tiempo a detener la embestida del vampiro que lo precipitó contra ella golpeándose ambos contra la pared.

—Ahhh —gritó Valeria intentando quitarse de encima a Daniel. No parecía ser consciente de lo que ocurría, pues Daniel que se encontraba situado ante ella le había privado de toda visión—. ¡Quita! —gritó ella golpeándole en las costillas.

Daniel resopló e ignoró los golpes y gritos de ella y se fijó en el vampiro a pocos metros de él. Se había lanzado contra ellos con mucha fuerza, por suerte había podido detener el fuerte envite arrojando al vampiro unos metros por delante, dándole el suficiente tiempo para prepararse.

—¡Que te quites! —volvió a gritar ella golpeándole.

—¡Estate quieta! ¿O es que quieres que nos mate? —le preguntó situándose ante ella para intentar protegerla.

—¿Qué? —preguntó Valeria a su espalda, sorprendida por el gesto de él.

¿Qué estaba ocurriendo allí? Daniel se encontraba de espaldas a ella sin dejarle ver nada por delante. El tono que había empleado la había puesto en alerta. Se inclinó hacia un lado para observar tras la figura de Daniel.

Sintió cómo su corazón se paralizaba y se le cortaba la respiración. Había oído hablar de ellos, pero jamás había visto uno en persona.

A pocos metros de ellos, a cuatro patas, se encontraba una figura

semihumana. Su piel era totalmente blanquecina, tirando al azul, no tenía un solo cabello en su cabeza. Sus orejas eran picudas, igual que su nariz que era exageradamente grande para lo que era su rostro, con una forma aguileña. Sus ojos eran totalmente negros, a conjunto con la vestimenta que llevaba, aunque lo que más llamó su atención fueron los enormes colmillos que salían de entre sus labios, afilados y húmedos.

—¡Por Dios! —gritó ella escondiéndose tras la espalda de Daniel—. ¿Qué es eso? —gritó cogiéndose a sus hombros acelerada y lo movió repentinamente, provocando que Daniel chasquease la lengua.

El vampiro gritó en su dirección provocando también que Valeria gritase.

—¿Qué narices están haciendo aquí? —preguntó Daniel más para él que para Valeria.

—¿Y yo que sé? —gritó ella como si él le hubiese formulado aquella pregunta. Se sujetó a su cuello, temerosa—. ¡Mátalo! ¡Mátalo!

Daniel se removió nervioso intentando soltarse del abrazo de Valeria.

—Estate quieta o conseguirás que nos mate… —dijo mientras intentaba escapar de las manos de ella.

—Tú eres un cazador… ¡acaba con él! —gritaba desesperada.

Daniel resopló mientras intentaba quitarse las manos de Valeria de encima, pues en ese momento Valeria buscaba acelerada su contacto, como si así pudiese sentirse protegida.

—Si no te estás quieta no voy a poder —comentó con fastidio mientras intentaba separarse de ella.

Incluso el vampiro ladeó su cuello en su dirección al ver la actitud de ambos.

Daniel se sorprendió cuando otro vampiro aterrizó al lado del primero y ambos se miraron.

—Joder —susurró sorprendido—. ¿Dos?

—¡Hay otro! —gritó Valeria cogiendo su brazo—. ¡Hay otro!

—Que ya lo he visto —gritó él intentando soltarse de su brazo, aunque le era bastante difícil, pues la muchacha parecía realmente aterrada. Puso los ojos en blanco y la empujó hacia atrás situándola a su espalda—. Estate quietecita y no molestes —pronunció extrayendo otra daga.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó ella de los nervios y observó que sujetaba una daga en cada mano. Ella extrajo un cuchillo de su cinturón y se lo mostró—. ¿Necesitas ayuda?

—¡Nooo! —gritó bastante desesperado—. ¡Necesito que te estés quieta de una vez! ¡Voy a hacer lo que mejor se me da!

Dicho esto, desapareció de delante de ella y apareció en medio de los dos vampiros.

—¡Joder! —gritó Valeria sobresaltada. Sabía que los cazadores eran rápidos y que contaban con una fuerza superior a la de cualquier humano, pero no esperaba que fuese tan impactante verlo en persona.

Sujetó con fuerza el cuchillo por delante de ella como si así pudiese defenderse. De hecho, lo haría. Sí, se había sobresaltado al verlos aparecer, jamás había visto un vampiro y era aterrador, pero ella había sido instruida para luchar desde niña y, una vez pasado el primer impacto, se encontraba lista para combatir contra ellos, aunque cuando vio cómo los vampiros también desaparecían a la misma velocidad que él esquivando las dagas con las que Daniel los atacaba se lo planteó y dio un paso atrás. Sí, quizá en esta ocasión era mejor dejarle hacer a él.

—Vamos, ¡dale! —gritó animándolo—. ¡Acaba con él! —Daniel pestañeó repetidas veces, sorprendido por los gritos que le llegaban mientras se agachaba para esquivar las uñas del vampiro—. ¡Cárgatelo! —exclamó Valeria.

Daniel giró sobre sí mismo y miró hacia Valeria, la cual se encontraba a pocos metros de él, dando saltitos y animándolo como si se tratase de una colegiala que acude a ver un partido de fútbol donde compite su pareja. Enarcó una ceja en su dirección y se agachó de nuevo esquivando las garras del vampiro. Se puso erguido y empujó de una patada al vampiro que tenía a su izquierda. Se giró rápidamente para esquivar las garras del segundo y desapareció de la vista de este apareciendo a la espalda del vampiro, clavando la daga justo entre los omoplatos. El vampiro cayó al suelo, abrió la boca y vomitó una gran cantidad de sangre negra.

—Puaaaj —escuchó que decía Valeria.

Clavó más la daga en el vampiro hasta que este se desplomó sin vida en el suelo y comenzó a desintegrarse creando una nube de cenizas negras que fue arrastrada por el aire.

Daniel resopló y miró directamente hacia la vivienda de José.

—Ehhh —gritó en aquella dirección. Por Dios, sus compañeros interrogando tranquilamente a José mientras él luchaba contra dos vampiros. —Joder… ¡ehhh! —gritó de nuevo—. ¿Están sordos o qué? —Ninguno de sus compañeros se asomaba a la ventana o salía afuera de la vivienda para observar qué ocurría.

Su cuerpo entró en tensión cuando observó cómo el segundo vampiro, al otro lado de la calle, lo miraba desafiante y lentamente giraba su cuello hacia Valeria que seguía gritando, animándolo.

—¡Toma! ¡Uno menos! ¡Ve a por el otro! —le gritó, aunque cerró la boca y entró en pánico cuando se dio cuenta de que sus gritos estaban llamando la atención del segundo vampiro. Al ver su mirada clavada en ella dio unos pasos hacia atrás y elevó la mano donde llevaba el cuchillo—. Ni se te ocurra acercarte —le amenazó, aunque no pareció

surtir el efecto que esperaba en el vampiro.

De repente, el vampiro apareció frente a ella sin esperarlo.

—Ahhh —gritó cayendo al suelo, aunque rodó sobre la acera y cogió el cuchillo, lo que no esperaba era que los movimientos del vampiro fuesen tan rápidos. Se vio impulsada hacia arriba, notando cómo las garras del vampiro elevaban su cabeza por el pelo—. ¡Ayuda! —gritó.

Daniel puso los ojos en blanco mientras se dirigía hacia allí a toda prisa y golpeó con el codo la cabeza del vampiro impulsándolo hacia atrás, haciendo que el vampiro se alejase unos metros por el aire.

Valeria cayó al suelo de rodillas y suspiró mientras sujetaba de nuevo el cuchillo en su mano. Ascendió la cabeza y observó a Daniel que la observaba con una ceja enarcada, a su lado.

—¿Estás bien? —preguntó. Ella apretó los labios y se puso rápidamente en pie, echando el brazo hacia delante, apuntando al vampiro con el cuchillo. Daniel la observaba cada vez más sorprendido—. ¿Es una daga de plata?

Ella lo miró extrañada.

—¿De plata? No —respondió como si fuese lo más obvio.

—Pues guárdatela. No vas a hacer nada con eso —explicó acelerado, aunque luego la miró con sorna—. Quizá el vampiro la use como mondadientes cuando acabe contigo.

—Ja, ja… qué gracioso —se burló ella con los dientes apretados mientras observaba al vampiro ponerse en pie. Clavó la mirada en ella, como si se tratase de un festín que deseaba. Aquella actitud la puso realmente nerviosa.

—¿Qué le has hecho a ese vampiro para que te mire así? —preguntó asombrado.

Sí, el vampiro parecía estar deseando clavar sus colmillos en ella.

—¿Vas a acabar con él o no? —preguntó acelerada al ver que el vampiro adoptaba de nuevo una posición para atacar, dispuesto a salir despedido hacia ella sin importarle lo más mínimo que hubiese un cazador allí.

—Quizá, si me lo pides por favor —insistió él.

Valeria dio un paso atrás, asustada.

—Por favor… por favor… —reaccionó rápidamente.

El vampiro salió despedido hacia ella.

—¿Ves? Con educación se consiguen muchas cosas —ironizó él desapareciendo al acto de su lado y apareciendo a unos metros de ella, interceptando al vampiro que se dirigía para atacarla. Lo cogió por el cuello y directamente lo impulsó de un golpe sobre la acera. El vampiro se revolvía de los nervios, con una necesidad brutal de ir a por la muchacha. Daniel se situó sobre él bloqueándolo con la rodilla para que no escapase—. Fíjate, está loquito por tus huesos.

—¿A qué esperas? —gritó ella de los nervios—. ¡Acaba con él!

Daniel inspiró con fuerza, alzó su mano y clavó la daga de plata en el centro de su pecho.

Pudo escuchar el suspiró de Valeria tras él cuando el vampiro se desintegró y las cenizas fueron arrastradas por la suave brisa calle abajo.

Daniel miró de un lado a otro asegurándose de que no recibían ninguna visita más y se puso en pie mientras guardaba la daga en su cinturón.

Era extraño. Aquel último año habían recorrido los bosques y aldeas en busca de vampiros, hombres lobo y brujas. No habían encontrado nada y, sin embargo, justo cuando iban a interrogar a José, el jefe de la banda satanista, él se encontraba a aquella muchacha espiándolos y luego los atacaban. ¿A qué venía todo eso?

Quizá aquella muchacha tuviese información valiosa que darles. Se giró para enfrentarla de nuevo, con una sonrisa de victoria y autosuficiencia en su rostro, pero pestañeó repetidas veces sorprendido al verla correr despavorida calle abajo. ¿A dónde se creía que iba?

6

Valeria no esperó a que el cazador se girase hacia ella. Debía escapar de allí como fuese.

Sabía perfectamente quién había enviado a esos vampiros a por ella, no era tonta, llevaba toda su vida en aquel mundo y sabía cómo funcionaba.

Lo mejor era alejarse lo máximo posible de allí, de aquellos vampiros, de aquella ciudad y, sobre todo, de aquellos cazadores. Sabía que irían a por ella en cualquier parte del mundo, pero llamaría mucho más la atención junto a aquel grupo que en solitario. Siempre había sido una mujer que se valía por sí misma y así seguiría.

Corrió calle abajo y se giró para observar en dirección a donde se encontraban el vampiro y el cazador. Del vampiro ya no quedaba nada, solo pudo atinar a ver las cenizas que se desintegraban en la brisa y respecto al cazador… Ralentizó su paso al no verlo. ¿Dónde estaba?

Se giró justo para golpearse con el pecho de Daniel que se materializó ante ella.

—Ahhh —gritó dando unos pasos hacia atrás.

Daniel la miró extrañado.

—¿A dónde vas? —preguntó sin comprender.

Ella dio unos pasos atrás recuperando el equilibrio y se puso erguida.

—Me marcho —pronunció totalmente tiesa—. Gracias por… —Él la miró sin comprender—, por la ayuda.

—¿La ayuda? —ironizó—. Te he salvado la vida.

—Sí, eso… —dijo rodeándolo para seguir su camino, pero Daniel la cogió por el brazo evitando que se alejase.

—Aún tenemos mucho de qué hablar.

—¿Mucho de qué hablar? —preguntó ella intentando soltarse de su

mano sin conseguirlo. Resopló y volvió a mover el brazo bruscamente —. ¿Puedes soltarme, por favor?

Daniel la miró fijamente, evaluando la opción, aunque Valeria se sorprendió cuando lo vio negar.

—No —dijo directamente y tal y como pronunció aquello se agachó y se la echó al hombro.

—Ahhh —gritó ella que comenzó a golpearle la espalda—. ¿Qué haces?

—No tengo ganas de correr detrás de ti todo el rato —pronunció con los dientes apretados mientras iniciaba el camino en dirección a la casa de José.

Valeria golpeó su espalda con los puños.

—¡Suéltame! Sé caminar solita —gritó, y acto seguido echó su mano hacia delante intentando golpear su rostro, pero Daniel la detuvo con su mano.

—Sí, ya sé que sabes caminar solita… y que también sabes correr —apuntó.

Ella rugió y volvió a golpearle la espalda con todas las fuerzas que pudo. ¿Por qué no se inmutaba? Resopló al recordar que estaba tratando con un cazador. Había escuchado hablar mucho sobre ellos, pero jamás había tratado con uno en persona. Desde pequeña le habían explicado sobre ellos, sobre esas personas que nacían con dones sobrenaturales y que eran reclutados por el gobierno en organizaciones secretas para luchar contra fuerzas del mal. Según su padre, muchos pecaban de egocentrismo y prepotencia… ahora comprendía el porqué.

Se giró para ver la dirección que habían tomado.

—¿A dónde me llevas? —le gritó.

—¿Por qué nos estabas espiando? —le respondió él con otra pregunta.

Ella rugió y volvió a golpearle con los puños.

—Maldito seas, animal —gritó desesperada—. ¿Qué forma es esta de llevarme? ¿Te crees muy gracioso?

Daniel sonrió divertido mientras la sujetaba por la cintura para que no se le escapase, pues la muchacha no dejaba de removerse.

—La verdad es que sí, en el grupo me consideran bastante gracioso —apuntó divertido.

—¡Que me sueltes!

Daniel subió el escalón del portal y abrió directamente la puerta de la vivienda de José. Entró al recibidor y la soltó sobre el suelo mientras cerraba la puerta con la mano.

—Pórtate bien —dijo cogiéndola de la muñeca.

Ella intentó soltarse.

—¿O qué? —gritó.

—Serás desagradecida… ¡después de salvarte la vida!

—¿Qué está pasando ahí? —escuchó la voz de Aitor que provenía del comedor.

Daniel resopló y tiró de Valeria hacia el comedor. Tal y como había imaginado, José aún se encontraba sentando en el sofá, con la bata semiabierta mostrando los calzoncillos rojos, el resto se mantenía de pie a su alrededor, excepto Miguel que permanecía sentado a la mesa frente a un portátil encendido.

Todos se giraron confundidos al escuchar una voz femenina.

Daniel apareció en el comedor hecho una furia, arrastrando a una muchacha de la mano. Todos se sorprendieron al verlos.

—¿Estáis sordos o qué? —les gritó Daniel soltando finalmente a Valeria de la mano. Pudo ver cómo todos se quedaban estáticos y miraban hacia la muchacha sorprendidos. Aquello lo alteró más—. Os he estado gritando desde la calle, joder… ¡había dos vampiros!

Aitor lo miró extrañado.

—¿Dos vampiros? —preguntó sorprendido.

—Sí, joder… ¡a ver si vais a necesitar todos sonotone! —gritó hecho una furia mientras se señalaba el oído—. ¡Aquí todos tan tranquilos y yo teniendo que vérmelas con dos vampiros! ¡No me creo que no hayáis oído los gritos!

Aitor situó sus dos manos por delante como si repeliese un ataque.

—Pues no los hemos oído, de verdad, si no hubiésemos salido —respondió con voz tranquila, intentando infundir algo de calma en su amigo.

Daniel resopló y se arrastró la mano por la cara como si estuviese agotado.

Aitor miró a la muchacha que permanecía a su espalda. Tenía un rostro familiar. Dio un paso hacia delante y ladeó su cabeza.

—¿Nos conocemos? —preguntó a la muchacha.

—Oh, sí… —reaccionó Daniel como si hubiese olvidado que ella se encontraba allí—. Estaba espiándonos detrás de la esquina —la señaló haciendo que ella se removiese nerviosa—. Y sí… —dijo girándose hacia su jefe—, te suena porque es la misma chica que casi nos deja el culo como un colador la noche en que liberaron a Astaroth.

Hubo un rumor generalizado, como si hiciesen memoria y la recordasen.

Valeria tragó saliva y dio un paso atrás, bastante abochornada por el discursito de Daniel.

—Disparaba hacia el hechicero supremo —se defendió ella—, pero vosotros os metisteis en mi camino.

Daniel puso los ojos en blanco y se giró hacia ella.

—Pues yo creo que fue al revés. Tú te metiste en nuestro camino —dijo extendiendo los brazos hacia los lados realmente enfadado.

—Pues te equivocas —le devolvió el grito ella—. ¿Desde cuándo los cazadores os metéis en temas espirituales? —les gritó—. No deberíais haber aparecido allí esa noche.

Todos observaban confundidos el tira y afloja entre ambos, incluso José parecía haber olvidado que estaba rodeado de cazadores y prestaba toda su atención hacia ellos, ni siquiera pestañeaba.

—Si no recuerdo mal… aquella noche también te puse a salvo. ¡Y ya van dos! —gritó Daniel elevando los brazos hacia el cielo—. ¿Quién da más? —ironizó.

Aitor miraba de la muchacha a su compañero y de su compañero a la muchacha, totalmente sorprendido.

—¿Y quién te lo pidió? —le gritó ella con sus manos convertidas en puños.

—Ah, pero esta noche sí me lo has pedido, ¿verdad? ¡Cuando dos putos vampiros iban a por ti! —Intentó respirar tranquilo para relajarse, pero se giró hacia sus compañeros cabreado como una mona —. ¡Y encima desagradecida!

Aitor se decidió a intervenir.

—A ver… vamos a calmarnos todos —dijo extendiendo las manos hacia delante. Se giró para mirar a sus compañeros, todos permanecían boquiabiertos ante la escena que habían presenciado—, por partes. —Miró a la muchacha—. ¿Cómo te llamas?

Ella se removió incómoda. Prefirió ser sincera con ellos. Aunque su encuentro con aquel cazador no había sido muy agradable luchaban en el mismo bando.

—Me llamo Valeria —contestó—. Valeria Ordóñez.

Daniel se giró hacia ella y dio un paso hacia atrás, acercándose a sus compañeros.

—¿Y por qué, aquí mi compañero Daniel… —continuó Aitor dando un paso adelante y señalándolo—, dice que nos estabas espiando? ¿Es eso cierto?

Valeria se removió nerviosa y tragó saliva. Miró de reojo hacia aquel joven rubio al que llamaban Daniel y asintió.

—Os he estado vigilando desde que aparecisteis aquella noche en la que liberaron a Astaroth —explicó ella sin tapujos.

Aitor la miró no muy seguro.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? —preguntó ella sorprendida—. Que yo sepa los cazadores no deben intervenir en este tipo de cosas… no es vuestra función. —Intentó relajarse—. Me… llamasteis la atención —acabó diciendo con más timidez. Se removió y se mojó los labios—. Llevaba siguiendo a Farid desde Jerusalén cuando…

—Espera, ¿Farid? —la interrumpió Aitor.

Ella lo miró asombrada, sin dar crédito.

—¿No sabéis quién es Farid? —preguntó sin salir de su asombro—. Es el hechicero supremo de la secta Thelema —exclamó con los brazos abiertos hacia ellos. Todos desencajaron la mandíbula—. ¿En serio que no lo sabíais? —seguía exclamando sin dar crédito—. ¿Sabéis realmente a quién os estáis enfrentando? —continuó con su tono de voz receloso.

Aitor alzó la mano hacia ella para que guardase silencio y se giró directamente hacia José, el cual se encontraba totalmente asombrado.

—¿Sabías eso? —le preguntó con un tono de voz mucho más grave que el que había usado con la muchacha.

José no reaccionó al momento, pues estaba totalmente enfrascado en la conversación entre Valeria y los cazadores. Víctor se acercó y le volvió a dar una sonora colleja.

—Responde —ordenó—. Que no tenemos todo el día…

En ese momento pareció despertar de un sueño.

—¿Yo? No, no… qué va…

Valeria hizo un gesto de desesperación.

—¿Cómo va a saber algo este? Es un bobalicón —pronunció señalándolo.

Aitor la miró aún más confundido. Se quedó pensativo un instante.

—De acuerdo, creo que es mejor que continuemos esta conversación en otro lugar —dijo indicando con un movimiento de cabeza a Miguel que se levantase.

Miguel cerró el portátil que estaba examinando y lo cogió.

—No te importa que nos lo llevemos, ¿verdad? —bromeó. José lo miró sin saber qué decir—. Muchas gracias, todos sabíamos que podíamos contar contigo. Por cierto, el móvil también nos lo llevamos. Ya te los devolveremos… o no… vete tú a saber —ironizó divertido.

—Mmm… —Fue lo único que dijo José.

—¿Qué? ¿Qué dices, José? —preguntó Miguel mosqueado.

—Nada, nada.

—Ah, pensaba —comentó lentamente.

Aitor dio unos pasos hacia el sofá donde se encontraba aún tirado José.

—Por tu bien, no dirás nada de lo que ha ocurrido aquí esta noche.

José tragó saliva y negó.

—No, no, claro que no.

—Te vamos a estar vigilando, Joselito —agregó Daniel—. Y créeme, tú no nos verás, pero nosotros a ti sí… cada hora del día —acabó con un tono lúgubre.

—Os aseguro que no diré nada —insistió José.

—Bien, pues… —comentó Aitor que observaba a Miguel dirigirse con el portátil hacia la puerta—, seguramente nos veremos muy pronto. Ha sido un placer hablar contigo esta noche —zanjó y le

sonrió sarcásticamente.

—Igualmen… —comenzó a decir José, aunque se calló al darse cuenta de la tontería que estaba diciendo.

Aitor se giró hacia Daniel y luego miró a la muchacha.

—Llévala a casa —ordenó. Daniel miró de reojo a Valeria—. Creo que tenemos mucho de qué hablar —dijo antes de dirigirse a la puerta de salida.

Daniel dio un paso al frente, situándose ante ella. Le sacaba más de una cabeza y, pese a ello, Valeria no dudó en sostenerle la mirada.

—Te vienes con nosotros —indicó.

—Tengo mi moto aparcada cerca —contestó.

Él chasqueó la lengua.

—Ya, pero… —dijo acercándose a su oído—, serás una presa fácil para los vampiros si vas en moto. Creo que no te conviene. —Ella apretó los labios, pues en ese momento había olvidado la amenaza de los vampiros—. Pero claro, es solo mi opinión… ¿qué prefieres? ¿Vienes en todoterreno? ¿O prefieres ir en tu moto?

Ella resopló y finalmente asintió.

—De acuerdo.

—De acuerdo, ¿qué?

Valeria apretó los dientes.

—De acuerdo que me voy contigo… ¡en todoterreno! —acabó alzando la voz, provocando que Víctor y Lucas que salían por la puerta se girasen.

—Bien —la felicitó Daniel y acto seguido la cogió del brazo—, buena elección.

Daniel conducía tranquilo por las calles de Lugo en dirección a Barxa.

Víctor iba a su lado y detrás iba Lucas en compañía de aquella muchacha llamada Valeria, la cual se mantenía bastante callada.

—Entonces —continuó Lucas—, ¿los vampiros iban a por ella? —preguntó como si ella no estuviese a su lado.

Daniel la observó a través del espejo retrovisor. Valeria se mantenía con la mirada fija en el paisaje que aparecía tras la ventana, sin inmutarse por la conversación.

—Parecían estar desesperados por hincarle el diente —respondió Daniel. Aquellas palabras sí parecieron afectar a Valeria—. Por otro lado, es normal, los vampiros suelen preferir la sangre femenina… —Valeria giró su cabeza hacia él y ambos se miraron unos segundos a través del retrovisor—, suele ser más dulce.

Valeria puso los ojos en blanco y volvió a mirar a través de la ventana. Sabía perfectamente a dónde se dirigían, pues los había seguido decenas de veces hasta su casa, incluso los había llegado a

controlar allí.

—¿Dónde te alojas? —preguntó Daniel.

Ella volvió a girarse y lo miró.

—En el hostal Medievo.

—Se dónde es —indicó Víctor—. Está bastante cerca del centro.

—Sí —respondió ella. Se echó hacia delante—. ¿Qué pasa con mi moto?

Víctor se giró hacia ella.

—¿Qué moto tienes?

—Una Suzuki GSX-1300R Hayabusa —respondió ella.

Víctor silbó, pues parecía conocer esa moto. Valeria sonrió al ver la reacción de Víctor.

—¿A cuánto llega?

—Supera los 300 kilómetros por hora —contestó ella.

—Guauuu… —respondió Víctor—, yo llevé durante un tiempo una Honda CBR1100.

Ella asintió.

—Iguala en velocidad a la mía —contestó ella.

Daniel chasqueó la lengua y suspiró.

—Volviendo al tema que nos interesa… —recondujo la conversación —, ¿es la primera vez que te atacan los vampiros?

Ella resopló y se cruzó de brazos mientras se apoyaba de nuevo en el respaldo.

—Sí —respondió.

Lucas se acercó al asiento de Daniel.

—¿Crees que puede haber un nido por aquí cerca?

Daniel se quedó pensativo.

—¿Un nido? —preguntó ella—. Lo dudo mucho.

Daniel pestañeó y la miró a través del retrovisor.

—Perdona, pero… ¿eres técnica en vampiros? Que yo sepa es la primera vez que te ataca uno.

Ella apretó los labios y lo miró a través del retrovisor.

—Sé perfectamente quién ha enviado a esos vampiros a por mí, no soy idiota —respondió. Aquella respuesta los dejó a todos descolocados. Valeria suspiró y los miró incrédula—. ¿En serio? —preguntó sorprendida—. No tenéis ni idea de a qué os enfrentáis.

—¿Y cómo tú tienes tanta? —preguntó Daniel.

—Porque a diferencia de vosotros, a mí sí me han entrenado desde pequeña para luchar contra los demonios. Sé perfectamente cómo funciona este mundo. —La respuesta sorprendió a todos. Valeria suspiró e intentó calmarse. Puede que fuesen buenos luchando, pero les quedaba mucho por aprender—. ¿Sabéis quién es Lilith?

—La madre de los vampiros, ¿no? —contestó Víctor.

Ella asintió.

—Es uno de los demonios más importantes del infierno, rige sobre todas las bestias malignas de este mundo y sus hijos predilectos son los vampiros. —Resopló—. Estoy segura de que Lilith está ayudando a Astaroth.

Daniel enarcó una ceja y se quedó contemplándola. Aquello le suscitaba dudas.

—¿Y por qué los envía a por ti? —preguntó.

Ella apretó los labios y tragó saliva. Iba a contestar cuando se detuvieron ante la casa. El todoterreno que iba delante entró en el aparcamiento subterráneo y ellos lo siguieron.

—Bienvenida a nuestro hogar —canturreó Lucas.

Valeria observó el enorme garaje. Había visto la casa desde fuera infinidad de veces, sin atreverse a llamar a la puerta.

Daniel aparcó el vehículo al lado del otro y directamente salió.

Valeria abrió la puerta y bajó del todoterreno igual que el resto. El garaje era enorme. A la derecha de los dos todoterrenos había seis enormes motos que llamaron su atención. Fue hacia ellas para observarlas.

Aitor se acercó a ella.

—¿No las usáis? —preguntó observándolas.

—No mucho. Preferimos los todoterrenos, vamos más protegidos y se pueden cargar más armas. —Ella asintió ante la explicación de Aitor—. Vamos, iremos al comedor —le indicó señalándole hacia la puerta.

Valeria se fijó en que al otro lado del enorme garaje había otra puerta que comunicaba con otra habitación, aunque Daniel se situó a su lado tapándole toda visión e indicándole que se dirigiese hacia las escaleras.

Tras subir las escaleras dieron a un gran pasillo donde había numerosas habitaciones, tres a cada lado. Una de ellas mantenía la puerta medio abierta, por lo que Valeria pudo observar que eran las habitaciones personales de cada uno de ellos. Parecían bastante amplias. Siguieron caminando hacia delante hasta dar con un enorme salón dividido por una barra que separaba la zona de estar de la cocina.

Aitor fue directo hacia la cocina y miró que la cafetera estaba vacía. Resopló y la llenó de agua para hacer café.

Valeria avanzó por el comedor observando la enorme cristalera que tenían a modo de ventana. El comedor debía de ser muy luminoso durante el día.

Había varios sofás de tres plazas cada uno y butacones individuales.

Se giró al escuchar unos golpes y se sorprendió cuando la división se había situado alrededor de la mesa e iban soltando todas las dagas y armas que llevaban en los cinturones en una caja. Desde luego iban

bien preparados.

En aquel momento cayó en la cuenta de que todos vestían igual, con un uniforme de color negro bastante ajustado que los protegía hasta el cuello y unas botas de suela gorda.

Fue hacia allí sin saber qué hacer, cohibida ante la situación.

—Lucas, por favor… —dijo Aitor tendiéndole la caja—, lleva las armas arriba. —Miró a Valeria y esta tragó saliva. Le imponía bastante estar rodeada de los cazadores. En el vehículo habían sido amables con ella, excepto el cazador rubio de ojos azules que respondía al nombre de Daniel que, pese a que había salvado su vida, tenía un ligero toque de prepotencia que no le gustaba—. Mi nombre es Aitor, soy el jefe la división de cazadores de España ubicada en Lugo. Él es Marcos —lo señaló—, Víctor, Miguel, Lucas que ha subido arriba y Daniel, al que creo que ya conoces. —Ella asintió—. Bien, Valeria… lo más importante, ¿por qué nos espiabas?

Ella se removió nerviosa y suspiró.

—Os vi el día en que liberaron a Astaroth… vosotros estabais allí, luchando por intentar que la botella no se abriese, igual que yo. —Luego miró a Daniel—. Aunque hubiese sido mucho mejor si no hubieseis intervenido.

Daniel se cruzó de brazos.

—¿Y qué hacía una muchacha como tú en un lugar como ese? —preguntó directamente.

Ella alzó el mentón.

—Pertenezco a la orden secreta de la Aurora Dorada —explicó sin preámbulos—, ¿habéis oído hablar de ella?

Todos se quedaron pensativos.

—¿No la nombró Anael? —preguntó Víctor.

—Sí —respondió Daniel—, cuando nos explicó cómo se había creado la organización secreta Thelema.

Valeria asintió.

—Dicen que nuestra organización fue creada en Inglaterra a finales del siglo diecinueve, pero nuestra orden es mucho más antigua, solo que ha recibido otros nombres. —Miró a Daniel—. Mi padre ya pertenecía a ella, y mi abuelo, y mi bisabuelo… provengo de una larga dinastía perteneciente a la orden de la Aurora Dorada, al igual que la mayoría de sus miembros. Sus conocimientos y el estudio de la magia pasan de generación en generación. —Se apartó un mechón de cabello negro de los ojos situándolo tras su oreja—. Aleister Crowley se unió a nuestra orden, pero tras el mal uso que hacía de la magia fue expulsado y fue cuando creó Thelema —continuó—. Nuestra orden siempre ha practicado la magia blanca. Crowley tenía un aura oscura. Nosotros siempre hemos usado los conocimientos ancestrales para el bien y para luchar contra los entes malignos y nos hemos posicionado

en contra de un mal uso de esta. —Inspiró aire mientras ordenaba las ideas—. Farid Ansari es el hechicero supremo de Thelema. Llevamos siguiendo sus pasos desde hace muchos años.

—¿Sabes dónde podemos encontrarlo? —preguntó Aitor rápidamente.

Ella apretó los labios.

—Es un jeque árabe con domicilio en Abu Dabi, donde es propietario de yacimientos de gas y de petróleo. Es muy escurridizo. —Se removió nerviosa—. Lo cierto es que nos es muy difícil dar con él. Mi organización controla satélites, tiene espías por gran parte del globo y, pese a todo, se nos escapa —explicó molesta—. Llevamos años tras él. —Apretó los labios y se quedó pensativa. Suspiró y miró al jefe de la división—. La orden de la Aurora Dorada siempre ha mantenido bajo vigilancia a Thelema mediante espionaje, infiltrados… así que cuando nos enteramos de cuáles eran sus planes…

—¿Por eso interviniste aquella noche? —preguntó Daniel.

Ella negó.

—Habíamos intervenido mucho antes —susurró y cerró los ojos unos segundos intentando mitigar el dolor que le causaba explicar aquello. Sabía que era necesario, que en parte los necesitaba. Ya había visto de lo que era capaz Astaroth y estaba segura de que irían a por ella y a por toda su organización, así que, tanto si quería como si no, necesitaba a los cazadores. Ahora tenía una mínima oportunidad de poder colaborar con ellos, ya se lo había dicho Yosef, que podían convertirse en aliados, ¿por qué no? ¿Por qué desperdiciar aquella oportunidad? Miró de reojo a Daniel y se cruzó de brazos como si de aquella manera pudiese protegerse del dolor que sentía al rememorar aquellos recuerdos. Tragó saliva y los miró a todos—. Nos enteramos de que sus planes eran hacerse con la botella de Astaroth para así traer el infierno a este mundo, pero esa botella aún no había sido descubierta —explicó lentamente—. Gracias a unos planos antiguos y a documentación que tenemos en la organización conseguimos averiguar posibles ubicaciones donde podía encontrarse el recipiente. Héctor y yo fuimos enviados a Jerusalén para dar con ella. —Tragó saliva y se mordió el labio—. La encontré… —susurró—, tuve la botella en mis manos… —acabó diciendo con ojos llorosos—. Íbamos a trasladarla en pocas horas a nuestro centro neurálgico para protegerla cuando fuimos asaltados en el hotel. —Valeria se internó en sus pensamientos unos segundos—. Yo conseguí esconderme, pero… —se mordió el labio—, Farid apareció ahí, acabó con la vida de Héctor y se llevó la botella. —Todos se removieron nerviosos—. Héctor era mi hermano pequeño… —susurró con la mirada perdida—, y le prometí que conseguiría detenerlos antes de que la abriesen. —Suspiró e intentó reponerse—. Los hombres de Farid me buscaron por

toda Jerusalén, pero conseguí no ser descubierta y seguirlos hasta aquí, hasta Lugo. El resto… ya lo sabéis.

La división permanecía en silencio, escuchándola. Parecía que los acontecimientos que había narrado los había dejado a todos consternados.

—Creo que hablo en nombre de todos cuando digo que lamentamos tu pérdida —dijo Aitor.

Daniel la miró de reojo y se quedó pensativo. Desde luego aquella muchacha no lo había tenido nada fácil. Había debido de pasar toda una odisea para llegar hasta allí.

—Gracias —respondió Valeria intentando controlar sus emociones.

Aitor miró al resto de la división y dio un paso hacia delante.

—¿Por eso te buscan los vampiros?

Ella se encogió de hombros.

—Tal y como le he explicado a tus compañeros en el todoterreno, Lilith es un demonio que vive en el infierno y es considerada la madre de todas las bestias que caminan sobre la Tierra. Sus hijos predilectos son los vampiros. Estoy casi segura de que Astaroth ha solicitado su ayuda e irá a por todos aquellos que podamos interferir en sus planes.

—Por suerte —intervino Daniel—, nosotros somos especialistas en vampiros, lobos, brujas… y en todas las bestias sobrenaturales que se muevan sobre la Tierra. Puedes estar tranquila por eso —pronunció con voz calmada.

Ella asintió lentamente aceptando la protección que le brindaban. En cierto modo se sentía más tranquila así, no quería ni imaginar lo que hubiese ocurrido si aquel cazador no hubiese intervenido ante la irrupción de los vampiros.

—Hay una cosa más… —siguió Aitor. En ese momento la cafetera silbó dándoles a entender que el café ya estaba preparado. Fue hacia la barra y cogió unas tazas—. ¿Un café? —Ella asintió mientras se acercaba—. Supongo que tú estarás más al día que nosotros sobre esto, pero, por lo que sabemos, para que Astaroth pueda abrir las puertas del infierno necesita dos objetos: el anillo del rey Salomón con el que este lo encerró y…

—Y que ya tienen en su poder —continuó Valeria acabando su frase—. Y el grimorio del rey Salomón donde consta el hechizo que se usó para encerrarlo.

—Exacto —continuó Aitor—. En principio el grimorio debía encontrarse en el Vaticano, pero no es así.

—Lo sé —dijo ella. Todos la miraron sorprendidos—. Como os he dicho, intervenimos mucho antes que vosotros. —Se cruzó de brazos y fue hasta la barra—. El verdadero Grimorio del rey Salomón obra en nuestro poder —pronunció con voz tranquila, mirándolo fijamente—. Tenemos un contacto en el Vaticano que nos ayudó a sacarlo para

evitar que los demonios pudiesen dar con él. Preferimos adelantarnos.

—¿Obra en vuestro poder? —preguntó Víctor asombrado.

Valeria se giró hacia él y asintió.

—Sí. Podéis estar tranquilos por eso, se encuentra a buen recaudo.

—Lo necesitamos —comentó Aitor.

Valeria enarcó una ceja.

—¿Lo necesitáis?

Daniel dio unos pasos hacia ella.

—Queremos encerrar a Astaroth de nuevo en la botella y el hechizo se encuentra en el libro —explicó.

Valeria los miró a todos.

—¿Vosotros? —preguntó boquiabierta—. Perdonad lo que os voy a decir, pero… no pudisteis contra el hechicero supremo, ¿qué os hace pensar que podríais encerrar a uno de los demonios más poderosos del mundo de nuevo en la botella?

—Hemos mejorado bastante —intervino de nuevo Daniel—. Y contamos con… una amiga especial.

Aitor carraspeó llamando la atención de Daniel, pues no estaba seguro de poder dar aquel dato.

—¿Qué amiga especial? —preguntó Valeria sobresaltada.

Aitor chasqueó la lengua y se giró hacia Miguel.

—Miguel, por favor, ¿puedes hablar con Anael y explicarle la situación en la que nos encontramos? Por… por si quiere intervenir…

—¿Quién es Anael? —preguntó ella sin comprender.

—Es una… amiga, domina bastante sobre estos temas —continuó Daniel mientras veía alejarse a Miguel con el móvil en la oreja.

Aitor sirvió una taza de café a Valeria y se la tendió.

—¿Te apetece cenar algo? —le ofreció.

—No, gracias —respondió mientras se llevaba la taza a los labios.

Aitor sirvió el resto de tazas. Daniel cogió una y se situó al lado de Valeria.

—Respecto a ella, ¿qué hacemos? —preguntó.

Valeria lo miró enarcando una ceja.

Aitor dio un sorbo y asintió.

—Claro, por supuesto, eres bienvenida a esta casa, aunque no tenemos habitaciones disponibles —explicó.

—No hace falta… —reclinó ella la oferta—, puedo apañármelas yo sola.

Daniel se giró para observarla.

—Los vampiros estarán buscándote —le recordó—. En esta casa no pueden entrar, está protegida. Es mejor que te quedes aquí.

Maldición, con todo lo que habían hablado se le había olvidado lo de los vampiros otra vez. Sintió un escalofrío al recordar aquellos enormes colmillos y apretó los labios.

Miró a Aitor y sonrió un poco forzada.

—No hay problema… —se giró y señaló con un movimiento de cabeza uno de los sofás—, parece cómodo.

Daniel la miró de reojo y dio otro sorbo.

—Puedo prestarte mi habitación… —comentó girándose, sin mirarla —, sin problema.

Ella lo miró sorprendida.

—No… gracias —respondió con timidez. Cogió la taza y dio otro sorbo—. Seguro que dormiré estupendamente en el sofá.

Dicho esto, fue hacia allí como si fuese a probarlo.

Daniel enarcó una ceja en su dirección, aunque se giró cuando notó la mano de Víctor en su hombro.

—Buen intento, tío —dijo dándole una palmada.

Daniel lo miró confundido.

—¿Qué quieres decir? —preguntó sorprendido.

Víctor se encogió de hombros, cogió su taza de café y dio un sorbo sin decir nada más al respecto.

Daniel resopló, ¿acaso no podía ser amable con la muchacha?

Miguel apareció en el salón con el móvil aún en la mano. Todos observaron la sonrisa divertida que portaba en su rostro.

—¿Qué ha dicho Anael? —preguntó en un susurro Aitor.

Todos se aseguraron de que Valeria estuviese lo suficientemente alejada como para no escuchar. En ese momento se había sentado sobre el sofá y probaba los cojines.

—Anael dice que viene con Santiago hacia aquí. No hay ningún problema en que Valeria sepa de quién se trata. Se ha puesto muy contenta cuando le he hablado de la Aurora Dorada y le he dicho que ya sabemos dónde se encuentra el grimorio…

—Espera, espera… —intervino Daniel susurrando—, realmente no nos ha dicho dónde se encuentra.

Todos se giraron para observarla.

—Disculpa, Valeria… —comentó Aitor. Ella se giró—, ¿dónde nos has dicho que se encuentra el Grimorio del rey Salomón?

—En nuestro poder —contestó ella sentándose de nuevo en el sofá, probando otro cojín.

—Me refiero al lugar.

—No os lo he dicho —respondió con una sonrisa picarona.

Todos enarcaron una ceja en su dirección.

Daniel fue el primero que dio un paso hacia ella.

—¿Quieres que colaboremos o no? —preguntó desquiciado.

Ella inspiró y se levantó del sofá.

—Por supuesto que quiero que colaboremos y, de hecho, os agradezco mucho que me deis vuestra protección, pero… —se removió nerviosa—, debéis comprender que la humanidad depende de

que ese grimorio siga en paradero desconocido. Vosotros queréis encerrar a Astaroth de nuevo y… es una acción muy loable —exageró ella—, pero no todo el mundo puede hacerlo. Sinceramente, y sintiéndolo mucho, no creo que estéis capacitados.

Daniel se cruzó de brazos y ladeó su cabeza.

—Ya te he dicho que contamos con una amiga especial.

Ella resopló y lo miró con sorna.

—¿Por amiga especial te refieres a una bruja? ¿A una hechicera? —preguntó seriamente.

Daniel sonrió.

—No, a un ángel —pronunció dejando a Valeria petrificada.

7

Valeria intentó controlar disimuladamente la lágrima que surcaba su mejilla. La apartó con el dedo y apretó los dientes.

Anael sujetaba la fotografía de Héctor entre sus manos. La miró y le sonrió con ternura.

—Él está en la luz —le susurró. Llevó su mano hasta la de Valeria y se la acarició.

Después de hacer las correspondientes presentaciones, Anael había solicitado hablar a solas con Valeria, así que habían ido a la oficina situada en la planta alta. Se habían sentado en una de las mesas y habían comenzado a hablar.

—¿Lo… lo has visto? —preguntó Valeria con un hilo de voz.

Anael la miraba con afecto, comprendiendo el dolor que sentía la muchacha.

Le sonrió y asintió.

—No voy muy a menudo porque mi misión está en este mundo —explicó Anael lentamente—, pero sí… lo recuerdo. Los ángeles podemos ver a todos los que se encuentran en el Reino de los Cielos. Él está allí… y es feliz, no te quepa duda.

Valeria reprimió un puchero y suspiró.

—Siento que… es culpa mía que lo matasen. Me escondí y no pude ayudarlo. Me atemoricé y… —sollozó. No pudo acabar la frase, pues se le quebró la voz.

—No, no… —dijo Anael colocando una mano en su hombro—, él lo quería así. Él te quiere muchísimo, Valeria, y está muy orgulloso de ti. Nunca lo dudes. Él jamás cambiaría lo que ocurrió. Héctor… desea con todas sus fuerzas que seas feliz. —La miró y una duda apareció en su mirada—, pero hay algo que le preocupa: una promesa.

Valeria tragó saliva y asintió.

—Le prometí que no pararía hasta que detuviese a Farid —susurró.

Anael negó.

—No dejes que el deseo de venganza sea lo que te mueva… —explicó Anael. Valeria la miró sin comprender—. Aquí hay algo más en juego, el porvenir de la humanidad depende, en parte, de tus decisiones y de las de la división. No dejes que esas decisiones sean nubladas por el odio, la ira o la venganza. No contamines tu alma.

Valeria asintió. Era cierto, desde la muerte de su hermano la ira y las ganas de venganza habían crecido exponencialmente en su corazón. Ya no había nada más que el deseo de acabar con Farid por lo que le hizo a su hermano, sin embargo, en realidad, se estaban jugando algo más que una venganza. Sus sentimientos carecían de importancia frente a la envergadura de los acontecimientos que podían suceder. Quizá, a partir de ahora, debería pensar más en salvar a la humanidad y no tanto en cobrar la venganza que tanto ansiaba, aunque las dos condujesen al mismo objetivo.

—Entiendo —susurró ella.

Anael apretó su hombro y le sonrió.

—Has debido de pasarlo muy mal.

Valeria tragó saliva y asintió.

—Él era la única familia que tenía —explicó con dolor—. Sí que es verdad que la orden de la Aurora Dorada siempre ha cuidado de mí. Yosef, el líder de la orden, fue como un padre para nosotros cuando mi padre falleció. Pero… no es lo mismo.

Anael asintió comprendiéndola y luego ladeó su cuello mostrándole una sonrisa.

—Los cazadores son unos buenos aliados —explicó—. Te tratarán bien si decides colaborar con ellos, como a una más de la familia.

Valeria apretó los labios. Sí, ya lo había visto. Sin apenas conocerla le habían brindado la protección de su hogar sin dudarlo un segundo.

—¿Qué me aconsejas que haga? —le preguntó con humildad, pues se encontraba bastante perdida.

—Déjate ayudar, Valeria —le susurró—. Lo que cargas a tus espaldas pesa demasiado… y no me refiero solo a la protección del grimorio. —Inspiró buscando las palabras adecuadas—. Debes permitir que otras personas se acerquen a ti. —Valeria recapacitó y asintió—. No vas a encontrar a unos mejores aliados que ellos. —Le sonrió—. ¿Sabes por qué me fijé en esta división de cazadores? —le preguntó, aunque no esperó a que ella respondiese—. No solo porque tienen unos dones que los posicionan por delante de otros humanos, sino por su fidelidad y la pureza de sus corazones. Ellos son capaces de dar la vida por otro de sus compañeros sin dudarlo, se protegen entre ellos. Son una familia. Eso es lo que tú necesitas.

Valeria apretó los labios y asintió. Se secó disimuladamente otra lágrima y finalmente se puso erguida, como si hubiese tomado una

determinación.

—Está bien —dijo con la voz más animada. Tragó saliva y suspiró como si se liberase de la carga—. El verdadero Grimorio del rey Salomón se encuentra en nuestra sede central, en Turquía. Allí lo mantienen protegido.

—¿Cómo lo protegen? —preguntó Anael rápidamente.

—Yosef y otros hechiceros más hicieron unos conjuros de protección para que pasase desapercibido. Hasta el momento lo hemos logrado.

—Hasta el momento no estaba Astaroth —le recordó Anael, lo que obligó a Valeria a asentir de nuevo—. Tarde o temprano darán con él. Si quieres proteger a los tuyos debemos sacarlo de allí lo antes posible.

—¿Crees que corren peligro? —preguntó Valeria preocupada.

Anael asintió.

—No es que lo crea. Lo sé —confirmó ella.

—Llamaré a Yosef para prevenirlos —comentó Valeria poniéndose en pie, sacando el móvil de su bolsillo.

—Deberás darme la ubicación precisa de dónde se encuentran. Yo misma iré a protegerlos hasta que lleguen los cazadores.

—Está bien —dijo buscando en la agenda del móvil el teléfono de Yosef. Anael le tendió con delicadeza la fotografía de su hermano—. Gracias por todo.

—Espero haberte ayudado —pronunció Anael con dulzura.

—Más de lo que puedas imaginar —le confirmó Valeria.

Anael le sonrió agradecida por lo que le decía, realmente era lo que deseaba. Valeria cargaba una mochila a sus espaldas llena de dolor, miedos y angustias, solo esperaba poder haber contribuido a que ese peso se aliviase. Sabía que era buena persona, que no merecía lo que había vivido, pero ahí ella ya no podía hacer nada, solo podía intentar contribuir a que su alma hallase algo más de paz.

—Te espero abajo con la división —le informó Anael antes de salir por la puerta mientras escuchaba cómo Valeria comenzaba a hablar con el jefe de la orden de la Aurora Dorada.

Anael descendió rápidamente. La división se había cambiado de ropa y se encontraban casi todos en el salón: Marcos y Víctor viendo la televisión, mientras que Aitor, Miguel y Daniel se encontraban en la barra tomando café.

Anael miró de un lado a otro mientras la división se giraba hacia ella prestándole toda su atención.

—¿Dónde está Lucas? —preguntó al no encontrarlo.

—Aquí, aquí —respondió por el pasillo—. Me he dado una ducha —dijo mientras se pasaba la mano por el cabello rubio oscuro, despeinándolo.

Aitor se levantó del taburete.

—¿Has hablado con ella? —Anael asintió—. ¿Sabes dónde está el

grimorio?

—Lo sé —respondió—. Ahora está hablando con el líder de la Aurora Dorada. Colaboraremos con ellos.

—¿En qué sentido? —preguntó Aitor.

—En el sentido de que todos buscamos lo mismo —indicó ella—. Valeria me facilitará ahora la ubicación del grimorio, por lo visto lo están protegiendo mediante hechizos, pero dudo que sea suficiente para detener a Astaroth. Partiré hacia allí para protegerlos mientras vosotros llegáis.

—Espera, ¿a dónde tenemos que ir? —preguntó Daniel.

—A Turquía —respondió ella.

—¿A Turquía? —repitió Daniel—. ¡Qué pasada! Siempre he querido ir.

—Calma colega —lo frenó Aitor—, es un viaje de trabajo, no de placer.

—Ya, bueno… pero siempre he querido ir —continuó Daniel remarcando aquellas palabras.

—Entonces… ¿cogemos los vuelos? —preguntó Víctor—. ¿A qué zona de Turquía?

—No hará falta —indicó Valeria entrando al comedor. Se removió nerviosa al recibir las miradas de todos ellos—. La Aurora Dorada estará encantada de colaborar con vosotros en todo lo referente a la protección del grimorio —indicó ella. Dio unos pasos y se situó al lado de Anael, la miró y asintió—. Yosef me ha dicho que te espera en diez minutos al lado de la puerta de la mezquita Azul.

Anael asintió y les guiñó un ojo a todos con complicidad.

—Nos vemos en Turquía, chicos. Buen viaje.

Dicho esto, desapareció.

—Ahhh —gritó Valeria dando un paso al lado, pues no esperaba que Anael desapareciese de golpe, aunque con tan mala pata que pisó directamente el pie de Daniel.

—Ay —se quejó este.

—Perdona, perdona… —se disculpó Valeria—, es que… no esperaba que ella…

—Ya te acostumbrarás —bromeó Víctor.

—Nosotros al principio reaccionábamos igual que tú —continuó Lucas con la broma.

—Bien, pues… ¿cojo los billetes de vuelo para Turquía? —preguntó Víctor en dirección al pasillo para dirigirse a los ordenadores de la oficina situada en la planta superior.

—No —respondió Valeria y sacó su móvil—. Necesito saber cuál es el aeropuerto más cercano de aquí.

—Los aeropuertos más cercanos son el de la Coruña que está a prácticamente a dos horas de aquí y el de León que se encuentra a casi

dos horas y media —remarcó Aitor.

—También está el aeródromo de Rozas, a menos de una hora —intervino Daniel.

Valeria lo miró y asintió.

—El aeródromo me vale —dijo pulsando los botones del móvil para enviar un mensaje. Esperó unos segundos y miró a la división—. Es mejor que no compremos billetes —indicó—, hay que poner los datos y es posible que desde Thelema vigilen nuestros pasos, al menos… los míos —susurró más bajo—. Nos vendrán a recoger con un jet por la mañana.

—¿Un jet? —preguntó Aitor asombrado.

Valeria lo miró y asintió.

—Así podréis llevar vuestras armas sin problema —indicó ella.

—Estupendo —aceptó de buen grado Aitor—. ¿A qué hora?

—Estoy esperando confirmación —respondió ella mirando el móvil—. Mmm… a las once allí —dijo rápidamente al recibir el mensaje—. Nos trasladarán a Estambul, desde allí nos moveremos.

Todos miraron el reloj de la cocina que marcaba la una de la madrugada.

—Bien, todos arriba —ordenó Aitor—. Montaremos las cajas con los uniformes y todas las armas que necesitemos. —Miró a Valeria—. ¿Seguro que no quieres dormir en una cama? No me importa dormir en…

—No, no, de verdad que no —insistió ella—, el sofá es muy cómodo. Os lo agradezco, de verdad.

—De acuerdo, ahora te bajamos unas mantas para que descanses.

—Gracias —contestó ella.

Daniel siguió al resto de la división a la planta superior, aunque antes de acceder a las escaleras se giró para observar a Valeria acercarse a la ventana.

Aitor abrió la pared corredera y entró al almacén junto al resto.

—¿Dónde están las cajas de plástico? —preguntó mirando por el almacén.

—Aquí —señaló Lucas.

—Bien, una caja para los uniformes, otra para armas blancas y otra para armas de fuego. —Miró a su alrededor—. ¿Dónde están los anillos de Salomón, los sellos… todo lo que Anael nos ha hecho?

Daniel colocó sus manos en la cintura.

—Dijiste que era mejor dejar eso abajo, en la habitación de los conjuros.

—Sí, es verdad —recapacitó Aitor.

—Menuda cabeza la tuya, jefe —ironizó Daniel mientras comenzaba a entregar dagas de plata a Lucas para que las fuese metiendo de forma ordenada en la caja.

Aitor los miró desafiante.

—Eh, listillo… —se burló Aitor—, hazme un favor y ve a buscarlos. Montaremos otra caja con todo lo referente a los demonios, nunca se sabe.

Daniel resopló. Eso le pasaba por hablar.

—Voooy jefe —dijo saliendo del almacén.

—Y de paso entrégale a Valeria un par de mantas y una almohada —le pidió.

—Claro —dijo saliendo de la oficina.

Lo primero que hizo fue hacerse con una sábana para extender sobre el sofá y unas cuantas mantas. Cogió una almohada del armario y fue directamente hacia el comedor.

Valeria se encontraba mirando con curiosidad los libros y las figuras que tenían sobre las estanterías.

—Te traigo mantas y una almohada —pronunció Daniel dirigiéndose hacia el sofá que había elegido Valeria.

Valeria dio un respingo y se llevó la mano al pecho, luego se acercó hacia el sofá y observó cómo depositaba todo sobre este.

—Gracias —respondió.

Daniel la miró y luego observó hacia las habitaciones.

—En serio, me sabe mal que tengas que dormir en el sofá…

Ella chasqueó la lengua.

—He dormido en lugares que ni imaginarías —bromeó ella—. El sofá es muy cómodo. No os preocupéis —dijo cogiendo la sábana.

—Ya… —comentó no muy seguro—. Espera, te ayudo —dijo cogiendo la sábana por el otro lado para ayudarle a extenderla.

—Quería pediros un favor… —Daniel la miró un segundo mientras remetía la sábana por el sofá—, he dejado mi moto aparcada cerca de la casa de José. ¿Podríamos pasar a buscarla antes de ir al aeródromo?

Daniel cogió la manta y le ayudó a extenderla sobre el sofá para que se tapase con ella.

—¿Quieres traerla y guardarla aquí? —le ofreció.

—No… no hace falta. Es solo que prefiero dejarla en el aeródromo para tenerla ahí cuando volvamos —dijo sin mirarle mientras colocaba la manta por el otro lado—. También me interesaría pasar por mi hotel.

Daniel la miró confundido, pero no dijo nada.

—Claro, supongo que no habrá problema —respondió.

Valeria rodeó el sofá y le mostró el móvil.

—¿Tienes algún cargador que prestarme para el móvil?

—Sí, claro —dijo indicándole con la mano que le siguiese.

Valeria siguió sus pasos por el pasillo hasta una de las habitaciones. Tal y como había imaginado eran muy espaciosas. Había una enorme cama de matrimonio en medio, una cómoda enfrente sobre la que

reposaba una televisión de pantalla plana y un armario empotrado al otro lado. Además, todas las habitaciones disponían de su lavabo privado. Le recordó a una habitación de hotel de lujo, pues a las habitaciones no les faltaba detalle alguno.

—Los cazadores vivís bien —comentó ella desde la puerta, sin atreverse a entrar.

Daniel hizo un gesto gracioso mientras abría el cajón de la mesita de noche.

—No te creas.

—Yo me enfrento a demonios y no tengo una habitación como esta.

Daniel cogió un cargador y cerró la mesita de noche. Fue hacia ella y se lo tendió.

—Ya, pero supongo que lo de los demonios no es a diario.

Ella chasqueó la lengua mientras cogía el cargador.

—Ahí tienes razón. Gracias —dijo mostrándole el cargador.

—Quédatelo, tengo otro. —Ella asintió mientras volvían hacia el comedor—. Y… ¿a qué te dedicas cuando no estás persiguiendo demonios? —Valeria le mostró una sonrisa divertida mientras buscaba un enchufe donde cargar el móvil—. Ahí tienes uno.

Valeria fue hacia allí y se agachó para insertar el enchufe.

—Mis padres eran los propietarios de una galería de arte en Madrid y, además, eran coleccionistas —explicó mientras conectaba el móvil —. Organizaban subastas. Ahora todo eso lo dirijo yo —indicó.

Daniel, claramente interesado, ladeó su cabeza.

—¿Qué tipo de arte?

Ella se puso en pie y se encogió de hombros.

—De todo tipo. A veces hacemos subastas de arte contemporáneo. Hay un pintor en Barcelona llamado Quintana bastante cotizado y que colabora mucho con nosotros. Otras veces subastamos arte antiguo… algún papiro antiguo encontrado en una tumba descubierta relativamente hace poco, tinajas, joyas de la época egipcia, monedas visigodas… —lo señaló—, pero todo legal, ¿eh? Soy enemiga del contrabando de arte.

—Ya, ya me imagino —respondió divertido ante las últimas palabras de ella—. ¿Dónde aprendiste a luchar?

Valeria se encogió de hombros.

—En la Aurora Dorada nos instruyen desde pequeños. Tenemos un duro entrenamiento desde los seis años —explicó mientras dejaba el móvil en el suelo. Se puso en pie y fue hacia el sofá—. Kickboxing, boxeo, judo, taekwondo… tocamos prácticamente todas las modalidades de lucha. Hasta lucha grecorromana —acabó riendo.

—Se te da bien —comentó Daniel cruzándose de brazos—, aunque, quizá… y solo como sugerencia… —Ella enarcó una ceja en su dirección—, deberías elevar más los puños cuando estés en posición

defensiva para cubrirte más el rostro.

Ella lo miró fijamente y ladeó su cuello. Dio unos pasos lentos en su dirección colocando sus brazos en jarras.

—Llevo dando clases de lucha veinte años —contestó—, creo que sé defenderme solita —reaccionó.

Vaya, la muchacha tenía su orgullo.

Daniel elevó las manos hacia ella.

—Solo era una sugerencia —apuntó.

Sí, sabía que era una sugerencia, y suponía que sería buena, pero…

—Si no fueses un cazador seguramente te habría dado una buena paliza —comentó ella con una sonrisa tirante.

—¿Antes o después de enfrentarte tu "solita" al vampiro? —preguntó él con la mirada fija mientras ladeaba su cabeza. Valeria lo escudriñó con la mirada de la cabeza a los pies. Daniel se giró y señaló la cocina—. Si tienes hambre puedes coger cualquier cosa de la nevera, creo que aún queda pasta de este mediodía. —Aquel cambio de tema la desorientó un poco—. Cualquier cosa que necesites nos llamas y… ah… —dijo como si lo recordase—, al final del pasillo está el aseo. ¿Necesitas algo de ropa para dormir?

—No, gracias —respondió con naturalidad.

—Bien —dijo dando una palmada—, pues que descanses.

Dicho esto, se giró sin decir nada más.

Valeria se quedó unos segundos aturdida. Aquel cazador le había salvado la vida, se sentía agradecida con él, pero debía reconocer que le ponía de los nervios cuando alguien intentaba darle consejos sobre cómo hacer una cosa u otra cuando no la conocía de nada.

Lo vio alejarse y cruzar la puerta para bajar al garaje, la misma por la que habían subido hacía un rato.

De todas formas, debía sentirse agradecida por contar con ellos. Por lo pronto, sabía que ellos la mantendrían protegida de los vampiros, además, iban a ser sus aliados para luchar contra Astaroth. Sabía que eran buenos luchando contra vampiros, pero recordaba que la noche en que habían liberado a Astaroth les habían dado para el pelo… Daniel le había dicho que habían mejorado. Aquello le daba que pensar. ¿Puede que aquel ángel llamado Anael los hubiese instruido?

Se sentó en el sofá y se quitó los zapatos. Le dio unos golpes a la almohada y se echó sobre ella. Sí, aquel sofá era cómodo… y después de las emociones de aquel día se sentía agotada.

Se echó la manta por encima y cerró los ojos. Al menos, aquella noche dormiría tranquila.

8

Se habían levantado a las siete de la mañana y habían llevado a Valeria a su hotel. Se lo había tomado con calma. La división había esperado en el todoterreno con bastante impaciencia hasta que, finalmente, Valeria había aparecido con una maleta y el cabello mojado.

—¿Te has duchado? —preguntó Daniel asombrado por la tranquilidad que desprendía la muchacha—. ¡Con la prisa que tenemos!

Valeria se había limitado a arrojarle la maleta que había hecho con toda su ropa para que la guardase en el maletero y le había mostrado las llaves y el casco de su moto.

—Os sigo —había pronunciado antes de girarse.

Pocos minutos después, una moto negra se detenía a su lado y la motorista les indicaba que fuesen ellos delante.

Miguel conducía el todoterreno en dirección al aeródromo de Rozas, situado a casi una hora de Monforte de Lemos.

Daniel, sentado en el asiento trasero junto a Víctor, se giró para observar que Valeria les seguía en su flamante Suzuki Hayabusa.

Se había sorprendido al verla aparecer vestida con unos pantalones de cuero negro a conjunto con una chaqueta negra atravesada por una banda roja. Lo cierto era que vestida así y a lomos de aquella moto tenía su rollito.

La observó conducir tras ellos, manejando la moto tranquilamente.

—Así vestida tiene un puntito picante, ¿no? —bromeó Víctor.

Daniel arqueó una ceja hacia él mientras el resto reía, pero el hecho de que Víctor se hubiese dirigido a Daniel hizo que todos lo mirasen con un atisbo de duda.

Sí, estaba claro que ser su salvador y haber aparecido ante ellos por primera vez discutiendo con Valeria iba a causar las bromas y mofas

de todos, más aún de Miguel, que parecía estar deseándolo.

—Sí que tiene su puntito… ¿tú qué opinas, Daniel? —preguntó Miguel con socarronería mientras conducía tranquilamente.

Daniel lo escudriñó a través del retrovisor. Sí, Miguel estaba sonriendo. Ya se lo había dicho, tarde o temprano le haría tragar sus palabras sobre el amor, pero lo cierto era que no estaba interesado en Valeria. Era atractiva, no iba a negárselo, y sí que vestida así y sobre la moto tenía un rollito excitante. Además, lucía unos enormes ojos marrones y unos carnosos labios…

Daniel chasqueó la lengua cuando se dio cuenta de sus pensamientos.

—La muchacha tiene mucho genio, es bastante prepotente —pronunció sentándose correctamente en el asiento, mirando de reojo a Víctor.

—Pero… eso es lo que te gusta a ti, ¿no? Que te den caña —bromeó Miguel desde el asiento del conductor.

—No más que a ti —respondió Daniel.

Miguel enarcó una ceja.

—Eh, que yo estoy con Elena y muy felices que somos —recordó.

—Sí, sois unos tortolitos los dos —continuó Daniel con la broma—. ¿Cómo vas a sobrevivir sin ella estos días en Estambul? ¿Te lo has planteado siquiera?

Aitor miró a Miguel de reojo con una leve sonrisa.

—Y tú, jefe… ¿de qué te ríes? —le retó Miguel—. Que yo sepa ayer estabas despidiéndote de Nerea muy acaramelado.

Aitor resopló y puso los ojos en blanco. Lo mejor era callarse e ignorar los comentarios, pasar lo más desapercibido posible.

Daniel sonrió al haber desviado la atención de él. Lo cierto era que Valeria le parecía atractiva, aunque a su parecer tenía demasiado carácter. No obstante, sentía que se le erizaba la piel cuando recordaba cómo se había abrazado o más bien escondido tras él, buscando su protección ante la presencia de los vampiros.

Víctor lo miró directamente y enarcó una ceja. Sabía perfectamente lo que su compañero pensaba.

—Pues a mí me parece atractiva —dijo sin darle mucha importancia.

Daniel suspiró y miró por la ventana ignorando a sus compañeros, aunque se sorprendió cuando vio aparecer por su lado izquierdo a Valeria adelantándoles a gran velocidad.

—Será temeraria —pronunció casi enfadado, sin poder evitar su tono de voz.

Miguel que conducía frenó un poco para dejarla pasar.

—La verdad es que un poco loca sí que está —apuntó mientras ponía el intermitente para tomar el desvío a la derecha en dirección al

aeródromo, imitando a Valeria que se había situado por delante de ellos y ya había realizado aquella maniobra.

El aeródromo de Rozas era un aeródromo privado situado cerca del municipio de Castro de Rey y a ocho kilómetros de la ciudad de Lugo. Inaugurado el día cuatro de junio de 1943, el aeródromo estaba destinado básicamente a aviación deportiva, aunque también podían aterrizar y despegar algún chárter o jet privado.

Valeria detuvo la moto al lado de la cabina desde donde vigilaba un guardia y habló con él, luego señaló hacia ellos. El guardia les dio acceso y volvieron a seguirla. Parecía que se conocía el aeródromo porque tomó el camino directo al hangar, pasando por delante de la pista de despegue y aterrizaje.

Fueron directamente hacia el hangar y entraron, dejando el vehículo y la moto aparcados en un lateral.

Valeria se quitó el casco y bajó de la moto con un rápido movimiento.

La división bajó del todoterreno y se dirigió directamente al maletero.

—Podemos dejar el todoterreno y la moto aquí —indicó ella.

Aitor asintió y sacó una de las cajas cargadas con material ante la mirada sorprendida de Valeria. Se cruzó de brazos y sonrió divertida.

—Y luego somos las mujeres las que tenemos fama de ir cargadas de equipaje en los viajes —ironizó.

Daniel cogió otra caja y la depositó en el suelo.

—Pues da la casualidad de que este equipaje son armas que usaremos si algún vampirito viene a por ese bonito trasero tuyo —contestó Daniel ladeando su cabeza.

Miguel y Víctor enarcaron una ceja en su dirección.

—Cincuenta euros a que antes de volver de Turquía se han peleado con gritos y todo —susurró Víctor a Miguel.

—Acepto la apuesta. Cincuenta euros a que acaban liados —respondió Miguel con una sonrisa traviesa.

Acto seguido, ambos sellaron sus apuestas con un apretón de manos.

Valeria miró molesta a Daniel.

—¿Perdona? —preguntó asombrada por sus últimas palabras.

Daniel que se había girado para coger otra caja giró su cuello hacia ella.

—Sí, claro. Perdonada. —Le guiñó un ojo sin esperar otro comentario por parte de ella.

Valeria apretó los labios guardándose las palabras.

—¿Ese es el nuestro? —preguntó Lucas señalando hacia delante.

A lo lejos podía verse un jet acercándose a la pista, a punto de aterrizar.

—Sí —respondió ella mirando en esa dirección.

Miró de reojo a Daniel y a otros miembros de la división que acababan de sacar las cajas del maletero y se dirigió hacia allí para coger su maleta.

La dejó en el suelo y se acercó a Aitor.

—¿Puedo dejar el casco en el maletero? —preguntó mostrándole el casco negro de la moto.

—Sí, claro… sin problema —dijo Aitor cogiéndoselo. Lo situó en el maletero y lo cerró.

El jet se detuvo al inicio de la pista de aterrizaje, sin entrar al hangar.

Valeria fue directamente hacia el jet, seguida por Aitor. El resto de la división se quedó esperando junto a las cajas donde portaban los uniformes y las armas.

Un hombre descendió por las escaleras del jet y miró a Valeria.

Era un hombre poco más mayor que ellos, con su cabello negro y muy corto. Llevaba unas gafas de sol escondiendo unas gruesas cejas muy pobladas y unos enormes ojos marrón claro. Llevaba la barba negra bien recortada rodeando unos gruesos labios.

—Valeria —pronunció el hombre dirigiéndose hacia ella.

—Kemal —dijo ella sorprendida—. No esperaba que vinieses tú.

Llegó hasta ella y se fundió en un gran abrazo cargado de cariño.

—Mi pequeña Valeria… ¿cómo estás? —preguntó cogiéndola por los hombros para observarla.

Ella apretó los labios y asintió.

—Estoy bien.

—Hace mucho tiempo que no nos vemos —se quejó él con la mirada cargada de dolor ante ella. La última vez que había visto a Kemal había sido en Londres, antes de partir hacia Jerusalén con su hermano—. Lo siento muchísimo —le susurró. No hizo falta que dijese el qué. Entre su hermano y él había una gran amistad—. Él era como un hermano para mí —pronunció intentando controlar la emoción.

—Lo sé —le susurró ella. Ambos se quedaron unos segundos mirándose hasta que Aitor se acercó lentamente. Valeria se giró para presentarlos—. Kemal, él es Aitor, jefe de la división de cazadores de España. —Aitor le tendió la mano y se la estrechó—. Él es Kemal, pertenece a la orden externa de la Aurora Dorada…

—Aunque no es por conocimientos —bromeó Kemal mientras estrechaba la mano de Aitor—. Encantado de conocerte, Aitor. Estamos muy ilusionados con vuestra ayuda y colaboración.

Valeria le sonrió agradecida por aquellas palabras.

—Es un placer —contestó Aitor soltando ya su mano y se giró señalando hacia atrás—. Llevamos bastantes cajas. La mayoría son armas, ¿algún problema?

Kemal se encogió de hombros.

—¿Problema? —ironizó—. Mis cargamentos son básicamente armas y objetos mágicos. —Le guiñó un ojo—. Ningún problema. ¿Necesitáis alguna ahora?

—Espero que no, la mayoría son dagas y balas de plata, pistolas, sellos para conjuros…

—Esperemos que no —repitió Kemal que tenía un aspecto jovial—. Podéis cargarlas en la bodega y, si deseáis, alguna en la cabina, solo por si acaso.

—Está bien, gracias —respondió Aitor mientras se volvía hacia sus compañeros.

Fue directo hacia las cajas y cogió una de ellas.

—Las dejaremos en la bodega —indicó hacia el resto.

En cuanto hubieron metido todo en el interior subieron por las escaleras al jet.

Daniel entró detrás de Lucas.

El jet era bastante amplio, con varios asientos en parejas y unos girados rodeando una mesa de cuatro. Estaba enmoquetado en color crema a conjunto con las butacas. En un lateral había una televisión y, bajo ella, una pequeña barra, como si se tratase de un bar con dos taburetes anclados al suelo. Bajo la barra había una nevera.

—No se las gastan nada mal los de la Aurora Dorada —comentó Lucas dirigiéndose a la parte delantera para presentarse a Kemal que parecía ser el piloto.

Una vez que todos estrecharon la mano a Kemal, este se dirigió a la cabina.

—Poneos cómodos —indicó—, el vuelo dura unas cinco horas y media. El aseo está al final de la cabina y ahí —dijo señalando hacia la nevera—, encontraréis todo tipo de bebidas. Servíos vosotros mismos —dijo pasando a la cabina. Se giró y miró a Valeria, la cual se encontraba de pie al lado de la puerta—. ¿Vienes? Nos pondremos al día.

Valeria asintió y entró en la cabina junto a él. Se giró y se encontró con la mirada sorprendida de Daniel.

—Voy a llevaros hasta Estambul —pronunció y, acto seguido, cerró la puerta sin dejar que Daniel pudiese responder nada.

Kemal se sentó en el asiento del piloto con una sonrisa y le señaló el del copiloto.

—¿Cuándo te has sacado el carné de vuelo? —preguntó sorprendido.

—No me lo he sacado —respondió ella mientras se sentaba. Kemal le tendió unos auriculares para que se los pusiese—, pero me gusta ver la cara de asombro de ellos.

Kemal puso los ojos en blanco con una sonrisa.

—No creo que tarden mucho en darnos pista. —Pulsó el botón del

salpicadero para hablar con la torre de control—. Aquí vuelo ES386 con destino a Estambul buscando pista —comentó en un perfecto inglés.

—Aquí torre de control, tiene vía libre —contestaron.

—¡Cómo no! —rio Kemal—. ¿Cómo es que habéis decidido venir a este aeropuerto? Si es que se le puede llamar así —dijo mientras hacía avanzar el jet lentamente hacia la pista de despegue.

—Es el que nos quedaba más cerca. Además, tiene poca afluencia.

—Por no decir ninguna —comentó él mirando hacia los lados. Pulsó unos botones del techo y colocó las manos en los mandos—. ¿Se habrán sentado? —preguntó deteniendo el jet al inicio de la pista.

Ella se encogió de hombros.

—Supongo que sí, y si no tranquilo, son muy ágiles, dudo que se den algún golpe —respondió ella.

—Encendiendo motor uno —indicó él—, encendiendo motor dos. —Pulsó otros botones y la miró con una sonrisa—. Vamos allá —dijo tirando hacia atrás una palanca a medida que el jet comenzaba a recorrer la pista de despegue a gran velocidad—. ¿Cómo diste con ellos? —preguntó con curiosidad—. Los cazadores no suelen intervenir en este tipo de misiones —le recordó él.

Valeria observaba a través de la ventanilla lo rápido que iba el jet.

—Me topé con ellos el día en que abrieron la botella de Astaroth. Estaban intentando evitarlo, igual que yo —respondió. El jet comenzó a elevarse por los aires lentamente—. Ufff… nunca me ha gustado esta sensación —dijo.

—¿La ingravidez? Es espectacular —respondió Kemal con una sonrisa. Se mantuvo callado mientras controlaba el ascenso y luego subió el tren de aterrizaje. Observó de reojo cómo Valeria parecía incómoda ante el ascenso del jet—. En breve lo estabilizaré —comentó para calmarla. Valeria asintió mientras miraba por la ventanilla cómo iban ascendiendo y comenzaban a atravesar algunas nubes—. Parecen buena gente.

—Lo son, aunque a uno de ellos le sobra un poco de prepotencia —indicó ella—. Igualmente los necesitamos. Nos irá muy bien su ayuda.

—Mmm… ¿algo que deba saber sobre alguno de ellos?

Valeria se quedó pensativa, pero acabó negando.

—No, te llevarás bien con ellos. Ya te digo, por lo general son amables.

Kemal asintió y estabilizó finalmente el jet. Pulsó otros botones y la miró con una sonrisa.

—Ya puedes calmarte, vuelo estabilizado —dijo quitándose el cinturón.

—No me calmaré hasta que toquemos tierra —pronunció ella con los dientes apretados.

—Pues tienes para un buen rato —comentó él apoyándose tranquilamente en el asiento y observando hacia delante cómo atravesaban alguna nube que otra y, de vez en cuando, podían ver tierra.

Daniel miró por la ventana y apoyó la cabeza contra el reposacabezas.

—Supongo que debemos de estar sobrevolando Italia —apreció él y miró hacia delante donde Víctor abría la nevera.

—Eh, tienen de todo —dijo mirando las botellas—. Hay botellas pequeñitas de alcohol. ¿Tomamos algo?

—No creo que sea apropiado —opinó Aitor.

—Nos quedan un par de horas de vuelo —recordó Víctor—. Además, sabes que no nos sube mucho.

—A no ser que nos bebamos cinco litros de golpe —recordó Lucas con una sonrisa que mostraba sus dientes.

—Aquí no hay ni dos litros —comentó Víctor y miró a Lucas—. ¿Te pongo algo?

—Va, no veo por qué no —respondió este poniéndose en pie—. ¿Qué hay?

Víctor fue poniendo en la barra las botellitas pequeñas.

—*Whisky*, coñac, vodka, ron, ginebra, martini…

—¿Y bebidas? —preguntó Lucas acercándose.

—Hay refresco de cola, de limón, de naranja y algunos zumos…

—Ponme un martini con cola, por favor —contestó Lucas apoyándose en la barra.

Víctor cogió la pequeña botella de martini y la arrojó hacia arriba provocando que la botella diese vueltas en el aire y al instante la cogió con la otra mano, imitando a un barman profesional.

—¿Alguien quiere algo más? —preguntó Víctor mientras abría la pequeña botella y arrojaba el contenido en un vaso.

Marcos se acercó a la barra y observó las botellitas.

—Me quedo con el coñac —comentó.

—Buena elección, señor —pronunció Víctor que se agachaba para coger una botella de refresco.

Daniel, sentado en su butaca, se giró cuando escuchó que la puerta de la cabina se abría. Se fijó directamente en Valeria.

Sus miradas se cruzaron un instante, luego Valeria miró hacia la barra y medio sonrió cuando vio que estaban atracando la nevera.

—Disculpa —comentó Aitor desde su butaca—, repondremos todo lo que…

—La bebida está para bebérsela —respondió ella pasando por su lado y dirigiéndose a la barra con una sonrisa de complicidad hacia él —. No os preocupéis.

Llegó hasta la barra y pasó por debajo. Abrió la nevera y cogió un zumo de naranja. Se rio cuando vio que la división había cogido varias botellitas del alcohol. Cogió un vaso y se echó el zumo.

—Que os aproveche la copa —rio ella mientras salía por debajo de la barra de nuevo y se dirigía a uno de los asientos libres.

Al menos allí podría estirar las piernas un rato, la cabina era muy estrecha. Se sentó en el asiento que daba a la ventana y estiró las piernas por debajo de la mesa.

Dio un sorbo y se fijó que bajo ellos volvían a atravesar el mar.

Cuando giró su cabeza se encontró con la mirada de Daniel sentado en la butaca en diagonal. Ella apartó la mirada, pero Daniel se puso en pie y se sentó frente a ella.

Ambos se miraron de nuevo hasta que Valeria se giró para observar por la ventanilla.

—¿Quién pilota ahora? —bromeó él.

Ella lo miró en plan divertida y se apoyó contra el respaldo mientras daba otro sorbo a su zumo.

—¿Tú no tomas nada? —le preguntó.

—No, alguien tiene que mantenerse sereno —apuntó él. Ladeó su cuello y se quedó observándola. Sentía curiosidad por ella, por la vida que parecía haber llevado. Se fijó en que llevaba un colgante del que colgaba la estrella de David. Ahora ya sabía identificar perfectamente los símbolos y su uso en cuestión. Anael se había encargado de instruirlos, aunque seguramente aún les quedaría mucho por aprender.

—La estrella de David… —indicó.

Ella lo cogió entre sus dedos y asintió.

—Es un símbolo de protección. Uno de los más importantes.

—Lo sé —contestó él.

Ella ladeó su cabeza.

—Con esto puedo conseguir que los demonios no…

—No se acerquen —acabó él la frase.

Ella medio sonrió al escuchar eso y miró un momento por la ventanilla. Volvió su atención hacia él, inspeccionándolo.

—La primera y única vez que os vi en acción no parecíais dominar mucho estos símbolos —le recordó.

—Hemos tenido una buena maestra.

Ella lo escudriñó con la mirada hasta que cayó en la cuenta.

—¿Anael? —preguntó sorprendida. Daniel asintió—. Vaaaya —susurró totalmente sorprendida—. Seguro que os ha enseñado muy bien.

—Nos hacía invocar una media de dos o tres demonios al día para luchar contra ellos —acabó bromeando.

Valeria abrió los ojos desmesuradamente.

—¿En serio? —Él asintió.

—Ahí donde la ves Anael es muy guerrera.

Aquel comentario le hizo gracia, pues recordaba la dulzura con la que Anael le había hablado y consolado, no la imaginaba instruyendo a los cazadores en las artes ancestrales.

—¿Cuánto hace que la conocéis? —preguntó con curiosidad.

—Hace bastante. Anael acompaña al padre Santiago, es un sacerdote exorcista. Lo ayudábamos en los exorcismos y ella siempre iba con él —explicó—. No supimos que se trataba de un ángel hasta hace un mes aproximadamente, cuando comenzó a formarnos.

Ella asintió.

—Debió de ser toda una sorpresa.

—Sí. —Se inclinó hacia delante apoyando sus brazos en la mesa—. Anael nos ha ayudado mucho, en todos los sentidos. —Ella sonrió con un poco de timidez, pues Daniel la miraba fijamente. Aquella mirada la ponía nerviosa—. ¿Y tú?

—Yo, ¿qué? —preguntó sin comprender.

—¿Quién te ha enseñado a ti?

Ella también se acercó a la mesa apoyando sus brazos.

—He tenido varios entrenadores —explicó—. Liú Wàng me entrenó en la lucha cuerpo a cuerpo, Yosef en las artes mágicas.

Daniel asintió y se quedó pensativo unos segundos.

—Lo tenéis todo muy bien planificado —confirmó él.

Ella asintió.

—Sí, desde muy pequeños comenzamos nuestro entrenamiento. Yo lo comencé con seis años —explicó—. La orden está compuesta por tres grupos: la orden externa son los que llevan menos tiempo y aún no han alcanzado cierto grado de conocimientos esotéricos, luego está la orden interna donde nos encontramos los que dominamos ya las dos artes, la lucha y la magia ancestral.

—¿A esa perteneces tú?

Ella asintió.

—Y por último está la orden superior donde solo entras tras alcanzar el grado de Magister Templi, un dominio total y absoluto —acabó diciendo—. Ellos son quienes nos entrenan y nos preparan.

—Ajá… —volvió a sonreír de aquella forma socarrona. Lo conocía hacía bien poco, pero comenzaba a identificar cuándo estaba a punto de soltar alguna tontería—. Así que llevas toda la vida entrenando…

—Así es —respondió ella alerta.

—Y aun así no puedes ni rozarme cuando…

—Eres un cazador —respondió ella tirante—. Tienes unas habilidades de las que yo no dispongo. Sin embargo… —comentó ella también con una sonrisa—, te reto a una lucha de magia ancestral. Te aseguro que otro gallo cantará —sonrió mostrándole los dientes.

Él enarcó una ceja.

—Entrenada por un Magister Templi durante toda la vida… —la señaló y luego se señaló a sí mismo—, entrenado por un ángel del cielo —elevó sus dos cejas mientras la mirada de ella se oscurecía—, no sé yo…. —apuntó no muy seguro de que ella fuese a ganarle.

Valeria apretó los labios y se acercó a él por encima de la mesa con un movimiento un tanto brusco. ¿Cómo podía ser tan prepotente? Su sonrisa le indicaba que estaba bromeando, que parecía disfrutar con ella de esos piques, pero que cuestionasen su entrenamiento de toda su vida, a lo que se había dedicado desde antes de tener uso de razón, le molestaba. Sí, aquel chico parecía orgulloso, pero ella lo era más.

—Cuando quieras nos batimos en duelo —propuso ella.

Él se echó hacia delante apoyando también parte de su cuerpo en la mesa, acercándose a su rostro.

—Cuando quieras —repitió él—. Estoy deseándolo.

Aitor, sentado cerca de ellos, carraspeó llamando la atención de los dos y se puso en pie. Dio unos pasos hacia delante.

—¿Podemos hablar un momento, Daniel? —preguntó.

Daniel seguía con la mirada fija en Valeria que ni pestañeaba.

—En un rato, ahora no puedo —respondió sin mirarle.

—Ahora —exigió Aitor avanzando hacia la barra.

Permaneció con la mirada fija en Valeria hasta que resopló, apartó la mirada de ella y se puso en pie.

Ella lo imitó.

—Me voy a la cabina donde se respira más amabilidad —susurró ella, aunque dotó a la última palabra de un tono más elevado para que él la escuchase y se diese por aludido.

—¡Ja! —se mofó él—, habló la que agradece que le salven la vida del ataque de un vampiro.

Los dos volvieron a mirarse fijamente como si se retasen. Daniel dio un paso hacia su derecha para rodearla y dirigirse adonde Aitor lo esperaba justo cuando ella hizo lo mismo, interrumpiéndole el paso.

Valeria resopló y dio un paso hacia el otro lado al igual que Daniel que también resopló al ver que, sin querer, se estaban negando el uno al otro el paso.

Finalmente, Valeria colocó una mano en su brazo y lo empujó levemente para pasar.

—Eh, doña amabilidad… —se quejó él—, se mira, pero no se toca.

Valeria avanzó rápidamente hacia la puerta de la cabina y la abrió.

—Ni en tus mejores sueños —bramó con los dientes apretados antes de cerrar la puerta tras de sí.

Daniel apretó los labios y arrastró la mano de la frente a la barbilla.

—¿A ti qué te pasa? —preguntó Aitor a su espalda.

Daniel se giró y se topó con la ceja enarcada de su jefe. El resto de sus compañeros hacía como que no prestaba atención, pero sí lo hacía

con miradas furtivas.

—Nada, jefe —respondió encogiéndose de hombros. Fue hasta la barra y se poyó en ella—. ¿Qué refrescos tienes, Víctor?

Víctor se agachó y abrió la nevera.

—Refresco de cola, de limón, de naranja, zumo de…

Aitor se situó a su lado.

—Deberías intentar controlarte un poco con Valeria —continuó su jefe con tono pacífico.

Daniel ignoró a Aitor.

—Dame un refresco de naranja. Se me ha secado la boca. —Sonrió mostrándole los dientes a Víctor.

—¿Me estás escuchando? —preguntó Aitor.

—Sí, claro que te escucho, jefe. —Se giró hacia él—. Esa chica es una prepotente y una desagradecida.

Aitor puso los ojos en blanco.

—Sea como sea, nos va a llevar hasta el grimorio del rey Salomón, ¿entiendes? —Daniel asintió mientras daba un largo sorbo a la botellita de cristal—. No me des la razón como a los locos.

—No, no, si tienes toda la razón, jefe, nos va a llevar hasta el grimorio —respondió encogiéndose de hombros.

—¿Y por qué siento que lo que te estoy diciendo te entra por un oído y te sale por el otro?

Daniel chasqueó la lengua y suspiró.

—Oye, yo no tengo ningún problema con ella, excepto que le salvé la vida el otro día y ni me lo agradeció. Es más, te recuerdo que por mucho que ahora colaboremos con ella hace aproximadamente un mes estábamos esquivando sus balas.

—Eso ya quedó suficientemente explicado, estaba intentando evitar que abriesen la botella de Astaroth —recordó Aitor.

—¿Y ha pedido disculpas? ¿Ha dicho acaso que lo sintiese? —insistió Daniel.

Lucas que estaba al lado intervino en la conversación.

—Bueno, en el momento en que dio sus explicaciones ya se da por sentado que no iba a por nosotros, ¿no?

Aitor señaló a Lucas dándole la razón.

Daniel escudriñó a su compañero de la cabeza a los pies.

—Intenta mantenerte calmado con ella, la necesitamos —insistió Aitor.

Víctor que se encontraba al otro lado de la barra como si se tratase del camarero, se apoyó contra ella y parpadeó hacia Daniel en una clara señal de mofa.

—¿Aquí se respira odio? —Se llevó la mirada de todos sus compañeros—. ¿O amor? —Daniel enarcó una ceja—. Quién sabe… oh, cruel destino que has puesto en el camino de mi amigo a una

mujer con carácter y que… —comentó con tono poético.

—Oh, cállate ya —lo interrumpió Daniel—. Y deja de beber, te está subiendo.

—Solo te estoy diciendo que te calmes, ¿de acuerdo? —intervino de nuevo Aitor, esta vez con un tono de voz más cortante—. La chica nos está ayudando. Solo te pido que… bueno, que no la enfades demasiado.

Daniel resopló y negó con su cabeza.

—Pero si ella disfruta más que yo de estos enfrentamientos —dijo cogiendo su botella de cristal y dirigiéndose al asiento, sin importarle lo más mínimo lo que le decía su jefe—. No le des tanta importancia, jefe. Seguro que se está riendo a base de bien en la cabina. —Señaló en esa dirección con la cabeza y se sentó en su asiento mientras recibía las miradas de toda la división.

En el interior de la cabina Valeria miraba la puerta fijamente, con los dientes apretados y el zumo de naranja en una mano, luchando por no estamparlo contra la puerta.

—¿Qué haces ahí parada? —preguntó Kemal.

Ella resopló.

—Intento calmarme para no salir de aquí y arrojarle a ese prepotente el zumo de naranja a la cabeza —dijo sin apartar la mirada de la puerta. Kemal rio ante su comentario—. Será idiota.

Kemal la miró divertido y le indicó el asiento a su lado.

—Vamos, siéntate. Vamos a pasar por una zona de turbulencias.

—Estupendo —ironizó mientras se sentaba y se abrochaba el cinturón.

Kemal cogió la radio y pulso el botón superior.

—Les habla su capitán —comentó—. Os sugiero que os sentéis y os abrochéis los cinturones, vamos a pasar por una zona de turbulencias.

Daniel dio una palmada como si lo que les notificaba el capitán de vuelo por la radio fuese una buena noticia.

—Estupendo. —Miró a Aitor que pasaba a su lado para sentarse en su asiento—. Un viaje de lo más interesante y entretenido, ¿verdad? —ironizó.

Aitor decidió no contestarle, pues ya había captado el tono irónico de su compañero, así que simplemente cerró los ojos y apoyó la cabeza para relajarse.

9

Lilith corrió por los pasillos del inframundo, acelerada y con movimientos agresivos.

Eso no iba a quedar así. Notaba todos sus músculos tensos y la ira se había apoderado de ella desde que había recibido la noticia.

Llegó a la alcoba de Astaroth y entró sin avisar.

Su alcoba no era muy diferente de la de ella: una cama donde estirarse y una enorme mesa donde disfrutar de manjares, rodeada de doce sillas. Suponía que ahí era donde se reunía la trinidad maligna para elaborar sus planes.

Dio un paso al frente fijándose en él. Permanecía en una de las sillas con un libro entre las manos.

—Maldito bastardo —gruñó ella. Astaroth ni siquiera elevó su cabeza, siguió leyendo el libro como si nada le importunase. Lilith fue hasta él y abofeteó con todas las fuerzas que pudo la cara de Astaroth. En ese momento sí recibió toda su atención—. Maldito hijo de puta… —susurró—, ¡dos de mis hijos han muerto! —gritó. Astaroth dejó lentamente el libro sobre la mesa, sin prisa, sin acongojarse ante los gritos de Lilith—. ¡Y no me has dicho nada! —gritó desgarrándose la garganta—. ¿Te crees que son unos títeres a los que puedes utilizar? —le retó mientras Astaroth se ponía en pie con la mirada fija en ella —. No son tus hijos. Son míos.

Astaroth miró su rostro con calma.

—Tú me los cediste.

—¡Pero no para que los matases! —gritó ella hecha una furia.

Astaroth rio ante la desesperación de Lilith.

—¿Y para qué creías que los necesitaba? —preguntó con los dientes apretados—. ¡Han muerto dos y morirán muchos más! —le gritó él—. Por si no te has dado cuenta estamos a las puertas de una guerra… —Lilith no se amedrentaba ante sus gritos, permanecía totalmente

estática, con el mentón bien alto—. Tus vampiros se las vieron con unos cazadores —explicó—, parece que esos hijos tuyos no son muy diestros ni muy dados a la lucha —ironizó—, porque cayeron como simples polluelos ante las dagas de uno de los cazadores. —Ella apretó los labios intentando controlar los gritos que clamaban por salir de su boca. Astaroth ladeó su cuello y abrió mucho los ojos—. Prepárate… porque esto no ha hecho más que empezar —ordenó—. ¿Crees que salir de este agujero te va a salir gratis? Morirán, y no uno ni dos, serán decenas o centenares… pero es el precio que debes pagar por ser libre, por ser mi reina —enfatizó—. Ellos son mis ojos en la Tierra, los necesitamos para encontrar el grimorio del rey Salomón.

Lilith lo miró asombrada y comenzó a reír.

—¿El grimorio del rey Salomón? —le gritó ella—. ¡Ni siquiera sabes dónde se encuentra ese estúpido grimorio! ¿Cómo justificas las muertes que has causado entonces?

Él se puso más firme.

—Hay pocas personas que sepan dónde puede encontrarse —explicó —. Thelema conoce de esas personas…

—¿Y vas a mandar a mis hijos a…?

—A buscarlos, sí —afirmó él—. De hecho, ¿por qué crees que murieron esos dos? Por ir a buscar a una de esas personas.

—Y los mataron, así que estamos igual —comentó enfurecida—. Han muerto para nada.

—Te equivocas —dio un paso al frente—. El gran hechicero de Thelema los tiene controlados, a la gran mayoría de esas personas y a los cazadores. La sociedad secreta Thelema, nuestros adoradores, están investigando y tus hijos son el brazo ejecutor. —Cogió el libro en su mano y se giró dándole la espalda, dirigiéndose a la estantería tallada en la piedra oscura que formaba el habitáculo—. Los están siguiendo y, cuando llegue el momento, harán lo que tengan que hacer para hacerse con el grimorio y traerlo hasta aquí.

Lilith lo miró con desprecio.

—No voy a tolerar una muerte más de mis hijos por…

—Las va a haber —sentenció él—, hazte a la idea —rugió—. En toda guerra hay muertes. Es necesario. ¿Quieres la libertad? —dijo caminando hacia ella con agresividad—. ¿Quieres acabar con milenios de años cautivos? —Ella apretó los labios y miró hacia un lado. Sí, era lo que más deseaba, salir de allí, ser libre—. Pues jamás vuelvas a cuestionarme —rugió. Dio unos pasos al frente ante la mirada fija de Lilith—. Haré todo lo necesario para conseguir la libertad que tanto merecemos.

Ella lo miró sin pestañear.

—No a costa de mis hijos —pronunció ella en el mismo tono. Dio unos pasos hacia él sin acobardarse—. Sé que existen los cazadores,

que miles de mis hijos mueren en sus manos cada año terrenal, pero no soy yo la que los envío. No vuelvas a ensuciar mis manos —le escupió.

Sin previo aviso, Astaroth golpeó con fuerza la mandíbula de Lilith que salió volando y cayó sobre la roca varios metros alejada de él.

Cuando elevó su cabeza, Astaroth se estaba colocando correctamente la túnica, sin siquiera mirarla.

Lilith se llevó la mano a la boca y vio cómo una gota de sangre resbalaba por ella.

—Recuerda una cosa, Lilith. Tú —dijo mirándola en ese momento— no me das órdenes.

Lilith se puso firme y lo miró fijamente, sin un atisbo de dolor en su rostro, al contrario, su rostro revelaba que estaba conteniéndose.

—Bien —dijo como si aceptase.

Se giró y salió de la alcoba de Astaroth sin decir nada más. Ya había visto todo lo que necesitaba.

Deseaba más que nada salir de allí, pero no con un líder que sacrificase a sus propios aliados para conseguir su propósito y redimir así las ansias de venganza contra su padre.

“Tú no me das órdenes”, repitió aquella frase en su cabeza, las últimas palabras que había pronunciado Astaroth.

—Eso ya lo veremos —murmuró ella con asco mientras recorría las estrechas grietas que se abrían entre las puntiagudas montañas.

Daniel se desató el cinturón y miró a su jefe.

—Menudo viajecito —se quejó.

A los pocos minutos de anunciar que iban a sobrevolar una zona de turbulencias, estas habían comenzado y no se habían detenido hasta minutos antes del descenso, aproximación a pista y aterrizaje.

Miró por la ventana, el aeropuerto no tenía nada que ver con el aeródromo de Rozas, aquel era inmenso.

Daniel se puso en pie en cuanto el jet se detuvo cerca de un hangar.

Kemal y Valeria salieron de la cabina.

—Lamento el último tramo del trayecto —comentó Kemal mientras ella cerraba la puerta.

Aitor se encogió de hombros y fue hacia él.

—¿Alguien nos vendrá a recoger para llevarnos ante el grimorio? —preguntó.

Tanto Valeria como Kemal enarcaron una ceja.

—No, os llevamos nosotros —comentó Kemal que miró de reojo a Valeria.

—Ya he avisado de que hemos aterrizado —respondió esta, avanzando. Pasó al lado de Daniel y resopló. Aquel muchacho le ponía de los nervios.

Kemal fue hasta la puerta y la abrió.

—Disponemos de una furgoneta aquí en el hangar. Vamos —dijo mientras las escaleras descendían—. Os ayudo con las cajas de la bodega de carga.

Bajaron del avión. A esa hora, las cinco de la tarde, el sol comenzaba a esconderse por el horizonte. Aún debía de quedar aproximadamente una hora de luz, aunque corría una brisa bastante fresca.

—Ostras —pronunció Víctor mientras bajaba las escaleras—, pensaba que haría más calor aquí.

Kemal que iba delante se giró hacia él con una sonrisa.

—La temperatura es muy parecida a la que tenéis en España. Durante el día se puede ir más o menos bien, pero por la noche abrigaos. En esta época rondamos entre los quince y los ocho grados. —Kemal fue hasta la bodega de carga y la abrió. Se giró y observó la furgoneta color azul marino aparcada en el hangar—. Es nuestra furgoneta —dijo señalándola—. Metemos las cajas y nos marchamos.

Valeria cogió las llaves de Kemal y fue hacia la furgoneta para abrir la parte trasera y facilitarle el trabajo.

Aitor se acercó a Kemal para coger una de las cajas.

—¿Tardaremos mucho? —preguntó Aitor.

Kemal miró a Valeria como si no supiese qué responder a eso, aunque ella se acercó.

—Un rato —dijo mirando de reojo a Kemal y este asintió.

—¿Está muy lejos el lugar? —preguntó Daniel cogiendo una de las cajas.

—No —respondió ella secamente.

Sin decir nada más volvió a la furgoneta para ver cómo introducían las cajas de forma ordenada.

En menos de diez minutos salían del aeropuerto.

Todos iban sentados en la parte trasera. La furgoneta era enorme.

Delante conducía Kemal y Valeria iba a su lado pulsando los botones del móvil.

—Nos esperan en la puerta de la mezquita Azul —explicó ella.

—Perfecto —dijo Kemal girando a su izquierda para salir del aeropuerto—. Tenemos una hora de trayecto —informó hacia atrás.

Aitor que se había sentado en los asientos centrales junto a Miguel y Daniel asintió.

—¿Es ahí donde lo guardan? —preguntó interesado.

Kemal de nuevo volvió a mirar a Valeria de reojo.

—La mezquita Azul contiene un subterráneo que nos sirve de base —explicó ella sin decir nada más.

Aitor volvió a asentir conforme con la respuesta y extrajo el móvil.

—Informaré a Anael de que ya estamos aquí —dijo buscando en la

agenda del móvil el número de ella.

Valeria se giró un segundo para mirarlo y asintió. No pudo evitar cruzarse con la mirada azul celeste de Daniel que la observaba. Valeria chasqueó la lengua y volvió a sentarse correctamente en el asiento.

Daniel aprovechó para echarse hacia delante mientras su jefe se llevaba el móvil al oído.

Se apoyó contra el asiento del conductor y miró a Valeria, así pudo percatarse de cómo ella lo observaba de reojo, aunque intentase disimular que estaba concentrada en el móvil.

—En una hora, para cuando lleguemos, será de noche… —pronunció.

—Es posible —indicó ella elevando un momento la mirada del móvil a la carretera.

Daniel miró a su jefe que mantenía una conversación con Anael, aunque este no le prestaba atención.

—Quizá estaría bien que nos detuviésemos un momento para ponernos los uniformes.

Esta vez ella sí se giró para observarlo.

—¿Por qué?

—Los vampiros —le recordó—, andan buscándote.

Ella puso los ojos en blanco y negó.

—Aquí en Estambul no hay vampiros —contestó ella volviendo la mirada hacia el móvil.

—Los vampiros no tienen nacionalidad —comentó con los dientes apretados—. Pero si han olfateado tu aroma…

—¿Mi aroma? —peguntó ella divertida.

—Sí, tu olor corporal —respondió más tenso—. Si te están buscando podrán encontrarte en cualquier parte del mundo.

Ella ni siquiera se giró para responderle.

—Los dos vampiros que pudieron olfatear mi aroma están muertos, ¿recuerdas? Tú los mataste.

—Sí, y aún no me lo has agradecido —susurró él por lo bajini, girándose un momento hacia sus compañeros. Todos hablaban entre sí, excepto Aitor que mantenía una conversación por teléfono—. Si te encontraron una vez podrán hacerlo más veces.

Ella apretó los labios, suspiró y lo miró de reojo.

—No te preocupes, ya te lo he dicho, aquí jamás ha habido un ataque de vampiros, y dudo que puedan ser más rápidos que un avión.

—¡Ja!, ni te imaginas lo rápidos que pueden llegar a ser —le recriminó.

De nuevo volvió a girarse en su dirección. Daniel se encontraba más cerca de lo que esperaba, pues su rostro quedó a pocos centímetros del de ella. Tuvo que echarse hacia atrás.

—No te preocupes —comentó con timidez al encontrarlo tan cerca—. Llegaremos antes de que se ponga el sol. No nos detendremos hasta llegar.

Daniel resopló y se echó de nuevo hacia atrás.

—Testaruda —susurró—. Después no me pidas ayuda si vienen a por ti —acabó susurrando mientras se echaba hacia atrás.

Ella no respondió, aunque apagó su móvil y miró por la ventana. Sí, el sol no tardaría mucho en esconderse y sabía que Daniel tenía parte de razón, aunque, sinceramente, no creía que hubiese vampiros por la zona, de hecho, jamás había acontecido en aquella ciudad una muerte extraña que pudiesen achacar a un vampiro.

Daniel miró de reojo a Aitor que colgaba el teléfono.

—¿Qué opinas tú? —le preguntó Daniel a su jefe.

Aitor lo miró sin comprender, pues no había escuchado nada de su conversación con Valeria.

—¿Qué opino sobre qué?

—Sobre los vampiros —señaló hacia la ventana—, el sol se pondrá en breve.

Aitor miró por la ventana y asintió.

—Pueden ser un problema, sí.

—Menos mal —susurró Daniel—, alguien con sentido común. ¿Qué hacemos?

Aitor se quedó pensativo y chasqueó la lengua, aunque en ese momento miró hacia delante. Daniel supo que algo no iba bien, pues Aitor miraba fijamente a Kemal y a Valeria.

—¿Dónde está Anael? —preguntó secamente.

Todos se callaron y miraron hacia delante.

Valeria tragó saliva y se giró levemente.

—Anael está custodiando el grimorio, tal y como os dijimos.

Daniel miró intrigado a su jefe y luego a Valeria y a Kemal.

—¿Y por qué se ha sorprendido cuando le he dicho que ya hemos llegado a Estambul?

Kemal y Valeria se miraron de reojo.

Valeria puso su espalda recta y miró hacia delante.

—Nuestra base se encuentra aquí —respondió secamente—. Pasaremos a recoger a unos colegas antes de ir a por el grimorio. —Daniel miró de reojo a Aitor, pues este parecía no estar muy conforme. En ese momento le dio la sensación de que Valeria y Kemal les ocultaban algo—. Ahora que Astaroth ha sido liberado debemos extremar todas las precauciones —continuó ella—. Cuantos más seamos para proteger el grimorio, mejor.

Aitor aún continuaba con la mosca detrás de la oreja.

—¿Te ha dicho Anael dónde está? —le preguntó Daniel con la mirada fija en Valeria.

—Me ha dicho que está protegiendo el grimorio, pero no en Estambul —pronunció Aitor con la vista al frente. Fue entonces cuando toda la división miró hacia delante—. Y que hagamos todo lo que nos pida la Aurora Dorada —susurró.

Aquello extraño a Daniel.

—Pero ella… ¿está bien?

Aitor se giró y enarcó una ceja.

—Claro que está bien, es un ángel —le recordó encogiéndose de hombros—. Lo que me mosquea bastante es que no seáis claros con nosotros… —dijo volviendo la mirada hacia delante.

Valeria se removió nerviosa e inspiró.

—Como he dicho vamos a buscar a unos colegas… —reiteró—, el grimorio está escondido a las afueras de Estambul —indicó.

—¿Dónde? —insistió esta vez Víctor.

Ella negó.

—Lo siento, pero no puedo decíroslo.

—¿Por qué? —preguntó Daniel más mosqueado.

Ella se giró mostrándose indignada.

—Porque no sabemos si Farid o el propio Astaroth pueden estar observándonos —comentó con los dientes apretados. Aquella respuesta pareció calmar un poco los ánimos de la división. Valeria miró a Aitor con seriedad—. Por favor, confiad en nosotros. Necesitamos extremar las precauciones.

Aitor se quedó observándola y finalmente asintió. Valeria se giró hacia delante sin decir nada más, aunque de nuevo Daniel pudo ver aquella mirada de complicidad entre Kemal y Valeria que le hacía dudar.

Lo mismo tuvo que pensar Aitor porque se giró disimuladamente hacia atrás y miró a Lucas.

—¿Las armas? —preguntó. Lucas señaló con la cabeza hacia atrás, mostrándole las cajas—. Daniel tiene razón —comentó con un tono de voz más elevado—, los vampiros pueden ser un problema antes de llegar a la mezquita.

Daniel miraba fijamente a Valeria, la cual miró disimuladamente a Kemal. La actitud de ellos dos le hizo desconfiar, estaba claro que escondían algo. Por otro lado, sabían que Anael se encontraba custodiando el grimorio, así que realmente lo tenían en su poder, ahora bien, ¿por qué la actitud de Valeria dejaba entrever que estaban ocultándole algo?

—¿Nos ponemos los uniformes? —preguntó Daniel con la mirada fija en el perfil de Valeria.

—Será lo mejor —respondió Aitor.

—Dicen que no van a detenerse hasta que lleguemos a la mezquita —continuó Daniel.

—¿Quién dice que necesitamos que el coche se detenga? —preguntó Aitor mientras señalaba a Lucas para que les pasase los uniformes.

En ese momento, Valeria se giró hacia atrás, extrañada.

—¿Vais a cambiaros aquí? ¿Ahora? —preguntó sorprendida.

Daniel se puso de rodillas sobre el asiento y directamente se quitó la camiseta, quedándose con el pecho al descubierto.

—Como bien has dicho, es mejor extremar las precauciones —le guiñó un ojo y cogió el uniforme que Lucas le pasaba.

Se sentó y comenzó a quitarse los zapatos.

Valeria resopló y se giró hacia delante cruzándose de brazos. Kemal pudo ver por el retrovisor cómo, efectivamente, se iban poniendo los uniformes.

Aitor le tendió unas dagas a Daniel que se encontraba a su lado y este se acercó.

—¿No te fías de ellos? —le susurró, aunque aquellas palabras llamaron la atención de Víctor que en ese momento se ponía la bota y los miró fijamente.

Aitor se volvió un segundo para fijarse en Valeria y en Kemal, luego volvió a girarse hacia sus compañeros.

—Hay algo que no me encaja —susurró—. Estad alerta.

Ambos asintieron y colocaron en sus cinturones las armas que Lucas y Marcos les iban pasando.

Pocos minutos después todos se encontraban sentados, vestidos y armados.

Daniel observaba de vez en cuando a Valeria que se mantenía en silencio mirando por la ventanilla.

Poco rato después llegaron a la ciudad de Estambul.

Los minaretes ganaban en altura a los pisos. La antigua Bizancio, más adelante Constantinopla al ser refundada por el emperador romano Constantino I el Grande, era realmente impresionante.

El estrecho del Bósforo dividía la ciudad en la parte occidental y la oriental. La carretera que conducía a la entrada de la ciudad, situada a la orilla del estrecho, tenía una gran afluencia de vehículos, lo que provocaba el tránsito lento de los vehículos, camiones y motos.

El silencio pareció incomodar a Kemal que puso la radio y movió su cabeza al son de la música.

Daniel miró a través de la ventanilla.

A su izquierda había edificios en construcción y, más adelante, la muralla que rodeaba parte de la ciudad.

Parecía una ciudad hermosa y llena de contrastes, pues algunas mujeres iban con el velo y otras lucían su cabello largo al viento.

Se adentraron en la ciudad cuando el sol ya se escondía por el horizonte.

Las calles empinadas y de adoquines provocaban que la furgoneta se

moviese de un lado a otro.

Las calles se volvieron más estrechas y de un solo sentido. Le sorprendió ver la gran cantidad de casas y bloques de pisos de madera, pintados de diferentes colores. Era totalmente distinto a lo que había imaginado. Había una gran cantidad de restaurantes donde servían todo tipo de comida.

La mayoría de pisos no superaba las tres plantas y en las aceras había una gran cantidad de árboles plantados.

Se sorprendió cuando entre los pisos vio sobresalir unos altos minaretes de color azulado.

Ante ellos había un paseo con un carril en una dirección, en el centro un enorme paseo donde había bancos y zona ajardinada y al otro lado el otro carril en dirección contraria. A su izquierda intuyó la enorme mezquita Azul, pues ante él se alzaba una muralla de un par de metros.

—En principio esto es zona peatonal —explicó Kemal girando a la izquierda para ir directo a la gran mezquita—, pero a nosotros se nos permite entrar.

Todos observaron por la ventanilla. Las vistas eran realmente impresionantes, seguramente pocas ciudades contarían con unos templos así.

Ante ellos se encontraba una de las mezquitas más hermosas que habían visto y, girando totalmente, al otro lado del paseo, se encontraba Santa Sofia, la mezquita de color rosa.

Los jardines que había entre ambas eran un lugar relajante, con grandes zonas verdes y muchos árboles.

Kemal detuvo la furgoneta y abrió, Valeria salió por el otro lado y la división la imitó.

Por suerte, no había mucha gente paseando a aquellas horas, ya que comenzaba a oscurecer.

—Sacaremos nuestras cosas —comentó Aitor.

—No os preocupéis —respondió Kemal—. Ya me encargo yo.

—Yosef nos espera —intervino Valeria situándose frente a ellos. Lo cierto era que así vestidos imponían bastante. Miró hacia los lados asegurándose de que no había nadie cerca—. Es mejor que no os vean así —comentó señalándoles con la cabeza hacia la puerta de acceso. Ante ellos había una muralla de varios metros con un arco que formaba una puerta—. Seguidme.

En el interior había un gran jardín con césped y altos árboles. Había una zona de taquillas a mano izquierda donde los turistas podían adquirir sus entradas y las mujeres ataviarse con un velo azul que cubriría sus cabellos.

—¿No está abierta? —preguntó Víctor siguiendo a Valeria.

—No —respondió ella girándose levemente, pues parecía que tenía

prisa y caminaba con paso acelerado—. La mezquita Azul abre todos los días de ocho y media a once y media, de una a dos y media de la tarde y de tres y media a cuatro cuarenta y cinco. Solo se puede visitar en esas horas.

Parecía ser cierto porque no había nadie por el recinto.

Daniel miró hacia lo alto de la mezquita. Tenía varias plantas y, en lo alto, una enorme cúpula. Estaba formada a base de piedra y mármol, y se distinguía por ser una construcción con un tono gris azulado, de ahí su nombre.

Subieron unos escalones hasta un suntuoso porche. A mano izquierda había una flecha que indicaba que los turistas debían cruzar otros jardines para visitar la mezquita desde el otro lado, sin embargo, ellos tomaron la primera puerta.

Valeria abrió su bolso y sacó un pañuelo cubriéndose directamente el cabello.

Nada más acceder, Daniel, al igual que el resto de la división, se quedó paralizado.

Observaron atentos la majestuosidad del interior. Toda ella estaba enmoquetada en un color rojo y naranja que contrastaba con la piedra azulada, además, unos hermosos mosaicos azules presidían todas las paredes.

Estaba iluminada con una enorme lámpara circular bastante baja, situada a unos tres metros sobre el suelo. Esa parte de la mezquita estaba vallada, pues solo se podía acceder para rezar. Los turistas no tenían permiso para situarse bajo la enorme cúpula.

Valeria les hizo girar y los condujo a través del enorme recinto hasta un lateral donde había una puerta.

—La mezquita Azul se levanta en el mismo lugar que ocupó en su momento el Gran Palacio de Constantinopla, de hecho, gran parte de la mezquita se encuentra sobre los cimientos y sótanos de dicho palacio —explicó mientras abría la puerta.

Los dejó pasar y cerró la puerta tras de sí. Un pasillo los conducía a unas escaleras que descendían y giraban.

—El subterráneo nos garantiza un lugar alejado de todas las miradas —explicó mientras los conducía escaleras abajo.

—¿Cuántos metros está por debajo de la mezquita? —preguntó Lucas interesado.

Ella se giró un momento mientras seguía bajando.

—No lo sé, pero equivale a una distancia de dos plantas por debajo, más o menos —explicó ella.

Nada más bajar siguieron por un pasillo hasta llegar a una puerta.

La abrió y les indicó que avanzasen mientras ella la sujetaba.

El primero en entrar fue Aitor, seguido de Daniel y Miguel.

El lugar era realmente espectacular. Ante ellos había una enorme

estancia enmoquetada, igual que la primera, iluminada con focos y algunas velas encendidas. La roca de aquel subterráneo era de color marrón, aunque lo que más llamó su atención fue que, en el alto techo, colgaba una enorme lámpara con el símbolo de la estrella de David y en las paredes había varios símbolos mágicos que Anael les había mostrado, símbolos de protección, básicamente.

Entraron y justo cuando Valeria cerró la puerta tras ellos fue cuando supieron que algo no iba bien.

Aitor se quedó paralizado. Daniel sintió lo mismo, de hecho, lo miró cuando sintió cómo sus pies pesaban demasiado como para intentar dar un solo paso. Supo que sus compañeros sentían lo mismo cuando se quejaron.

—Joder, ¿qué pasa aquí? —preguntó Lucas mosqueado.

Daniel giró su cabeza y buscó rápidamente a Valeria. Valeria caminaba tranquilamente, rodeándolos, con su velo azul cubriendo parte de su cabeza. Su mirada dio con la de ella.

—¿Qué nos has hecho? —preguntó Daniel acusándola.

—Yo no os he hecho nada —respondió ella con tranquilidad.

Ninguno de ellos podía moverse, era como si sus pies estuviesen totalmente pegados al suelo. Por más fuerza que hiciesen les era imposible liberar sus botas del suelo.

Todos miraron hacia delante cuando de un lado de la inmensa sala, bastante alejados, salieron cinco hombres. Valeria fue directa hacia allí y se detuvo ante uno de ellos.

—As-Salamu alaikum —susurró ella con emoción, como si controlase las lágrimas.

Yosef le sonrió y asintió él también.

—Va-alaikum As-Salaam. —La estrechó entre sus brazos—. Demasiado tiempo sin vernos —le susurró mientras ella también lo abrazaba con cariño—. Me alegro mucho de que estés aquí.

Ella se separó colocando sus manos en los brazos que aún la estrechaban.

—Yo también me alegro de estar aquí. Esta es mi segunda casa, lo sabes.

—Lo sé —respondió él. Tomó su mano y dio una palmadita. Giró su cabeza hacia los seis hombres que permanecían paralizados a la entrada de la sala—. ¿No me dijiste que dominaban la magia?

—Eso decían —respondió ella.

El hombre soltó su mano y se acercó a ellos, los cuales hablaban por lo bajini y, en ese momento, no parecían conscientes de que él se posicionaba ante ellos.

—¿Por qué no puedo mover los jodidos pies? —preguntó Víctor.

—Creo que es un hechizo —respondió Aitor.

Marcos hizo fuerza con los pies intentando levantarlos del suelo.

—¿No nos dijo Anael un hechizo que servía para paralizar? —preguntó—. ¿Cómo era?

Daniel resopló.

—Lo que necesitas es el contrahechizo… —dijo Daniel con los dientes apretados. Resopló y apretó los labios—. Mierda… mmm… ¿cómo era? —Se quedó pensativo—. Clypeus ad me veniat —dijo intentando recordarlo—. A malam recede … ¡No! —dijo negando—. Así no es. ¡Joder! —gritó—. Recede a me malam… mmm…

—¿Potesta? —le preguntó Víctor como si acabase su frase.

Los pasos de Yosef llamaron su atención. Se había situado ante ellos y los miraba ladeando su cuello.

El hombre era bastante más bajo que Valeria, la cual se encontraba unos pasos por detrás de él. Tenía la barba canosa y el cabello largo y blanco recogido en una cola que le llegaba por el hombro. Vestía con una túnica color azul oscuro hasta los pies.

—¿Y vosotros sois los cazadores? ¿Los que tenéis que custodiar el grimorio? —ironizó.

Aitor chasqueó la lengua al comprender lo que ocurría. Aquel hombre debía de ser uno de los hechiceros de la organización secreta de la Aurora Dorada.

Aitor cerró los ojos y se concentró.

—Clypeus ad me veniat —susurró—. Recede a me malam potestatem.

De repente, todos pudieron mover los pies.

Yosef comenzó a dar palmas lentamente, pero Aitor se giró hacia el resto de sus compañeros con gesto bastante enfadado y les indicó con la cabeza hacia los hombres que se encontraban allí.

Se giró hacia Yosef.

—Tenemos otras muchas cualidades —respondió Aitor.

Sin previo aviso, todos desaparecieron de la vista de Yosef y Valeria y aparecieron cuatro de ellos junto a los cuatro hombres que permanecían aún apartados, Daniel tras Valeria y Aitor tras Yosef. Antes de que pudiesen reaccionar, Aitor y Daniel rodearon con su brazo por el cuello a Valeria y Yosef en sentido amenazante.

Aitor extrajo una daga y la colocó en el cuello de Yosef.

—¿A qué está jugando? —preguntó Aitor amenazante.

—¡Eh! —gritó Valeria cuando se vio rodeada por el brazo de Daniel y vio cómo Aitor extraía su daga amenazando a Yosef—. ¡Quietos! —Se removió intentando quitarse a Daniel de encima.

—Estate quieta tú —le susurró Daniel en su oído.

Yosef miró por el rabillo del ojo a Aitor que lo sujetaba y alzó levemente su mano derecha libre.

Aitor pudo sentir una presión muy grande en su mano, como si la daga quisiese salir disparada, aunque la sujetó con fuerza.

Yosef inclinó más su mano. Aquellos cazadores tenían mucha fuerza.

—¡Basta! —insistió Valeria intentando deshacerse de las manos de Daniel.

Aitor sintió cómo la daga tiraba con más fuerza de él hasta que esta hizo un giro para deshacerse de su mano y salió disparada a la otra punta de la estancia.

—¡Bajad las armas! —insistía Valeria.

—¿Para que tu amigo pueda lanzarnos hechizos? —ironizó Daniel.

Ella se removió y lo miró de reojo.

—No somos vuestros enemigos —rugió ella.

Aitor sonrió irónicamente hacia ella.

—¿Quién lo diría? —bromeó. Empujó levemente a Yosef hacia delante, soltándolo. Yosef se giró hacia él y lo miró fijamente, tieso como un palo—. ¿A qué viene esto?

No respondió en un principio, sino que se quedó observándolo, luego se giró hacia Valeria y el resto de sus compañeros.

—Tenéis mucha fuerza y sois rápidos, pero la magia no se os da nada bien —indicó Yosef.

—Somos cazadores, no hechiceros —respondió Aitor.

Valeria golpeó con su codo el costado de Daniel intentando zafarse de él, pero este ni se inmutó.

—Quietecita… —volvió a susurrarle.

—Pero pretendéis llevaros y proteger el mayor libro de magia ancestral de la historia de la humanidad. —Alzó el mentón—. La magia se protege con magia —sentenció él.

Aitor comprendió lo que acababa de ocurrir. Yosef pretendía ponerlos a prueba. Apretó los labios y miró hacia sus compañeros que permanecían al final de la estancia sujetando a los hombres que no habían intervenido aún. Luego miró a Daniel que sujetaba a Valeria. Hizo un gesto con la cabeza hacia ellos para que los soltasen.

Daniel soltó a Valeria y la empujó levemente hacia delante. Ella se giró y lo miró enfadada, aunque no le dijo nada, simplemente dio los pasos hasta situarse al lado de Yosef.

Aitor volvió a mirar a Yosef.

—No necesitamos pasar ninguna prueba ni ningún examen, nos envía Anael —comentó seriamente.

—Sí, sé perfectamente quién os envía —respondió Yosef dando un paso corto hacia delante—, pero sois vosotros los que os debéis encargar de transportar el grimorio. Ella, por su condición, no puede tocarlo. —Ladeó su cabeza y lo escudriñó con la mirada—. ¿Crees que voy a entregar el grimorio más importante de la humanidad a unos hombres que ni siquiera pueden defenderse de un simple ataque de magia? Nos estamos jugando demasiado —sentenció—. No, aún os

queda mucho que aprender.

—Estamos más preparados de lo que crees —indicó Aitor—. Anael nos ha enseñado a luchar contra demonios.

—Sí, ya he visto que en la lucha sois buenos, vuestra velocidad y fuerza son excelentes, pero Thelema no lucha con fuerza bruta… —indicó dando un paso hacia delante, mirando fijamente a Aitor, intentando que comprendiese—, Thelema lucha con magia. —Yosef apretó los labios y durante unos segundos relajó sus facciones—. Sé que vuestras intenciones son buenas, pero, como ya he dicho, nos jugamos demasiado. El grimorio lleva siendo protegido milenios y jamás ha caído en malas manos. ¿Por qué iba a entregároslo?

Aitor lo miró seriamente.

—Porque Astaroth ha sido liberado y… porque queremos volver a apresarlo en una botella —respondió Aitor.

Ahí el joven tenía razón. Invocar a Astaroth y apresarlo en un recipiente no era tarea fácil, de hecho, para un humano normal y corriente sería imposible, por eso mismo el arcángel Miguel había creado un anillo de poder para que le otorgase de la fuerza necesaria para poder apresarlo al rey Salomón. Sí, sin duda aquellos cazadores poseían buenas cualidades: fuerza, destreza, velocidad, reflejos…, pero sus enemigos contaban con el conocimiento de la magia y ellos parecía que no la dominaban del todo.

—No estáis preparados —sentenció Yosef girándose, dándole la espalda.

—Sí que lo estamos —respondió Aitor—. Que nos haya cogido desprevenidos una vez no significa que no podamos hacerlo. Sí, somos cazadores, nuestro campo es la lucha cuerpo a cuerpo y no, no voy a negarlo, solo llevamos un mes de entrenamiento con la magia, seguro que nos queda mucho por aprender y mejorar… pero Anael confía en nosotros, nos ha escogido a nosotros para esta misión… y me niego a pensar que ella está equivocada porque usted lo diga.

Aquellas palabras provocaron que Yosef se girase de nuevo lentamente hacia él. Lo escudriñó con la mirada. Aquellas palabras habían provocado un cambio en la actitud del hombre. Donde antes había una mirada cargada de determinación, ahora había duda. ¿Quién era él para contradecir a un ángel?

Se acercó a él lentamente.

—Debéis comprender que ese libro es nuestra única esperanza… —comentó preocupado hacia él. Inspiró con fuerza y cerró los ojos durante unos segundos—. El libro ha pasado desapercibido todo este tiempo porque lo mantenemos en una cúpula de protección, pero en el momento en que lo saquemos de esa cúpula y os lo entreguemos cualquier ser sobrenatural o el mismo Astaroth detectarán su poder y acudirán a por él. ¿Sabéis lo que eso significa? —le preguntó.

Aitor asintió.

—Que todos vendrán a por nosotros.

Yosef asintió.

—Y no me refiero solo a demonios… ya he visto que combatís perfectamente y seguro que podéis derrotar a los demonios, pero ¿y a los hechiceros de Thelema? ¿Podréis contra ellos? —Apretó los labios—. Ni siquiera yo he podido contra Farid, el hechicero supremo de Thelema.

—Ya nos enfrentamos antes a él —confesó—. No lo vencimos, pero sí pudimos hacerle frente —indicó Aitor—. Ahora, además, dominamos más la magia.

—Hay ciertas cosas que debéis saber si queréis proteger el grimorio como es debido —comentó rápidamente Yosef.

Daniel intervino por primera vez en la conversación.

—Pues enséñenos —le pidió él—. Esto es un trabajo de todos —dijo dando unos pasos hacia él—. Anael nos ha enseñado a luchar contra los demonios, a invocarlos, a protegernos de ellos… Nos ha enseñado hechizos, pero no hemos podido entrenar contra hechiceros. Ayúdenos en eso y le prometo que no le defraudaremos.

Yosef se quedó observando a Daniel y luego miró al resto de cazadores.

¿Cómo iba él a contradecir el mandato de un ángel? Sabía que ellos, por sus habilidades, estaban mucho más preparados que otros y si además podían emplear la magia, serían excelentes para esa misión. Ya había visto que tenían nociones, pero un ángel no podía emplear la magia ancestral, por eso mismo el arcángel Miguel se la había enseñado al rey Salomón.

Yosef se quedó pensativo unos segundos y miró a Valeria, la cual esperaba una respuesta por su parte, a unos pasos de él. Ella, instintivamente, asintió. Valeria había pasado aquellos últimos días con ellos y si ella también daba su aprobación era porque realmente aquellos muchachos tenían potencial. No lo dudaba, pero proteger el grimorio eran palabras mayores.

Miró a Aitor y finalmente asintió.

—Vamos a contrarreloj —indicó Yosef.

—Lo sabemos —respondió Aitor—, pero te aseguro que aprendemos rápido.

Yosef inspiró hondo y asintió esta vez más convencido.

—Os doy setenta y dos horas de mi tiempo —indicó—. Descansad lo que resta de día y mañana comenzaremos el entrenamiento con magia…

—No estamos cansados —indicó Aitor—. Danos una hora para instalarnos y nos ponemos a ello.

La predisposición del joven le gustó.

—Está bien. —Miró a Valeria y señaló hacia la puerta—. Que se instalen en los aposentos y cenen algo. Nos vemos aquí en dos horas.

Dicho esto, fue hacia la puerta seguido por el resto de hombres y abandonó la estancia.

Valeria miró de reojo a Daniel, el cual estaba cerca suyo, y luego se volvió hacia Aitor.

—Kemal ha debido de dejar las cajas en la primera planta —dijo dirigiéndose a la puerta—. Las cogemos y os ayudo a instalaros.

10

Los aposentos a los que se refería Yosef eran unas simples habitaciones con dos camas cada una. Eran muy simples, un espacio pequeño, una cama a cada lado separadas por una mesita de noche en medio y un armario de madera bastante antiguo. La luz de una lámpara blanca iluminaba la pequeña habitación.

Las habitaciones no tenían ventanas, pues estaban situadas en el subterráneo de la mezquita Azul, cerca de la estancia donde practicarían los conjuros.

Daniel se quedó observando desde la puerta de la habitación.

—¿Te da igual la cama? ¿Prefieres alguna en particular?

—Me da lo mismo —respondió Víctor entrando primero en la estancia. Fue a la cama más alejada a la puerta y echó la maleta individual encima—. ¿Te parece bien?

—Sí, claro —respondió Daniel dejando también su maleta en la cama más cercana a la puerta.

Se giró y vio pasar a Lucas y a Marcos que dormirían en la siguiente habitación. En la primera descansarían Aitor y Miguel.

Ninguna de las habitaciones tenía aseo, el único aseo que había en aquella zona de habitaciones se encontraba al final del pasillo y era bastante reducido. Una estrecha ducha, un váter y un lavamanos bajo un espejo rectangular.

Daniel abrió la maleta e intentó poner algo de orden en la habitación. Si en principio iban a quedarse allí unos tres días se instalaría más o menos.

Fue hacia el armario y lo abrió.

—Me quedo con las dos baldas de arriba —dijo Daniel mientras colocaba unas camisetas—. Para ti las de abajo.

—De acuerdo —dijo Víctor abriendo también su maleta.

—Eh —les llamó la atención Aitor desde la puerta, el cual cargaba

una de las cajas donde llevaban las túnicas y todo lo que les había hecho Anael—. La caja la dejo aquí en el pasillo y que cada uno coja lo suyo cuando lo necesite.

—De acuerdo —contestó Daniel dejando unos tejanos en uno de los estantes superiores.

—Ya haréis esto luego —indicó—. Vamos a cenar algo, luego hay que ir con Yosef.

Daniel asintió y cerró el armario

Los seis se dirigieron al comedor situado al final del pasillo. La estancia no era muy grande. En el centro había dos largas mesas para diez comensales cada una y, al final del comedor, una pequeña cocina.

Las paredes ni siquiera estaban pintadas, sino que se trataban de los muros del antiguo castillo. Estar ahí lo llevó a otra época.

La mirada de Daniel voló directamente hacia Valeria, sentada junto a un grupo de cuatro personas en la mesa más alejada y cenando tranquilamente.

Un hombre chino se acercó a ellos. Era bastante más bajito que ellos, aunque muy musculado. Su cabello corto era de un color negro muy oscuro, lo cual era sorprendente si se tenía en cuenta las arrugas que marcaban las facciones de su rostro.

—Mi nombre es Liú Wàng —se presentó. Daniel recordó cuando Valeria le había explicado que precisamente ese hombre era quien le había enseñado todo lo que sabía sobre lucha—. Soy Magister Templi de la orden de la Aurora Dorada… —Liú pudo ver cómo todos lo miraban sin comprender aquella palabra, excepto Daniel que parecía saber de qué iba el tema—. Soy el instructor de artes marciales.

Aitor se adelantó y estrechó su mano.

—Soy Aitor, jefe de la división. —Señaló hacia atrás—. Ellos son Miguel, Lucas, Daniel… —iba indicando mientras los señalaba y estos lo saludaban con la mano—, Víctor y Marcos.

Liú les indicó que tomasen asiento en la mesa libre.

—Sentaos. —Los acompañó hasta la mesa—. Yosef me ha dicho que después tiene una reunión con vosotros.

—Así es —respondió Aitor.

—Pues será mejor que cenéis bien. Las reuniones con Yosef suelen ser intensas —acabó bromeando. Se giró y comenzó a hablar en chino con otros individuos que había en la cocina—. Ahora os servirán algo —dijo alejándose ya de la mesa.

Daniel tomó asiento y se giró un segundo para observar que, justo detrás, estaba sentada Valeria. Pudo ver cómo la muchacha se giraba levemente para observarlo y luego volvía a la conversación con sus compañeros.

—Pues tengo bastante hambre —comentó Víctor.

Pocos minutos después les servían un plato de verduras y uno de

köfte, un plato original de Oriente Próximo consistente en una especie de albóndigas de carne condimentadas con diferentes especias acompañadas de patatas fritas.

Los platos estaban realmente deliciosos y todos dieron buena cuenta de ellos.

Una hora después Yosef hacía acto de presencia en la estancia.

—Si me acompañáis al salón… —les indicó.

Los seis se levantaron para seguirle. Daniel no pudo evitar echar la vista atrás de nuevo para observar a Valeria. Era una chica con mucho carácter y realmente preciosa.

Tuvo que dejar de observarla cuando Miguel se situó detrás de él tapándole toda visión y alzó sus cejas repetidas veces, obviamente sabía hacia dónde miraba su compañero.

—¿Disfrutando de las vistas?

Daniel lo escudriñó con la mirada y luego puso los ojos en blanco. Mejor no decir nada o sabía que Miguel no se cortaría un pelo con él.

Fueron hasta la enorme estancia donde habían estado la primera vez y Yosef cerró la puerta.

Los seis se pusieron en fila, uno al lado del otro, y Yosef se situó por delante. Pasó unos minutos examinándolos.

—¿Tenéis túnicas de invocación? —preguntó.

Aitor asintió.

—Sí, también tenemos sellos de protección y una réplica del anillo de Salomón… cada uno —indicó.

Yosef asintió y les mostró también la réplica de su anillo.

—No es tan poderoso como el original, pero hace su función —comentó—. Todos los miembros de la Aurora Dorada poseen uno. Decidme… —dijo ladeando su cabeza—, ¿tenéis túnica de lucha?

Todos se miraron entre sí.

—Usamos los uniformes con los que hemos llegado —continuó Aitor.

Yosef asintió.

—No os iría mal tener una de estas túnicas. —Se señaló a sí mismo. No era realmente una túnica como la de invocación que les llegaba por los pies. Esta llegaba por la cadera y era de color negro, además llevaba una capucha con la que cubrirse la cabeza. Sus mangas eran anchas, igual que su tronco, que se ceñía a la cintura con un grueso cinturón de cuero. Yosef se la quitó mostrándoles el interior. Toda la parte interna estaba forrada con símbolos y sellos de protección—. Me encargaré mañana mismo de conseguiros una para cada uno. —Todos asintieron—. Está bien... —dijo dando un paso hacia atrás—, vamos a ver cuál es vuestro conocimiento sobre hechizos y conjuros y el dominio que tenéis de la magia ancestral —comentó colocando sus manos por detrás de la espalda.

—¿Sabéis realizar un contrahechizo? —preguntó.

—Sí —respondió Aitor.

—¿Invocar el poder de los puntos cardinales? —Aitor asintió de nuevo—. ¿Barreras de protección?

—Sí, todo eso lo sabemos —explicó Aitor—. Hemos combatido contra muchos demonios, con eso no tenemos problema. La teoría también la sabemos, lo que nos falta… —dijo dando un paso hacia delante—, es luchar solo con magia, contra un hechicero.

Yosef asintió y los miró a todos.

—Está bien, repasaremos hoy uno por uno los hechizos que más haréis servir y mañana practicaremos —sentenció.

Farid se encontraba sentado sobre una tela negra. A su alrededor había dibujado un pentáculo en color rojo. Mantenía sus piernas cruzadas y las manos sobre sus rodillas. La estancia se encontraba iluminada por decenas de velas. Se encontraba vestido con una túnica negra y la capucha por encima de su cabello.

Vio de nuevo la imagen de un minarete en su mente. Sí, sabía perfectamente qué estaba viendo, pues había visitado varias veces la zona.

La mezquita Azul era un lugar difícil de olvidar. Respiró tranquilo mientras dejaba que su mente volase al lugar donde se encontraba la división. Aquel hechizo era sencillo para él. Desde los dieciséis años, cuando había entrado en la sociedad secreta Thelema, ya habían apreciado sus dotes para las artes oscuras, muchos incluso decían que era la reencarnación de Aleister Crowley. Él no creía eso, simplemente había nacido con un don y una facilidad para la magia que sobrepasaban a las de cualquier persona.

A sus veinte años había comenzado a escalar en la orden hasta que con treinta años había sido declarado el hechicero supremo. No era para menos. El control que poseía de la magia ancestral superaba con creces a cualquiera de la orden.

Pudo observar el hipódromo de Constantinopla, con su alto obelisco egipcio en Estambul. Sí, no cabía duda. La división de cazadores que lo habían atacado la noche en que liberaron a Astaroth y que se había unido a la orden de la Aurora Dorada se encontraba en Estambul. Los había vigilado desde un inicio, pues, aunque no le había costado vencerlos, sabía que serían un duro rival a batir en un futuro. A todo esto, tal y como le había ordenado Astaroth, necesitaba encontrar el grimorio del rey Salomón.

Gracias a sus dones sabía que el grimorio se encontraba en manos de la orden de la Aurora Dorada, pero no sabía dónde. Eso era lo que necesitaba averiguar.

Ya se había enfrentado con anterioridad a aquella orden, la última

vez, concretamente, a dos hermanos, Héctor y Valeria. Había acabado con la vida de Héctor, pero Valeria había podido despistarlo y la había visto posteriormente el día en que consiguieron abrir el recipiente de Astaroth.

Ella podía indicarle sin ninguna duda dónde se encontraba el grimorio, y no se detendría hasta encontrarlo. Por lo pronto, ya sabía que se encontraban en Estambul, juntos.

Abrió los ojos lentamente y respiró hondo.

Ante él había dos altos hombres custodiando la puerta y asegurándose de que nadie le molestase.

El Burj Mohammed Bin Rashid era el rascacielos más alto de Abu Dabi, con una altura de 381 metros y un total de 88 plantas donde tenían su sede todo tipo de empresas. Se ubicaba en el Central Market de la ciudad y formaba parte del World Trade Center Abu Dabi, un complejo de tres torres de las cuales esta era la más alta.

El proyecto había finalizado en 2014 y en 2020 él mismo había adquirido la compra de las dos plantas más elevadas. Desde entonces, la orden Thelema había tenido su sede ahí. Aquel era su hogar y, además, el punto de reunión de los dirigentes de la organización. La planta 87 la usaba a modo de vivienda cuando se encontraba en la ciudad, mientras que la planta 88 la tenía acomodada como centro de reuniones y era también donde llevaba a cabo sus conjuros y hechizos. La había dividido en varias zonas, una de ellas era donde se encontraba en aquel momento, una sala preparada para sus meditaciones y donde podía aislarse de todo y llevar a cabo sus hechizos. Otra de las zonas la tenía acomodada como una sala de juntas donde se reunían, como mínimo, una vez al año las altas esferas de la sociedad. La otra parte era un espacio libre donde podían reunirse todos aquellos que perteneciesen a la sociedad.

Se puso lentamente en pie y miró a los dos hombres que custodiaban la puerta.

—Dejadme solo —ordenó.

Los dos hombres salieron de la habitación sin cuestionar nada y cerraron la puerta tras de sí.

Se puso en pie y fue hacia uno de los recipientes de oro. Era un plato enorme, de medio metro de diámetro, algo así como un plato sopero donde había volcado una jarra de agua.

Se situó correctamente la capucha sobre su cabello y cogió los botes que tenía situados al lado. Volcó parte del contenido de estos en su mano y lanzó lentamente aquella tierra negra sobre el agua.

—Sit fenestra cum inferno aperta. —Cerró los ojos y respiró hondo mientras iba dejando caer la tierra lentamente—. Ut in profundis vox mea audiatur. Astaroth suscipit vocatus.

El agua que se encontraba en el recipiente cobró vida propia y

comenzó a moverse formando un remolino, como si alguien quitase el tapón de una bañera.

Fue tomando un tono oscuro a medida que el remolino adquiría más velocidad hasta que el agua se dispuso como una composición sólida y unos ojos aparecieron en el recipiente.

—Mi rey —susurró Farid agachando su cabeza a modo de reverencia.

Astaroth miró en el espejo donde veía aquel pequeño portal entre ambos mundos que permitía la comunicación entre los dos.

—Dime, Farid —comentó Astaroth con voz grave.

—He hecho lo que me pedisteis, mi rey —comentó con respeto. Aunque solo llegaba a ver los ojos azules de Astaroth y parte de su nariz, tenía una mirada que imponía. ¿Cómo no iba a hacerlo? Estaba hablando con uno de los demonios más poderosos de la creación, con un serafín del trono de Dios que había caído—. He averiguado dónde se encuentra la división de cazadores que intentó evitar su retorno y dónde se encuentra la muchacha de la que le hablé.

—¿Y bien? —preguntó.

—Ambos se encuentran juntos, están colaborando.

Aquella información hizo que Astaroth inspirase lentamente, como si aquel dato lo ofuscase.

—¿Sabes dónde está el grimorio del rey Salomón? —preguntó con los dientes apretados.

—Aún no, pero lo sabré muy pronto —explicó—. Todos se encuentran en Estambul, así que supongo que deben de estar cerca del grimorio.

—Averígualo —ordenó.

Farid asintió.

—Así lo haré. —Se mojó los labios y sintió cómo sus manos temblaban levemente ante lo que tenía que decirle—. Me… me dijo que cuando averiguase dónde se encontraba se lo dijese, así podría enviar a…

Astaroth asintió.

—Y así será. Tendrás la ayuda que necesites, pero encuentra ese grimorio… ¡ya! —volvió a ordenar. Ya sabía a lo que se refería Astaroth. Cuando le había comunicado dónde se encontraba la joven, el propio Astaroth había enviado a un grupo de vampiros que estaban bajo sus órdenes para retenerla y obligarla a confesar, pero los cazadores se habían metido por medio—. Esta vez no fallaremos —sentenció Astaroth.

—No, mi rey. Os prometo que no fallaremos. Iré yo mismo en persona y la obligaré a confesar dónde se encuentra el grimorio. Le aseguro que será nuestro —pronunció con voz solemne.

—Que así sea, pues —acabó Astaroth antes de que el remolino de

agua volviese a removerse desapareciendo la base sólida donde podía ver reflejado su rostro.

Farid no dijo nada más, simplemente inspiró intentando calmarse y se quitó la capucha de la cabeza.

Sabía que debía actuar, ya había comprobado que ni la orden secreta de la Aurora Dorada ni los cazadores tenían nada que hacer contra él, si bien no podía retrasar más el momento. Ahora que sabía dónde se encontraban iría a por ellos y se haría con el grimorio costase lo que costase.

Astaroth se quedó observando cómo el espejo donde veía el rostro de Farid se oscurecía hasta perder la imagen.

Estar allí encerrado le impedía hacer las cosas tal y como deseaba. Por suerte, disponía de Farid y de los vampiros. Aquel humano lo había liberado, por eso mismo le había prometido una recompensa, aunque esa recompensa no llegaría hasta que pudiese abrir las puertas del infierno y fuese realmente libre.

—Por ayuda… ¿te refieres a mis hijos? —preguntó Lilith desde la puerta.

Astaroth no se giró, simplemente la observó reflejada en el espejo.

—¿Ahora también eres una chismosa? —ironizó él. Sin duda había escuchado toda la conversación que había mantenido con Farid. Lilith avanzó unos pasos hacia él mientras Astaroth se giraba para observarla—. Tus hijos son buenos dando caza —comentó mientras se apartaba del espejo.

—¿Ese es tu plan? —preguntó ella con ironía—. ¿Hacerte con el grimorio para contrarrestar el conjuro que nos mantiene aquí presos?

Él ladeó su cabeza.

—¿Qué otra cosa puedo hacer? —preguntó él dirigiéndose al armario incrustado en la pared y tallado en la roca. Lo abrió y extrajo una cajita dorada. Sintió cómo su piel se erizaba al notar el frio contacto de aquel metal. La abrió e inspiró hondo. Se giró hacia Lilith y dio unos pasos en su dirección—. Es lo único que nos falta. —Le mostró el interior de la cajita de oro—. El verdadero anillo del rey Salomón ya lo tenemos. —Lilith observó. Nunca lo había visto en persona. Sabía de su existencia, que los dos miembros de la trinidad maligna, Belcebú y Lucifer, lo tenían custodiado, pero jamás lo había visto. El anillo brillaba incluso con la poca claridad que llegaba hasta allí, como si recogiese cualquier pizca de luz. Reconoció los símbolos de protección que envolvían el anillo y el pentagrama del rey Salomón. Aquel anillo era peligroso para ellos, pues era el motivo por el que se encontraban allí, pero también sabía que era el único recurso para abrir las puertas del infierno—. Con el anillo en nuestro poder y con el grimorio a punto de estarlo, podremos abrir las puertas del infierno y ser libres. Nuestro momento se acerca. —Dio unos pasos

hacia ella, situándose enfrente—. Tus hijos conseguirán el grimorio y se lo entregarán a Farid. Él podrá abrir las puertas del infierno contrarrestando el conjuro.

Ella lo miró dubitativa.

—Es un conjuro muy poderoso —le recordó ella.

—Y él es el hechicero con más poder sobre la Tierra. Si no puede él, nadie podrá —comentó.

Ella lo miró confundida, aunque asintió. Sabía que Astaroth estaba haciendo todo lo posible por liberarlos de aquella condena, pero no le gustaba nada que usase así a sus hijos. Ya contaba con que ellos debían ayudarle, pero no a costa de sus vidas. A Astaroth no parecía importarle nada la vida de sus hijos, tan solo los usaba como meras marionetas para calmar su sed de venganza, sin importarle lo más mínimo cuántos falleciesen por aquella causa. Ella no comulgaba con eso.

Se giró sin decir nada más y se alejó de la estancia echando miradas furtivas hacia atrás.

Sí, ella quería salir de allí y ser libre, pero sacrificar a sus hijos se le antojaba un precio demasiado alto.

Llegó a su estancia y se quedó pensativa.

En cuanto Astaroth se quedó solo en su estancia volvió al espejo y llevó su mano hasta el colgante que contenía la sangre de Lilith y que le permitía comunicarse desde allí con los vampiros.

Situó el colgante cerca de sus labios y susurró.

—La división y la organización de la Aurora Dorada se encuentran en Estambul. Acudid y deshaceos de ellos. —Apretó los labios y miró hacia atrás asegurándose de que se encontraba solo—. Obedeced las órdenes de Farid —sentenció—. Él os llevará hasta el grimorio.

Dejó caer el colgante sobre su pecho y se miró en el espejo. Su cabello largo y rubio, casi blanco, se encontraba recogido en una cola que descendía sobre su hombro hasta su pecho.

Conseguiría salir de allí, aunque fuese lo último que hiciese en su vida. Se vengaría de su padre y de todos aquellos ángeles que lo habían ayudado a desterrarlo a aquel pozo lleno de dolor y oscuridad.

Fue hacia el armario y lo abrió. Depositó la cajita de oro con el anillo del rey Salomón sobre uno de los estantes superiores, más abajo observó su armadura y su arma, el arma más potente que se había creado y que su padre le había concedido.

La armadura era de color plateado, protegiendo todo su cuerpo. En su brazo derecho se había tallado una serpiente que iba desde el hombro hasta la muñeca. Aquella armadura había permanecido ahí durante milenios, pero sabía que en breve se la enfundaría y le daría uso. Aquella armadura fue creada para proteger su cuerpo en las batallas y, con aquella arma, podía destruir a cualquier enemigo al

que se enfrentase.

Observó la ballesta plateada con aquellas flechas de más de un metro de largo. Nadie, ni siquiera los ángeles que habían ayudado a su padre a encerrarlo allí, escaparía a sus flechas. Su venganza estaba cerca, lo sentía, y no descansaría hasta consumarla.

11

Daniel intentó contrarrestar su retroceso inclinándose hacia delante y haciendo fuerza con los pies. Aquellos hechiceros eran poderosos, más de lo que había imaginado.

—¡Usa el escudo protector! —ordenó Yosef.

Daniel extrajo con un rápido movimiento el colgante donde llevaba el pentagrama del rey Salomón y lo cogió entre sus dedos.

—Clyp… —No pudo acabar de pronunciar, pues Liú Wàng apareció ante él y situó una mano en su pecho con el dedo pulgar, índice y corazón alzados hacia arriba.

—Post —pronunció Liú con su acento chino.

Daniel se vio impulsado fuera de la tarima donde organizaban los combates ante el asombro de toda la división.

Cayó rodando al suelo, aunque se incorporó rápidamente.

Víctor carraspeó mientras Aitor resoplaba y se pasaba la mano por la cara, agobiado.

La noche anterior, tanto Yosef como Liú les habían dado una clase teórica de cuatro horas enseñándoles conjuros rápidos para usar en sus combates. Aquella misma mañana, a las diez, justo después de desayunar, habían puesto en práctica todos sus conocimientos junto al resto de la organización secreta de la Aurora Dorada.

Solo habían parado una hora a mediodía para comer y habían vuelto a la carga.

Podían luchar sin problema contra un demonio, el problema real era enfrentarse a los hechiceros y a la magia ancestral sin poder emplear sus habilidades, solo con lo poco que habían aprendido de magia en aquellas últimas horas.

—¡Mal! —gritó Yosef acercándose a Daniel—. Tienes que ser más rápido —pronunció con voz grave—. La orden Thelema no dudará en usar todo su poder contra vosotros cuando tengáis el grimorio. Debéis

ser más rápidos.

Daniel suspiró.

—Podría haberme defendido perfectamente de Liú si pudiese usar mis otras habilidades —contestó molesto—. No me hubiese costado esquivarlo.

Yosef se situó frente a él y miró hacia arriba, pues Daniel le sacaba casi una cabeza.

—Lo sé, pero lo que quiero es que dominéis el poder de la magia con la misma destreza que vuestras otras habilidades y, para eso, debéis actuar como civiles normales y corrientes. —Daniel asintió—. La próxima vez sé más rápido. —Se giró hacia Lucas—. ¡Siguiente!

—Es mi turno —dijo Lucas poniéndose en pie y dirigiéndose hacia la tarima donde organizaban los combates contra Liú.

Daniel rodeó la tarima para acercarse al resto de la división mientras observaba de reojo, al otro lado de la extensa sala, a todos los miembros de la orden de la Aurora Dorada sentados en el suelo, disfrutando del espectáculo. Parecían pasarlo en grande y aplaudían cuando Liú conseguía vencer a cualquiera de ellos.

Su mirada voló directamente hacia Valeria, la cual miraba sonriente en su dirección. Sí, la muchacha parecía haberse divertido cuando Liú lo había expulsado de un solo golpe de la tarima.

Daniel chasqueó la lengua y fue hacia la división sentándose al lado de Víctor y Aitor.

—Estamos haciendo el ridículo —susurró de mala gana mientras apoyaba la espalda contra la pared.

—Date tiempo —comentó Víctor.

—El problema es que no tenemos tiempo —intervino Aitor y apretó los labios—. Hay que emplearse a fondo.

—¿Crees que no lo he hecho? —preguntó Daniel molesto—. Pero ese dichoso chino… —señaló hacia la tarima donde Liú recibía a Lucas para combatir contra él—, es demasiado bueno. —Suspiró y miró hacia delante. De nuevo volvió a encontrarse con la mirada divertida de Valeria—. Me pregunto si contra el resto también saldríamos perdedores. —Giró su cuello de nuevo hacia su jefe—. Estamos luchando contra uno de los hechiceros más importantes de la Aurora Dorada.

Aitor asintió comprendiendo lo que quería decir.

—Lo sé, pero es lo mejor… —respondió su jefe—. Recordad lo que Farid nos hizo. Vamos contra reloj, hay que aprender lo máximo posible.

Daniel apretó los labios y suspiró. Observó cómo Lucas y Liú se inclinaban levemente hacia delante en un cordial saludo antes de comenzar la pelea.

Observó cómo Lucas esquivaba el golpe de Liú sin problema antes

de desviar de nuevo toda su atención hacia Valeria. Estaba sentada en el suelo, igual que ellos, al otro lado de la gran estancia, y parecía ir comentando los combates con el resto.

Si algo detestaba enormemente no era solo perder un combate, sino hacerlo delante de ella.

Se quedó observándola. Era preciosa. Tenía unos enormes ojos marrones y el cabello recogido en una cola alta que resaltaba sus pómulos. Su nariz era respingona y sus labios carnosos, seguro que eran suaves al tacto…

Resopló al darse cuenta de lo que estaba pensando. Debía quitársela de la cabeza, al menos, de aquella forma. Ella no estaba hecha para él, tenía un carácter de mil demonios.

Víctor carraspeó a su lado.

—Pestañea, colega —se burló siguiendo la mirada de su compañero.

Daniel resopló y apartó la mirada de Valeria, pues era consciente de que su compañero ya se había dado cuenta.

Centró su mirada en el combate que estaba manteniendo Lucas contra Liú, ante la mirada burlona de su compañero.

—Como sigas mirándome así te estampo contra la pared —susurró Daniel sin mirarle.

Víctor rio divertido y miró también en dirección al combate. Lucas se agachaba esquivando otro golpe de Liú y lograba esquivar, segundos después, una onda energética de él.

Yosef iba rodeando la tarima, fijándose en los movimientos de cada uno de ellos. Posteriormente los corregiría.

Poco después, Lucas era expulsado de la tarima igual que habían hecho con Daniel.

Aitor resopló.

—A este paso no vamos a lograr llevarnos el grimorio en años —puntualizó.

Yosef se acercó a Lucas.

—Lo has hecho bien, pero debes intentar usar la magia, los conjuros… —le recordó—, para eso os estoy enseñando —acabó con los dientes apretados.

—Nosotros es que somos más de acción —contestó Lucas con un poco de retintín.

Yosef negó armándose de paciencia y se giró hacia el resto. La división estaba al completo, igual que todos los miembros de la orden que se encontraban allí. Miró su reloj de muñeca que marcaba las diez de la noche.

—Por hoy ya está. Mañana nos encontraremos en este mismo salón a las nueve de la mañana. Desayunados —puntualizó mientras se dirigía a la puerta.

Lucas se dirigió hacia ellos con la mano en el estómago.

—Tengo bastante hambre, ¿y vosotros? —preguntó acercándose.

Daniel asintió mientras se ponía en pie.

Liú que se encontraba hablando con sus alumnos se giró y se dirigió hacia ellos. Daniel pudo observar cómo Valeria, junto al resto de sus compañeros, se dirigía hacia la puerta que los conduciría al pasillo que daba al comedor y a la cocina. Se sorprendió cuando Valeria se giró y miró un segundo hacia atrás chocando directamente con su mirada.

—¿Nos acompañáis a cenar? —preguntó Liú acercándose, llamando la atención de todos.

Aitor asintió y comenzó a caminar a su lado manteniendo una conversación. El resto de la división los siguieron.

Al igual que la última noche, los cocineros habían preparado una cena contundente para todos.

Cuando Daniel entró en el comedor todos los miembros de la orden se encontraban ya sentados a la derecha mientras la división comenzaba a tomar asiento en la mesa de la izquierda. Avanzó hacia su sitio cuando se topó directamente con Valeria, ambos se quedaron quietos e intentaron esquivarse, pero se bloquearon el paso de nuevo.

—Es una costumbre odiosa que me bloquees el paso —pronunció ella con los dientes apretados, sin duda haciendo referencia a la última vez que les había pasado lo mismo en el avión.

—¿No serás tú la que me bloqueas a mí? —preguntó ladeando la cabeza—. Si quieres hablar conmigo solo tienes que pronunciar mi nombre, esta costumbre que has tomado de bloquearme el paso para estar cerca de mí no…

—¿Cerca de ti? —ironizó ella colocando las manos en su cintura—. Me parece que te lo tienes un poco creído, ¿no?

En ese momento Víctor, Miguel y Aitor se giraron para observar la conversación de los dos.

Daniel se encogió de hombros.

—Es lo que parece por tu actitud —contestó Daniel burlón.

—Oh, por favor… —respondió ella indignada—. Tú que no sabes ni contrarrestar un conjuro…

—¡Ja! —dijo él—, mira quién habla, la que no deja de gritar cuando ve un vampiro y…

Ella apretó los labios.

—Mira quién habla… —lo imitó ella, interrumpiéndolo—, al que expulsan de la tarima una y otra vez.

Él se acercó más a ella con la espalda recta, intentando intimidarla, aunque Valeria lo único que hizo fue alzar el mentón con aire de superioridad.

—Cuando quieras nos batimos, ya veremos quién gana a quién —respondió con los dientes apretados.

—Mañana —contestó ella. Él enarcó una ceja—. ¿Acaso no te atreves? —se burló ella.

Él se acercó a sus labios.

—A las diez de la noche sobre la tarima, tú y yo.

—Bien —respondió ella.

—Bien —contestó en el mismo tono.

Daniel iba a rodearla, pero ella se interpuso sin querer de nuevo en su camino. Ambos resoplaron, lo que provocó que Miguel, Víctor y Aitor enarcasen una ceja.

—¿Volvemos a lo mismo? —ironizó Daniel. Ella apretó los labios, colocó la mano en su brazo y lo empujó levemente hacia un lado para pasar—. Ya te lo dije… se mira, pero no se toca —contestó él de mal humor. Aquella chica le ponía de los nervios.

Víctor miró de reojo a Miguel.

—Me parece que alguien me va a tener que pagar cincuenta euros —bromeó hacia su amigo Miguel.

Miguel lo miró de reojo.

—Yo creo que me los vas a tener que pagar tú a mí —contestó y se giró hacia la mesa para coger su plato y echarse un buen puñado de tallarines—. Te digo yo que estos acaban liados.

Víctor chasqueó la lengua.

—¿Liados? —rio Víctor—. Pero si se llevan a matar…

—Ya sabes lo que dicen, quien se pelea… se desea.

Daniel se sentó frente a ellos con la cara visiblemente roja por el enfado. Miró a sus compañeros y enarcó una ceja.

—¿De qué habláis?

Miguel fue el primero en contestar.

—Que menudo lío tenemos con esto de la magia, ¿eh? —comentó burlón sin responder realmente a la pregunta.

Daniel suspiró y asintió hacia su compañero. Cogió el plato y se echó una buena ración de tallarines.

—Pues sí, no te lo voy a negar —contestó enrollando los tallarines en su tenedor—. Nosotros ya nos bastamos con nuestras habilidades, no sé a qué viene todo esto…

Aitor intervino en la conversación.

—Yosef tiene razón —remarcó llamando la atención de todos—. Si nos vamos a enfrentar a un hechicero es mejor dominar la magia… aunque sea un poco —acabó diciendo antes de coger su vaso de agua y dar un sorbo.

Daniel apretó los labios y asintió. Su jefe tenía razón, y estaba agradecido de que Yosef invirtiese su tiempo en ellos… Miró hacia atrás observando la espalda tensa de Valeria… Sí, sabía que era lo mejor para ellos, ya habían luchado contra Farid y no habían podido contra él. Con la magia que estaban aprendiendo podrían contrarrestar

mejor los hechizos del hechicero supremo de Thelema, pero eso no quitaba que estuviesen perdiendo un tiempo valioso a la hora de recuperar el grimorio.

Resopló y volvió su mirada hacia delante. En ese momento se encontró con una inspección por parte de Víctor y de Miguel que lo miraban con duda en sus ojos.

—¿Vas a batirte en duelo contra Valeria? —preguntó Miguel.

Daniel chasqueó la lengua y cogió su vaso de agua.

—¿Nadie os ha enseñado que se tienen que respetar las conversaciones ajenas? —preguntó antes de beber.

—¿Respetar? Todo el comedor se ha enterado —respondió su compañero.

Daniel enarcó una ceja y miró con disimulo hacia atrás, donde pudo comprobar que varios miembros de la Aurora Dorada animaban a su compañera. Sí, parecía que la conversación que habían mantenido había servido de distracción para todos y estaban al corriente de ello. Lo que le faltaba.

—No tiene nada que hacer —comentó Daniel encogiéndose de hombros.

Víctor y Miguel sonrieron incrédulos ante el comentario de su compañero.

—No sé yo… —comentó Víctor.

—Creo que te va a dar una buena paliza —continuó Miguel—. Vas a tener que emplearte a fondo.

Daniel ladeó su cabeza y pestañeó varias veces.

—Gracias por los ánimos —se burló ante las sonrisas de todos sus compañeros.

Daniel se giró para salir de la habitación.

—¿En serio? —preguntó Víctor.

Daniel puso los ojos en blanco y se giró hacia él.

—Nos dijeron que podíamos usar la biblioteca, ¿verdad? Pues a eso voy.

Víctor se levantó del colchón y miró su reloj de muñeca.

—Son casi las doce de la noche y mañana hay que levantarse a las ocho para desayunar —le recordó.

—¿Desde cuándo dormimos tantas horas? —preguntó burlón Daniel saliendo de la habitación.

—Tú lo que quieres es aprender hechizos nuevos para la lucha que tienes programada con Valeria, ¿verdad?

Daniel siguió caminando por el pasillo. Sí, su amigo tenía razón, pero no iba a admitirlo delante de él.

—Solo quiero aprender para poder ir a por el grimorio lo antes posible. Alguno de nosotros tendrá que hacerlo —acabó en un tono

más alto.

—Ya, ya… —escuchó a Víctor desde la habitación.

Víctor había dado justo en el clavo. Sabía que les estaban enseñando pocos conjuros, los más sencillos para intentar contrarrestar junto a sus habilidades a un hechicero supremo, pero había mucho más, y era lo que quería aprender. Quería saber conjuros más elaborados y su principal razón era, tal y como había dicho su compañero, no hacer excesivamente el ridículo con Valeria. Por sus habilidades podía ganarla sin problema, pero si iba a ser una batalla sin habilidades y solo con magia estaba seguro de que Valeria le iba a dar una paliza de órdago. No iba a permitirlo, la sorprendería y de paso le daría una lección de humildad a aquella muchacha.

Caminó por el pasillo y atravesó el comedor que, en ese momento, tenía las luces apagadas. Parecía mentira que unos metros por encima miles de personas pasasen al día por la mezquita para rezar sus oraciones. Durante el día, a la hora de comer, habían aprovechado para salir del subterráneo de la mezquita Azul y pasear por los alrededores. Realmente la ubicación era imponente. Cientos de personas hacían cola para acceder a la mezquita, ya fuese para rezar sus oraciones o como turistas que iban a ver aquella maravillosa obra arquitectónica.

Atravesó el comedor y fue por otro pasillo hasta llegar a una puerta. Todavía no había accedido a la biblioteca en los pocos días que llevaba allí, pero se sorprendió gratamente cuando la observó.

Abrió la puerta y se quedó maravillado. La luz estaba encendida. No era una estancia muy grande, pero estaba repleta de estanterías que formaban pasillos con libros que llegaban hasta el techo.

Se quedó al inicio de uno de los pasillos y observó la etiqueta de la estantería. Estaba en árabe, no era un idioma que dominase mucho, solo lo básico, pero comprendió que se trataba de hechizos de la luna. ¿De la luna? No sabía a qué se refería, pero prefirió dar un paseo entre los altos estantes y observar hasta decidirse por un libro de hechizos que pudiese emplear sin dificultad.

Numerología, el libro de San Cipriano, El Dragón Rojo, el Sello de Dios, El libro Blanco, Curso Zodiacal, Exorcismos, Magia Celeste…

Aquel título llamó su atención y cogió el libro. Estaba forrado en cuero de color marrón.

—¿Te interesa la magia celeste? —preguntó una voz femenina a sus espaldas.

Reconoció aquella voz y puso su espalda recta. Cerró el libro y se giró hacia atrás. Sí, Valeria permanecía apoyada contra la estantería, de brazos cruzados.

Miró hacia la puerta y vio que estaba cerrada, tal y como él la había dejado, así que supuso que debía de estar en la biblioteca cuando él

había entrado.

—No te he escuchado acercarte —comentó.

Ella se encogió de hombros.

—Conjuro para para pasar desapercibida. —Alzó sus dos cejas, divertida—. Aún te queda mucho por aprender —respondió poniéndose erguida, sin apoyarse ya contra la estantería—. ¿Qué haces aquí?

Daniel se encogió de hombros.

—Yosef nos dijo que podíamos aprovechar los conocimientos de la biblioteca —respondió.

Ella asintió y señaló con un movimiento de cabeza el libro que tenía en sus manos.

—¿Y qué pretendes hacer con la magia celeste? —Daniel se encogió de hombros, lo que provocó que ella enarcase una ceja—. ¿Sabes lo que es? —preguntó acercándose—. Se trata de un libro para saber interpretar el futuro a través de los astros. —Valeria chasqueó la lengua—. Dudo que sirva de algo contra el hechicero supremo de Thelema. —Daniel suspiró y depositó el libro en el estante. Ambos se miraron durante unos segundos. Valeria se cruzó de brazos y dio unos pasos lentos hacia él mientras Daniel la miraba fijamente, sin pestañear—. No te había visto en la biblioteca hasta ahora… no tendrá algo que ver con la lucha que tenemos mañana, ¿verdad? ¿Quieres aprender a defenderte de mí?

Daniel la escudriñó con la mirada e hizo un gesto de indiferencia.

—No todo gira en torno a ti, bonita —respondió sin darle importancia—. Hay cosas más importantes.

Sí, lo cierto era que la lucha que tenía planeada mañana contra ella era un buen aliciente para aprender.

Valeria asintió con cierta duda y miró los estantes que tenía al lado.

—Está bien. —Se encogió de hombros—. Sígueme —dijo dándole la espalda. Daniel suspiró y la siguió entre las estanterías. Había una inmensidad de libros. Torcieron una esquina y Valeria le guio hasta otra de las estanterías. Se giró hacia él, aunque dio un paso atrás al notar su proximidad. Señaló con un movimiento de cabeza a los estantes que tenía a la izquierda—. Liú y Yosef os están enseñando lo básico, sobre todo para una batalla. Si quieres aprender más… —dijo girándose hacia uno de los estantes y cogió uno de los libros—, te recomiendo que memorices los hechizos y conjuros de este libro. Hechizos de invisibilidad, de expulsión, dominio de los elementos, de protección…

Daniel cogió el libro entre sus manos y lo ojeó.

—¿Tú los dominas? —preguntó sin elevar la mirada de aquellas hojas.

El libro parecía un poco antiguo, sin embargo, estaba traducido al

inglés, lo cual le era mucho más sencillo de comprender.

Cada página explicaba un conjuro y cómo realizarlo.

—Claro —respondió sin darle importancia. Se acercó y avanzó unas páginas—. Te recomiendo los del apartado tercero —le indicó—. Van muy bien en una lucha cuerpo a cuerpo.

Daniel leyó el índice de aquel apartado.

—Expulsión, estrangulamiento, golpe… —La miró enarcando una ceja—, ¿de verdad dominas todos estos hechizos?

Ella se encogió de hombros.

—Algunos son más difíciles. Los de expulsión, golpear e incluso el hechizo de telequinesis los controlo bastante… diferente es ya el de estrangulamiento o el de paro cardíaco. Requieren mucha fuerza y dominio de las artes místicas. —Le hizo pasar unas cuantas páginas más—. También te interesaría el apartado de protección. Yosef ya os ha enseñado los hechizos básicos, pero… aquí hay muchos más —explicó. Le indicó uno en el que se representaba a una persona con los brazos por delante de la cabeza, cruzados, como si se protegiese de un ataque, y debajo ponía unas frases en latín—. Este sería importante que lo aprendieses, tiene mucho más poder que el que ya sabéis con el pentagrama del rey Salomón.

Daniel miró la tapa del libro donde solo se leían las palabras *“Hechizos y conjuros”*.

—¿Son del rey Salomón?

Ella negó.

—No, el rey Salomón habla sobre todo de conjurar demonios y realizar hechizos sobre estos para que obedezcan o bien para encerrarlos, esto es… diferente. Se pueden usar sobre personas o entidades —explicó ella—. Aunque si los usas muchas veces puede agotarte, por eso es importante protegerse siempre y usarlos en el momento adecuado.

Daniel la miró y asintió.

—Entiendo —respondió lentamente.

—Los hechiceros de alto nivel pueden absorber tu energía y usarla a su conveniencia, debilitando al oponente de esa forma… —continuó ella explicando—. Los hechizos más importantes son los de protección y… los de arrear —acabó bromeando.

—Los de arrear me interesan bastante —contestó en el mismo tono.

Ambos se sonrieron unos segundos hasta que Daniel carraspeó al darse cuenta de lo que estaban haciendo. Cerró el libro y ladeó su cabeza.

—¿Qué hacías tú aquí?

Ella se encogió de hombros y miró a su alrededor.

—Me gusta venir aquí… —suspiró—. Este ha sido mi segundo hogar desde pequeña. Pasaba horas en esta biblioteca en compañía de mi…

—se quedó callada cuando se dio cuenta de lo que iba a decir.

Daniel se percató y apretó los labios. La contempló esta vez con ternura.

—¿De tu hermano? —preguntó con suavidad.

Ella asintió y respiró hondo. Intentó recomponerse de las emociones que la embargaban y dio un paso hacia atrás con timidez, no le gustaba mostrarse vulnerable delante de la gente.

Daniel se apoyó en la estantería y se quedó observándola. En aquel momento le pareció una chica totalmente diferente. Parecía que el dolor de la pérdida la embargaba. Era una mujer con carácter, pero en aquel momento parecía totalmente vulnerable.

—Siento por lo que has tenido que pasar —continuó él con suavidad —. Supongo que ha debido de ser muy duro.

Ella apretó los labios y pestañeó varias veces. Lo miró con determinación.

—Lo es —respondió—, pero si algo me ha enseñado esta orden es que no podemos rendirnos, y yo no pienso hacerlo hasta acabar con Farid. —Daniel se quedó pensativo mientras la escuchaba—. Es un ser despreciable…

—Lo sé —contestó Daniel—. Y todos te ayudaremos a detenerlo.

Aquella afirmación la desconcertó. No quería ayuda de nadie, sin embargo, en aquel momento, escuchando aquellas palabras, no se sintió tan sola, sintió que estaba respaldada y que realmente ellos estaban decididos a apoyarla y ayudarla hasta el final.

Anael le había dicho que no se moviese por las ansias de venganza, sin embargo, no era así. Sí, quería venganza, pero también quería detener todo lo que estaba ocurriendo por el bien de la humanidad. Se lo había prometido a su hermano y eso era lo que más le importaba, cumplir aquella promesa.

Ambos se quedaron mirándose durante unos segundos. En aquel momento, Valeria se dio cuenta de la forma en la que él la observaba. Era una forma distinta a como lo había hecho en los anteriores días. Había ternura y comprensión en sus ojos.

Tragó saliva y apartó la mirada de aquellos ojos azules sintiendo cómo sus mejillas se sonrojaban.

Intentó reponerse y lo miró.

—Estudia… —le señaló el libro con un movimiento de cabeza—, o mañana te daré una buena paliza.

Retrocedió unos pasos con una sonrisa que daba a entender que bromeaba.

Daniel sonrió también ante aquellas palabras.

—No estés tan segura de eso… voy a aplicarme a fondo —comentó con un gesto gracioso.

Ella asintió y, por primera vez, le sonrió con ternura.

—Buenas noches —pronunció antes de girar la esquina y dirigirse a la puerta.

Aquella sonrisa dejó noqueado a Daniel unos segundos. Su corazón comenzó a latir con fuerza. ¿Acaso era la sonrisa más hermosa que había visto en su vida? Sintió incluso cómo su respiración se entrecortaba. Aquella muchacha podía sacar lo peor de él, pero también lo mejor. Después de aquella conversación lo único que sentía eran ganas de abrazarla.

Inspiró con fuerza intentando calmar sus pensamientos. No, ahora no era momento para distracciones, se encontraban en una de las misiones más importantes de su vida y no podía perder el tiempo pensando en ella.

Miró hacia el libro y apretó los labios. Si antes ya le era imposible conciliar el sueño, ahora mucho menos.

Miró hacia el final de la biblioteca donde había unas mesas y unas sillas y fue hacia allí. Lo mejor sería aprender unos cuantos conjuros más, aunque en ese momento no le importó lo más mínimo que Valeria le fuese a dar una paliza al día siguiente.

12

Daniel echó su mano hacia delante ante la atenta mirada de Víctor y Aitor que lo observaban asombrados.

—Obedire et movere —susurró hacia un vaso de plástico sobre la mesa. Lo miró fijamente, concentrado.

Víctor enarcó una ceja.

—Mmm… lo siento, pero no, no se mueve.

Daniel resopló.

—Joder —susurró bajando su mano—. Este hechizo es realmente complicado.

Efrem, junto a dos miembros más de la Aurora Dorada, se había acercado a la mesa donde comían y pasaban el rato hasta que volviesen al entrenamiento.

—Tienes que sentir el poder —comentó Efrem mostrándole su mano. Efrem, originario de Etiopía, dominaba perfectamente el inglés y se comunicaba con ellos en ese idioma. Se llevó las manos al estómago e inspiró—. Puedes mover tu energía desde el estómago. —Cerró los ojos y elevó la mano hacia el vaso de plástico—. Obedire et movere —susurró. El vaso salió disparado de la mesa.

—Venga ya —se quejó Daniel ante las miradas divertidas de Efrem y Jake.

Jake lo miró gracioso.

—Primero deberías controlar otros hechizos antes que este —pronunció con respeto. Jake, un joven rubio de ojos azules de origen inglés, parecía también dominar aquel hechizo, pues minutos antes le había mostrado cómo hacerlo. Al ver la cara de disgusto de Daniel se situó a su lado—. Escucha, el problema es que lo pides… no lo hagas, ordénaselo y, muy importante, cree que puedes hacerlo.

Efrem se llevó la mano a la frente.

—Todo está en la mente —sentenció.

—Pues mi mente debe de estar atrofiada —contestó Daniel agachándose para coger el vaso.

Aquel comentario hizo gracia a los dos miembros de la orden.

—Nosotros hemos tardado años en dominar este hechizo —explicó Jake—. Es complicado porque implica que debes manejar la energía a tu voluntad. Requiere mucho entrenamiento. No desesperes.

Daniel chasqueó la lengua y suspiró. Sí, quizá quería abarcar más de lo que estaba preparado, pero lo cierto era que tras leer aquel libro y ensayar durante horas había aprendido unos cuantos hechizos de protección y de combate. Estaba orgulloso de ello, el problema era que ahora quería más.

—Tómalo con calma —dijo Efrem colocando una mano en su hombro—. Poco a poco.

Aquellos dos muchachos eran agradables. Después de dos noches allí, finalmente habían comenzado a intercambiar alguna palabra con los miembros de la Aurora Dorada. Lo cierto era que parecían interesados en ayudarles y, en cuanto habían visto que Daniel intentaba crear un hechizo, se habían acercado para observar y ayudar en lo que pudiesen.

Víctor ojeó de nuevo el libro que había leído Daniel aquella noche y se detuvo en unas páginas.

—¿Has visto que hay unos hechizos para volar? —preguntó sorprendido.

Efrem se acercó a él.

—Bueno, realmente no son para volar, sino para mantenerse suspendido… —se encogió de hombros—. Por si tropiezas o… caes por un acantilado —se burló.

Víctor asintió asombrado.

—Pues está chulo. —Miró el dibujo que representaba la posición del cuerpo que debía tomar, con los dos brazos cruzados sobre su pecho, como si se tratase de un vampiro y pronunció el hechizo—. Corpus innatat in aere —dijo lentamente. Miró hacia los lados y resopló—. Nada, no funciona.

Efrem rio al ver la impaciencia de los cazadores.

—Ese hechizo no lo domino ni yo, son muy pocos los que pueden. Es complicado.

—¿Y cuál no lo es? —preguntó Daniel situándose de nuevo frente al vaso de plástico. Echó la mano hacia delante y se concentró en el objeto—. Obedire et movere —ordenó con los ojos entornados.

Parpadeó cuando vio que el vaso de plástico salía disparado de la mesa, aunque apretó los labios y ladeó su cabeza cuando se dio cuenta de que Miguel se había agachado y había soplado hacia el vaso provocando que este cayese.

—Muy gracioso —se quejó Daniel mientras rodeaba la mesa para

coger el vaso de plástico y su compañero se tronchaba de la risa.

—Si te hubieses visto la cara durante los primeros segundos seguro que tú también te reías —comentó Miguel divertido.

Rodeó la mesa para coger el vaso de plástico cuando Liú entró en el comedor.

—A entrenar —ordenó y, dicho esto, se dio media vuelta y salió por la puerta.

Efrem y Jake miraron divertidos a la división.

—¿Os apetece luchar contra nosotros? —preguntó Jake con emoción.

Daniel enarcó una ceja y sonrió.

—¿Podemos usar todas nuestras habilidades?

Los dos miembros de la Aurora Dorada se encogieron de hombros.

—Me apetece verlas —indicó Jake dirigiéndose a la puerta—. ¿Vamos? —preguntó emocionado.

Fueron hacia el salón donde entrenaban cada día. El primero en subir a la tarima fue Aitor junto a Efrem, el cual parecía realmente emocionado por enfrentarse a un cazador.

Daniel paseó su mirada rápidamente entre la multitud, buscando a Valeria, aunque se sorprendió cuando vio que no se encontraba allí.

La conversación que había mantenido con ella en la biblioteca la noche anterior y su última sonrisa lo habían mantenido prácticamente toda la noche en vela.

—¿Comenzamos? —preguntó Efrem a Aitor mientras adoptaba una postura de combate.

Aitor se abrochó el cinturón de la túnica negra que le llegaba por las rodillas y se subió la capucha.

—Vamos allá —dijo adoptando la misma postura defensiva que él.

Daniel se sentó al lado de Víctor y Miguel para contemplar la lucha.

Aquel combate iba a ser divertido.

Valeria se sentó en uno de los asientos de piedra que había en el exterior de la mezquita Azul. Eran las tres y media de la tarde y los turistas formaban una cola para entrar al interior y observar los preciosos murales azules. En poco más de una hora la mezquita Azul cerraría sus puertas a los turistas y solo estaría disponible para la oración.

Estar allí le gustaba, pero también la atormentaba. Los recuerdos se amontonaban en su mente.

Recordaba cuando con seis años había acudido por primera vez a aquel lugar junto a su hermano de cuatro. Habían visitado las instalaciones y les habían explicado que pronto comenzarían una formación. Al principio no habían comprendido nada, lo tomaban como un simple juego, pero con el paso de los años habían ido

comprendiendo lo que representaba aquella orden y todo lo que esta custodiaba.

Con dieciséis años ya sabía luchar en una batalla cuerpo a cuerpo y había aprendido innumerables conjuros. Siempre se le había dado bien la magia ancestral, mejor que a su hermano.

Uno de sus recuerdos favoritos eran las horas que pasaba con su hermano entrenando en aquel subterráneo.

—Recuerda, mantén una distancia prudencial con tu oponente —le recordó Héctor.

Ella enarcó una ceja.

—Deja de darme clases —ironizó ella mientras esquivaba un golpe de él.

Giró sobre sí misma y se agachó evitando que su hermano la apresase.

—Eres buena…

—Nos ha entrenado el mismo —le recordó Valeria mientras se agachaba. Echó sus piernas hacia delante y atrapó la de él echándolo al suelo.

Héctor cayó sobre el suelo, pero rodó poniéndose en pie rápidamente.

—Eso ha estado bien… —la felicitó. Dio unos pasos hacia delante y Valeria elevó su brazo para golpearlo, pero Héctor lo detuvo, cogió su brazo y la hizo rodar para echarla al suelo—, pero te pierde el ímpetu. Debes tomarte las cosas con más calma, medir tus movimientos, pensar antes de actuar. —Valeria resopló sin ponerse en pie, tumbada aún sobre el suelo. Héctor se situó ante ella y le tendió la mano—. Vamos, fiera. Buen combate.

Suspiró y miró hacia el cielo. Se le hacía difícil estar allí sin que Héctor no estuviese en sus pensamientos a cada segundo. Cada esquina, cada pasillo, cada estancia de aquella mezquita albergaba recuerdos y vivencias de ellos dos juntos. Intentaba aparentar normalidad, pero estar allí, en cierto modo, la destrozaba. Sabía que tenía que superarlo, pero aún se le hacía cuesta arriba.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Yosef avanzando en su dirección, caminando con tranquilad por los jardines que rodeaban la mezquita.

Ella le sonrió intentando recomponerse de sus sentimientos y se echó a un lado para que él se sentase.

Se quedó observando al frente, hacia aquellos cientos de turistas que deseaban entrar en el interior sin ser conscientes de los secretos que la mezquita ocultaba.

—Necesitaba un poco de aire —comentó sin mirarle.

Yosef asintió mientras se sentaba a su lado y colocaba correctamente su larga túnica azul. El hombre se quedó callado unos segundos, observando la mezquita y la cantidad de turistas que se

amontonaba a sus puertas.

—Es un lugar hermoso… —susurró mirando los minaretes. Ella asintió—. Y lleno de recuerdos —acabó diciendo, pues sabía lo que debía rondar por la mente de Valeria.

Ella lo miró de reojo y asintió.

Yosef se acomodó mejor en el banco de piedra y sonrió pensativo.

—Recuerdo cuando conocí a tu padre por primera vez. Debía de tener unos doce años —comentó con una sonrisa—. Tus abuelos no habían querido traerlo hasta que fuese un poco más mayor. Se habían encargado de entrenarlo en casa y de enseñarle algunos conjuros. Se le daba bien —dijo divertido y luego llevó su mano hasta la de ella con cariño—, como a ti —dijo apretando más su mano—. Siempre has sido una privilegiada para la magia ancestral. —Se giró y la miró—. Héctor era igual —pronunció con delicadeza. Ella apretó los labios intentando contener un puchero—. Aunque quizá a él se le daba un poco mejor la lucha cuerpo a cuerpo que la magia. —Ella sonrió al escuchar aquello —. Os compenetrabais perfectamente.

Valeria tomó una bocanada de aire.

—Le echo de menos —susurró controlando las lágrimas.

—Todos lo hacemos —continuó él sujetando su mano con fuerza.

Se quedó pensativa, mirando al frente.

—No hice nada… —susurró—, me quedé paralizada mientras escuchaba cómo Farid lo amenazaba y preguntaba por mí. No dijo nada.

—Siempre te había protegido mucho…

—Pero no debería ser así —lo cortó ella lentamente—. Yo era la mayor, yo debía protegerlo a él.

—¿Y qué hubieses conseguido? Farid os hubiese matado a los dos.

Valeria cerró los ojos e inspiró con fuerza. Sabía que Yosef tenía razón, que si hubiese aparecido allí Farid habría acabado con la vida de ambos. Su hermano la había protegido, había dado su vida por ella.

—Lo sé —susurró—, pero eso no quita que me sienta…

—No —la interrumpió Yosef—. No fue culpa tuya.

Valeria movió sus piernas, impaciente, nerviosa por abrirse a él y contarle sus emociones.

—Le prometí que lo detendría y no pude… —sollozó.

—Aún podemos —insistió él. Miró hacia la mezquita—. Además, has traído una gran ayuda. La división de cazadores nos hará más fuertes.

—¿Crees que ya están preparados?

Yosef hizo un gesto de no estar muy seguro.

—Realmente, ¿quién está preparado para enfrentarse a un poder así? —le preguntó—. Durante siglos nuestra orden ha intentado frenar esta guerra, pero finalmente nosotros somos los que tendremos que

librarla. Nadie está realmente preparado para lo que está por venir, para la batalla que tendremos que presenciar si Astaroth logra abrir las puertas del infierno.

—Hay que frenarlo antes de que eso pase —pronunció Valeria con convencimiento.

Yosef asintió y tragó saliva.

—No dudo de las buenas intenciones de la división, pero su plan de encerrar de nuevo a Astaroth en la botella… —dejó la frase sin acabar—. Es algo realmente difícil y peligroso.

—Lo sé, pero ¿qué otra opción tenemos? —preguntó ella—. El rey Salomón lo consiguió, ¿por qué no vamos a poder conseguirlo nosotros? Nosotros somos más.

—El rey Salomón era el mayor hechicero que ha conocido este mundo, ni siquiera Farid podría contra él. No… —susurró—, eso son palabras mayores.

—Hay que intentarlo —insistió ella.

—Y por eso mismo hay que prepararlos bien. Ellos cuentan con unas habilidades increíbles, pero cuando se trata de Astaroth esas habilidades no valen nada. Por eso es tan importante formarlos en la magia ancestral, a un ángel caído con ese inmenso poder solo se le puede combatir con magia.

Ella permaneció unos segundos en silencio.

—Diste un plazo de setenta y dos horas para decidirte sobre qué hacer, si entregarles el grimorio o no… ¿qué vas a hacer? —preguntó interesada.

Yosef tragó saliva.

—Realmente no lo sé. —Por primera vez vio una mirada perdida en Yosef, como si no supiese qué camino seguir—. Sé que ellos son los indicados…

—¿Cómo lo sabes?

Se giró hacia ella.

—Por Anael —comentó con una sonrisa—. Puedo tener mis dudas acerca de la división, pero no sobre lo que diga un ángel. Si ella confía en ellos, nosotros debemos hacerlo también. —Valeria asintió dándole la razón—. El grimorio está protegido, pero ahora que se ha iniciado la batalla y que Astaroth ha sido liberado no tardaran en descubrir su paradero y venir a por él. Juntos podemos protegerlo mejor. —Tragó saliva—. Anael se ofrece a custodiarlo, así que haremos lo que ella nos pida, y si cree que hay un mejor lugar para protegerlo que en el que está ahora mismo… que así sea.

Ambos se quedaron pensativos unos minutos.

Sí, Yosef tenía razón. ¿Cómo iban a contradecir los consejos de un ángel? Sabía que Anael haría lo mejor para ellos y para la humanidad, pero eso no quitaba que estuviesen asustados. Si finalmente se

decidían por intentar confinar de nuevo a Astaroth debían prepararse muy bien.

—Los chicos parecen agradables… —indicó él mirándola de reojo.

Ella asintió.

—Lo son —dijo al final—, me han tratado bien y se han preocupado por mi bienestar —admitió—. Aunque uno de ellos me pone de los nervios —confesó.

Aquel comentario hizo gracia a Yosef.

—Ya, el que se llama Daniel, ¿verdad?

—El mismo. —Valeria sonrió—. ¿Tanto se me nota?

Yosef chasqueó la lengua.

—Digamos que los dos sois personas de fuerte carácter.

Ella le sonrió por su respuesta.

Lo cierto era que sí, que le ponía de los nervios… pero aquella noche había rememorado su encuentro en la biblioteca decenas de veces en su mente. Había algo en él que le atraía. Un hombre así no pasaba desapercibido fácilmente. Su cabello rubio oscuro, sus enormes ojos azules, aquella barba de dos días que dotaba de masculinidad a sus rasgos… y luego estaba la ternura con que le había hablado la noche anterior, descubriendo una faceta de él que no conocía y que la había dejado consternada.

—¿Vamos a ver cómo les va? —preguntó Yosef poniéndose en pie. Ella asintió y lo imitó poniéndose en pie también—. Creo que los nuestros están luchando contra los de la división.

Aquel comentario le sorprendió.

—¿En serio? —preguntó asombrada.

Yosef asintió.

—Puede ser entretenido de ver —dijo iniciando la marcha.

Valeria le siguió. Se puso de nuevo el velo sobre la cabeza y los hombros y entraron por una de las puertas laterales a la mezquita. Cientos de turistas se amontonaban en los laterales para observar sin intervenir en las zonas de oración. Aunque no predicaba con aquella religión, debía admitir que el lugar era un refugio de paz y tranquilidad.

Bajaron las escaleras hacia los subterráneos.

Tal y como Yosef le había explicado, un miembro de la división y otro de la orden se encontraban luchando sobre la tarima. Liú parecía emocionado con el combate. No le extrañó lo más mínimo, pues en esa ocasión uno de los miembros de la división, Miguel, se encontraba luchando contra Jake. Los movimientos de Miguel eran realmente asombrosos, pues se movía con una velocidad y una destreza que sobrepasaba todo lo que había visto hasta el momento. Ya había visto a los cazadores en acción, concretamente a Daniel, pero igualmente no dejaba de sorprenderse. Visto así, si combinaban la magia con aquellas

habilidades quizá sí tuviesen alguna posibilidad.

Valeria se distanció de Yosef dirigiéndose a donde se encontraban los miembros de la orden y se sentó al lado de Efrem y Kemal. Se sentó sobre los cojines, sin apartar la mirada de la lucha que sucedía a pocos metros de ellos.

Miguel apareció a la espalda de Jake y lo arrojó al suelo, aunque antes de que este se golpease con él lo sujetó por la túnica dejándolo suspendido en el aire a unos centímetros de la tarima, sin llegar a tocarlo.

—Ea… —pronunció Miguel dejándolo lentamente en el suelo para no lastimarlo—, uno menos. —Miró hacia su equipo e hizo el símbolo de victoria con los dedos de la mano.

Aquella actitud le pareció bastante graciosa y rio al igual que el resto de los miembros de la orden. En aquel momento sintió una mirada. Giró su cuello y miró en dirección a Daniel, el cual la observaba disimuladamente mientras aplaudía.

Apretó los labios algo cohibida, pero no pudo evitar sonreír en su dirección. Pareció que Daniel se calmaba al ver aquella sonrisa que ella le brindaba y no pudo menos que sonreír él también.

—Bien —comentó Miguel—, ¿alguien más? —preguntó extendiendo los brazos hacia la orden.

—No seas agonías… —intervino Marcos subiendo a la tarima—, ahora es mi turno.

Miguel se encogió de hombros y bajó de la tarima de un salto mientas se anudaba correctamente el cinturón de la túnica corta que llevaba por encima.

—Mi turno —comentó Marcos mirando hacia la orden—, ¿quién se atreve?

Efrem se puso en pie, entusiasmado, y se dirigió hacia la tarima.

—Vamos a ver de qué eres capaz —pronunció Efrem con una sonrisa.

Marcos sonrió divertido mientras adoptaba una posición de defensa.

—Vamos a ello, amigo —repitió Marcos divertido.

Jake se sentó al lado de Valeria con una sonrisa, más que sentirse molesto por haber perdido la batalla parecía que se lo había pasado en grande.

—Son buenos —sentenció hacia su amiga y miró al lado de ella donde estaba sentado Kemal—. ¿Te vas a atrever?

Kemal asintió rápidamente.

—Después de Efrem voy yo. —Todos pestañearon cuando Marcos elevó sus brazos hacia el techo y dio un salto de victoria. ¿Ya lo había derrotado?

Efrem se puso en pie y chocó los cinco con Marcos, felicitándolo así por haber ganado la batalla que no había durado más de quince

segundos.

—Pues ya me toca —dijo Kemal poniéndose en pie—. Yo también quiero probar —dijo acercándose a la tarima.

Víctor se levantó rápidamente.

—Yo mismo —comentó mientras daba un salto para subir a la tarima—. Vamos, Kemal… —comentó cuando este subió los escalones —, dámelo todo —dijo alzando sus dos cejas repetidas veces.

—Eso no lo dudes ni un segundo —respondió burlón mientras se preparaba para el combate.

Valeria pestañeó varias veces al escuchar los comentarios de ellos.

Aquel entrenamiento había adquirido un matiz diferente al del resto de días, incluso Liú y Yosef parecían divertirse con ello.

Se encogió de hombros y continuó mirando las sucesivas batallas.

13

Habían pasado las últimas horas combatiendo entre todos.

Valeria se había quedado sentada observando los combates y escuchando los comentarios de todos. Sí, desde luego, cuando la división usaba todo su potencial cambiaba la cosa. Habían aprendido algunos conjuros y hechizos sencillos que, sumados a sus habilidades, los hacían casi invencibles.

Después de observarlos en su máximo esplendor, las esperanzas de poder vencer a Farid e incluso volver a encerrar a Astaroth en una botella se habían renovado.

—Demasiado rápidos para nosotros —comentó Kemal sentándose a su lado.

Ella asintió.

—Sí, parece que han aprendido bastantes conjuros. Eso les ayuda —indicó ella.

Jake se sentó al otro lado.

—Nada, no hay forma de ganarlos —rio él que acababa de ser derrotado por Lucas.

Ella chasqueó la lengua.

—Igualmente, los vi enfrentarse a Farid y ninguno de ellos ni yo misma teníamos nada que hacer.

—Confiemos en que hayan adquirido las habilidades necesarias para hacerle frente —contestó Kemal.

Jake chasqueó la lengua.

—Bueno, y por lo visto se han puesto a aprender por su cuenta también… —explicó—, antes en el comedor estaban obsesionados con el conjuro de telequinesia y otros por el estilo.

Valeria sonrió al escuchar aquello, pues la noche anterior le había ofrecido a Daniel uno de los libros que mostraban esos conjuros y hechizos.

—¿Y lo han logrado? —preguntó interesada.

Jake negó.

—Le ponían empeño… pero no. Las cosas claras, son conjuros muy difíciles, requieren la manipulación completa de energía. No lo hemos logrado ni nosotros… me hubiese desmotivado bastante si ellos en tres días lo llegan a conseguir —acabó bromeando.

—Dales tiempo… —lo interrumpió Kemal—, están muy involucrados. Se lo están tomando muy en serio.

A Valeria le gustó escuchar aquello. Miró hacia Yosef y Liú que observaban atentos los movimientos y cómo conjuraban algún hechizo de baja potencia, pero que combinado con sus habilidades les daba mucho ímpetu. Pudo apreciar el orgullo que aparecía en la mirada de Yosef cuando Marcos volvía a ganar a otro de los miembros de la orden. Sí, la división les estaba dando una buena dosis de esperanza para ganar a Farid y volver a encerrar a Astaroth. Sería difícil, mucho, pero sin duda ellos parecían estar más capacitados que la orden. Sabía que aún les quedaba mucho por aprender, pero confiaba en que, poco a poco, consiguiesen más poder y manipular mejor las energías. Era emocionante ver el gran progreso que habían hecho en solo tres días, así que no quería ni imaginar lo que podrían lograr tras semanas de aprendizaje.

—Bien —dijo Yosef y miró su reloj de muñeca—, son casi las diez de la noche. Cenaremos y mañana hablaremos sobre el grimorio —anunció.

Todos lo miraron con curiosidad.

Aitor, que se encontraba sentado al otro lado de la estancia, se puso de pie y fue hacia él. Se quedó a unos metros, observándolo.

—¿Crees que ya estamos capacitados? —preguntó—. ¿Nos llevarás hasta el grimorio?

Yosef se quedó observándolo.

—Creo que estáis capacitados para defenderlo, al menos, al mismo nivel que nosotros, aunque aún podéis dar mucho más. —Aitor asintió al escuchar aquello—. Mañana quiero haceros unas pruebas y depende de lo que hagáis tomaré una decisión.

Valeria observó de reojo a Daniel caminando hacia ella y se situó a su lado, aunque él mantenía también la mirada fija en Yosef.

Se quedaron callados unos segundos hasta que Daniel se decidió a hablar.

—¿A qué se refiere con las pruebas de mañana?

Ella miró de reojo hacia los lados y se acercó unos pasos más para hablar en secreto.

—Supongo que querrá haceros una limpieza de espíritu —indicó ella.

—¿Eso qué es?

Ella se encogió de hombros.

—Es un ritual, no te preocupes… sirve para tener más control de la magia. —Lo miró desafiante—. Y solo funciona si ya tienes un mínimo control del poder…

—¿Y si no funciona?

Ella se encogió de hombros.

—Sirve para potenciar, así que si no tienes control alguno sobre la magia no puedes potenciar nada. —Ladeó su cabeza—. Yosef verá realmente si tenéis el suficiente poder para encargaros de la protección del grimorio.

—Ah —dijo este más cohibido.

Por lo que entendía, era un ritual que pretendía limpiar el espíritu y, por lo tanto, daba más fuerza y dominio de la magia. Eso era captado por Yosef que mediría cuál era el grado de poder que poseían y, en esencia, si estaban capacitados para proteger el grimorio con la misma efectividad que ellos.

Daniel chasqueó la lengua.

—Espero que salga que sí…

—Yo no me preocuparía —lo interrumpió ella—, todos habéis mejorado mucho —admitió.

Daniel sonrió ante la afirmación de ella y se giró totalmente en su dirección. La miró de una forma enigmática y divertida. Ella enarcó una ceja.

—¿Crees que tanto como para ganarte? —Ella lo miró de la cabeza a los pies—. Recuerdo que teníamos algo pendiente, ¿no? —Daniel alzó sus dos cejas repetidas veces.

Ella comenzó a reír y colocó sus manos en su cintura en actitud chulesca.

—Habrá que probarlo, ¿no?

Él asintió y le indicó con el brazo que se dirigiese a la tarima, en actitud cortés.

—Las damas primero.

Valeria fue hacia la tarima seguida por Daniel. El hecho de que se ambos fuesen en aquella dirección hizo detenerse a todos los miembros de la orden y a parte de la división.

—¿Van a luchar? —preguntó Miguel divertido.

Víctor rio antes de salir por la puerta, pero se detuvo y llamó al resto de sus compañeros y, de paso, a los miembros de la orden que se dirigían hacia el comedor.

Silbó llamando la atención de todos.

—¡Eh, Daniel contra Valeria! —exclamó.

La reacción de todos fue la de volver a toda prisa a la estancia para observar la batalla.

Todos habían escuchado las discusiones de ambos y sin lugar a duda

aquel iba a ser el combate más entretenido y divertido de todos.

Valeria y Daniel subieron a la tarima cuando fueron conscientes de que la estancia volvía a llenarse.

Valeria resopló mientras se ponía su túnica negra hasta la pantorrilla y miró un poco indecisa a Daniel.

—¿Nerviosa? —se burló Daniel mientras abrochaba con fuerza su túnica y, posteriormente, extraía por su cuello el colgante de protección con el hexagrama del rey Salomón. Ella ladeó su cabeza y sonrió—. ¿Quieres que sea agresivo? —preguntó en un tono socarrón —. ¿O prefieres que sea tierno?

Esta vez fue Valeria quien enarcó una ceja. ¿Intentaba provocarla?

—Depende de para qué… —comentó ella con una sonrisa burlona. Pudo ver cómo Daniel la miraba sorprendido por su respuesta. ¿Acaso pensaba que iba a callarse? Avanzó unos pasos hacia él, caminando lentamente—. Normalmente, me gusta que sean tiernos —le sonrió sin escandalizarse lo más mínimo.

Daniel sintió cómo sus músculos se ponían en tensión. Joder, Valeria podría provocarlo tanto que, en aquel momento, con aquella actitud y el tono que empleaba para decir aquello, la hubiese cogido, tumbado en la tarima y…

—Pues seré tierno entonces… me gusta complacer a las damas.

—Ya, pero… ¿lo consigues realmente? —continuó ella provocadora.

Daniel ladeó su cabeza y le sonrió de una forma obscena.

—Ya me lo dirás cuando acabe contigo… —le susurró—, si es que aún puedes articular palabra.

Un carraspeo por parte de Víctor hizo que ambos girasen su cabeza a un lado. La división los observaba asombrados. Algunos pestañeaban sorprendidos, otros habían ladeado su cuello y otros simplemente se encontraban enarcando una ceja.

—Muy bonita la conversación, pero… ¿comenzáis? —se burló Víctor.

Víctor se giró y fue hacia Miguel.

—Cincuenta euros a que gana Daniel —dijo a su amigo.

Miguel arqueó una ceja.

—Creo que eso está claro, no voy a apostar contigo a eso —indicó —, yo también voy con Daniel. —Víctor chasqueó la lengua ante la negativa de su amigo—. Igualmente, aún tenemos pendiente la otra apuesta…

—Correcto —recordó Víctor situándose a su lado mientras se cruzaba de brazos.

—Tú apostaste a que se acababan gritando como dos locos, yo a que acababan liados…

—Exacto y, por lo pronto, van a luchar —dijo orgulloso de su apuesta.

Miguel enarcó una ceja.

—Parece mentira que no te des cuenta… —Víctor le miró sin comprender—. Buscan contacto físico…

—Claro, golpeándose —le dio la razón como a los locos.

Miguel miró hacia la tarima cruzándose también de brazos.

—Te apuesto… mmm… treinta euros a que no le hace nada, va a ser extremadamente cuidadoso con ella.

Víctor negó.

—No voy a apostar contigo a eso tampoco. —Señaló hacia la tarima —. Está claro que no se van a arrear como nos podríamos arrear tú y yo…

Miguel resopló y negó.

—Querrás decir como te arrearía yo a ti, ¿no?

Víctor se giró lentamente hacia él y ladeó su cabeza.

—Está bien, tú y yo después de Valeria y Daniel… ¿treinta euros?

—Que sean cincuenta —insistió Miguel.

Marcos que estaba tras ellos los miraba totalmente asombrado.

—Tíos, tenéis un problema con el dinero. Y luego el catalán soy yo —ironizó alejándose de ellos para acercarse a Aitor.

Aitor permanecía al lado de Lucas. Marcos se situó a su lado.

—Víctor y Miguel no dejan de apostar… van a luchar después —les informó—. Se han apostado cincuenta euros el uno con el otro.

Tanto Lucas como Aitor lo miraron de reojo.

—Me uno a la apuesta —comentó Lucas rápidamente—, cincuenta euros a que gana Víctor.

Aitor lo miró sorprendido.

—¿Por Víctor? Tú no has luchado contra Miguel, ¿verdad? —preguntó sorprendido.

—Contra Miguel no, pero contra Víctor sí, y te aseguro que arrea a base de bien… —insistió Lucas.

Marcos los miraba sorprendido.

Aitor negó con la cabeza y echó una mano hacia delante en dirección a Lucas.

—Cincuenta euros por Miguel.

Ambos se estrecharon la mano sellando así su apuesta. Luego miraron a Marcos.

—¿Y tú? ¿Por quién apuestas? —le preguntó Aitor.

Marcos negó con su cabeza y los ignoró.

—Estáis todos fatal —susurró cruzándose de brazos para observar cómo Valeria y Daniel se ponían en guardia.

Daniel fijó sus ojos azules en los de Valeria. Sabía que tenía un gran dominio de la magia, así que debería ir con cuidado. Por otro lado, él contaba con unas habilidades innatas que le daban ventaja, así que aquella lucha solo podía tener un ganador. Sería divertido enfrentarse

a ella. Observó cómo Valeria cerraba los ojos y ralentizaba su respiración mientras echaba un brazo hacia delante y otro hacia atrás.

Se concentró durante unos segundos y finalmente, de golpe, abrió los ojos clavándolos en Daniel. Le sonrió y le hizo un gesto con su mano, como si le retase a que se acercara.

—Vamos allá —susurró Miguel con una sonrisa.

—Adhuc —susurró Valeria con la mirada clavada en él y la mano señalándolo.

Lo susurró tan bajito que nadie lo escuchó, ni siquiera Daniel.

La escudriñó con la mirada cuando intentó moverse, se miró asombrado los pies y luego volvió a observarla a ella con cierto enfado en su mirada. ¿Le había lanzado ya un hechizo? Era el mismo que le había lanzado Yosef nada más llegar, inmovilizándolos.

Valeria fue rápidamente hacia él para tirarlo al suelo, pero Daniel se sabía de sobra el contrahechizo.

—Clypeus ad me veniat —susurró Daniel—. Recede a me malam potestatem.

Pudo moverse justo cuando Valeria llegaba hasta él. Se movió a una velocidad sobrehumana hacia el otro lado de la tarima provocando que Valeria frenase en seco.

La mayoría de la división y de los miembros de la orden comenzaron a aplaudir divirtiéndose con el espectáculo que estaban dando.

—Vas a tener que hacer algo más que eso para ganarme —comentó Daniel mientras ella se giraba en su dirección lentamente.

Ella lo miró con una sonrisa, como si en cierto modo le gustase que hubiese podido deshacerse de su hechizo.

Daniel iba a acercase a ella, pero se sorprendió cuando notó una fuerza en el estómago que lo impulsaba hacia atrás. Le sorprendió aquella sensación, era fuerte, y tuvo que hacer fuerza hacia delante para no comenzar a retroceder.

¿Era posible que ella dominase el hechizo de telequinesia?

Se fijó en que lo señalaba con una mano extendida hacia él mientras susurraba. Pudo leer sus labios.

—Obedire et movere… obedire et movere… —repetía una y otra vez.

—Joder —susurró Daniel al comprender que podía vencerle.

Hasta ellos llegaron los aplausos y los silbidos de la orden.

—Vamos, Valeria… ¡dale lo suyo! —gritaban los suyos.

—Vamos, vamos… —continuaba otro mientras aplaudía—. ¡Confiamos en ti!

Daniel apretó los dientes y se cubrió con los dos brazos por delante formando una equis.

—Clypeus —susurró intentando controlar su respiración.

En ese momento sintió cómo la presión en su estómago descendía, pero Valeria no parecía estar por la labor de rendirse tan rápido.

Dio unos pasos rápidos hacia él con sus manos por delante.

—Post —gritó.

Daniel volvió a retroceder, como si lo hubiesen empujado.

Estaba intentando ser delicado con ella, pero realmente Valeria se estaba empleando a fondo. Él no era tan bueno como ella con la magia, así que debía contrarrestar aquello con sus habilidades.

—Estoy intentando ser tierno contigo… —dijo él mientras volvía a formar una equis con sus brazos por delante y se cubría—. Clypeus —dijo evitando la siguiente embestida de ella.

—No te preocupes tanto por mí —contestó Valeria avanzando rápidamente hacia él antes de seguir impulsándolo con su mano y susurrar de nuevo—. Post… post… post…

—Clypeus, clypeus, clypeus… —iba susurrando Daniel para contrarrestar el poder de ella mientras se cubría con los brazos.

Lo cierto era que arreaba mucho más que muchos de sus compañeros. No le sería difícil vencerla cuando llegase el momento, pero debía confesar que no le estaba dando ni un respiro, algo que sí hacía el resto de compañeros de ella. Valeria tenía mucha agilidad con la magia ancestral y un gran dominio de esta.

Daniel alzó su mano y respiró hondo.

—Adhuc —pronunció con decisión, intentando enviar un hechizo a Valeria para paralizarla.

No supo si el hechizo había funcionado. Escuchó a Valeria susurrar algo sin saber el qué y moverse rápidamente hacia el otro lado de la tarima.

Los espectadores parecían disfrutar de lo lindo ante aquella batalla que estaba siendo mucho más larga que las anteriores. Daniel disfrutaba enormemente al enfrentarse a ella y ella parecía sentir lo mismo, pues su sonrisa era entusiasmada.

Bien, ya había visto que era poderosa, más de lo que esperaba, pero ¿qué tal se le daría en una lucha cuerpo a cuerpo? Recordaba que le había explicado que Liú la había entrenado en prácticamente todas las artes de lucha.

Se aproximó rápidamente hacia ella cortándole el paso. Valeria iba a elevar su mano para lanzarle otro hechizo, seguramente para intentar impulsarlo fuera de la tarima, pero él sujetó su mano elevándola hacia arriba, quedándose muy cerca de su rostro.

Ambos se miraron unos segundos.

—Veamos qué tal se te da en la lucha cuerpo a cuerpo… —la soltó y retrocedió unos pasos—. Tú sin tu magia, yo sin mis habilidades. —Le guiñó un ojo.

Ella sonrió y aceptó lo que Daniel le proponía, ya que adoptó una

postura defensiva.

—Sin tus habilidades —recordó ella.

—Y tú sin tu magia —enfatizó él.

—Trato hecho. —Flexionó sus rodillas como si se preparase para un ataque.

Miguel se acercó a Víctor.

—Te lo he dicho, buscan contacto físico —le susurró.

Víctor lo miró no muy convencido.

—Si es así… menuda forma de contactar —bromeó Víctor.

Daniel fue el primero que atacó lanzando su brazo hacia ella, pero Valeria lo detuvo con su brazo y ambos se miraron.

—Bieeen —pronunció Daniel lentamente—, te veo atenta.

Sin previo aviso, Valeria se agachó y rodó sobre sí misma con su pierna hacia fuera, intentando lanzarlo al suelo, pero Daniel esquivó de un salto su pierna y lanzó su puño hacia ella.

Valeria rodó sobre el suelo y se puso de rodillas esquivando su golpe. Se levantó lentamente, con una mirada desafiante.

Valeria dio unos pasos rápidos hacia él y elevó su pierna intentando golpearlo. Daniel se echó a un lado sin esfuerzo alguno.

—Oh… que ágil eres… —bromeó él echándose a un lado. Sonrió y se echó al otro lado cuando ella elevó su otra pierna para intentar golpearlo—. Sí, muy ágil… —la miró con intensidad—, me gusta.

Ella resopló y estiró primero un brazo hacia delante y posteriormente el otro. Daniel la esquivaba fácilmente, con sus manos a la espalda y solo moviéndose de un lado a otro, con una sonrisa en sus labios.

Daniel dio media vuelta y se movió ágilmente hacia el otro lado provocando que ella girase y volviese a atacar.

—No está nada mal… eres muy buena —comentó pensativo. En ese momento, detuvo su brazo con el suyo y sonrió—, aunque no lo suficiente como para ganarme.

Ella apretó los labios, giró rápidamente e incrustó su codo en el estómago de él.

—Auuu —se quejó Daniel—, qué bruta eres.

Ella sonrió dando unos pasos hacia atrás.

—Tocado —comentó ella con alegría.

Él enarcó una ceja.

—Porque me he dejado —contestó él—, me has pedido que fuese tierno y…

—¡Lucha! —exclamó ella poniéndose en guardia.

—¿De verdad? —preguntó.

—Recuerda… sin tus habilidades —insistió ella.

—¿Seguro? —insistió.

—Vamos —continuó ella con la adrenalina recorriendo su cuerpo al

haber logrado golpearle.

Él se encogió de hombros.

—Está bien —comentó Daniel—. Tú lo has querido.

Fue hacia ella con pasos apresurados. Valeria intentó golpearlo con la pierna, pero de un golpe Daniel se la apartó. Ella echó su brazo hacia delante, pero, sin esfuerzo alguno, Daniel lo cogió y la acercó a él.

—Aquí se acaba —dijo. La cogió por la cintura y la echó al suelo sin esperar, aunque no la dejó caer bruscamente, sino que antes de golpearse la cogió del brazo y los últimos centímetros la dejó caer con delicadeza.

La división comenzó a aplaudir.

Daniel alzó sus brazos hacia el techo mientras Valeria resoplaba y se removía en el suelo poniéndose de rodillas. Se fijó en la espalda de Daniel con los brazos alzados.

—¡Eh! —le gritó ella mosqueada—. Esto no ha terminado.

Tomó impulso y corrió hacia él, pero Daniel se giró y la esquivó. La cogió de nuevo por el brazo y la arrojó otra vez al suelo. Ella resopló y se incorporó mirándolo con una ceja enarcada. Sí, era bueno, tanto si hacía gala de sus habilidades como si no. Sabía que empleando sus habilidades era imbatible, pero estaba claro que sin emplearlas también.

—Eres más buena que muchos de los hombres con los que he luchado —comentó él tendiéndole la mano. Ella ladeó su cabeza y chasqueó la lengua—. Vamos, fiera —comentó divertido—, buen combate.

Valeria iba a dale la mano cuando se quedó paralizada. Aquellas palabras removieron algo en su interior, algo que intentaba controlar continuamente.

A su mente volvió el momento en que su hermano se había aproximado a ella tras un duro entrenamiento y le había ofrecido su mano.

—Debes tomarte las cosas con más calma, medir tus movimientos. Pensar antes de actuar —había pronunciado Héctor de pie ante ella, ofreciéndole su mano igual que ahora lo hacía Daniel—. Vamos, fiera. Buen combate —había dicho su hermano con una sonrisa antes de ayudarla a levantarse.

Sintió cómo sus ojos se humedecían y, en un acto reflejo y casi sin pensarlo, evitó la mano de él y se puso de pie dándole la espalda. Daniel la miró extrañado, pues hasta hacía un momento estaba sonriente y parecía disfrutar tanto como él de la lucha, sin embargo, en ese momento permanecía ante él, ofreciéndole su perfil, inmersa en sus pensamientos y con los ojos llorosos. ¿Había hecho algo mal?

—¿Valeria? —preguntó en un susurro, acercándose.

Ella no dijo nada. Simplemente le dio la espalda conteniendo sus emociones y bajó a toda prisa de la tarima. Esquivó a unos cuantos de sus compañeros y salió por la puerta de la enorme estancia.

Daniel se quedó petrificado. Había hecho o dicho algo que parecía haberla afectado.

—Buena lucha, colega —gritó Víctor desde abajo.

En ese momento, reaccionó y los miró unos segundos. Asintió y miró de nuevo hacia la puerta por donde acababa de salir Valeria.

Se sintió mal al recordar la expresión de ella y ver cómo se alejaba de allí a gran velocidad evitando que viesen su rostro. Algo le hacía intuir que se había marchado llorando, no solo porque hubiese visto sus ojos empañados por las lágrimas, sino por la rigidez de sus músculos.

Fue rápidamente a los escalones de la tarima y los descendió para dirigirse hacia la puerta.

—Eh… —dijo Efrem interponiéndose en su camino—, muy buen combate. Valeria es buena, ¿eh?

Daniel simplemente asintió, lo esquivó y aceleró el paso hacia la puerta.

—Eh… Daniel —lo llamó Aitor al ver que se dirigía hacia la puerta —, van a luchar Miguel y Víctor… ¿no quieres ver quién…? —se calló cuando Daniel salió por la puerta ya sin prestarle atención.

No, parecía que no estaba muy interesado en ese combate.

14

Valeria subió los escalones a toda prisa y atravesó la mezquita en dirección a la puerta.

El aire fresco de la noche hizo que la capucha con la que cubría su cabello cayese hacia atrás, aunque rápidamente la subió mientras caminaba por los jardines.

Sintió cómo su corazón latía con fuerza mientras rememoraba una y otra vez las palabras que su hermano le había dicho y que Daniel había repetido.

No podía engañarse más, estar allí la afectaba más de lo que había querido reconocer. Había intentado aparentar serenidad, fortaleza, pero no se sentía así. Cada estancia, cada pasillo, cada esquina de aquella mezquita la hacían ser consciente de todo lo que había perdido.

Salió por el pórtico y se dirigió al exterior.

No había nadie paseando por la calle, al menos se encontraba sola. Era lo que necesitaba. Necesitaba poder desahogarse, pensar a solas. Era lo que más valoraba en ese momento, la soledad.

Dio unos pasos y cruzó la calle situándose en medio del paseo con zonas de césped valladas. Se fijó a su izquierda, donde se encontraba el gran obelisco de Teodosio I, de 25,6 metros de altura, uno de los monumentos más espectaculares de la ciudad mandado construir por el faraón egipcio Tutmosis III para situarlo en el templo de Karnak, en conmemoración de una de las batallas en las que su ejército había resultado victorioso en la antigua Mesopotamia.

Caminó despacio hacia él. Había pasado decenas de horas en aquel paseo observando el obelisco junto a su hermano. Héctor siempre había sido un gran amante de la historia y siempre que se sentaban allí le explicaba cómo, en el año 357, el emperador Constancio II hizo que el obelisco fuese movido hasta Alejandría para celebrar su

vigésimo año de reinado. Cuarenta años más tarde, el emperador Teodosio I había ordenado trasladar el monumento a la actual Estambul para ganarse así la admiración del pueblo.

Era una historia que le encantaba relatar.

—Valeria —dijeron a su espalda.

Ella cerró los ojos unos segundos y se pasó rápidamente la mano por las mejillas, limpiándose las lágrimas. Ni siquiera se giró. Sabía de quién se trataba. Daniel tenía una voz grave y singular, pero ahora no necesitaba compañía, lo único que deseaba era estar sola.

—Valeria —repitió él dando unos pasos en su dirección.

Valeria apretó los labios y, finalmente, se giró lentamente hacia él. Daniel también llevaba la capucha echada por encima, e incluso en aquella oscuridad alumbrada únicamente por unas lejanas farolas podía detectarse el intenso azul de sus ojos.

—¿Va todo bien? —preguntó con cautela.

Ella tragó saliva y se removió nerviosa.

—Sí —susurró.

Daniel ladeó su cuello y se acercó unos pasos más.

—¿He… dicho o hecho algo que te haya molestado? —preguntó con suavidad.

Ella lo miró y se mordió el labio para que este no temblase mientras apartaba la mirada de él.

—No, no has hecho nada. —Inspiró—. Solo… necesitaba estar sola.

Daniel la miraba atentamente. Sabía que eso no era cierto. Sí que quería estar sola, pero había algo que la atormentaba y podía imaginar qué era. Suponía que debía de ser duro enfrentar la muerte de su hermano, pues desde ahí podía detectar sus mejillas humedecidas por las lágrimas.

—Siento si ha habido algo que te ha molestado —continuó Daniel.

Ella negó.

—Solo… solo necesito estar sola, de verdad… es solo eso —contestó, y esta vez su tono sonó un poco más impaciente, como si realmente necesitase aquella soledad para calmar sus emociones.

Daniel asintió, pero miró a ambos lados. La calle estaba desierta, solo algunos de los edificios que la rodeaban tenían algunas luces encendidas. El cielo estaba totalmente despejado y, gracias a la poca claridad de la zona, podían verse infinidad de estrellas.

—Entiendo… —comentó en el mismo tono de voz, un tono lento y sosegado—, pero, por favor… entra adentro.

Ella ladeó su cuello y lo miró sin comprender.

—¿Adentro? —preguntó. Él asintió—. No necesito ir dentro, lo que necesito es estar sola —repitió en un tono pausado, esperando que así se diese ya por aludido.

—Puedes estar dentro sola —insistió él. Chasqueó la lengua y

resopló—. Recuerda que hay vampiros que pueden…

Valeria resopló al escuchar aquello.

—Ya te lo he dicho, en Estambul nunca ha habido vampiros.

—Ya, bueno… —se encogió de hombros—, mejor extremar las precauciones, ¿no crees?

Valeria suspiró y tragó saliva intentando calmarse. ¿Tan difícil era conseguir unos minutos de paz? Lo único que deseaba era eso, poder tener unos minutos a solas consigo misma, intentando controlar las emociones que sentía al estar allí.

—Enseguida iré —dijo dándole la espalda y volviéndose de nuevo hacia el obelisco.

Daniel resopló al verla hacer ese gesto.

—Valeria, por favor…

—Caray, ¡qué pesado eres! —dijo volviéndose de nuevo hacia él, más indignada—. ¿Tan difícil es comprender que necesito unos segundos para…?

Daniel no escuchó el resto de sus palabras. Sus sentidos se agudizaron al sentir aquella brisa de nuevo en su piel. Sabía reconocer aquella electricidad en el aire segundos antes de que un vampiro apareciese.

No tuvo tiempo de reaccionar. Miró a Valeria con la mandíbula apretada mientras apartaba la túnica y llevaba su mano al cinturón buscando una de sus dagas. Solo iba provisto de dos, y gracias.

Valeria salió disparada a gran velocidad contra las vallas que protegían el obelisco, quedándose de golpe sin aire en los pulmones. Gritó por la sorpresa y el impacto.

Al principio no comprendió qué había ocurrido, aunque cuando vio aquellos ojos oscuros, la piel blanquecina y aquellos largos colmillos sí lo hizo.

La primera vez que los había visto se había quedado paralizada, ahora era diferente. Los vampiros ya no gozaban de aquel efecto sorpresa al ser vistos por primera vez.

Situó sus manos hacia delante e iba a conjurar un hechizo cuando el vampiro desapareció de golpe transformándose en cenizas. Tras aquella nube de cenizas observó el rostro de Daniel con la daga en la mano.

Había llegado hasta ella en menos de un segundo y acabado con el vampiro.

Se miraron unos segundos hasta que unos alaridos les hizo girar la cabeza a ambos.

—Mierda —susurró Daniel dándole la espalda a Valeria, situándola detrás de él para protegerla.

Cinco vampiros se encontraban a escasos metros de ellos. Alzó un poco la vista para ver a muchos otros más dirigirse en su dirección.

—Joder —gritó antes de lanzarse hacia ellos sin esperar a que los otros llegasen.

Al primero lo cogió por sorpresa, pues no esperaba aquel movimiento tan rápido por su parte. El segundo ya estaba puesto sobre aviso de a quién se enfrentaba.

Se agachó esquivando las garras del vampiro y lo impulsó con la pierna alejándolo de él, consiguiendo así unos segundos extra con los que poder atacar al siguiente que iba directo a por él.

Desapareció y apareció ante la espalda del vampiro, clavándole la daga. Llevó su mano al cinturón y extrajo su otra daga para arrojarla directa al corazón del otro vampiro.

Las cenizas cubrieron durante unos segundos las baldosas del paseo.

Daniel se movió hacia la daga y la cogió rápidamente, mirando hacia el vampiro que se encontraba a pocos metros de él, esperando su turno.

—Vamos, ven, animalejo —ironizó Daniel hacia el vampiro, instándole a que se acercase con un movimiento de mano.

El vampiro gritó en su dirección echando sus brazos hacia atrás. Valeria tragó saliva y retrocedió unos pasos. Aunque no le causasen tanta impresión como cuando los había visto por vez primera, seguían asustándole. Daniel, sin embargo, no parecía inmutarse lo más mínimo.

—Qué manía tenéis todos con gritar —dijo antes de salir disparado hacia él.

El vampiro esquivó el primer golpe, se echó a un lado y se movió rápidamente, rodeándolo, pero Daniel elevó su pierna y dio una patada en el estómago al vampiro, impulsándolo con fuerza hacia las vallas del obelisco.

El golpe formó un gran estruendo e hizo que Valeria corriese hacia un lateral, huyendo de él.

Daniel apareció ante él y clavó su daga en el centro de su pecho. Al momento, el vampiro desapareció.

Daniel se giró rápidamente hacia ella que se encontraba a unos metros.

—¿Estás bien? —preguntó acelerado, sujetando la daga en su mano.

Ella tragó saliva y asintió, aunque gritó cuando sintió cómo un brazo rodeaba su cintura con fuerza.

—Joder —susurró Daniel corriendo hacia ella.

Los vampiros eran rápidos, tanto como ellos. La ventaja con la que contaban era que ellos se habían enfrentado a muchos vampiros y sabían perfectamente sus movimientos, un claro inconveniente para los vampiros.

Observó al vampiro comenzar a desplazarse a gran velocidad hacia el otro lado del paseo, pero lo interceptó rápidamente con un fuerte

golpe en el estómago.

El golpe provocó que soltarse a Valeria que cayó al suelo de rodillas. Valeria se quedó unos segundos quieta, ¿por qué iban a por ella? Aquel vampiro la había cogido para llevársela. No era experta en vampiros, pero sabía que eran depredadores que solo buscaban alimentarse de sus víctimas. ¿Era eso lo que pretendían hacer? ¿Cogerla y alejarla de allí para alimentarse de ella? ¿No pretendían solo matarla?

Giró su cuello para ver a Daniel luchar contra el vampiro cuando varios alaridos más la distrajeron.

Miró al frente y tragó saliva cuando observó cómo, en este caso, decenas de vampiros saltaban de los altos edificios hacia el paseo. ¿Qué era aquello?

Aquello no iba bien. Se giró hacia Daniel justo cuando este se deshizo del vampiro.

—¡Daniel! —gritó ella y señaló hacia delante, hacia la multitud de vampiros que iban hacia ellos.

Daniel, situado a varios metros de ella, miró en la dirección que ella señalaba.

—¡Mieeerda! —gritó al ver la gran cantidad de vampiros que se dirigían hacia ellos.

Sin duda, estaban bien organizados e iban a por Valeria, por el motivo que fuese.

Puso su espalda recta cuando uno de los vampiros se materializó al lado de ella y la cogió de nuevo de la cintura.

—¡Nooo! —gritó Valeria al verse elevada.

—¡Ehhh! —gritó Daniel moviéndose rápidamente hacia allí cuando uno de los vampiros se interpuso en su camino. Apretó la mandíbula mientras sujetaba con fuerza la daga en su mano al escuchar el grito de Valeria en la lejanía. Pudo apreciar cómo uno de los vampiros se la había echado al hombro y saltaba a la parte alta de un edificio de tres plantas.

Iba a salir corriendo en aquella dirección cuando observó a muchos de los vampiros dirigirse hacia la mezquita.

—No, no, no… —susurró dando unos pasos hacia allí.

En la mezquita Azul se encontraban sus compañeros y parte de la orden de la Aurora Dorada. Estaba claro que los vampiros habían esperado para lanzar ese ataque, estaban demasiado bien organizados y eso no era algo que los caracterizase.

Se giró de nuevo en dirección al edificio por donde había visto desaparecer a Valeria a hombros del vampiro y apretó la mandíbula. Sus compañeros sabrían apañárselas sin él, pese a que el número de vampiros que se dirigía a la mezquita era realmente elevado. No tendrían problema, sin embargo, Valeria…

La ira más fuerte que jamás había sentido se apoderó de él. No, no iba a permitir que se la llevasen.

Corrió a gran velocidad hacia el alto edificio por donde el vampiro se la había llevado. Se impulsó y saltó hasta el tejado. Cayó sobre la azotea y dio unas cuantas vueltas sobre las baldosas. Se puso en pie y comenzó a correr a gran velocidad.

Tomó carrerilla y saltó la distancia de varios metros que había entre una azotea y otra. La mayoría de los edificios de allí tenía la azotea en buen estado. En algunas de ellas había un espacio usado para tender ropa, en otras tenían plantas o bien algunas sillas con mesas donde poder disfrutar de un buen desayuno, comida o cena.

Fijó su mirada unas azoteas más adelante, donde pudo intuir la figura del vampiro que buscaba. Valeria parecía estar golpeando su espalda con fuerza.

Tomó carrerilla y saltó a la siguiente azotea. La noche estaba sumamente estrellada y en el punto más alto del cielo se encontraba la luna llena, enorme, que dotaba de bastante claridad a aquella zona ya de por sí oscura, pues la luz de las farolas no llegaba hasta allí.

Corrió a gran velocidad, saltando las siguientes azoteas con un único objetivo: recuperar a Valeria. Aquella muchacha le ponía de los nervios, pero durante las últimas horas había descubierto que podía alterarlo en más de un sentido. Aquella sonrisa encantadora, la forma en la que había hablado con él en la biblioteca, la lucha que tanto le había divertido… Valeria comenzaba a importarle de veras, aunque no quisiese admitirlo. Por todo ello no iba a permitir que se la arrebatasen.

Rugió cuando saltó con fuerza hacia la siguiente azotea y a duras penas llegó hasta el siguiente edificio, pues estaba bastante más separado que el resto. Tenían grandes habilidades, pero entre ellas no figuraba la de volar. Podían impulsarse y dar grandes saltos, correr a gran velocidad, pero no volar como un pájaro, aunque suponía que la sensación debía de ser similar a cuando saltaban aquellas largas distancias.

Valeria intentó bajarse del hombro de aquel vampiro que la llevaba a gran velocidad sobre las azoteas de la ciudad de Estambul.

—¡Suéltame! —gritó golpeando su espalda.

El vampiro no se inmutaba. Miró hacia los lados y gritó cuando se vio sobrevolar otra de las calles a muchos metros de altura.

Si al menos tuviese buena posición podría lanzarse un hechizo, pero allí, colgada y con miedo a salir despedida por los aires y caer al vacío, no se atrevió. Intentó clavar las uñas en la espalda de aquella criatura, pero su piel era demasiado dura.

Miró hacia atrás y le pareció ver que una figura oscura les seguía, ¿sería otro vampiro? Gritó de nuevo cuando se vio sobrevolando otra

de las conocidas calles por la que tantas veces había paseado.

—¡Basta! —gritó ella golpeando su espalda, pero era como si aquel vampiro no notase nada.

No supo qué ocurrió en aquel momento, solo notó cómo otra mano la sujetaba.

Daniel llegó hasta ellos corriendo a gran velocidad y cuando llegó hasta el vampiro cogió el brazo de Valeria para sujetarla y con el resto de su cuerpo impulsó con fuerza al vampiro hacia delante, arrebatándosela de su hombro.

En otro momento hubiese sido más delicado, el problema era que había demasiados vampiros contra los que luchar.

Valeria gritó cuando Daniel la soltó sobre aquel tejado. No se trataba de una azotea, sino de un tejado triangular. En su punto más alto había una cenefa de pocos centímetros. No había sido consciente de ella hasta el momento en que cayó sobre el tejado y se dio cuenta de que si no se sujetaba caería al vacío.

—Mierda —gritó medio tumbada sobre la cenefa con una pierna a cada lado del tejado triangular.

Cuando elevó la mirada, Daniel luchaba contra el vampiro que la había secuestrado. ¿Había ido a por ella? Era lo normal, pero la velocidad a la que corría el vampiro era muy elevada, no pensaba que diese con ellos tan rápido.

Daniel se fijó que a pocos metros se acercaban más vampiros, saltando de tejado en tejado y de azotea en azotea.

Aquello era una verdadera locura y ni siquiera tenía las suficientes armas como para luchar contra todos ellos. Solo contaba con dos dagas de plata.

Se agachó, pero echó el brazo hacia delante intentando acabar con la vida del vampiro contra el que luchaba, pero este lo esquivó.

Valeria se mantenía tumbada sobre el tejado con una pierna a cada lado de la cenefa cuando escuchó unos pasos por detrás.

Se giró y gimió. Tres vampiros más habían alcanzado el principio de aquel tejado. Miró más atrás comprobando que muchos más vampiros se acercaban a ellos dando saltos.

Se giró con cuidado y se colocó de rodillas manteniendo el equilibrio, en dirección a los vampiros, mientras escuchaba a Daniel luchar contra el vampiro que parecía mucho más diestro que el resto de los que había enfrentado.

—Rursus daemonium —gritó ella extendiendo los brazos hacia los vampiros que se acercaban.

Los vampiros pusieron cara de asombro antes de ser impulsados unos metros hacia atrás.

Bien, quizá ella no lograra librarse de los vampiros, pero al menos los mantendría a raya hasta que Daniel acabase con ellos, aunque

pudo ver de reojo cómo por su lado derecho dos vampiros más se acercaban con la vista clavada en Daniel.

—Rursus daemonium —gritó hacia ellos provocando también que retrocediesen.

Los vampiros eran rápidos, muy rápidos, igual que Daniel. Se sorprendió cuando en la fracción de segundo que había perdido en lanzar otro hechizo hacia los vampiros que se aproximaban por la derecha otro más apareció ante ella.

Puede que no tuviese mucho poder ni tanta destreza como un cazador en la lucha, pero no iba a quedarse quieta. No, eso no era lo que había aprendido en la Aurora Dorada.

Gritó y echó las dos piernas hacia delante con fuerza, atrapando la pierna del vampiro e impulsándolo a un lado para que cayese. Al vampiro le cogió de improviso aquel movimiento y cayó sobre la parte inclinada del tejado.

—Rursus daemonium —gritó ella hacia él para impulsarlo hacia atrás y hacerlo caer por el tejado. Seguramente el vampiro no sufriese ningún daño al caer desde aquella altura, pero al menos se desharía de él unos segundos.

Escuchó el grito estridente del vampiro al caer hacia abajo justo cuando otro vampiro se le echó encima. Intentó situar su pie en su estómago para impulsarlo hacia atrás, tal y como le habían enseñado en la Aurora Dorada, pero aquel vampiro tenía demasiada fuerza.

De repente, el vampiro salió despedido hacia atrás. Miró hacia arriba y pudo ver a Daniel detrás de ella, con uniforme de cazador bajo aquella túnica y la capucha echada por encima, con una daga en cada mano. Visto así asustaba un poco.

Daniel saltó por encima de ella justo cuando otros vampiros iban en su dirección para detenerlos.

Valeria se puso rápidamente de rodillas intentando mantener el equilibrio y no caer y echó sus manos hacia delante.

—Adhuc —gritó hacia los vampiros que se acercaban por el otro lado—. Adhuc…

Daniel pateó a otro de los vampiros alejándolo varios metros de él y observó asombrado que varios de los vampiros que se encontraban en la azotea del edificio a su derecha se mantenían quietos. Había escuchado pronunciar a Valeria el conjuro para paralizarlos, aunque estaba claro que aquel conjuro estaba indicado para personas, pues los vampiros comenzaron a moverse lentamente, como si adquiriesen poco a poco el control de sus movimientos

Valeria resopló e intentó ponerse de pie, aunque titubeó un poco.

—¡Por Dios! —gritó mientras se ponía erguida intentando guardar el equilibrio. ¿Qué altura debía tener aquel edificio? Debían de estar a unos quince o veinte metros de altura. Por suerte no tenía vértigo y las

alturas jamás le habían molestado, aunque también era cierto que jamás se había encontrado en unas circunstancias como aquellas. Mejor no mirar abajo.

Se giró y extendió los brazos hacia los vampiros que se acercaban.

—Adhuc —gritó hacia ellos.

Parecía que el hechizo de paralizarlos era más efectivo que el de impulsarlos hacia atrás.

Miró hacia atrás comprobando que Daniel luchaba contra todos ellos. No comprendía cómo podía mantener el equilibrio tan bien allí, ella ni siquiera se atrevía a dar un paso.

—Oh, oh… —comentó cuando uno de los vampiros apareció ante ella—. Adh… —No pudo acabar de pronunciarlo, pues el vampiro echó una mano hacia delante para coger su brazo y acabó gritando.

Ah, no… ella lucharía con uñas y dientes. Saltó en el aire y estrelló con todas sus fuerzas los pies en su estómago, pero el vampiro ni se movió, ella, sin embargo, aterrizó con un fuerte golpe sobre el tejado que le cortó la respiración en seco.

Cerró los ojos con fuerza y apretó los dientes unos segundos. El vampiro volvió a echarse sobre ella, pero, esta vez, hizo lo mismo que la anterior. Atrapó con sus dos piernas la del vampiro y lo impulsó hacia un lado.

—Rursus daemonium —gritó con la mano extendida hacia él.

Volvió a funcionar y entre desestabilizar al vampiro y el conjuro para expulsarlo logró que este cayese sobre el tejado inclinado y comenzase a deslizarse sobre él, lo que no esperaba era que, antes de caer del todo, el vampiro cogiese su pierna provocando que ella también comenzase a desplazarse sobre el tejado hacia una caída mortal.

Comenzó a resbalar por la superficie del tejado mientras gritaba.

—No, no… ¡ahhh!

Daniel giró su cuello para observarla. La vio llegar casi al final del tejado.

—Valeria —susurró.

Se giró de nuevo hacia el vampiro y le propinó un buen puñetazo en el estómago. Se giró rápidamente hacia Valeria y saltó con un impulso al vacío mientras escuchaba su grito.

Llegó a ella justo cuando se quedaba suspendida en el vacío, la cogió con un brazo por la cintura y con la mano se sujetó al tejado para luego acabar impulsándose con fuerza hacia uno de los balcones.

Cayeron con un fuerte golpe. Valeria debajo y él encima, sus narices casi chocaron. Valeria gritó por el golpe y se fijó en los enormes ojos azules que tenía a pocos centímetros de ella. La había salvado de una caída mortal. Daniel sintió cómo su corazón se desbocaba al tenerla tan cerca y, pese al momento que estaban viviendo, bajó un segundo

su mirada hacia aquellos labios.

No pudo hacer más, pues sintió aquella corriente eléctrica de nuevo tras él.

Sujetó con fuerza a Valeria por la cintura y la hizo girar varias veces sobre el suelo del balcón esquivando las garras de los vampiros que, sin duda, deseaban atraparla.

Daniel se incorporó de rodillas sobre ella y lanzó una daga hacia uno de los vampiros que desapareció al momento dejando un rastro de cenizas. Daniel se movió rápido hacia la daga, cogiéndola de nuevo y, de paso, golpeando con el pie a otro de los vampiros que se acercaba peligrosamente.

Valeria se incorporó y comenzó a ponerse de pie cuando ante ella apareció otro asqueroso vampiro. La reacción de ella fue inmediata.

—Adhuc —pronunció dejando al vampiro paralizado.

Daniel giró y golpeó con el pie a otro vampiro que se acercaba y miró de reojo a Valeria que había lanzado un segundo hechizo sobre el vampiro, dejándolo paralizado de nuevo. Aquella muchacha se defendía mejor de lo que esperaba.

Apretó los labios cuando vio aparecer a la espalda de Valeria otro par de vampiros.

Corrió hacia ella y la cogió por la cintura estrellándola contra la pared, esquivando los delgados y largos dedos de aquellos vampiros que pretendían atraparla.

—Quédate detrás de mí —pronunció contra sus labios.

Daniel se giró justo para detener el brazo de un vampiro con el suyo y clavar con el otro su daga en el centro de su tórax.

Se sorprendió cuando vio que del tejado bajaban más vampiros a aquel balcón techado. ¿Cómo podía haber tantos?

No dudaba de su fuerza y su destreza, pero eran demasiados para él solo. Ya era la segunda vez que debía enfrentarse a los vampiros él solo para protegerla, aunque después de ver la cantidad de vampiros que se dirigían a la mezquita imaginaba que sus compañeros también debían de estar bastante entretenidos.

Se giró para detener otro golpe y cortó la carne dura y fría del vampiro con la daga.

Debía salir de aquel balcón lo antes posible, antes de que se llenase por completo de aquellos repugnantes seres y le dejasen sin una vía de escape.

Miró hacia los lados buscando un lugar por el cual escapar. Estaba demasiado alto, pero sabía que no sufriría ningún daño en la caída.

En ese momento, sintió cómo Valeria echaba la mano hacia su cinturón y le quitaba la otra daga que llevaba en él para enfrentarse a los vampiros que se acercaban. ¿Qué hacía?

Iba a reprenderla, pero tuvo que dar unos pasos hacia delante para

frenar la embestida de tres vampiros que se acercaban a gran velocidad.

El choque fue violento. Ahí mismo pudo deshacerse del que iba en el centro clavando la daga en su pecho, pero los otros dos vampiros que quedaban lo cogieron cada uno por un brazo echándolo al suelo con un fuerte golpe que agrietó el suelo del balcón.

Miró hacia atrás para comprobar que Valeria echaba su mano hacia él.

—Adh… —No pudo acabar de pronunciar el hechizo hacia los dos vampiros que lo sujetaban, pues fue impulsada contra la pared golpeándose con fuerza—. Ahhh —gritó.

Daniel se echó hacia un lado y sujetó con sus dos piernas el tronco de un vampiro, impulsándolo contra el otro y golpeándolos a ambos, logrando así que soltaran sus brazos.

Pudo ver de reojo cómo Valeria intentaba echar su mano hacia delante, hacia el vampiro que pretendía atraparla, para así poder echarle un hechizo, pero el vampiro cogió su mano con brusquedad, elevándosela.

Daniel apretó los labios y con la daga cortó la cara del vampiro que gritó mientras el corte comenzaba a humear por la acción de la plata.

Golpeó con su pierna al otro y se puso de rodillas de un salto. Golpeó con el puño al que había cortado en la cara, lanzándolo al suelo con un fuerte golpe y fue directo hacia el que estaba intacto. Desapareció delante de él y apareció a su espalda clavándole la daga.

Justo en ese momento, observó cómo volvían a ponerse al hombro a Valeria y saltaban al siguiente balcón.

—No, no, no… —susurró corriendo hacia el final del balcón para saltar también, pero se vio precipitado con fuerza contra la pared—. Ahhh —gritó de rabia.

Golpeó el mentón del vampiro que lo había desviado de su camino echándolo hacia atrás, pero apareció otro a su lado cogiendo su brazo, evitando que pudiese golpearlo de nuevo.

Daniel resopló y con una patada echó hacia atrás al que le sujetaba la mano. Este se estrelló contra la barandilla del balcón sin llegar a caer, pero Daniel no se detuvo ahí, cogió carrerilla y, pese a que el primer vampiro lo había sujetado por el otro brazo, hizo fuerza y se estrelló contra el que estaba en la barandilla con tanta fuerza que provocó que este pasase por encima de aquella y se precipitase al vacío.

No esperó y cogió al vampiro que lo sujetaba del brazo por el cuello y se estrelló contra la pared, ejerciendo toda la fuerza en su mano y provocando que el vampiro chocase con la cabeza contra el ladrillo. Aunque sabía que de aquella forma no acabaría con él, sí conseguiría el tiempo suficiente para poder emplear su daga y clavarla en su

pecho. Eso hizo y, en menos de un segundo, las cenizas de ese vampiro caían mecidas por el viento desde aquel balcón hacia la calle.

Intentó recuperar el aliento y miró en dirección a donde se habían llevado a Valeria justo cuando escuchó un gruñido tras él.

Se giró y miró con odio al vampiro al que había cortado con la daga de plata en la cara. Suponía que debía de escocerle mucho.

Fue hacia él y clavó su daga sin contemplaciones en el centro de su pecho haciendo que desapareciese.

Resopló y se puso en pie lentamente. ¿De dónde salían tantos vampiros?

Pudo ver a varios vampiros correr en dirección contraria a donde él se encontraba. Sabía que no huían de él, sino que estaban protegiendo el camino que había tomado el vampiro con Valeria, evitando así y haciéndole más difícil a Daniel que pudiese llegar hasta ella.

Se la habían llevado, la habían alejado de él… apretó con más fuerza la daga en su mano y tomó carrerilla para impulsarse de un salto al siguiente balcón. Iría a por ella y la recuperaría, aunque fuese lo último que hiciese en su vida.

15

Llevaban un buen rato sobrevolando la ciudad cuando llegaron a un enorme balcón.

—¡Suéltame! —gritó Valeria antes de que la arrojasen sobre una moqueta sin cuidado alguno.

El vampiro la había metido en una gran estancia enmoquetada, iluminada únicamente por velas encendidas.

Rodó sobre la moqueta color rojo y se incorporó de inmediato dispuesta a lanzar un hechizo al vampiro, pero al contrario de lo que esperaba, este se alejó de ella. Salió al balcón y cerró sus puertas para que ella no pudiese escapar.

Valeria gritó cuando se dio cuenta de lo que hacía. Iba a encerrarla allí dentro.

—No, no, no… —gritó corriendo hacia la puerta justo cuando esta se cerraba.

Cogió el pomo y tiró de ella. No había forma de abrirla, pues parecía que la habían cerrado con llave desde fuera.

Intentó calmarse y mantener la mente fría.

Giró su cabeza hacia atrás sin soltar el pomo para observar y darse cuenta de que se encontraba sola en aquella estancia.

La habitación era enorme, aunque apenas disponía de muebles, solo unas estanterías en un lateral sin nada sobre los estantes.

Sus paredes eran de un color verdoso, adornadas con cenefas de color dorado.

Frente a ella había una gran puerta en color crema, cerrada.

Giró sobre sí misma asegurándose de que se encontraba sola allí justo cuando escuchó que la puerta principal se abría.

Echó sus brazos hacia delante, preparada para lanzar un hechizo a quien apareciese, pero se quedó totalmente asombrada cuando vio que no había nadie.

Tragó salvia y sintió cómo una gota de sudor frío resbalaba por su mejilla. ¿Qué estaba pasando allí?

Los vampiros habían logrado llevársela después de una desgarradora lucha donde Daniel la había intentado proteger todo lo que había podido. ¿Qué habría sido de él? Estaba segura de que estaba bien y de que iría a buscarla, pero mientras tanto debía extremar las precauciones.

Se quedó paralizada en medio de la habitación mientras la puerta se abría poco a poco sin revelar nada tras ella. ¿Pretendían asustarla?

—¿Quién anda ahí? —gritó sin moverse.

Ninguna voz llegó desde el otro lado. ¿La estaban invitando a que saliese de la habitación?

De todas formas, si los vampiros hubiesen querido matarla ya lo habrían hecho.

Dio unos temblorosos pasos hasta la puerta y se asomó poco a poco.

El lugar era majestuoso. Debía de encontrarse en una segunda o tercera planta porque esa habitación daba a un enorme pasillo desde donde podía verse una escalera que subía a una planta más alta y otra que bajaba. El suelo estaba igualmente enmoquetado en un color rojizo. Las barandas eran de color madera y oro. Desde el pasillo, unas enormes columnas de mármol se elevaban hasta la planta superior con unos grabados también en color dorado. Las paredes eran blancas con el mismo grabado en dorado que las columnas y de los techos que cubrían el pasillo descendían unas enormes lámparas de araña. Era impresionante.

Jamás había estado allí, pero sabía perfectamente de qué lugar se trataba.

Caminó por el pasillo y se apoyó en la baranda para observar hacia arriba y hacia abajo.

La Mansión Sait Halim Pasha se había construido en el siglo diecinueve y se la había nombrado de aquella forma en honor a un gran visir otomano. La mansión se encontraba en el distrito de Yenikoy, lo que implicaba que se encontraban a una media hora en coche, aproximadamente, de la mezquita Azul.

Miró maravillada las paredes y las columnas de mármol. Sabía que entre sus anteriores dueños destacaba un príncipe egipcio, además, aquella mansión era famosa porque ahí fue donde tuvo lugar la alianza germano-otomana durante la Primera Guerra Mundial. En 1968, se había convertido en un casino y, posteriormente, en residencia de verano del primer ministro. Restaurada en 2002 después de un incendio importante, se trataba de uno de los mejores lugares de Estambul para eventos privados tales como bodas, conferencias… o bien era alquilada por un magnate para hospedarse en Estambul.

Sintió cómo la piel se le erizaba cuando escuchó cómo al otro lado

del pasillo se abría otra puerta. Miró en aquella dirección aguantando la respiración. No salía nadie de allí, pero era una clara invitación para que se acercase.

Inspiró hondo y caminó en dirección a aquella puerta abierta.

Titubeó antes de acercarse. Era una estancia más grande que la primera.

Lo que más llamó su atención fueron los altos ventanales que daban a un amplio balcón.

Corrió hacia allí directamente y agarró un pomo, girándolo. Las puertas estaban también cerradas. Tiró con fuerza y resopló.

—Maldita sea —susurró.

Dio un paso hacia atrás e iba a lanzar un hechizo sobre ellas cuando una voz la interrumpió haciéndola brincar.

—No servirá de nada —comentó la voz masculina.

Se giró y lo observó.

Se encontraba al otro lado de la habitación, de pie, vestido con una túnica larga de color negro que le llegaba hasta los pies y la capucha echada sobre la cabeza. En su mano derecha sujetaba un cayado mágico de oro. A lo largo del cayado parecía haber símbolos egipcios y de protección tallados. En la parte más alta destacaba un pentagrama ensartado en cada una de sus cinco puntas por una piedra preciosa: un rubí, una esmeralda, un zafiro azul, un zafiro rosado y un topacio, con un gran diamante en el centro de este.

Sintió cómo el corazón se le paralizaba y la respiración se le entrecortaba al reconocerlo.

Sus músculos entraron en tensión y se colocó totalmente erguida, con los brazos hacia abajo.

Allí estaba. Su peor pesadilla. El culpable de su frustración y de su ira.

Farid se mantenía de pie con un vampiro a cada lado.

¿Cómo era posible?

Comprendía que los vampiros pudiesen obedecer a Astaroth y fuesen enviados por él, pues conocía de la existencia de Lilith en el infierno, pero jamás hubiese imaginado que los vampiros pudiesen obedecer a Farid.

Aquel hombre había acabado sin compasión con la vida de su hermano, la persona que más quería en el mundo.

Apretó los dientes y dio unos pasos rápidos hacia él.

—¡Post! —gritó con su mano derecha extendida hacia él.

Farid no pronunció nada, simplemente situó su cayado ante él repeliendo así el hechizo.

En ese momento, Valeria se dio cuenta de que no tenía nada que hacer contra él. Ya sabía el poder que poseía. Aunque la rabia la consumiese por dentro sabía que no podría ganarle.

Farid dio unos pasos hacia delante, ante la atenta supervisión de los dos vampiros que permanecían a lado y lado.

Ella no retrocedió, no iba a demostrar debilidad en ningún momento.

—Al fin nos vemos… —indicó él ladeando su cuello. Ella apretó los labios y convirtió en puños sus manos, dejando caer los brazos a los lados—. La última vez que coincidimos fue cuando liberamos a Astaroth —sonrió maliciosamente—. Llevo mucho tiempo buscándote, eres muy escurridiza.

—Maldito hijo de puta —susurró ella sin poder contenerse.

Farid comenzó a caminar lentamente hacia un lateral de la estancia, sin mirarla, inmerso en sus pensamientos.

—Cuánta hostilidad… —se burló—, te recomiendo que guardes las fuerzas. —Se detuvo y la miró fijamente—. Nos espera una noche muy larga.

Ella lo miró sin comprender. En ese momento, Farid miró hacia la puerta y esta se abrió. Pocos segundos después, seis vampiros más entraban en la estancia, con la mirada clavada en ella.

La rodearon formando un círculo, con la clara intención de intimidarla. Valeria introdujo disimuladamente su mano derecha bajo la capa, notando el frío acero de la daga que le había cogido a Daniel.

Miró a cada uno de los vampiros que la observaban como si estuviesen dispuestos a darse un festín con ella.

—Llevan varias semanas sin probar bocado, están hambrientos —explicó Farid acercándose. Valeria comprendió la amenaza—. Seremos rápidos con esto, ¿de acuerdo? —La miró fijamente—. ¿Dónde se encuentra el grimorio del rey Salomón?

Ella subió su mentón.

—No lo sé —mintió—, y aunque lo supiese no te lo diría.

—No, no, no… así no vamos bien —la regaño Farid como si se tratase de una niña. Ladeó su cuello y sonrió con malicia—. ¿Quieres acabar como tu hermano Héctor? —preguntó.

Valeria sintió cómo su corazón se paralizaba. Sí, sin duda Farid sabía qué decir para provocarla.

—¡Púdrete en el infierno! —le gritó ella. Lo miró fijamente—. ¿Por qué haces esto? —preguntó—. ¿Acaso te han prometido algo? —gritó con todas sus fuerzas—. Vas a condenar a todo un mundo a…

La risa de Farid la interrumpió.

—¿Te refieres a este mundo? —ironizó—. Este mundo no se merece seguir. —Dio unos pasos hacia delante y alzó su mano hacia ella. La reacción de Valeria fue inmediata, sintiendo cómo sus rodillas se doblegaban para arrojarla al suelo. Luchó e hizo un contrahechizo, pero Farid era demasiado poderoso para ella. Finalmente, cayó al suelo y apoyó sus manos sobre el frío mármol con la respiración

acelerada—. ¿Dónde está ahora tu Dios para protegerte? —le gritó. Ella cerró los ojos con fuerza y agachó su rostro—. Nooo… —arrastró la negación—, él se limita a juzgar y a condenar, sin escuchar, sin un juicio justo. —Se agachó ante ella—. Muchos ángeles fueron condenados injustamente… yo solo pretendo ayudarlos.

Ella finalmente elevó la mirada hacia él.

—¿A cambio de qué? —le espetó—. No creo que esto lo hagas gratis —dijo con los dientes apretados, sintiendo cómo una mágica fuerza la empujaba hacia abajo impidiendo que se levantase.

Farid se quedó en silencio unos segundos, como si los recuerdos lo atormentasen.

—Haré justicia —susurró.

—¿Tú? ¿Y quién te crees que eres tú para…?

Se agachó frente a ella y la cogió del cabello, acercándola de forma agresiva.

—¿Dónde está el grimorio del rey Salomón? —insistió con voz queda.

Ella lo miró fijamente y apretó los labios.

—Jamás te lo diré —contestó.

Farid miró su rostro, examinándolo, sin hallar ningún rasgo de miedo, al contrario, la muchacha parecía decidida a no decir ni una palabra al respecto.

Por experiencia, sabía que muchos comenzaban así, pero tras una buena paliza o una tortura ejemplar todos cantaban.

Miró de reojo a los vampiros.

—Eso ya lo veremos —pronunció soltándola. Se puso en pie y dejó que finalmente Valeria pudiese incorporarse. Miró hacia el vampiro más cercano—. Puedes comenzar tú mismo —comentó hacia el ansioso vampiro que automáticamente comenzó a salivar—, pero no la mates… solo toma un bocado —ordenó encogiéndose de hombros.

Valeria miró de reojo, sin atreverse a levantar del todo la cabeza, observando a todos los vampiros de la sala echando su cabeza hacia atrás, dilatando sus fosas nasales y gritando de júbilo ante el festín que se les ofrecía.

Valeria tragó saliva mientras se colocaba de rodillas y, disimuladamente, llevaba de nuevo su mano derecha hacia la daga de Daniel que había escondido en el cinturón. No iba a dejar que se alimentasen de ella tan fácilmente.

El vampiro al que se había dirigido Farid dio un paso hacia delante, con una siniestra sonrisa en sus labios. Se agachó para cogerla del cabello y tiró hacia arriba para ponerla en pie. Valeria gritó sin demostrar sus intenciones cuando dejó al descubierto su cuello.

Cuando el vampiro tomó impulso para clavar sus colmillos en ella, Valeria se giró y con toda la fuerza que le fue posible clavó la daga en

el centro del pecho de aquel horrendo ser, tal y como había visto hacer a Daniel. No fue tan fácil como parecía, pues la piel y la carne del vampiro eran extremadamente duras, así que rápidamente se ayudó de sus dos manos para acabar de introducir la daga en el pecho del sorprendido vampiro.

El vampiro cayó al suelo justo antes de convertirse en cenizas. Valeria se agachó y cogió la daga de nuevo apuntando en todas direcciones.

—Acercaos y os mataré —los amenazó.

Farid la miraba con una mezcla de fascinación y hastío. Enarcó una ceja hacia ella y dio un paso en su dirección.

Ella lo miró fijamente y cubrió su cuerpo con sus dos brazos formando una equis por delante de ella.

—Clypeus —pronunció.

Sabía que Farid no se estaría quieto, ni ningún vampiro, pero con el escudo protector estaría más protegida.

Abrió los ojos al máximo cuando sintió cómo la impulsaban hacia atrás, chocando contra la pared. Aquel movimiento la desconcentró, provocando que su escudo protector desapareciese. Cayó sobre el suelo y miró de inmediato a los vampiros que daban un paso hacia ella, pero Farid alzó su mano para que se detuviesen.

Valeria se incorporó y sujetó con fuerza la daga en su mano, adoptando una postura a la defensiva.

—Dime dónde se encuentra el grimorio —ordenó.

Ella apretó los labios.

—No —contestó en el mismo tono que él.

Él se encogió de hombros.

—De acuerdo, tú lo has querido. Da recuerdos a tu hermano de mi parte —dijo, luego miró a los vampiros que la rodeaban antes de girarse y ofrecerle su espalda—. Acabad con ella —ordenó sin remordimiento.

Daniel cogió del brazo al vampiro y lo estrelló contra el suelo. Extrajo la daga de su cinturón y la clavó en su pecho. Con ese iban ya ocho vampiros que acababan convertidos en cenizas desde que había salido tras ella.

Miró hacia delante. La había seguido a distancia desde la zona de la mezquita. Seguía en Estambul, pero no tenía ni idea de dónde.

Se fijó en la enorme mansión donde habían retenido a Valeria hacía escasos minutos. Se fijó en que cuatro vampiros más custodiaban aquella entrada y en la azotea otros vampiros vigilaban la zona. Todo se estaba complicando por momentos. Podía ser extremadamente silencioso y rápido para los humanos, pero los vampiros tenían los mismos sentidos extraordinarios que la división. No sería fácil que un

cazador pasase desapercibido entre todos aquellos vampiros, pero lo intentaría. Debía sacar a Valeria de allí como fuese. No quería ni imaginar lo que podían estar haciéndole. Por lo pronto no escuchaba gritos, lo cual lo dejaba un poco más tranquilo, aunque también sabía que Valeria era una mujer dura de pelar y que no agradaría a los vampiros mostrando su miedo o expresando su dolor.

Se movió rápidamente al otro lado de la mansión para buscarla. Se sorprendió cuando le pareció ver la figura de Valeria entre los cristales de un enorme ventanal. Se quedó allí quieto para estudiar la situación cuando vio su expresión de enfado y cómo gritaba hacia delante, como si mantuviese una enérgica conversación con alguien.

Se movió entre los árboles que rodeaban la mansión para tomar un buen ángulo desde el que observar.

Sintió cómo sus músculos entraban en tensión.

—¿Farid? —susurró asombrado—. ¿Qué cojones…? —preguntó más enfadado, elevando la voz sin darse cuenta, aunque de inmediato se calló y se agachó tras el árbol para seguir observando—. Hijo de la grandísima puta —susurró con los nervios a flor de piel.

Tenía que sacar a Valeria de allí, pero ahora se complicaba más aún el tema, no solo debería enfrentarse a vampiros, sino también a uno de los mayores hechiceros que existían. Igualmente, era tal la cólera que sentía en aquellos momentos que cogió la única daga que le quedaba en su mano justo cuando vio, a través de la ventana, cómo un vampiro se acercaba por la espalda a Valeria, la cogía y antes incluso de que él pudiese moverse, Valeria clavaba la daga en el centro de su pecho y el vampiro se convertía en cenizas. Una sonrisa de orgullo se apoderó de su rostro.

—Bien hecho —susurró. Valeria sabía defenderse sola, aunque no dudaba que en aquel momento ella agradecería su ayuda.

Se movió rápidamente hacia el porche y se escondió tras una de las columnas. Al menos, con la velocidad que podía alcanzar no sería visto por muchos vampiros hasta que acabase con ellos.

Miró hacia arriba, donde en el balcón se encontraban cuatro vampiros. Sabía que en la azotea había muchos más, así que mejor cuanto más rápido y silencioso fuese. Si tenía que enfrentarse a todos los vampiros que se encontraban allí aquello podía llevarle varios minutos y, después de ver que Farid se encontraba en aquella mansión, cualquier segundo contaba para sacar a Valeria de allí. Al menos, parecía estar dándole utilidad a la daga que le había quitado.

Miró hacia arriba justo para observar que un vampiro se asomaba, se situó tras la columna para no ser visto y, en cuanto el vampiro se dio media vuelta para caminar por el balcón y vigilar desde otro lado, dio un salto, lo sujetó con el brazo por el cuello y volvió a caer arrastrándolo con él. En cuanto tocó tierra clavó la daga en el centro

de su pecho.

Se quedó en silencio mientras las cenizas salían volando. Bien, de momento no había llamado la atención del resto de vampiros, aunque sabía que no tardarían más que unos segundos en darse cuenta de que uno de ellos faltaba. Debía ser rápido, antes de que fuesen conscientes y se pusiesen alerta.

Volvió a saltar con todas sus fuerzas y esta vez se ayudó del brazo para pasar por encima de la barandilla. En cuanto situó sus pies en el suelo del balcón estiró su brazo hacia delante lanzando su daga al vampiro que le ofrecía la espalda. Antes de que este desapareciese corrió hacia el siguiente, saltó hacia él sujetándolo por la cintura con sus dos piernas, rodeándolo. El impulso lo llevó hasta donde se encontraba la daga en el suelo. La cogió y la clavó en su pecho. La extrajo y mientras este se convertía en cenizas volvió a apuntar hacia el vampiro que se giraba asombrado en su dirección. No tuvo tiempo de reaccionar. Daniel echó su brazo hacia atrás tomando impulso y arrojó su daga hacia el vampiro, atravesándolo.

El problema era que esa era la única daga que tenía. Corrió hacia ella y la cogió en el aire antes de que cayese del balcón. Directamente, volvió al lado del ventanal que se mantenía cerrado, por donde habían entrado a Valeria. Sabía que esa puerta se podía abrir desde fuera.

Inspiró recuperando el aliento y miró hacia arriba, hacia el tejado. No parecía haber alertado a los vampiros que vigilaban desde la azotea.

Giró lentamente el pomo y miró en el interior. En el pasillo había un par de vampiros vigilando.

No lo pensó más.

¡Le iría tan bien un arma de fuego o una linterna de luz solar en aquel momento!

Inspiró y entró cerrando la puerta con cuidado. Esta vez no pasó desapercibido y el vampiro se giró justo para evitar que le clavasen la daga en su pecho.

Daniel se agachó golpeando su pierna, haciéndolo caer, luego falló al intentar clavar su daga en el centro de su pecho y justo se giró para evitar las largas uñas del vampiro. Se levantó rápidamente y golpeó con su pie al vampiro que salió despedido unos metros hacia atrás.

Avanzó rápidamente hacia él intentando asestarle un golpe mortal, pero el vampiro se movió rápidamente a un lado, esquivándolo. Daniel desapareció de su vista un segundo y apareció a su lado. Levantó la pierna y lo golpeó con fuerza, saliendo el vampiro disparado hacia una de las columnas. Daniel lo acompañó en su rápido movimiento y cuando se incrustó contra la columna le asestó una puñalada certera en su pecho.

Solo se detuvo un segundo para suspirar. Su mirada voló

directamente a la puerta de la estancia donde suponía que estaba Valeria.

No esperó más y se dirigió directamente hacia allí. Ya había visto a través de la ventana que había bastantes vampiros en su interior.

Como le hubiesen hecho daño los mataría a todos. Su prioridad era sacarla de allí, y era lo que pensaba hacer. Si era necesario acabaría con todos los vampiros que había en aquella sala, pero lo mejor sería cogerla y largarse de allí lo más rápido posible. Los vampiros no eran su mayor preocupación en aquel momento.

Abrió la puerta directamente. La imagen que se encontró no era la que esperaba.

Valeria debía de haber acabado con otro vampiro porque justamente unas cenizas volaron hacia él. La muchacha se encontraba en medio de un círculo que se iba estrechando cada vez más, con cinco vampiros rodeándola, mostrando sus colmillos con agresividad. Sus miradas se encontraron. Durante unos segundos Valeria expresó sorpresa, pero rápidamente volvió a apuntar a los vampiros que la rodeaban, amenazándolos a todos con la daga.

Daniel se fijó en que al final de la estancia, cerca de una puerta, se encontraba Farid que se había girado hacia él y lo observaba asombrado.

Daniel no esperó.

Corrió hacia ella en una fracción de segundo abrazándola con un brazo, apretándola contra su cuerpo.

—Clypeus —gritó hacia los vampiros intentando crear un escudo protector.

Tuvo que conseguirlo porque algunos vampiros se vieron precipitados hacia la pared.

Valeria lo observó de reojo, pero su mirada voló directamente hacia Farid, el cual los escudriñaba con la mirada y daba unos pasos en su dirección, llevando el brazo hacia delante. Sabía lo que haría.

—Clypeus —gritó ella también para reforzar el escudo protector de Daniel.

Farid situó su cayado por delante de él, señalándolos, y susurró algo que no comprendieron. Al momento, se vieron precipitados hacia la pared. Daniel hizo girar en el aire a Valeria para que ella no se golpease, llevándose él gran parte del impacto en su espalda, un impacto bastante fuerte, pero que a él no le afectó lo más mínimo.

Daniel la hizo girar para situarla a ella contra la pared, protegiéndola con su cuerpo, y estiró su brazo hacia Farid.

—¡Post! —gritó para hacerlo retroceder, pero el poder que aquel hechicero poseía hacía que su magia fuese insignificante.

Farid ni siquiera se movió, como si aquel hechizo no le afectase lo más mínimo, simplemente permanecía con su brazo hacia delante con

el cayado de oro cogido en su mano.

—Mierda —susurró Daniel consciente de que la magia no servía contra él. Miró hacia los dos vampiros que se levantaban a su lado y los señaló con su mano—. Rursus daemonium —pronunció hacia ellos. Al menos, contra los vampiros sí servía su magia porque ambos salieron precipitados de nuevo hacia la pared. No esperó más y rodeó a Valeria con sus dos brazos—. Sujétate fuerte —susurró antes de salir disparados hacia la puerta.

Sin duda, escapar de allí no iba a ser tarea fácil.

La puerta se cerró con un fuerte golpe antes de que ellos llegasen, chocando contra ella. Cayeron al suelo, pero se incorporaron de inmediato con la vista clavada en Farid.

—Clypeus —gritó Valeria al ver que Farid los señalaba con su cayado, seguramente conjurando.

Supuso que algo logró revertirlo porque, aunque fueron impulsados hacia la otra pared, esta vez el impacto fue más flojo que el anterior.

Daniel se movió rápidamente y levantó a Valeria del suelo, situándola a su espalda. Necesitaba salir de allí cuanto antes, pero sabía que no podía usar la puerta. Observó de reojo los enormes ventanales. Si no le quedaba otra saldría de la estancia por allí.

—Cazador… cuánto tiempo… —comentó Farid señalándolos todavía con el cayado.

—Me siento privilegiado de que te acuerdes de mí —ironizó él mientras daba pasos lentos hacia el lateral, dirigiéndose al centro de la estancia con Valeria a su espalda en todo momento.

Farid dio unos pasos, acercándose.

—Veo que has aprendido algo de magia —afirmó este sorprendido.

Daniel sonrió sarcásticamente.

—He aprendido mucha magia… —le susurró amenazante, lo que provocó que Farid enarcase una ceja. Estaba clara su superioridad porque no se sentía nada intimidado por ambos—. Corpus innatat… —comenzó a conjurar Daniel, lo que provocó que Valeria lo mirase extrañada, incluso Farid ladeó su cuello al escuchar el principio de aquel hechizo, pues ambos conocían de cuál se trataba. Era justamente el hechizo para volar, un hechizo que solo los más privilegiados podían emplear—, in aere… —acabó diciendo Daniel.

Farid pestañeó varias veces, intrigado, esperando verlo elevarse por los aires, pero tras unos segundos volvió a mirarlo con un atisbo de duda.

—Me parece que no estás lo suficientemente preparado para ese hechizo —pronunció con sarcasmo.

—¿Quién dice que lo hago para eso? —le retó Daniel desconcertando a Farid.

Directamente sujetó con fuerza a Valeria y se precipitó a una

velocidad sobrehumana hacia la ventana.

Golpeó con fuerza el cristal del ventanal con su espalda y cayó sobre el balcón con un fuerte golpe.

Daniel sintió cómo varios cristales se clavaban en su espalda, pero gracias a su habilidad de regeneración sabía que en pocos minutos no tendría ni una cicatriz.

Ambos se incorporaron sobre el suelo a toda prisa y Daniel volvió a rodear a Valeria con un brazo. Corrieron hacia la barandilla y saltaron desde el balcón. En la caída, Daniel cogió a Valeria en brazos y amortiguó el golpe con los pies en el suelo sin problema.

—Sujétate con fuerza —dijo soltando sus piernas, aunque manteniéndola junto a su cintura, sin que ella pudiese tocar con los pies en el suelo—. Nos vamos a mover muy, muy rápido.

Fue sentir los brazos de Valeria rodear sus hombros y automáticamente comenzó a correr a una velocidad sobrehumana, alejándose de allí.

Farid miraba asombrado los cristales rotos del ventanal.

Maldito muchacho.

Abrió la ventana con un movimiento de mano, sin siquiera tocarla, provocando que más cristales cayesen al suelo y salió al balcón justo cuando los vio desaparecer. Sabía cuáles eran las cualidades de un cazador, entre otras la gran velocidad.

Uno de los vampiros que había en la azotea descendió hasta él situándose a su lado, sin decir nada, solo esperando órdenes.

—Cogedlos —exigió Farid con la mirada clavada en la calle por donde los había visto desaparecer.

Un grupo de vampiros saltaron desde la azotea hasta el suelo, disgregándose por las calles de Estambul.

El vampiro situado al lado de Farid asintió antes de saltar sobre la baranda del balcón y caer al suelo.

16

No sabía si lo seguían, pero recorrió a gran velocidad las calles de Estambul. Por suerte, no había prácticamente nadie a esas horas de la noche, solo se encontró con unas personas, a lo lejos, que paseaban a sus mascotas. Mejor así, no quería tener que ir esquivando a gente en aquella huida.

Siguió corriendo hasta que sintió cómo Valeria gemía junto a su oído. Lo que era una sensación normal para él no lo era tanto para las personas civiles, sabía que podían sentir mareo al desplazarse a tanta velocidad.

Se detuvo y miró a su alrededor. Durante aquel último cuarto de hora no había dejado de callejear por las estrechas calles de Estambul sin saber qué rumbo seguir. No sabía dónde se encontraba ni qué calle tomar para llegar a la zona de la mezquita Azul. En aquel momento le iría bien la ayuda de sus compañeros.

Se quedó quieto en un parque que había en medio de la ciudad. La zona tenía caminos con baldosas que serpenteaban entre zonas de césped. A un lado había un río que cruzaba gran parte del parque formando pequeñas cascadas y finalizando en un lago. Debía de tratarse del pulmón de la ciudad, pues había gran cantidad de árboles y, a un lado, una casa que debía de ser un restaurante, pues en una de las terrazas había varias mesas. Debía de ser un bonito sitio para comer o cenar.

Soltó a Valeria suavemente. Mantenía la respiración acelerada y se sujetó a sus hombros.

—¿Estás bien? —le preguntó Daniel.

Ella asintió sin mirarle a los ojos, intentando recuperar el control de sus emociones. No era solo la tensión que había experimentado ante la amenaza de los vampiros para acabar con ella, era el hecho de haber visto a Farid. Aquello la había destrozado mentalmente. El sonido del

disparo de pistola con el que había arrebatado la vida a su hermano retumbaba una y otra vez en su cabeza. Había imaginado tantas veces qué haría cuando se encontrase con Farid… sin embargo, no había encontrado fuerza suficiente para protegerse de sus hechizos.

—¿Sabes dónde nos encontramos? —preguntó Daniel con suavidad.

En ese momento, Valeria reaccionó y lo miró primeramente a los ojos. Daniel la observaba preocupado. Miró a los lados intentando concentrarse, tratando de apartar la imagen de Farid de su mente.

—Creo que se trata de Yildiz Park —pronunció sin estar muy segura —, no he estado mucho en esta parte de la ciudad.

—¿Está lejos de la mezquita Azul? —Valeria negó—. ¿A cuánto? ¿Y en qué dirección?

Valeria miró a su alrededor intentando ubicarse. Señaló hacia la derecha.

—Creo que es por allí —susurró—. Debe de estar a unos veinte minutos en coche.

Daniel se fijó en ella, tenía los ojos llorosos y parecía encontrarse inmersa en sus pensamientos. Su mirada voló directamente a su brazo izquierdo donde tenía una herida.

Se acercó y tomó su brazo con cuidado.

—¿Estás herida? —preguntó observando la tela desgarrada de la túnica negra.

Ella se miró un segundo el brazo y se encogió de hombros.

—No es nada…

—¿Han sido los vampiros? —preguntó directamente—. ¿Te han mordido?

—No —respondió ella—. No han llegado a tocarme. —Tragó saliva —. Ha sido al atravesar la ventana.

Daniel hizo un gesto de desagrado.

—Lo siento —pronunció lentamente y, en ese momento, no pudo evitar pasar sus dedos delicadamente sobre su mejilla, notando la suavidad de su piel. No había sido consciente de cuánto la necesitaba hasta que los vampiros se la habían llevado.

Valeria elevó su mirada lentamente hacia él al notar la suavidad de las yemas de sus dedos, la delicadeza con la que la acariciaba y la forma tan intensa en que la miraba. Sintió cómo el vello de su piel se erizaba.

—Gracias por venir a buscarme —susurró con la respiración entrecortada, pues en ese momento le costaba incluso respirar.

Él ladeó su cabeza y medio sonrió.

—No hay de qué. No tiene importancia. —Ella trago saliva cuando observó cómo Daniel bajaba levemente su mirada hacia sus labios. Sintió su corazón dispararse—. Lo importante es que estás bien.

Ella asintió.

—Lo estoy —susurró.

Daniel se quedó observándola, estaba claro por los gestos nerviosos de ella que era consciente de las intenciones de él. Deseaba más que nada besarla. El hecho de haberla recuperado había despertado algo dentro de él que no sabía cómo explicar.

No lo pensó más, al fin y al cabo, ella era consciente de que él deseaba besarla y no se había apartado, seguía a su lado sin moverse un milímetro.

Cuando acarició los labios de Valeria con los suyos sintió cómo todo su cuerpo se erizaba. Era la sensación más placentera que jamás había experimentado.

Durante los primeros segundos Daniel fue con cuidado, temeroso de que ella se apartase, pero poco a poco se fue relajando y disfrutando de aquel beso.

Valeria sintió lo mismo. Cuando lo vio acercarse sintió cómo su mundo se paralizaba, sin saberlo había deseado que aquel beso ocurriese hacía varios días. Sintió sus piernas temblando al notar la suavidad con que Daniel la besaba. Era sorprendente que después de ver a la velocidad que se movía, la forma en que luchaba y cómo acababa sin compasión con todos los vampiros que se interponían en su camino, la besase de aquella forma tan dulce y delicada.

Instintivamente, llevó sus manos hasta su cuello para abrazarse a él. Daniel la rodeó con sus brazos por la cintura impidiendo que se apartase mientras ambos se deleitaban en aquella sensación que les hacía olvidar todo lo que acababan de vivir. Nada como un buen beso para mitigar toda la tensión que habían acumulado.

Daniel separó sus labios de ella lentamente y suspiró mientras juntaba su frente a la de ella, con los ojos cerrados. Sabía que debía parar o aquello iría a más, y no era ni el momento ni el lugar.

Abrió los ojos y la vio a ella con los ojos cerrados mientras sentía cómo acariciaba su nuca.

Era tan hermosa, tan delicada… tenía una fuerza oculta que le embelesaba y le atraía cada vez más.

Valeria abrió los ojos lentamente. Daniel rodeaba su cara con sus manos. Valeria llevó las suyas del cuello de él a sus manos y Daniel se las tomó. Fue el gesto más tierno que jamás había experimentado. Sintió su corazón dispararse aún más, sin poder contener las ganas de volver a besarla.

El mundo que los rodeaba desapareció. Solo estaban ella y él, nada más. Sin vampiros buscándolos, sin demonios que intentasen hacerse con el mundo, sin un hechicero que pudiese acabar con ellos con solo chasquear los dedos…, ahora solo estaban ellos dos.

Se miraron unos segundos más a los ojos, sintiendo que sus corazones se acompasaban. Ahora ya no había duda, con aquella

mirada se lo decían todo. Sí, ambos eran personas de carácter, pero ese era uno de sus atractivos. Comenzó a descender de nuevo hacia sus labios, Valeria reclinó su cuello para aceptar su beso cuando Daniel tuvo que cogerla de nuevo por la cintura, en un movimiento bastante brusco, y tirarla al suelo con toda la delicadeza que pudo en aquel momento, echando parte de su cuerpo sobre ella para protegerla. De repente, un vampiro los sobrevoló aterrizando a unos metros de donde se encontraban.

Daniel se puso en pie y extrajo las dos dagas de su cinturón. ¿Es que no podían dejarlo ni un segundo tranquilo?

El vampiro aterrizó sobre la tierra retrocediendo sobre sí mismo, pues llevaba demasiado impulso, e intentando frenar con su mano sobre la tierra, creando un surco.

Iba a ir hacia él cuando escuchó el chillido de varios vampiros más que acechaban.

—Joder —susurró al observar unas lejanas siluetas que se acercaban.

Quizá lo mejor fuese largarse de allí lo antes posible, tal y como habían hecho antes, y no iniciar ninguna batalla contra ellos. Si estuviese con sus compañeros o él solo no habría problema, pero estaba con Valeria y ella era su mayor prioridad ahora. Sabía que iban a por ella y que intentarían arrebatársela de nuevo. Debía llegar cuanto antes a la mezquita Azul donde contaría con la ayuda de la división.

Iba a agacharse para coger a Valeria cuando un fuerte golpe lo echó hacia delante rodando sobre el suelo. Se incorporó de un salto y no esperó. El vampiro se estaba reclinando sobre Valeria que en vez de gritar lo miraba con odio y estaba tomando impulso con su puño para golpearle en la cara, aunque sabía que no conseguiría nada más que lastimarse los nudillos.

Hizo volar su daga hacia delante atravesando al vampiro que pretendía raptar a Valeria. Valeria giró su cabeza hacia él, asombrada, e instintivamente movió las manos ante ella apartando las cenizas del vampiro que acababa de desintegrarse.

—Puaaaj —se quejó ella.

Daniel giró su cabeza al darse cuenta de que dos vampiros más se dirigían hacia ella a una velocidad sobrehumana.

Se dirigió directamente hacia el primero de ellos echándolo al suelo, clavando su rodilla en su pecho y se giró hacia el otro. Echó su brazo hacia atrás y tiró la daga hacia el vampiro, el cual se desintegró al momento. Se llevó la mano al cinturón, pero no encontró ninguna daga más. Las dos dagas con las que contaba estaban sobre el césped de aquel jardín.

Sujetó al vampiro por la camiseta de cuero negro que llevaba

puesta, poniéndose en pie, justo cuando sintió que el vampiro cortaba la carne de su cara rasgando parte de su mejilla con la uña.

Apretó los dientes, lo impulsó hacia atrás y elevó su pierna para golpearle con fuerza. Salió despedido al momento. No perdió más el tiempo y corrió hacia la daga, la cogió y, antes de que el vampiro pudiese tomar carrerilla, lo atravesó haciéndolo desaparecer.

Se giró hacia Valeria que se incorporaba sobre el suelo con la daga en la mano. Aquella muchacha parecía haberse apropiado de su daga y no le importaba, pero en aquel momento él haría mejor uso que ella.

Vio cómo unos diez vampiros más saltaban la última azotea antes de llegar al parque.

—La daga —dijo él extendiendo su brazo hacia ella.

Uno de los vampiros se adelantó y llegó hasta ella. Daniel llegó hasta él justo cuando golpeaba a Valeria y esta salía volando hacia atrás varios metros. Clavó la daga en su pecho y se giró hacia Valeria que aún rodaba por el suelo. Aquello se estaba complicando de nuevo.

Valeria dejó de rodar sobre el suelo y se incorporó levemente para mirar en dirección a Daniel.

—Estoy bien —le dijo para calmarlo, aunque gimió. Se había golpeado con fuerza en las costillas y en la pierna y, durante unos segundos, le costó recuperar el aliento.

Aquellas palabras calmaron a Daniel que se preparó para recibir a aquel grupo.

—¡Corre! —le gritó Daniel antes de adelantarse e ir a por el primer vampiro que se acercaba. Le sería mucho más fácil luchar contra todos ellos sin tener que prestar atención a la protección de ella.

Detuvo al vampiro con un empujón y paró las garras de otro con su brazo cruzado.

—Rursus daemonium —pronunció señalando hacia delante.

Para su sorpresa, unos cuatro vampiros que se dirigían hacia él salieron despedidos hacia atrás. Le pareció increíble haber vuelto a lograrlo.

Se agachó para evitar las garras de otro vampiro y levantó su pierna para golpear el estómago de otro más.

—Clypeus —dijo cruzando los brazos ante él, provocando el retroceso de varios vampiros más.

Poder combinar sus habilidades con la magia ancestral era increíble.

Se giró para asegurarse de que Valeria se había marchado, pero la encontró aún tumbada sobre el césped.

—Márchate, Valeria —gritó—. Vamos, ¡aléjate!

Valeria apretó los dientes e intentó incorporarse. Se puso de rodillas con gemidos y se llevó la mano al costado. El golpe en las costillas había sido francamente fuerte. La rodilla le molestaba, pero el dolor de costillas le producía pinchazos cuando respiraba.

Iba a ponerse de pie, pero las piernas le fallaron.

—Valeria —gritó de nuevo Daniel deteniendo a otro de los vampiros—. ¡Márchate!

Ella inspiró con fuerza y miró hacia delante, apoyada sobre los brazos.

En ese momento lo vio, vio cómo aquella figura oscura caminaba en su dirección por el lado contrario al que se encontraba Daniel luchando.

Supo que Daniel también se había dado cuenta de que Farid se acercaba porque entre golpe y golpe extendió los brazos hacia él y gritó con fuerza.

—¡Post!

Pudo ver cómo el cayado de oro relucía con la luz de la luna al colocarlo ante él y rechazar aquel hechizo.

Valeria se quitó la capucha que llevaba sobre la cabeza y lo observó apretando los dientes.

Ese hombre, ese hechicero, era el culpable de la muerte de su amado hermano, aquel al que había jurado proteger siempre. No había podido. Ahora debería vivir toda su vida sin él.

Gimió cuando las emociones volvieron a embargarla y aguantó la respiración.

Farid se detuvo a pocos metros de ellos y observó a Daniel luchar contra los vampiros, evitando que se acercasen a Valeria mientras esta permanecía en el suelo recuperando el aliento. No parecía estar en condiciones de luchar.

—Última oportunidad —pronunció Farid con voz grave y dio un paso más hacia Valeria. Valeria apretó los labios—. ¿Dónde se encuentra el grimorio?

Valeria cerró los ojos y agachó su cabeza. A su mente volvieron aquellos recuerdos que dolían tanto: el momento en que ella permanecía escondida fuera de la habitación del hotel, sujeta a una tubería y aguantando de puntillas sobre una cenefa varios metros por encima del suelo. El sonido del disparo que acabó con la vida de su hermano le hizo apretar con fuerza los ojos, como si aquel recuerdo acabase también con parte de su vida, y así era. Le habían arrebatado a una de las personas que más amaba en el mundo. Ese hombre que estaba ante ella era el asesino de Héctor.

—¡Jamás te lo diré! —le gritó con rabia.

Farid giró su cabeza hacia Daniel que seguía luchando sin tregua contra los vampiros, tratando de impedir que llegasen hasta ella.

—¡Vete, Valeria! —volvió a gritarle—. ¡Márchate!

Valeria lo observó y algo se rompió dentro de su corazón. Su mente volvió a revivir aquel beso que habían compartido hacía escasos minutos. Daniel había ido a por ella arriesgando su vida y ahora

luchaba contra los vampiros para protegerla…

—¡Corre! —le gritó de nuevo Daniel.

Una lágrima comenzó a resbalar por el rostro de Valeria, sin poder controlarse ya.

Farid la miró y elevó el mentón.

—De acuerdo. Matadlos a los dos —ordenó este a los vampiros.

Valeria cerró los ojos al escuchar aquello. En su mente volvió a repetirse aquel fatídico momento.

Se encontraban en Jerusalén hacía varias semanas. Tras conseguir la botella, se habían dirigido rápidamente a la habitación de su hotel, pero, poco después, mientras ella se daba una ducha, Farid junto a sus hombres habían irrumpido en su habitación. Se habían apoderado de la botella que contenía a Astaroth y habían acabado con la vida de su hermano. Recordó cuando entró por la ventana del aseo y avanzó rápidamente por el pasillo. Se llevó la mano a la boca para contener un grito al ver el cuerpo de Héctor sin vida, tendido sobre el sucio suelo de aquel hotel.

Él no se merecía aquello. Apretó más los ojos mientras sentía cómo la ira, la rabia y la cólera se adueñaban de ella.

Recordó cuando se derrumbó sobre el cuerpo de su hermano sin vida, abrazándolo.

—Hermano —sollozó pasando la mano sobre la cara ensangrentada de Héctor—. Nooo —gimió sin levantar la voz.

Valeria sintió cómo todo su cuerpo comenzaba a arder al no controlar aquellos sentimientos y miró hacia delante.

Recordó cómo cogió la mano de su hermano.

—Te prometo que los detendré —había sollozado con voz decidida antes de besar la mano de su hermano.

Miró hacia delante, sintiendo cómo aquella rabia daba paso a una sensación que jamás había experimentado. Olvidó el dolor de costillas y de rodillas y comenzó a ponerse en pie lentamente.

Miró a Daniel que seguía luchando contra los vampiros, pero en ese momento uno de ellos apareció a su espalda y lo empujó hacia delante provocando su caída. Eran demasiados vampiros para un solo cazador.

—¡Acabad con ellos! —ordenó de nuevo Farid.

No, ella no iba a permitirlo. Su mirada voló hacia Daniel de nuevo. Lo amaba, lo quería… no había sido consciente de ese sentimiento hasta ese momento. Daniel le había dado alegría y una razón para levantarse cada día con una sonrisa. Su beso había despertado en ella sentimientos que pensaba perdidos para siempre: la capacidad de volver a amar, de sentirse querida.

—Por ti, Héctor —susurró mientras inspiraba con fuerza.

Sabía que no tenía tanto poder como Farid, pero ya había perdido demasiado, no pensaba volver a pasar por eso. No pensaba perder a

nadie más, no pensaba perder a Daniel. Aquel pensamiento hizo que algo se despertase en su interior, algo que no había sentido nunca antes, una sensación cargada de resentimiento, de rabia, de dolor… pero también de amor.

Se puso del todo en pie y miró hacia los vampiros que habían sobrepasado a Daniel que permanecía arrojado en suelo, y que iban directos hacia ella.

Ahora ya no tenía miedo.

No tuvo que pronunciar nada, solo dejó fluir todas aquellas sensaciones que amenazaban con desbordarla. Gritó cuando la sensación fue tan grande que no la soportó más y estiró los brazos hacia los lados emitiendo un grito de frustración.

Aquellos sentimientos, aquel poder, salió despedido en forma de onda hacia todos los vampiros que se acercaban, derribándolos con tanta fuerza que volaron por el cielo. Valeria cerró los ojos con fuerza intentando controlar todo el poder que había permanecido dentro de ella y que ahora clamaba por salir.

Los vampiros que amenazaban a Daniel también fueron precipitados hacia el horizonte. Daniel se giró sobresaltado y se quedó totalmente paralizado al contemplar a Valeria.

Valeria inspiró con fuerza y fijó una mirada cargada de dolor hacia Farid, el cual la observaba intrigado.

En aquel momento era como si hubiese perdido todo el control sobre su cuerpo y el poder era quien mandaba.

Echó los brazos hacia delante, en dirección a Farid, conduciendo todo el poder que había surgido en su interior hacia él. Farid no esperaba aquello por parte de Valeria y, al principio, lo cogió desprevenido.

La onda de poder chocó contra él haciéndolo desestabilizarse y retroceder hacia atrás, como si se tratase de una corriente de aire tan fuerte que amenazase con arrojarlo al suelo, sin embargo, aquello no era aire, era magia, energía que emanaba de Valeria y que conducía directamente hacia él, como si se tratase de ondas que chocaban continuamente contra su cuerpo.

Farid situó como pudo el cayado de oro ante él para protegerse y guardar el equilibrio mientas el poder de Valeria lo hacía retroceder sobre la tierra. Nunca antes había sentido un poder igual al de aquella muchacha.

Daniel se puso en pie totalmente asombrado mientras observaba y tragó saliva, boquiabierto. ¿Aquello era cierto? Valeria estaba haciendo retroceder a Farid, el mayor hechicero que el mundo había conocido.

—Valeria… —susurró él totalmente asombrado, manteniéndose a distancia y preparado por si debía atacar.

Farid logró frenar la embestida mientras apretaba la mandíbula y miró a Valeria. ¿Cómo era eso posible? Aquella muchacha era, como mucho, una hechicera de nivel uno o dos, sin embargo, algo se había despertado dentro de ella con tanta fuerza y violencia que lo estaba superando por momentos.

Valeria mantenía la mirada fija en él, sin pestañear, dejando salir todo lo que la había consumido durante aquellos últimos meses. Cuando vio que Farid lograba detener la embestida apretó los labios y gritó en su dirección. Eran tanta la rabia acumulada y el dolor por la pérdida que Farid salió despedido contra el restaurante ubicado en medio del jardín, agrietando parte de la pared.

El golpe fue fuerte y cortó la respiración a Farid que no daba crédito a lo que estaba ocurriendo. Se vio elevado en la pared por la fuerza de las ondas de Valeria y sintió como que se quedaba sin respiración por la presión contra la pared. Con todas las fuerzas que pudo, situó el cayado ante él y lo sujetó con fuerza con las dos manos. A duras penas pudo, pero finalmente lo consiguió.

—Clypeus —susurró este.

El escudo protector le garantizó la protección suficiente para caer de la pared, incorporarse de inmediato y lanzar un hechizo para desaparecer.

Valeria vio cómo este desaparecía y se detuvo. En ese momento, se dio cuenta de que había aguantado la respiración prácticamente todo el rato y dio una larga bocanada de aire. Ni siquiera sabía cómo lo había hecho, cómo había logrado manipular la magia de aquella forma… la sensación era increíble, de hecho, era como si por fin se sintiese en paz consigo misma.

Inspiró hondo y se reclinó hacia delante apoyando sus manos en las rodillas, doblegándose hacia delante.

—Valeria, Valeria… —gritó Daniel corriendo hacia ella.

Llegó a su lado y la cogió de los hombros, sin saber qué decir. Lo que había presenciado no sabía ni cómo describirlo, había sido la exhibición de poder más impresionante que jamás había visto.

—¿Cómo lo has…?

—No… no lo sé —respondió ella al borde del llanto. Directamente lo abrazó—. Yo… —dijo sin comprender ella misma lo sucedido—, simplemente no puedo permitirme perder a nadie más… —lloró finalmente en su hombro—, no puedo —dijo apoyando su frente en él, dejando que todas las emociones que había sentido la desbordasen finalmente.

Daniel la abrazó comprendiendo lo que quería decir. Besó su frente y la apartó levemente para mirarla.

—Te prometo que no me perderás —sentenció.

Ella acarició su rostro con dedos trémulos, con una mirada de

desesperación y miedo al volver a sentir aquella perdida, aquel vacío… Daniel sujetó sus manos temblorosas y volvió a besarla con urgencia, necesitado de volver a sentir aquel contacto físico.

No comprendía cómo había podido usar la magia de aquella forma, cierto que él no era un gran entendido en ese arte, aunque suponía que todo el miedo, la rabia, la impotencia y el sufrimiento que había almacenado en su interior desde la muerte de su hermano habían explotado ahí.

La abrazó con fuerza contra él cuando un carraspeo le hizo situarla a su espalda rápidamente para protegerla.

Ante él, Aitor, Víctor y Miguel lo miraban boquiabiertos y con las cejas enarcadas.

Aitor se mantenía un poco más adelantado que el resto, lo miraba con la mandíbula desencajada y el cuello ladeado.

Daniel resopló y cerró los ojos unos segundos, calmándose. Instintivamente, miró hacia los lados asegurándose de que no había ningún vampiro más y luego volvió su mirada hacia su jefe, un jefe que en aquel momento se mantenía pasmado, al igual que sus compañeros.

—¡Ya era hora! —le gritó de los nervios. Aitor parpadeó varias veces sorprendido por el grito de Daniel—. ¡Casi acaban con nosotros! —extendió los brazos hacia ellos.

—Hummm… —comentó Aitor sin saber qué decir en aquel momento—. ¿Quién?

—No parecías estar muy preocupado por tu vida —ironizó Miguel interrumpiendo a su jefe. Esta vez fue Daniel quien enarcó una ceja. Miguel se giró hacia Víctor—. Te lo dije… me debes cincuenta euros.

Víctor resopló y puso los ojos en blanco.

—¿Cincuenta euros de qué? —preguntó Daniel molesto, con el tono bastante elevado.

—Menuda antena tienes, colega —se quejó Miguel, y luego hizo un gesto de indiferencia señalando a Víctor—. Nada, cosas nuestras.

—¿Cosas vuestras? —preguntó Daniel irritado—. Que no soy tonto, ¿eh? —Se cruzó de brazos y miró a su jefe—. ¿Tú también has apostado, jefe?

—A mí no me metas —comentó Aitor dando un paso hacia atrás con las manos delante de él, como si se defendiese de un ataque, pues Daniel parecía realmente alterado.

Daniel resopló.

Víctor se decidió a intervenir para cambiar de tema.

—¿Estáis bien? —le preguntó Víctor.

Daniel suspiró y se giró para coger la mano de Valeria que parecía intimidada por la situación en la que los habían descubierto.

—Sí, pero no gracias a vosotros —comentó caminando en su

dirección, tirando un poco de Valeria. Llegó hasta ellos y los miró a todos—. ¿Y vosotros? —preguntó un poco más calmado.

Aitor asintió.

—Nosotros bien, Lucas y Marcos se han quedado allí para ayudar… —luego miró a Valeria e inspiró con fuerza—. Los vampiros han atacado la mezquita Azul. —Valeria dio un paso hacia delante—. Será mejor que nos demos prisa en volver.

La mirada de Aitor le dio a entender a Valeria que algo no iba bien. Dio un paso hacia delante y tragó saliva, nerviosa.

—¿Están bien todos mis amigos? —preguntó ella con voz trémula.

Ninguno de los tres se atrevió a responder.

17

En cuanto llegaron a la mezquita Azul, Valeria supo que el ataque había sido realmente grave. Justo antes de que el vampiro la cargase a su hombro se había dado cuenta de que decenas de vampiros se dirigían hacia allí.

Entró por la puerta y se dio cuenta del destrozo. La moqueta estaba hecha añicos, varias de las lámparas de araña que colgaban del techo habían caído y cientos de cristales se encontraban esparcidos por el suelo. En uno de los laterales dos de los miembros de la Aurora Dorada intentaban sofocar un pequeño conato de incendio.

Se adelantó unos pasos, pero tuvo que caminar más lenta, pues el costado le dolía horrores. Se llevó la mano a la zona dolorida, apretando, e intentó avanzar más rápida. Sintió cómo se le partía el corazón al ver aquel destrozo. Aquella mezquita era su segundo hogar, sentía que lo habían profanado.

Su mirada voló directamente hacia su amigo Kemal. Tenía la túnica rota, como si los vampiros le hubiesen clavado las uñas desgarrándosela, y algunas manchas de sangre por la cara.

Ambos coincidieron la mirada y Kemal fue directo hacia ella con paso apresurado.

—Valeria —dijo abrazándola.

Ella se removió con dolor entre sus brazos y se obligó a separarse de él.

—¿Estáis todos bien?

Kemal miró de reojo a Aitor y al resto de la división y volvió toda su atención hacia ella. Tragó saliva y se removió inquieto.

—Muchos hemos sufrido heridas, pero Marcos y Lucas nos están ayudado —dijo señalando a un lateral donde Valeria vio sorprendida cómo Lucas parecía estar haciendo una transfusión de su sangre a uno de sus compañeros de la Aurora Dorada—. La peor parte se… —apretó

los labios con impotencia—, se la ha llevado Yosef.

—¿Yosef? —preguntó ella al borde del llanto y miró de un lado a otro, buscándolo—. ¿Dónde está?

Kemal se acercó a ella y la cogió del brazo con delicadeza. Ella lo miró con temor.

—Está en esa habitación —comentó despacio—, pero no creo que aguante mucho rato más. —Ella se removió nerviosa por lo que acababa de decirle. Durante unos segundos se quedó consternada—. Ha preguntado varias veces por ti, quería hablar contigo —explicó Kemal bastante afectado, conteniendo también las lágrimas—. Ve con él.

Ni siquiera se giró para decir algo a la división, Valeria avanzó directamente hacia la estancia que habían habilitado con un pequeño colchón donde Yosef permanecía tumbado.

Daniel miró a Kemal sin saber qué decir.

—¿Qué le ocurre? Quizá podamos…

Kemal negó.

—Le han atravesado un pulmón y el hígado. —Señaló con un movimiento de cabeza hacia Lucas—. Tus compañeros lo han intentado ayudar, pero las lesiones son demasiado graves como para que vuestra sangre pueda hacer algo antes de… —no pudo acabar la frase.

—¿No habéis llamado al hospital?

—No ha querido —explicó nervioso—. Decía que si se lo llevaban al hospital no podría hablar con Valeria, que eso era lo más importante ahora.

Daniel asintió, comprendiendo. Si llamaban a una ambulancia y se lo llevaban a urgencias del hospital lo alejarían de Valeria, y él necesitaba hablar con ella, seguramente para darle instrucciones.

Se quedó un instante pensativo y miró hacia esa habitación improvisada. Estuvo tentado de dirigirse hacia allí, pero se contuvo. Si le quedaban pocos minutos, él querría aprovecharlos con Valeria, eso era lo que había pedido y debía respetarlo.

Intentó recomponerse y miró a su alrededor.

—¿Puedo ayudar en algo? —preguntó.

Kemal asintió.

—Lucas y Marcos están haciendo transfusiones a compañeros que han sido heridos… —explicó—, supongo que iría bien que…

—Claro, no hay problema —lo interrumpió comprendiendo lo que quería decir. Su sangre permitía que el cuerpo de una persona normal mejorase más rápido, aunque estaba claro que no lo suficientemente rápido para Yosef.

Se quitó la capa y comenzó a arremangarse el brazo para que Lucas le sacase sangre.

Valeria entró rápidamente en la estancia y se quedó paralizada al ver a Yosef. Habían tendido un pequeño colchón, delgado, pero que permitía que Yosef estuviese más cómodo. Efrem y Jake se encontraban junto a él. Efrem apretaba con fuerza unas gasas en su pecho y costado. Las gasas estaban empapadas en sangre. Yosef estaba totalmente pálido y temblaba, incluso se le notaba dificultad para respirar.

—Nooo —sollozó ella acercándose lentamente.

La mirada de Yosef fue hacia ella y con las pocas fuerzas que le quedaban alzó su mano para que ella se la cogiese. Valeria comenzó a llorar. La imagen de su hermano volvió a sus pensamientos. Respiró profundamente intentando calmarse y acarició su frente.

—Necesitamos un médico… —suplicó hacia sus compañeros.

Yosef comenzó a negar y apretó más fuerte su mano atrayéndola hacia él, en un claro intento de que se acercase.

—No… no queda… —susurró con la voz entrecortada.

—No hables, Yosef… por favor —gimió ella.

Él apretó los labios y movió su mano para que le escuchase, ignorando el comentario de ella.

—No queda tiempo —susurró con más ímpetu, aunque luego tuvo que luchar por volver a respirar. Valeria pasó su mano por su frente, acariciándolo, intentando calmarlo—. Tienes… —tragó saliva—, tienes que llevarlos hasta el grimorio —le pidió. Ella lo miró fijamente —. Tú sabes dónde está. —Tosió compulsivamente—. Entrégaselo y asegúrate de que lo ponen a salvo.

Valeria sollozó y asintió.

—Tranquilo, así lo haré. —Se secó una lágrima y acarició de nuevo su rostro con dedos temblorosos.

—Has… has sido como una hija para mí.

Valeria no pudo controlarse más y rompió a llorar.

—Y tú como un padre para mí —contestó.

Yosef tragó saliva y tosió de nuevo.

—Vete…

Ella apretó los labios y negó.

—No, no voy a dejarte —sollozó.

—Vete —repitió—. Tienes una… una misión que cumplir, Valeria.

Ella tragó saliva y volvió a acariciar su rostro.

No quería que lo viese morir, sabía que le quedaba poco tiempo, pero Valeria ya había sufrido bastante presenciando la muerte de su hermano. Sabía que aquello la marcaría de por vida también. No era justo para ella cuando el desenlace iba a ser el mismo, no era necesario.

Valeria se quedó observándolo y finalmente asintió. No quería dejarlo, pero si ese era su último deseo lo cumpliría.

Se echó sobre él, abrazándolo.

—Gracias por todo lo que me has enseñado —sollozó contra su oído —. Te prometo que no te defraudaré.

—Nunca lo harías —logró articular entre respiración y respiración.

Colocó su rostro frente al suyo y besó su frente.

—Te quiero, Yosef.

Yosef pasó sus dedos temblorosos por el rostro de ella.

—Y yo a ti. —Se quedó observándola como si quisiera memorizar su rostro y, finalmente, cerró los ojos para intentar respirar una vez más —. Márchate —le pidió.

Ella gimió, pero asintió. Volvió a besar su frente y directamente se giró para salir de la estancia, sin pensarlo más, pues si comenzaba a darle vueltas sabía que se quedaría allí.

Pensar que aquella era la última vez que iba a verlo la mataba, pero, para bien o para mal, le había encomendado una misión, su última misión, y pensaba cumplirla. Pondría el grimorio del rey Salomón a salvo.

Intentó despejar su mente. Aunque aquella situación la llenaba de tristeza y sentía de nuevo cómo un agujero se abría en su pecho, se obligó a mantenerse firme. Fue hasta Aitor que estaba junto a Miguel y Víctor recogiendo unos cristales y miró de reojo en dirección a Daniel que se bajaba la manga de su uniforme tras haberle extraído sangre.

Aitor se giró hacia ella en cuanto se dio cuenta de que se acercaba para hablar con él.

Valeria se detuvo enfrente, intentando todavía controlar sus emociones.

—Lo siento —susurró—. Hicimos todo lo que pudimos, pero realmente nos sorprendió la cantidad de vampiros que se presentaron.

Ella asintió.

—Sé que hicisteis todo lo que pudisteis —pronunció con voz tensa, con los sentimientos a flor de piel. Daniel se acercó a ella junto a Lucas y Marcos. Valeria los miró a todos—. Yosef me ha encomendado una última misión y pienso cumplirla. —Miró a Aitor—. Os entregaré el grimorio del rey Salomón y me aseguraré de que lo pongáis a salvo.

Aitor miró a todos y asintió.

—Te aseguro que lo protegeremos con nuestra vida —contestó.

Valeria se giró cuando Efrem y Jake se acercaron.

—¿Ocurre algo? —preguntó Valeria.

Jake tenía los ojos llorosos, aunque intentaba mantenerse firme.

—Yosef nos ha ordenado que te acompañemos —explicó.

Valeria asintió.

—Yo también voy —indicó Kemal acercándose, pues obviamente había escuchado la conversación.

—Y yo —dijo también Liú dando unos pasos hacia ellos. Se situó frente a Valeria y la miró—. Te ayudaremos en todo lo que nos digas.

Ella inspiró y asintió agradecida. Cuantos más fuesen más fácil sería llevar a cabo aquella misión y obtener un buen resultado. Ya sabía que Farid tenía bajo su mando a los vampiros y que no dudaría en usarlos para conseguir su propósito, pero estaba dispuesta a impedir que se hiciesen con el grimorio a toda costa.

—Gracias —susurró ella. Se giró de nuevo hacia Aitor, esta vez con voz decidida—. Salimos en diez minutos.

—¿Salimos? —preguntó este.

—El grimorio está a unas cuantas horas de aquí —explicó ella.

Víctor se adelantó.

—¿Disponéis de furgonetas con luz solar? —preguntó directamente —. Por los vampiros… —indicó.

Todos los miembros de la Aurora Dorada enarcaron una ceja, incluso Valeria.

—No vamos a ir en furgoneta. Iremos en avión —indicó ella.

Aquel dato sorprendió a todos, pues pensaban que el grimorio estaría más cerca.

—¿En avión? —preguntó Daniel.

Valeria asintió hacia él.

—Coged todas vuestras cosas. En diez minutos nos dirigiremos al aeropuerto —comentó girándose para dirigirse a sus instalaciones.

—Espera… —intervino Daniel provocando que ella se detuviese. Miró a sus compañeros—. ¿Y qué hacemos con Farid?

Todos los miraron confundidos.

—¿Con Farid? —preguntó Aitor sorprendido al escuchar ese nombre —. ¿Acaso lo has visto?

—¿Que si lo he visto? —ironizó—. He luchado contra él. Está en una mansión cerca de aquí. Deberíamos ir a…

—No —lo cortó Valeria—. Para cuando llegásemos ya no estaría allí, así que solo conseguiríamos retrasar la misión.

—¿Has luchado contra él? —preguntó Aitor aún confundido—. ¿Cuándo?

—Cuando los putos vampiros se han llevado a Valeria, ahora parece que Farid domina a los vampiros… luego te cuento.

—No los domina él, los domina Astaroth —le rectificó Valeria que, obviamente, sabía más del tema que ellos—. Y como Farid es su enlace en este mundo los pone a su servicio —explicó.

—Pero ¿vamos a por él o no? —preguntó Víctor con ansiedad.

—No —repitió Valeria y los miró a todos—. ¿Queréis proteger el grimorio o no?

Aitor miró de reojo a sus compañeros y, finalmente, asintió. Valeria tenía razón en lo que decía, seguramente Farid no estaría allí cuando

ellos llegasen y solo conseguirían retrasar la misión más importante: proteger el grimorio del rey Salomón.

—Salimos en diez minutos —acabó diciendo ella, girándose de nuevo.

Daniel observó cómo se alejaba. Se le notaba de lejos que estaba abatida. Miró de reojo a sus compañeros y salió acelerado tras ella.

—Valeria —la llamó.

Ella se detuvo y se giró. Sí, había intuido bien, pues tenía los ojos llorosos.

Llegó hasta ella y se situó enfrente.

—¿Estás bien? —preguntó.

Valeria se removió incómoda y finalmente le sonrió con ternura.

—No es fácil —comentó sin mirarlo—, pero hay que cumplir la misión.

Daniel asintió y miró hacia la puerta a la que se dirigían sus compañeros para bajar al subterráneo y recoger sus cosas. Todos los miraban intrigados. Cuando volvió su atención hacia Valeria, esta situaba su mano en el costado con una expresión de dolor.

—Puedo ayudarte con el dolor —comentó él.

Ella comprendió a qué se refería, pues había visto que compañeros suyos y él mismo habían donado sangre a sus compañeros de la orden. Valeria situó una mano en su brazo en un gesto de cariño y dio una palmadita.

—No te preocupes, no es nada. Se me pasará en un rato. Nos vemos en diez minutos aquí —reaccionó antes de girarse para seguir su camino.

Daniel la vio alejarse en dirección a otro de sus compañeros que estaba malherido.

Tragó saliva y se giró para seguir al resto de la división.

Cerró la puerta de la mansión con un portazo y fue rápidamente a la planta superior.

Farid entró en su alcoba y se quitó con gestos tensos la túnica, quedándose solo con una camisa negra y los pantalones a conjunto.

Jamás había sentido tanta frustración.

Gritó y se giró para golpear con su puño la pared.

Aquella niñata había conseguido contrarrestar su hechizo y hacerle frente. Nadie, en toda su vida, lo había superado o lo había puesto en una situación como aquella.

—Maldita niña —gruñó aún con los nudillos incrustados en la pared.

Resopló y avanzó hacia una de las estanterías donde había dejado uno de los libros de conjuros y su ordenador portátil. Era lo único por lo que había vuelto a aquella mansión, pues sabía que, seguramente,

la división iría a por él.

Sabía que podía contra ellos, ya lo había hecho hacía poco en Lugo, pero ahora era diferente. Parecía que los cazadores dominaban algo la magia, lo cual los hacía más peligrosos. Por lo que había visto, el cazador no tenía nada que hacer contra él, pero aquella muchacha…

—Valeria —susurró mirándose en el espejo.

Ella sí podía llegar a representar una amenaza si seguía progresando. No comprendía cómo aquella joven había sacado aquella fuerza en ese preciso momento.

Lo había cogido totalmente de improviso y se había visto obligado a marcharse de allí.

Valeria tenía un potencial increíble, similar o superior al suyo.

Resopló y se pasó la mano por el cabello mientras observaba por la ventana. Los vampiros aún rondaban la mansión esperando sus instrucciones.

Necesitaba encontrar el grimorio como fuese, era el acuerdo al que había llegado con Astaroth y con el resto de los demonios de la trinidad maligna.

La pregunta que le había formulado Valeria rondaba su mente.

—Muchos ángeles fueron condenados injustamente… yo solo pretendo ayudarlos.

Valeria finalmente elevó la mirada hacia él.

—¿A cambio de qué? —le espetó—. No creo que esto lo hagas gratis —dijo con los dientes apretados.

Esa era la cuestión.

Valeria no solo tenía un gran potencial, sino que era muy intuitiva y parecía dominar y comprender perfectamente cómo funcionaban los acuerdos entre demonios y personas. Sabía que había algo a cambio.

Él no buscaba solo poder, no, había algo más.

Su mente retrocedió doce años atrás, cuando era feliz, cuando vivía en pareja. Era un alto grado de Thelema, pero aún no era el hechicero supremo, ni siquiera tenía expectativas de serlo.

Janna había sido su amor desde la infancia. Su paraíso como él la llamaba. Con catorce años habían iniciado la relación. Con veintidós años se había casado. Aquel había sido el período más feliz de su vida, pero Janna tenía una personalidad voluble. Era tierna con él, siempre tenía una sonrisa y palabras cariñosas, pero todo aquello encerraba una depresión latente que había ido menguando no solo el físico de ella, sino su mente. Su piel dorada se había ido clareando producto de innumerables horas sin tomar el sol, su cabello rizado, largo y brillante había ido cayendo. Sus enormes ojos marrones, aquellos que habían avivado su felicidad y siempre lucían, ahora tenían una mirada apagada. Su cuerpo había perdido peso. Farid no había escatimado en recursos. Habían visitado decenas de psicólogos, de psiquiatras, de

nutricionistas… lo único que deseaba era que su Janna, su paraíso, volviese. Por lo visto, los preciosos vestidos, las joyas y los viajes que organizaba no eran suficiente para ella. Desde hacía tres años ella no era la misma, se había sumido en una depresión de la que no lograba escapar.

Había sido un trece de enero cuando, tras regresar de su empresa, había llegado a su mansión en Ras al-Jaima, la ciudad costera de Emiratos Árabes donde vivían. Una preciosa mansión a pie de playa con toda clase de lujos.

Dejó su maletín sobre la mesa y se retiró la *kufiyya* de la cabeza depositándola al lado del maletín.

—¿Janna? —preguntó buscándola en el comedor donde solía pasar las horas.

Le sorprendió no encontrarla allí. Fue hacia la cocina, en ese momento con la luz apagada y vacía. Normalmente, el servicio de la vivienda acababa su jornada tras la cena. A esas horas de la noche ya debía de estar durmiendo. La última reunión de aquel día se había alargado más de la cuenta.

Giró y volvió al comedor. Se asomó al inmenso jardín trasero y observó la piscina. No estaba allí.

Una alarma se encendió dentro de él, como si en aquel momento comprendiese que algo no iba bien.

—¿Janna? —preguntó más nervioso corriendo por el comedor para llegar al vestíbulo y subir a la segunda planta donde se encontraban nueve habitaciones de aquella mansión, entre ellas la suya.

Corrió por el pasillo de mármol blanco y abrió directamente la puerta de su habitación.

En ese momento se le paralizó el corazón. Se quedó conmocionado durante unos segundos.

Su hermosa Janna permanecía sobre el frío mármol, tumbada. Debía de estar sentada y apoyada contra la pared, pero su cuerpo se había deslizado hasta caer al suelo al perder la conciencia. La rodeaba un charco de sangre que había manchado su túnica de color blanco y azul.

En su mano aún sujetaba el cuchillo con el que había cortado las venas de sus muñecas.

—¡No! —gritó corriendo hacia ella.

La cogió entre sus brazos manchándose con la sangre de su esposa, sin importarle lo más mínimo.

—Janna, Janna —la sacudió con cuidado esperando a que ella abriese los ojos—. No, no, no… —sollozó. Cogió su muñeca intentando cerrar la gran herida que se había hecho y que dejase de brotar tanta sangre—. No puedes dejarme… nooo —gritó llorando.

Cuando los médicos habían llegado no habían podido hacer nada

por ella. Janna se había ido unas horas antes de que él llegase a casa.

Aquella soledad que había sentido le había hecho volcarse en las artes místicas, en la magia ancestral… ahora más que nunca deseaba el dominio absoluto de aquel poder tan antiguo.

Sabía lo que ocurría cuando una persona se suicidaba.

El Corán lo dejaba muy claro: la vida es un don de Dios y que solo a Dios pertenece quitarla. El hombre no es propietario de su cuerpo al que Dios ha insuflado su espíritu. Este cuerpo es de Dios y debe ser preservado de todo mal. Mahoma decía textualmente: “Caminad por la vía del Señor. No os pongáis por vuestra propia iniciativa en peligro y haced el bien. Dios ama a los que hacen el bien”.

Su religión, el islam, dejaba muy claro que el suicidio no podía llevarse a cabo, que aquel cuerpo solo pertenecía a Dios y, tal y como también informaba la religión católica, era un pecado mortal suicidarse. Nadie podía quitarse la vida.

Tras comenzar a experimentar con la magia negra había comenzado a contactar con los demonios. El propio Corán decía que el demonio era un enemigo declarado del ser humano al que inspiraba lo malo. El demonio era el principal enemigo del ser humano, sin embargo, si su Janna había incurrido en un pecado mortal sabía que su espíritu moraría en el infierno.

La sensación de pérdida e impotencia lo habían sobrecogido. La culpabilidad se había instalado en su pecho y no le dejaba casi ni respirar. Su mente solo albergaba preguntas como: ¿Y si hubiese llegado una hora antes? ¿Y si no hubiese acudido a esa reunión y hubiese invertido aquellas horas en cenar en casa con ella? ¿Y si no le hubiese dedicado tantas horas al trabajo? ¿Y sí…?

La culpabilidad era lo que peor llevaba, no se perdonaba el haberla abandonado tantas horas en casa y dedicarse en cuerpo y alma al trabajo para así darle toda clase de lujos a su amada esposa. Ahora, todo eso le parecía superfluo. Ya nada tenía importancia, su vida se había vuelto oscura.

Cada hora y cada minuto de los siguientes meses los había empleado en adquirir más conocimiento, más poder, hasta que, finalmente, había abierto un portal con aquel lugar al que llamaban *Yahannam* o infierno.

Su poder había ido creciendo hasta convertirse en el hechicero supremo de Thelema y lograr contactar con reyes y príncipes del infierno.

No había tardado en realizar un acuerdo con Belcebú y Lucifer.

Él los ayudaría a liberar a Astaroth y a abrir las puertas del infierno. A cambio, el espíritu de Janna sería liberado y ascendería a la *Yanna*, el paraíso islámico.

Ella era un alma buena que había cometido un error, un error que la

llevaría toda la eternidad al infierno. No había podido cuidarla en vida, pero lo haría en la muerte, y le procuraría su propio paraíso. Solo así su alma podría alcanzar un poco más de paz.

Despertó de sus pensamientos y se miró fijamente en el espejo que tenía por delante. Unas gotas de sudor frío resbalaban por su rostro blanquecino.

No le importaba condenar al mundo. Lo único que deseaba, más que nada, era garantizar un descanso para el alma de Janna. Su amada Janna.

Cogió su ordenador y sus utensilios de magia y se dirigió a la puerta.

Debía conseguir su propósito como fuese y, para ello, lo primero que debía hacer era marcharse de allí, pues seguramente los cazadores irían en su búsqueda.

Bajó las escaleras a toda prisa, salió de la mansión que había alquilado durante aquella noche y se dirigió a su vehículo.

18

Valeria observó a través de la ventanilla del avión.

Había unas nubes bajas que comenzaban a tomar una tonalidad anaranjada por el amanecer.

Llevaban más de una hora de viaje. Sus compañeros de la Aurora Dorada permanecían dormidos en los mullidos asientos del jet, así como también algunos de los miembros de la división.

Ella no podía conciliar el sueño, no después de lo que había pasado. Sus pensamientos estaban en todo momento junto a Yosef. Había tanta gente a la que amaba al otro lado… su mirada voló directamente hacia Daniel, el cual se encontraba sentado unos asientos por delante, de cara a ella y observando también por la ventanilla.

Daniel. Había pasado de odiarlo a enamorarse de él. Jamás había sentido algo así por nadie. En su vida no había cabida a los sentimientos, más que el fraternal, pero no para ese tipo de amor.

Apartó la mirada de él y observó por la ventanilla.

Y luego estaba el poder que había sentido, un poder tan fuerte que había explotado dentro de ella sin poder controlarlo. Eran tantas las emociones y sentimientos que la embargaban en aquel momento… algo se había despertado dentro de ella arrasando con todo. No podía ni creer que hubiese podido contrarrestar el poder de Farid, pero lo había hecho. Miró hacia atrás observando a Liú. Tenía que hablar con él para explicarle lo sucedido, aunque ese no sería el momento, pues ahora permanecía apoyado en el hombro de Jake, dormido. Jake, por su parte, tenía la cabeza echada hacia atrás, apoyada en el reposacabezas, con la boca entreabierta y emitiendo algún ronquido que otro.

Kemal pilotaba el jet en compañía de Efrem. Agradecía que le acompañasen en aquella misión, de aquella forma no se sentía tan sola.

Se apoyó correctamente contra el respaldo cerrando los ojos, pero tuvo que moverse y adoptar otra postura, el golpe que había recibido en el costado le dolía bastante.

Abrió los ojos cuando sintió que alguien se sentaba frente a ella.

Daniel se había levantado con cuidado, pasando frente a sus compañeros dormidos, y se había acomodado en el asiento frente a ella, observándola preocupado.

—¿Estás bien? —preguntó.

Ella inspiró y miró un segundo por la ventanilla.

—Sí.

—No lo parece —comentó él señalándole con un movimiento de cabeza hacia su costado.

—Es solo un golpe, he sufrido cosas peores —contestó—. Mañana estaré mejor.

Daniel chasqueó la lengua mientras le mostraba lo que llevaba en las manos. Se trataba de una goma alargada con forma de tubo, a cada lado había una aguja. Sabía para lo que servía, para hacer transfusiones.

—Sabes que podemos regenerarnos con mucha rapidez —explicó ante la mirada asombrada de ella—. Con una mínima transfusión de mi sangre en pocas horas estarás perfecta.

Ella enarcó una ceja.

—¿Una transfusión de tu sangre? —preguntó divertida—. Ni siquiera sé qué grupo sanguíneo eres. Yo soy A positivo.

—No importa. Mi sangre no causa rechazo —continuó Daniel y le mostró la aguja—. Vamos, te irá bien. A muchos compañeros tuyos que estaban heridos les hemos hecho una transfusión y ya están perfectos.

Valeria miró la aguja y sonrió tirante.

—No hace falta, de verdad…, pero gracias.

Daniel la miró extrañado y luego sonrió sarcásticamente.

—¿Te dan miedo las agujas? —preguntó divertido.

—No —respondió echándose hacia delante—. Simplemente no creo que sea momento de jugar a médicos —le susurró.

Daniel rio.

—¿Qué dices? —ladeó su cuello—. Mi idea de jugar a médicos es otra, pero vale… —Valeria miró de reojo a sus compañeros de vuelo, por suerte casi todos seguían dormidos o estaban distraídos mirando por la ventanilla sin prestarles atención—. Va, no seas cobarde.

Ella resopló.

—¿Sabes pinchar? —preguntó ella.

—Sí —respondió él levantándose ya la manga del uniforme—, no te vas a enterar y luego te encontrarás muy bien. —Valeria no parecía muy segura de lo que Daniel le proponía—. Quítate la capa y súbete la

manga.

Ella hizo un gesto gracioso y finalmente suspiró. No parecía que Daniel fuese a darse por vencido.

Se desabrochó el nudo del cuello y se echó la capucha hacia atrás.

—Tariro, tarirooo… —bromeó Daniel.

Ella carraspeó mientras dejaba la capa en el asiento de al lado y comenzó a subirse la manga.

—Muy gracioso —respondió mirando de reojo la aguja. Suspiró y acabó de subirse la manga—. Ten cuidado o te lanzaré un hechizo para paralizarte.

—Ajá —comentó buscándose él primero la vena del brazo. La encontró y clavó sin problema la aguja en su brazo. La miró y sonrió —. Tu turno.

—No me hace mucha gracia, la verdad.

Daniel comenzó a reír.

—Te enfrentas contra hechiceros y te acobardas con una aguja…

—No me acobardo, es solo… que… —se acercó de nuevo a él—, eres cazador, no médico o enfermero.

—Y lo bien que clavo las dagas en el corazón de los vampiros, ¿qué?

Ella resopló por sus palabras y le tendió el brazo.

—Ten cuidado, ¿eh? —insistió ella.

Obviamente no se fiaba mucho de él.

—Va, venga… tampoco puedo tener mucho rato la aguja clavada en el brazo —dijo mientras cogía su brazo y comenzaba a palpar buscándole la vena. La miró, parecía nerviosa—. Mmm… ¿te había pasado alguna vez lo de esta noche? —preguntó cambiando de tema para distraerla.

Ella se quedó pensativa.

—No, la verdad es que no.

—Tienes un gran potencial —comentó palpando ya la vena.

Ella lo miró y sonrió con timidez.

—Tienes las manos calientes —susurró ella pensativa, aunque al notar el pinchazo lo miró enfadada—. Auuu… ¿no has dicho que sabías pinchar? —se quejó.

—Y te he pinchado, ¿no? —respondió rápidamente—. Joder… no puede haberte dolido, he ido con mucho cuidado.

Ella suspiró mientras él le ponía un esparadrapo sobre la aguja para que esta no se moviese mientras realizaba la transfusión.

—Bueno, vale… —respondió nerviosa—, no me gustan las agujas, nunca me han gustado.

—¿No me digas? —ironizó él—. No lo había notado.

Valeria suspiró y se apoyó contra el respaldo mirando unos segundos por la ventanilla.

—¿Qué grupo sanguíneo eres? —insistió ella.

Él se apoyó también en el respaldo mientras dejaba que la sangre pasase por el tubito hasta el brazo de ella.

—Ya te he dicho que eso no tiene importancia —repitió—. Seguramente durante un par de días te notarás con más fuerza.

Ella lo miró intrigada.

—¿En serio? —Él asintió—. ¿Me podré mover como tú? —preguntó esta vez entusiasmada.

—No, eso no —rio divertido—, pero tendrás más vitalidad —se encogió de hombros.

Valeria asintió.

—Espero que sea el único efecto secundario.

Daniel chasqueó la lengua al ver que ella insistía con eso, parecía preocupada por saber su grupo sanguíneo para hacer la transfusión.

Daniel observó cómo ella miraba por la ventanilla durante unos segundos.

—¿Qué sentiste? —preguntó él con curiosidad.

—¿Cuándo, cuando le pateé el culo a Farid? —comentó Valeria más graciosa. Él asintió, Valeria se quedó pensativa—. Yo… —tragó saliva —, solo tenía en mente a mi hermano. Recordé el sonido del disparo con el que Farid mató a Héctor y luego… cuando entré de nuevo en la habitación y él estaba allí tendido, sin vida… —Tuvo que contenerse unos segundos—. Ni siquiera pude despedirme de él, ni decirle lo mucho que lo quería ni todo lo que representaba en mi vida…

—Lo siento —susurró él.

—Y, luego… tú… —lo miró con una sonrisa tierna—, me besaste. —Apretó los labios tras admitir eso—. Cuando escuché que Farid ordenaba que nos matasen no lo soporté más… —Se calló y enarcó una ceja hacia Daniel cuando este se acercó a ella y llevó su mano hasta la de ella, acariciándola—, algo explotó dentro de mí —continuó confundida por su lento acercamiento.

—Y es lo mejor que he hecho en la vida —le susurró. Ella lo miró con timidez. Daniel miró de reojo a sus compañeros, al menos, ahora le estaban dando algo de intimidad—. Y, ¿sabes qué? Si no estuviésemos aquí, en un avión, rodeados de todos ellos… —señaló con la cabeza a los miembros de la división y a los de la Aurora Dorada—, volvería a besarte.

Valeria sintió cómo su corazón se disparaba.

—Si me dices esas cosas vas a hacer que se salte la aguja —bromeó ella.

Él le guiñó un ojo con complicidad mientras volvía a apoyarse contra el respaldo para ponerse cómodo.

—Eres preciosa —le susurró. Ella sintió cómo sus mejillas tomaban color. ¿A qué venía eso? ¿Intentaba provocarla? Valeria miró de reojo a sus compañeros—. ¿Qué más da si me escuchan? —preguntó Daniel,

pues por la forma en la que ella los observaba de reojo estaba claro que se sentía avergonzada y no quería que oyesen eso—. Tres de mis compañeros nos encontraron besándonos. ¿Te crees que no se lo habrán dicho a los otros? Miguel y Víctor son unos chismosos —le susurró.

—Ehhh —escuchó a su lado. Víctor los miraba con gesto gracioso—, de chismosos nada. Por cierto, muy bonita la conversación —ironizó antes de cerrar los ojos con una sonrisa, como si le hubiesen hecho gracia sus palabras.

Daniel chasqueó la lengua y observó a Valeria sonreír por la intervención de Víctor. Valeria giró su cuello y observó a Daniel que la miraba de una forma muy afectuosa.

—Lo cierto es que los primeros días… —comentó él bromeando, sin acabar la frase.

Ella rio al escuchar aquello.

—Debo confirmar que era mutuo —contestó Valeria divertida al comprender lo que quería decir.

En ambos casos, durante los primeros días, se habían visto el uno al otro como unos prepotentes orgullosos, sin embargo, a medida que habían tenido más roce y se habían ido conociendo los sentimientos habían cambiado.

—Sin embargo, ahora…

—Ahora —contestó ella dándole la razón.

—¡Idos a un hotel! —exclamó Miguel unos asientos por detrás con los ojos cerrados, fingiendo que estaba dormido.

Daniel resopló en su dirección.

—¿No puedo tener una simple conversación con ella sin que dejéis de escuchar? —preguntó molesto.

—Pues por lo visto no —respondió esta vez Lucas—. Ten en cuenta que el jet es pequeño, no es que estemos enganchados a una pared para escuchar o escondidos…

—Que lo haríamos —confirmó Miguel—, ni lo dudes —continuó con una sonrisa y los ojos aún cerrados.

Daniel puso los ojos en blanco y miró con una leve sonrisa a Valeria. A ella también parecían hacerle bastante gracia los comentarios de sus compañeros.

—Creo que nos mereceríamos una cita como Dios manda… —continuó él en dirección a Valeria—, las últimas citas han sido muy movidas —bromeó.

Valeria volvió a sonreír y asintió.

—Claro.

—Claaaro —continuó Miguel desde atrás—, porque el que os persigan vampiros o tengáis que luchar contra hechiceros… no es muy romántico, ¿verdad? Y tú eres un romántico empedernido. —Daniel se

giró hacia él enarcando una ceja. Miguel abrió un ojo en ese momento, centrándolo en su compañero, como si presintiese que lo estaba mirando—. Te lo dije, te dije que te haría tragar tus palabras… —Miró a Víctor y lo señaló—, y tú me debes aún cincuenta euros.

Daniel resopló mientras se acomodaba en el asiento de nuevo.

—Valeria, ¿soy yo?, ¿o se oye a un moscardón por aquí? —bromeó refiriéndose a su compañero.

Ella chasqueó la lengua y miró divertida en dirección a Miguel.

—Qué pesado eres, tío… —refunfuñó Víctor poniéndose en pie. Cogió su mochila y abrió el bolsillo lateral—. Toma tus puñeteros cincuenta euros —dijo dándole un billete a desgana.

—Gracias —respondió Miguel metiéndolos en su mochila—, ¿quieres apostar algo más? —lo retó.

Víctor enarcó una ceja hacia él y se sentó de nuevo, negando.

—No, gracias. Eres peor que Marcos con el dinero…

—¿Qué? —preguntó Marcos—. ¿A mí por qué me metéis en esto? Siempre me toca pagar el pato a mí —se quejó.

Daniel miró a Valeria divertido al ver cómo ella sonreía, escuchando de fondo la conversación, al menos Valeria tenía una sonrisa en su rostro.

Se miró el brazo y directamente se quitó la aguja. Se acercó a ella que miraba risueña a los miembros de la división al escucharlos.

—Creo que ya hay bastante —comentó él.

Valeria lo miró y asintió entregándole el brazo. Daniel extrajo con delicadeza la aguja y le ocluyó la piel con una gasa.

—Apriétate con fuerza —le señaló el brazo.

Miguel enrolló la vía y se levantó para dejarla en el botiquín que llevaban.

Cuando volvió a sentarse Valeria se miraba el pinchazo.

—No ha sido para tanto, ¿verdad?

—No —respondió ella y lo miró extrañada—. ¿Cuándo comenzaré a sentir los efectos? De momento no noto nada.

Daniel ladeó su cuello.

—Date media hora, ya verás —dijo alzando sus dos cejas repetidas veces en actitud graciosa.

Valeria se posicionó la primera para salir del jet ante la mirada asombrada de todos. Se giró con ímpetu.

—¿Abres o qué? —preguntó ansiosa en dirección a la cabina.

Ni siquiera esperó a que las escaleras del jet tocasen el suelo. Comenzó a descender a toda prisa y acabó saltando los últimos escalones.

Tanto Daniel como el resto de la división, así como los miembros de la Aurora Dorada que los acompañaban, la miraron boquiabiertos

desde el jet.

—¿Qué le has dado? —preguntó Kemal saliendo de la cabina, reclinándose hacia una de las ventanillas del jet para observar a Valeria correr por la pista de aterrizaje en dirección al hangar.

Daniel sonrió un poco nervioso.

—Quizá tendría que haber hecho una transfusión más corta —comentó observando a Valeria dar saltos por la pista de aterrizaje.

—Eh, ¡vaaa! —gritó llegando al hangar—. ¡Que no tenemos todo el díaaa!

Aitor miró a Daniel y resopló antes de descender las escaleras.

Poco después de la transfusión, Valeria se había levantado y había comenzado a caminar por el jet, maravillada con los efectos de esta. Ni el costado ni la rodilla le dolían, y pese a no haber dormido nada aquella noche cada vez tenía más energía.

No se había estado quieta ni para el aterrizaje.

—Siéntate —le suplicó Daniel al ver que ella no dejaba de caminar de un lado a otro.

—¡Esto es una pasada! —gritó con los brazos extendidos hacia él, provocando que toda la división la mirase asombrado. Corrió hacia Daniel y se situó enfrente—. ¿Cuánto dices que dura el efecto?

Daniel comenzó a tener un tic nervioso en el ojo, Valeria hablaba demasiado acelerada.

—Un par… de días —contestó sin dar crédito.

Normalmente, cuando un civil recibía una transfusión de su sangre esta era de corta duración, pues los dotaba de mucha energía y vitalidad. Estaba claro que quizá se había excedido un poco dándole su sangre más tiempo del estipulado.

La había cogido del brazo para sentarla cuando había escuchado el tren de aterrizaje bajar y se aproximaban a pista.

—Por favor, siéntate —comentó con paciencia.

—¿Sentarme? —preguntó ella sorprendida—. No, no puedo sentarme.

—Valeria… por favor… —insistió él.

—No hace falta —respondió abriendo los brazos hacia él, el cual pestañeó varias veces—. Puedo sujetarme al asiento y…

Daniel se puso en pie y la sentó.

—Que te sientes —ordenó.

Ella lo miró ceñuda.

—No puedo estarme quieta —comentó ella moviendo las piernas de arriba abajo.

Él enarcó una ceja.

—Inténtalo.

—¿Tú te sientes siempre así? —preguntó rápidamente.

—Por Dios… —comentó Jake que se había despertado hacía escasos

minutos—, ¿qué café has tomado?

Daniel chasqueó la lengua.

—No. Yo me siento normal —respondió Daniel, pero al ver que ella intentaba ponerse de nuevo en pie se echó hacia delante y colocó su mano en su hombro—. Por favor… —suplicó—, solo serán unos minutos, y luego podrás correr todo lo que quieras por la pista de aterrizaje.

Dicho y hecho, nada más aterrizar, Valeria había saltado del jet y corrido a gran velocidad hacia el hangar ante la mirada sorprendida de todos.

Valeria se detuvo y los instó con la mano a que se acercasen con rapidez.

—Ya vamos, ya vamos —comentó Daniel con paciencia mientras descendía el último escalón del jet.

Miguel se situó a su lado y lo miró de reojo con una extraña sonrisa en sus labios.

—Tu novia es muy divertida…

Daniel resopló.

—Cállate —lo amenazó antes de caminar más rápido hacia el hangar donde ella los esperaba sin dejar de moverse.

Sí, sin lugar a duda había calculado mal el tiempo de transfusión.

—¿Valeria? —preguntó un hombre bajando de una furgoneta azul aparcada en el interior del angar.

Ella se giró con una gran sonrisa.

—¡Zareh! —gritó ella con gran efusividad. Corrió hacia él y se lanzó a sus brazos.

Zareh la acogió con cariño, aunque la cogió por los hombros y la miró asombrado.

—¿Estás bien?

—¡Estoy genial! —respondió saltando de una pierna a la otra.

Zareh la miró confundido. Se pasó la mano por su cabello negro y pestañeó varias veces.

—Te veo muy en forma —pronunció aún confundido.

Desvió la mirada hacia el resto que caminaba en su dirección.

—Kemal —comentó él dando unos pasos para darse otro abrazo con él.

Zareh se abrazó con todos hasta que llegó a Aitor.

—Soy Aitor —comentó estrechándole la mano.

—Zareh, encantado de que estéis aquí —respondió.

Tras las oportunas presentaciones y después de cargar todas las maletas y cajas con las armas, subieron a la furgoneta con Zareh como conductor.

—¿Cuánto dura el trayecto? —preguntó Marcos sentándose en la parte trasera de la furgoneta.

—Cerca de una hora —respondió este embragando. Puso la primera marcha y comenzó a conducir.

Daniel se había sentado al lado de Valeria que miraba por la ventanilla sin dejar de mover las piernas hacia arriba y hacia abajo rápidamente. Situó su mano sobre ella instándole a que parase, pero no sirvió de nada.

—¿Adónde nos dirigimos? —preguntó Aitor sacando su móvil de la mochila que llevaba encima—. Aún no nos han informado.

Zareh miró por el retrovisor en dirección a Valeria.

—Nos dirigimos al palacio de Ishak Pachá, ¿os suena? —preguntó Valeria colocándose de rodillas. Todos negaron—. Es un palacio parcialmente en ruinas. Pertenece al período otomano, construido en 1685 por el bey de la provincia de Beyazit, Colak Abdi Pachá. En el imperio turco, un bey era el gobernador de una ciudad, distrito o región. —Se movió haciendo que Daniel tuviese que acercarse un poco más a Lucas, sentado a su lado. Valeria tenía unos movimientos acelerados—. Por fuera solo quedan sus ruinas, pero tiene varias plantas subterráneas.

—¿Guardáis allí el grimorio del rey Salomón? —preguntó Daniel.

—Así es —respondió ella.

Zareh intervino en la conversación mientras tomaba la carretera que los conduciría hasta el palacio. El paisaje era sobrecogedor. Ante ellos había unas largas llanuras con colinas que, en aquella época, mezclaba los colores de la tierra con el color de los arbustos.

Aitor pulsó el botón de llamada y se llevó el teléfono al oído. No tardaron en responder al otro lado de la línea.

—Hola, Aitor.

—Hola, Anael, ¿qué tal? —preguntó mirando el paisaje por la ventana—. Ya hemos llegado. Hemos aterrizado hace escasos minutos en el aeropuerto. Ahora nos dirigimos hacia allí. Tenemos aproximadamente una hora de trayecto —explicó—. ¿Cómo va todo?

—La verdad es que muy tranquilo —respondió ella.

Aitor asintió mientras se pasaba la mano por el cabello, despeinándose.

—¿No ha habido ningún ataque de vampiros?

—¿Vampiros? —preguntó Anael sorprendida.

—Sí —respondió Aitor mirando a sus compañeros—. Ayer atacaron la mezquita Azul. Por lo visto nos siguen la pista de cerca.

Escuchó cómo Anael caminaba.

—Pues eso puede ser un grave problema —contestó ella—, pero podéis estar tranquilos, de momento no ha aparecido ningún vampiro por aquí.

—Está bien, nos vemos en breve —respondió finalmente Aitor.

—Hasta ahora —se despidió ella antes de colgar.

Anael miró al centro de la sala donde se encontraba, una sala situada en el segundo subterráneo de aquel palacio, totalmente austera, sin nada más que un altar en el centro de esta. Sobre este se encontraba el auténtico grimorio del rey Salomón cubierto por una cúpula de cristal con incrustaciones en plata y bronce, evitando de aquella forma que los seres sobrenaturales pudiesen tocarlo.

Era una buena forma de protegerlo, pero no suficiente.

No se había movido de aquella sala desde que había llegado, haciendo guardia y protegiendo aquel bien tan preciado que podía ser la salvación de la humanidad o su hundimiento.

En cuanto llegasen harían los hechizos oportunos para proteger el grimorio y lo llevarían a Lugo. La casa de ellos era un lugar más seguro que este. La vivienda de la división estaba diseñada para que los seres sobrenaturales no pudiesen entrar. Las ventanas y puertas tenían una fina capa de plata y de bronce y, además, en el subterráneo ella misma había diseñado una habitación que servía para conjurar demonios. Con unos cuantos amuletos y sellos de protección más sabía que el grimorio pasaría totalmente desapercibido allí.

Rodeó de nuevo el altar fijándose en el grimorio cerrado, en su encuadernación en cuero desgastado, en cómo sus páginas formadas por papiros estaban amarilleadas. Demasiado bien conservado se encontraba para los años que tenía.

Le hubiese gustado ojearlo, pero por su condición celestial no podía tocarlo, por eso mismo necesitaba que la división fuese la que trasladase el grimorio.

Fue hacia una esquina y se sentó de nuevo depositando el móvil a su lado. En cuanto llegasen se pondrían manos a la obra, no tenían más tiempo que perder.

19

Las llanuras se perdían en el horizonte dibujando campos de diferentes colores. A lo lejos se observaba el monte Ararat, el lugar donde presuntamente encalló el arca de Noé. Desde la lejanía podían verse diversos puntos de color que llegaban hasta la cima nevada. Aquellos puntos de color eran tiendas de campaña de montañistas que se decidían a llegar a la cumbre o bien de historiadores que deseaban encontrar algún vestigio antiguo del arca de Noé.

Por lo que Kemal les explicaba, cada poco tiempo un grupo de buscadores de tesoros iba a aquel monte buscando pistas del arca de Noé.

Poco tiempo después habían divisado una colina y, sobre esta, se veían las antiguas ruinas del palacio Ishak Pachá.

Eran realmente enormes, ya que ocupaban prácticamente toda la cima del monte Ararat, además, estaban mejor conservadas de lo que habían imaginado.

Algunas de las cumbres cercanas estaban nevadas, por lo que soplaba un viento helado.

Aparcaron el vehículo en una explanada ante el palacio y todos bajaron de este.

El palacio se alzaba en la ladera de una colina cerca de la frontera de Irán, una zona muy conflictiva en un pasado.

Valeria, nada más bajar de la furgoneta, se dirigió a la parte trasera para coger las maletas.

—Menuda energía tiene, ¿no? —comentó Zareh que permanecía asombrado desde que la había recibido en el aeropuerto.

Todos miraron a Daniel y este se encogió de hombros.

—Culpa mía, vale, de acuerdo —comentó pasando entre ellos para dirigirse al lado de Valeria y coger también unas cuantas cajas. Se situó a su lado mientras ella sacaba el resto de maletas situándolas en

el suelo, sin darle tiempo a la división a que lo hiciesen ellos. Carraspeó—. Intenta calmarte un poco, anda —pronunció con paciencia.

Ella lo miró y sonrió.

—Es que no puedo…

—Por eso te digo que lo intentes —repitió él.

—Y yo te digo que no puedo… —extendió los brazos hacia los lados—. De verdad, nunca me había sentido tan viva y con tanta energía. —Se acercó a él y le dio con el codo en las costillas en un gesto gracioso—. Tenemos que repetirlo más veces —sugirió sonriente.

Dicho esto, cogió dos maletas con cada mano y comenzó a avanzar en dirección a la entrada del palacio.

Daniel resopló al escuchar sus palabras mientras cogía dos de las cajas donde portaban las armas. Miguel se situó a su lado.

—Me parece que tienes una fan —bromeó este. Daniel enarcó una ceja en su dirección—. Entonces, ¿es tu novia?

—No es mi novia —susurró Daniel molesto por la pregunta.

—¿Un rollete? —insistió Miguel—. Parecíais muy acaramelados esta noche —se encogió de hombros.

—La madre que te parió, Miguel —le respondió Daniel avanzando con las cajas y dejando atrás a la división. Sí, Miguel ya le había advertido que le haría tragar sus palabras y desde luego que lo estaba haciendo. Lo mejor sería ignorar los comentarios de sus compañeros, en especial los de Miguel que parecía decidido a ser un verdadero incordio.

Siguió a Valeria hasta el pórtico, llamado la puerta monumental, en la parte oriental del palacio. El pórtico estaba decorado con relieves impresionantes tallados en la piedra. Desde ahí se accedía a un asombroso patio con arcos.

—Valeria, espera —comentó Daniel girándose para que el resto de compañeros se acercase.

Pudo ver de reojo a Valeria resoplar y golpear el suelo con el pie repetidas veces, manifestando así su impaciencia.

Cuando llegaron hasta él, Zareh les estaba haciendo una visita guiada de la zona.

—En el patio hay una mezquita realmente maravillosa —señaló hacia un lado—, aunque el lugar más destacado del patio es la tumba de los dueños del palacio. —Se dirigieron hacia una puerta situada al lado de esta. Daniel se unió a ellos—. Esta es la sala de recepción del palacio —explicó entrando al interior—. Es de origen otomano —dijo girándose hacia ellos. Toda la división asintió, aunque no parecían muy entusiasmados con aquella visita guiada. Zareh siguió caminando hacia delante—. Ah —dijo como si lo recordase y se giró de nuevo hacia el patio—, al este del patio se encuentra la habitación del

harem. —Todos enarcaron una ceja ante aquella explicación—. Seguidme —ordenó de nuevo cuando comenzó a caminar—. Ahora el palacio está totalmente acondicionado, por lo menos las plantas inferiores que no son objeto de visitas guiadas. Son propiedad de la Aurora Dorada —explicó—. Antes el palacio se calentaba por agua y vapor, tenía un llamativo sistema de canalización. De hecho, siempre se presume de que este palacio tuvo un sistema de canalización antes que el palacio del Louvre. Los otomanos tenían una civilización más adelantada que los occidentales —dijo sonriente.

—¿Eres de aquí? —preguntó Aitor.

—No, de Armenia, concretamente de Ereván, la capital —explicó y siguió caminando por un largo pasillo con puertas a cada lado—. El palacio consta de 336 habitaciones, todas equipadas con lujos insólitos para la época como calefacción central, agua corriente e incluso un sistema de alcantarillado. Y dos cosas muy importantes… —Daniel se giró para observar al resto de sus compañeros y enarcó una ceja, pues a Zareh parecían haberle dado cuerda—. El palacio es considerado un palacio fortaleza. Antes se pasaba por un puente colgante que encontraron en una roca frente al palacio. El puente colgante tenía una altura de 300 metros y… en el año 2000 entró en la Lista temporal del Patrimonio Mundial de la UNESCO. —Se giró, introdujo una llave en la cerradura de una puerta al final del pasillo y la abrió —. Y, ahora, la parte oculta —informó comenzando a descender unos escalones—. Esta zona ya no puede ser visitada por turistas —dijo mientras descendían unas escaleras que giraban a modo de escalera de caracol—. Estos subterráneos servían para guardar alimentos, animales y las armas del ejército. Estaban bastante destruidos dada su antigüedad, pero los reformaron hace unos cinco años. —Llegaron a un descansillo y Zareh sacó otra llave para abrir la siguiente puerta. En ese momento escucharon voces al otro lado de la puerta. Debían de ser los miembros de la Aurora Dorada que se encontraban allí para proteger el grimorio. Zareh llamó a la puerta cuatro veces: dos veces muy seguidas, luego un silencio y luego otras dos seguidas, como si se tratase de una clave. Metió la llave en la cerradura y abrió encontrándose otra puerta al otro lado. Segundos más tarde esa puerta también se abrió. La primera que pasó fue Valeria que iba en todo momento tras Zareh.

Tal y como habían intuido, había gente al otro lado, más de diez personas se encontraban en aquella enorme sala donde solo había una mesa. Sobre esta había varias armas y símbolos de protección.

Las paredes eran de piedras de color marrón perfectamente encajadas unas con otras. Aquella estancia se iluminaba con luz artificial, con unos grandes focos de luz cálida.

—Aquí es donde nos reunimos para preparar las misiones —indicó

Zareh y extendió su mano hacia otro hombre con el cabello muy rubio y los ojos marrón verdoso—. Él es Edgar, se encarga de esta base. Ellos son los cazadores que os comentamos.

—Encantado —respondió Edgar tomando la mano de Aitor—. Os presentaré al resto de mi equipo.

Tras las oportunas presentaciones, Zareh junto a Edgar y la división se dirigieron por otro pasillo.

—¿Es la primera vez que estáis aquí? ¿Habíais venido como turistas? —preguntó Edgar conduciéndolos por un pasillo donde había decenas de habitaciones.

—Nunca habíamos estado —respondió Aitor en nombre de todos.

—Es una zona muy bonita —contestó Edgar mientras bajaban los escalones a un subterráneo más bajo—. Anael es amiga vuestra, ¿verdad?

—Es más que una amiga —respondió Aitor—, ya forma parte de nuestra división —acabó bromeando.

Caminaron por un pasillo más oscuro, iluminado solo por las luces que venían de un descansillo al inicio de este.

—Desde que llegó se ha mantenido al lado del grimorio en todo momento —continuó explicando Edgar.

—Se toma muy en serio su trabajo —contestó Víctor detrás de Aitor.

Llegaron ante otra puerta y, esta vez, no la abrieron con llave, simplemente tiraron de ella.

La sala era redondeada, un altar en el centro era lo único que destacaba de ella.

Daniel entró junto a Valeria al interior y su mirada voló directamente hacia ese altar que soportaba el grimorio bajo una cúpula de cristal.

—¡Al fin! —escucharon una voz femenina. Todos se giraron para recibir con una gran sonrisa a Anael—. Me alegro mucho de que hayáis llegado ya.

—¿Estabas aburrida? —bromeó Miguel acercándose a ella para darle un abrazo.

—Un poco —admitió Anael fundiéndose en un abrazo con él—. Es mucho más divertido estar con vosotros, además, aquí no hay mucha cobertura que digamos —acabó.

Daniel se acercó también a ella y le dio un abrazo. Anael se había convertido en alguien esencial de la división. Los había entrenado durante semanas y había permanecido a su lado ayudándolos en todo momento.

—Me alegro mucho de verte —comentó Daniel estrechándola también entre sus brazos.

Anael le sonrió y fue saludando a cada uno de ellos.

El último al que abrazó fue a Víctor y luego se giró hacia Valeria.

Fue hacia ella y la abrazó. Valeria la abrazó de nuevo también. Anael fue hacia su oído y susurró.

—Él está en la luz, junto a tu hermano. Los dos juntos.

Valeria la miró asombrada y sonrió con ternura. Agradecía sus palabras, ahora sabía que Yosef y Héctor estaban juntos, haciéndose compañía. Había pensado en preguntarle cuando la viese, pero ya no era necesario. Era lo único que deseaba saber, que ambos estaban bien y en buena compañía.

Anael se soltó suavemente de ella y miró al resto.

—Hay que preparar los conjuros para llevar el grimorio a Lugo —indicó ella.

Zareh dio un paso hacia delante.

—¿Estás segura de que estará más protegido allí?

Ella asintió.

—Pese a que aquí hay mucha gente hay muchos déficits de protección. Antes, cuando Astaroth no había sido liberado, hubiese sido un buen lugar, pero ahora… —dejó la frase sin acabar. Señaló a la división—. Su domicilio está mucho más protegido contra seres sobrenaturales, además, tenemos una habitación donde hemos conjurado demonios y que dispone de muchos símbolos de protección. Añadiré alguno más. —Asintió hacia todos—. Hoy por hoy, su domicilio es el lugar más seguro para mantener a salvo el grimorio del rey Salomón. Es más, están ellos. —Situó una mano sobre el hombro de Aitor y miró a Zareh—. Los he entrenado yo misma.

—Y Yosef —intervino Valeria dándole la razón—. Anael tiene razón en todo lo que dice. Me he enfrentado a Farid, a Thelema y a los vampiros que los ayudan. Nosotros no tenemos nada que hacer contra ellos. La división debe encargarse de la protección del grimorio. Lo harán bien. —Miró a Zareh—. Es lo que me ordenó Yosef antes de morir.

Aitor agradeció aquellas palabras por parte de Valeria.

—Está bien —contestó Zareh y miró a Aitor.

—¿Qué necesitáis?

Aitor miró de reojo a Anael.

—Lo primero es hacer un conjuro de invisibilidad para el grimorio —intervino Anael—. Dentro de esta cúpula está más o menos protegido, pero si tenemos que trasladarlo hasta Lugo no podemos llevarnos el altar y la cúpula, además, necesita algo más fuerte. En cuanto lo saquemos de debajo de la cúpula y salga de esta fortaleza, Astaroth puede notar su poder y no dudará en enviar a Farid y a los vampiros para conseguirlo —explicó—. Necesitamos hacer un conjuro de invisibilidad que dure hasta nuestra llegada a Lugo. Allí ya me encargaré yo de protegerlo mediante símbolos que obren el mismo resultado que el conjuro de invisibilidad.

—De acuerdo —respondió Zareh.

—Necesito lo siguiente —indicó y miró a Miguel y a Daniel.

—¿Vas a hacernos otra lista de la compra? —bromeó Daniel.

Ella le sonrió divertida.

—Eso parece —comentó graciosa—. Necesito una hoja de helecho, semilla de amapola, polvo de olmo resbaladizo, mirra, mejorana seca, eneldo fresco a ser posible, un mortero, gotas de esencia de almendra y... ¿tenéis horno?

—Tenemos de todo —dijo Edgar. Se giró hacia Zareh y le indicó con un movimiento que fuese a buscarlo todo. Zareh se dirigió a una habitación que había al lado. Volvió a centrarse en Anael—. Podemos ayudarte con el conjuro de invisibilidad.

—Eso sería estupendo —contestó Anael agradecida—. Cuantos más seamos más fuerza tendrá el conjuro. —Edgar asintió—. Necesito unas horas para prepararlo…

—Te ayudaremos —insistió Edgar.

—De acuerdo. Este conjuro es mejor realizarlo por la noche, además… —dijo mirando alrededor suyo—, teniendo en cuenta que hay vampiros buscando el grimorio iría bien que protegiésemos el edificio de estos depredadores antes de que caiga la noche.

Aitor miró intrigado a Anael.

—¿Hay que pasar la noche aquí?

Ella asintió.

—Sería lo más sensato —explicó calmadamente—. Podemos hacer el conjuro a media noche, a las tres que es cuando conseguiría más poder, y salir sobre las nueve de la mañana cuando hay plena luz del día. Es mejor no aventurarse en la oscuridad cuando hay vampiros buscando el grimorio, incluso aunque haya un conjuro de invisibilidad. Este conjuro permitirá que el poder del grimorio no sea detectado, pero no lo hace invisible como tal, así que si recibimos un ataque durante la noche pueden verlo e intentar hacerse con él.

—Entendido —indicó Aitor.

Zareh entró por la puerta con unos cuantos recipientes y los depositó en el suelo.

—Solo queda por traer la semilla de amapola, la mejorana y el cuenco que están arriba. Me han dicho que ahora lo bajarán todo.

Anael miró la hora. El reloj marcaba casi la una de la tarde. Miró a la división.

—Prepararé los ingredientes para el conjuro y lo dejaré todo listo. Cuando acabe necesitaré vuestra ayuda —dijo hacia la división—. Quiero proteger el palacio durante la noche hasta que salgamos mañana a primera hora.

—Claro, ¿qué necesitas? —preguntó Miguel directamente.

Anael chasqueó la lengua y miró a Edgar un poco cohibida.

—¿Tenéis pinturas?

—¿Pinturas? —preguntó Edgar.

—Sí, me interesaría pintar unos sellos de protección en… en las paredes —acabó diciendo—. Podemos comprar pintura plástica, luego se va bien frotando. Sé que es un edificio considerado monumento histórico, pero…

Edgar asintió directamente.

—Lo que sea por proteger el grimorio.

—Será solo en los subterráneos —aclaró ella.

—Lo que haga falta —insistió Edgar—. ¿Qué pinturas necesitas? Ordenaré que vayan al poblado más cercano a comprarlas.

—¿Tienes para apuntar?

Aitor se adelantó.

—Lo apunto yo en el móvil, dime.

—Amarillo brillante, rojo, negro, azul, blanco, verde oscuro y seis brochas, por favor —indicó ella—. Dibujaré el círculo mágico del rey Salomón alrededor del altar para su protección. —Miró a Edgar—. ¿No tendréis por casualidad agua bendita?

Edgar negó.

—No, pero me encargaré de que la consigan.

Anael miró de nuevo a Aitor.

—¿Habéis traído linternas de luz solar?

—Sí.

—Coged todas las que tengáis —indicó Anael. Luego miró las puertas—. Haré algunos escudos de protección también en las puertas de todo el subterráneo.

—De acuerdo —respondió Edgar—. Pues voy a ordenar que te consigan todo lo que nos has pedido. En cuanto lo tenga te lo traigo. Gracias, Anael —acabó agradecido antes de girarse y salir por la puerta seguido de Zareh.

Anael se agachó en silencio y comenzó a verter un poco de cada especia que había pedido en el mortero.

Los miembros de la división se miraron entre ellos.

—¿Te ayudamos en algo? —preguntó Daniel.

—No —respondió Anael sonriente—. Id y descansad un rato.

—¿Tú no descansas?

Anael enarcó una ceja en dirección a Daniel.

—Daniel, soy un ángel, ¿recuerdas? No necesito descansar —contestó risueña.

Él chasqueó la lengua.

—Ya —respondió sin saber qué más decir y miró hacia su jefe, encogiéndose de hombros.

—Bueno, supongo que no nos iría mal una cabezadita a todos para coger fuerzas.

Daniel asintió, aunque enarcó una ceja al ver que Valeria no dejaba de dar pequeños saltitos de un pie a otro. Bueno, estaba claro que Valeria no necesitaba unas horas de sueño, más bien todo lo contrario.

—Valeria —la llamó Aitor—, ¿algún sitio donde podamos descansar?

—Claro, venid… os lo enseño —dijo acelerada dirigiéndose a la puerta para que la siguiesen.

No habían podido descansar ni media hora. Anael los había despertado en cuanto había metido en el horno la mezcla de plantas que había realizado con el mortero. Por lo visto, debían estar en el horno una hora, tiempo que podían aprovechar para reforzar el palacio con símbolos que evitasen el ataque de vampiros o demonios.

Valeria miró en dirección a la puerta del comedor por la que se accedía a la escalera que los conducía a la planta superior. Daniel junto a Víctor estaban recreando el sello de protección que Anael les había dibujado en un papel.

—Entonces… —pronunció Liú frente a ella—, ¿te había pasado antes?

Ella negó. Había esperado poder tener un momento a solas con Liú, su entrenador personal en lucha, para explicarle la experiencia que había vivido con Farid y cómo la magia la había dominado casi sin poder controlar el poder.

—Nunca —respondió ella en un susurro mirando de reojo al resto de miembros de la división y de la Aurora Dorada que iban de un lado a otro—. Siempre se me han dado bien las artes místicas, pero jamás había experimentado algo así. —Se acercó más, todavía incrédula—. Te aseguro que le pateé el culo a Farid —comentó sin comprender cómo había obrado aquella magia.

Liú la miró seriamente, pensativo, y ladeó su cuello.

—Creo que llevabas demasiado dolor dentro y eso te hizo explotar. —Liú la miró de la cabeza a los pies—. Sin duda tienes más potencial del que creías. —Ella hizo un gesto como si no estuviese segura de lo que decía su amigo. Liú cogió su mano y la apretó—. ¿Qué sentiste en ese momento?

Ella se quedó pensativa.

—Mucha rabia acumulada, frustración…

—Quizá deberías aprender a canalizar todos esos sentimientos —la interrumpió—. Si lograste plantarle cara al hechicero supremo de Thelema tú sola deberías aprender a manejar todo ese poder que llevas dentro. —La miró intrigado y se levantó decidido—. Hagamos una prueba.

Valeria lo miró intrigada.

—¿Una prueba?

Liú fue hacia un armario y cogió un vaso, lo depositó sobre la mesa de madera y la miró con una sonrisa de soslayo.

—Intenta moverlo.

Valeria inspiró con fuerza, decidida, y se puso en pie.

—De acuerdo —comentó mientras se distanciaba un poco de la mesa.

Daniel y Víctor miraron de reojo en aquella dirección. Aunque Liú y Valeria hablaban bastante flojo habían escuchado toda la conversación.

—¿Eso es verdad? —le susurró Víctor a Daniel.

Daniel cogió la brocha impregnándola de pintura amarilla y miró a su compañero. Asintió y miró de reojo hacia Valeria.

—Ya te contaré en otro momento —le susurró.

Cuando vio que se ponía de pie y elevaba su mano hacia el vaso dejó de pintar en la puerta y se quedó observándola.

Valeria miró fijamente el vaso. Liú se situó a su lado.

—¿Pronunciaste algún conjuro contra Farid?

—No —respondió ella sin desviar la mirada.

—Haz lo mismo —le susurró a su lado—. Rememora todos los recuerdos que pasaron por tu mente en ese momento, siente esa fuerza crecer en tu interior…

Valeria inspiró concentrándose en el vaso. Recordó el sonido del disparo que acabó con la vida de su hermano, cuando había cogido su mano para despedirse de él, cómo había huido del hotel para que no acabasen también con su vida, cuando el día anterior se había enfrentado a Farid…

Miró el vaso e intentó moverlo. Esperó unos segundos, pero nada.

Chasqueó la lengua y se giró hacia Liú.

—No puedo… —comentó molesta.

—No digas eso. Sí que puedes, ya lo hiciste una vez… —continuó él —, es solo que debes hallar la tecla que presionaste la última vez.

Ella resopló y volvió a mirar el vaso con intensidad.

Recordó el beso que Daniel le había dado, cómo la había protegido en todo momento y cómo al escuchar las palabras *“matadlos a los dos”* pronunciadas por Farid algo se había activado dentro de ella. No podía permitirse perder a otra persona a la que amaba, no podía.

En ese momento, Liú pudo ver cómo el vaso comenzaba a temblar sobre la mesa, pero se interrumpió su movimiento cuando Anael entró en la sala.

—¿Habéis acabado ya? —preguntó hacia Daniel y Víctor.

Ambos dieron un respingo al escuchar la voz de Anael, pues estaban tan concentrados mirando los intentos de Valeria para mover el vaso que la voz de Anael les cogió por sorpresa.

Daniel fue el primero en reaccionar.

—Sí, ya casi está —dijo girándose y acabando de realizar su cometido con la pintura amarilla. Acabó y depositó la brocha gorda en el cubo de pintura—. Listo.

Anael se acercó y miró el sello.

—Ha quedado muy bien —los felicitó.

Daniel miró de reojo en dirección a Valeria, pues el hecho de que Anael hubiese entrado en el salón con tanto ímpetu los había desconcentrado a todos. Tanto ella como Liú se habían girado en su dirección.

—¿Dónde dejamos todo esto? —preguntó Víctor cogiendo dos de los botes de pintura.

—El resto se lo han entregado a Zareh. Él se encarga de guardarlos en un almacén. —Anael los miró con una sonrisa y contempló su reloj —. Tenéis un poco más de dos horas antes de que se ponga el sol —informó—. Descansad un poco porque en cuanto el sol se ponga tenemos que estar preparados para cualquier cosa —les previno Anael.

—Claro, jefa —respondió Víctor con gesto gracioso.

Anael enarcó una ceja en su dirección y luego rio.

—Espero que Aitor no te escuche decir eso —bromeó ella. Miró de nuevo su reloj—. Nos vemos a las siete aquí —indicó antes de darse la vuelta y dirigirse al pasillo para buscar al resto de la división e informarles.

Víctor cogió otro bote de pintura y ordenó a Daniel con un movimiento de cabeza que cogiese los otros.

—Vamos a darle todo esto a Zareh y descansemos un rato.

Daniel cogió un par de botes y asintió. Se dirigieron a la puerta, aunque antes de salir por ella se giró para observar a Valeria. Ambos se miraron durante unos segundos antes de que él abandonase la estancia.

20

Valeria paseó de un lado a otro del pasillo. Podía estar poco tiempo quieta, la transfusión de sangre que Daniel le había realizado le había otorgado mucha energía y no sabía cómo deshacerse de ella.

Había estado junto a Liú durante un cuarto de hora más, pero posteriormente Liú había ido a reunirse con el resto de los miembros de la Aurora Dorada. Ahora, ella paseaba por los pasillos del complejo de un lado a otro, intentando quemar toda la adrenalina que sentía.

Giró por el pasillo justo cuando se dio de bruces con el pecho de Daniel.

—Ayyy —se quejó ella.

Daniel dio un paso atrás de inmediato, aunque intentó cogerla del brazo para que ella no cayese. Valeria aguantó el equilibrio apoyando su mano en la pared.

Lo miró divertida.

—Estás durito —bromeó ella.

Él sonrió gracioso.

—Hago mucho deporte. —La miró de arriba abajo—. ¿Te molesta el costado?

—Nada, dejó de dolerme poco después de la transfusión… —comentó ella divertida, aunque seguía moviéndose demasiado—, lo que tengo es un exceso de energía.

—Normal, en un par de días ya estarás bien.

—No quiero estar bien, esta sensación me encanta…

Él enarcó una ceja y la miró gracioso. Se cruzó de brazos y se apoyó en la pared.

—Me alegro de que estés tan feliz —reconoció. Ella asintió. Daniel miró sus labios, aunque rectificó rápidamente y reaccionó—. Voy a descansar un poco, tú deberías hacer lo mismo.

—Imposible —reaccionó ella.

El tono que empleó ella le hizo gracia.

—Inténtalo —miró su reloj—, no has dormido nada esta noche y en breve tendremos que ponernos en alerta, en cuanto oscurezca.

Ella asintió.

—¿Os han asignado habitaciones? —preguntó ella.

—No —se encogió de hombros—, nos han dicho que podemos aprovechar las de este pasillo, las que queramos. —Ella asintió—. ¿Qué vas a hacer tú?

Valeria se encogió de hombros.

—Creo que saldré a pasear y… a correr —acabó bromeando.

Daniel sonrió y se quedó observándola. ¿Cómo podía atraerle tanto? Lo que más necesitaba en ese momento era besarla, pero ella no parecía estar por la labor, estaba demasiado espitosa.

Acabó sonriendo y asintió.

—Nos vemos luego —comentó él pensativo.

Ella se quedó observándolo y asintió lentamente. Durante unos segundos sintió cómo su corazón se desbocaba. Aquella mirada era tan intensa que podría derretir el hielo del Polo Norte.

Tragó saliva y asintió.

Daniel iba a hablar, pero ella se adelantó.

—Descansa —comentó con una sonrisa tensa. Se giró y comenzó a caminar por el pasillo rumbo a la zona del comedor desde donde podría acceder a las escaleras que la llevarían a la planta alta.

Escuchó cómo la puerta de la habitación de Daniel se cerraba y se detuvo al final del pasillo. ¿Por qué se sentía así? Aquella última mirada la había dejado conmocionada.

Se detuvo e intentó regular su respiración. Se sentía totalmente acelerada. Su mente evocó el beso que habían compartido la noche anterior. Sus labios carnosos, suaves y calientes acariciando los suyos, la forma en la que la había apretado contra su cuerpo… Sintió cómo su respiración se aceleraba.

Apretó los labios y se giró hacia atrás mirando el pasillo. La puerta de Daniel estaba cerrada, sin embargo, sentía que debía ir junto a él. Una necesidad se había apoderado de su cuerpo y no era solo por la energía que recorría todo su ser, había algo más.

¿Por qué no? Estaba segura de que Daniel la recibiría con los brazos abiertos, pues aquella última mirada había sido el inicio de lo que ahora sentía, la que había creado aquella necesidad y le había hecho ser consciente de ella.

—A la mierda —susurró Valeria.

Avanzó directamente hacia la puerta de Daniel y se situó frente a ella. ¿Y si le decía que no? ¿Cómo le iba a decir que no? No era tonta y había visto aquella misma necesidad en su mirada.

Elevó la mano para llamar a la puerta justo cuando esta se abrió.

Daniel se sorprendió al verla allí, pero luego sonrió aliviado. Sus miradas se encontraron y no hizo falta que dijese nada para comprender por qué ella se encontraba allí.

—Estaba a punto de salir corriendo detrás de ti —admitió Daniel.

Directamente la cogió por la cintura, acercándola a él, y la besó con pasión, haciéndola entrar en la habitación, cerrando la puerta con un golpe de su pie.

Valeria se abrazó con fuerza a él mientras se devoraban dando rienda suelta a la pasión que habían refrenado aquellos últimos días.

Sí, estaba en lo cierto, él sentía aquella necesidad tanto como ella.

Daniel la llevó hasta la pared y la apoyó contra esta con un movimiento bastante enérgico que denotaba lo que ambos deseaban con urgencia.

Valeria bajó los brazos de sus hombros y llevó las manos hasta su camiseta para quitársela. En otra ocasión sería más precavida, pero la adrenalina que sentía recorrer su cuerpo le hacía actuar de una forma que no imaginaba que pudiese hacer.

Se levantó la camiseta y la arrojó al suelo quedándose solo con el sujetador puesto. Daniel no tuvo tiempo ni a echar un ojo, parecía que ella tenía prisa. Llevó sus manos hasta la camiseta de él y comenzó a levantársela, Daniel la ayudó a quitársela y la arrojó al suelo.

Se abrazaron de nuevo, esta vez sintiendo piel con piel, algo que hizo que todo el vello de su cuerpo se erizase.

Daniel estaba caliente en comparación con ella. Aquella sensación la embriagó. Necesitaba más.

Puede que fuese la necesidad, los nervios de las últimas horas o incluso la transfusión que le había hecho Daniel, pero se sentía desatada.

Daniel abandonó sus labios para comenzar a descender por su cuello, acariciándolo con la punta de la lengua. No lo soportó más y Valeria se desabrochó los pantalones. Se los bajó y dejó que cayesen por su propio cuerpo. Llevó sus manos a los pantalones de él y desabrochó la cremallera de los tejanos.

Daniel la miró sorprendido, no esperaba que Valeria fuese tan directa, pero ya le gustaba. Dejó que desabrochase sus pantalones y los desplazó a un lado.

En ese momento recordó la puerta. En principio eran habitaciones individuales, pero no se fiaba de que algún compañero irrumpiese en la habitación.

Se giró y directamente echó el pestillo.

—Mejor así —comentó él alzando sus dos cejas.

Ella sonrió y directamente, de un salto, se subió a sus caderas sin él esperarlo.

—Madre mía… —susurró él cogiéndola al vuelo. La miró a los ojos

—, voy a tener que transferirte más sangre.

La besó sin perder más tiempo.

—Vamos a la cama —susurró ella contra sus labios.

Dicho y hecho, Daniel la llevó en volandas hasta la cama y ambos se arrojaron sobre el colchón. Daniel cayó sobre ella y capturó sus labios mientras acariciaba con su mano la pierna de Valeria. Su piel era increíblemente suave al tacto.

Daniel apartó los labios de los de ella y comenzó a descender por su cuello hasta su clavícula, dejando un reguero de besos a su paso mientras Valeria sentía todo su cuerpo tensarse por la sensación.

La necesidad se había vuelto imperiosa, casi descontrolada. Daniel parecía tomarse aquello con más calma, saboreando el momento, pero ella no, ella necesitaba quemar toda la energía que acumulaba dentro.

Daniel bajó lentamente hasta su pecho y pasó la lengua sobre su pezón, provocando que este se endureciese. La sensación acabó con el control que intentaba mantener Valeria.

Situó las manos en su pecho y lo empujó hacia arriba apartándolo de ella.

Daniel la miró extrañado por su comportamiento, pero comprendió lo que Valeria tenía en mente al momento.

Valeria se incorporó y lo hizo girar situándose a horcajadas sobre él.

Daniel rio divertido ante aquel movimiento. Ya le gustaba, ya… aunque le había cogido un poco desprevenido que se mostrase tan arrolladora.

—Vamos muy rápido —le susurró él—, ¿no prefieres ir más despacio y disfrutar de…?

Valeria situó las manos en el pecho de él y se inclinó para besarlo, acallándolo. Daniel apartó su cabello para acceder mejor a sus labios, ya que este caía sobre su rostro y se lo situó con una caricia a un lado. Recorrió el cuerpo de ella con sus manos hasta llegar a sus caderas.

—No —sentenció ella.

Valeria se incorporó y permitió que entrase en ella en un movimiento bastante suave, pues Daniel intentaba aplacar sin mucho éxito la fogosidad de ella. Sabía a qué se debía, por eso mismo intentaba que fuesen más despacio, si bien aquella situación lo excitaba sobremanera.

Inspiró con fuerza al sentir la suavidad de Valeria y cómo se detenía durante unos segundos disfrutando ambos de aquella unión.

Comenzó a moverse sobre él lentamente, aunque no tardó en comenzar a acelerar sus movimientos. Sí, eso era lo que necesitaba. No solo quemar adrenalina, sino sentir a Daniel.

Daniel situó sus manos en sus caderas y la ayudó en los rápidos movimientos mientras el placer los invadía a ambos. Jamás, en todos

sus años como cazador, había tenido una experiencia tan excitante como aquella.

Valeria gimió levemente por el placer que le producía aquel contacto, sobre todo cuando Daniel comenzó a acariciar su barriga y subió hacia sus pechos. La sensación la enloquecía, jamás se había sentido así ni había sentido un placer tan extremo.

Tuvo que controlar sus gemidos, pues sabía que aunque los muros que separaban las habitaciones eran gruesos, si había algún compañero tanto de Daniel como de ella en la habitación contigua podría escucharlos.

La sensación era tan placentera que Daniel la obligó a ir más despacio, de lo contrario este no tardaría más que unos minutos en acabar y no quería eso, quería prolongar aquel placer el mayor tiempo posible.

Se incorporó sentándose, uniendo su pecho al de ella y la abrazó mientras ella no dejaba de moverse sobre él.

Inspiró intentando controlarse. Valeria era una perfecta amazona, pero si seguía a ese ritmo la diversión iba a acabarse en breve.

La hizo girar y la tumbó sobre el colchón situándose él encima. Ella no pareció conforme con aquello y en cuanto cayó sobre el mullido colchón intentó situar sus manos en su pecho para distanciarlo y volver a la posición inicial, pero Daniel se incorporó rápidamente entre sus piernas.

—Como sigas así la diversión se acabará bien pronto —bromeó él contra sus labios.

Ella lo miró con los ojos entornados y le hizo un gesto gracioso.

—Lo siento, es que… no puedo evitarlo —susurró mientras se sujetaba a su cuello y comenzaba a acompañarlo con movimientos algo más lentos.

Daniel pasó un brazo por debajo de su cabeza y con la otra mano sujetó su pierna junto a su cadera. Aunque sus movimientos también eran acelerados, no lo eran tanto como los de Valeria.

Valeria se sujetó con fuerza a él dejándose llevar por todo el placer que este le proporcionaba.

Daniel la besó con pasión, intentando expresarle de aquella forma todo lo que ella significaba para él.

Valeria le correspondió a ese beso de igual forma. Sin haberlo imaginado, ahora Daniel le había dado una nueva esperanza, una nueva ilusión y unas renovadas ganas de vivir. Por fin, después de tantos meses, sentía que podía rehacer su vida y, sobre todo, ser feliz. Los últimos meses habían sido oscuros, llenos de dolor y amargura, sin embargo, Daniel despertaba en ella unos sentimientos que hasta ese momento no había conocido.

Se abrazó a él mientras Daniel se movía con más rapidez hasta que

cayó sobre ella y resopló.

En ese momento, Valeria se dio cuenta de lo acelerada que tenía la respiración, sin embargo, él respiraba con toda la tranquilidad del mundo, como si no estuviese nada cansado.

Situó su rostro sobre el de ella y la besó.

—Me has descontrolado —ironizó él con un gesto gracioso.

Ella le mostró los dientes en una sonrisa tensa.

—No voy a decir que lo siento —rio. Ambos se miraron con una sonrisa, con complicidad y conscientes de lo que había ocurrido entre ellos—. Pero hay un problema… —continuó con timidez.

—No te vas a quedar embarazada —indicó él.

—Ya —comentó un poco sorprendida—, pero… ese no es el problema…

La miró intrigado.

—¿Cuál es?

Le sonrió abiertamente.

—Supongo que es por la transfusión… —comenzó ella.

Daniel comenzó a reír al comprenderla.

—Quieres más, ¿no?

—Necesito más, ¡por favor te lo ruego! —exageró ella.

Daniel la besó y comenzó a moverse sobre ella de nuevo, aunque con más lentitud que antes. Valeria lo miró sorprendida.

—A sus órdenes —bromeó él antes de fundirse en otro apasionado beso con ella.

No habían descansado nada, al contrario, aquellas dos horas y media las habían pasado juntos en la habitación, expresándose con caricias y besos todo lo que sentían y hablando a ratos.

Daniel se subió la cremallera del uniforme mientras Valeria se vestía también. Lo que habían compartido aquella tarde había sido extraordinario.

Daniel acabó de subirse la cremallera del todo y se quedó observándola. Valeria se estaba poniendo lentamente la camiseta.

Jamás se había sentido así por una mujer, le daba la impresión de que ahora todo se centraba en ella, que todo lo que había hecho en la vida lo había llevado hasta este punto, pero también era consciente de cuál era su trabajo y el de Valeria.

Sabía que ella tenía toda su vida en Madrid. Tal y como le había explicado, era la propietaria y directora de una galería de arte y, además, formaba parte de la Aurora Dorada.

Se pasó la mano por el cabello rubio y la miró pensativo.

—¿Qué planes tienes? —preguntó él.

Ella se sentó sobre el colchón y se puso las deportivas.

—¿Planes? ¿Sobre qué?

Daniel se sintió aturdido al querer tener esa conversación con ella. Realmente lo necesitaba. Se había enamorado perdidamente de Valeria.

—Cuando todo esto acabe, cuando consigamos poner el grimorio a salvo —indicó él—. ¿Tienes pensado volver a Madrid?

Ella lo miró con timidez y se puso la primera deportiva.

—Tengo una galería que dirigir —contestó. Se puso la segunda de las deportivas y se levantó. Lo miró vergonzosa—. Aunque, bueno, supongo que podríamos vernos de vez en cuando —indicó.

Él la miró fijamente. Prefería ser sincero.

—Eso no es suficiente —comentó él dando unos pasos hacia ella. Se situó enfrente provocando que Valeria tuviese que alzar su cabeza —. Viste que nuestra casa es grande…

Ella comenzó a reír.

—¿Me estás pidiendo que me vaya a vivir contigo? —preguntó asombrada.

Daniel chasqueó la lengua, cohibido por la situación.

—Supongo que mientras el grimorio esté ahí te gustará controlarlo…

Ella se quedó pensativa y asintió. Luego sonrió como si fuese la excusa perfecta para poder quedarse con él.

—Puedes estar seguro de eso.

—Y, claro… —continuó él con un tono bromista—, no vas a dormir en el sofá.

—El sofá es cómodo —recordó ella.

—Mi cama lo es mucho más —confirmó Daniel directamente.

Valeria rio.

—No lo dudo —suspiró—, pero realmente no sé lo que haré cuando todo esto acabe. La vida me ha enseñado que no es bueno planear las cosas, sino vivir el día a día. —Lo miró con ternura—. Supongo que podría delegar un poco más en mis secretarios.

—¿Tienes secretarios? —preguntó sorprendido.

—Sí —respondió ella—. Tres.

—Eres toda una mujer de negocios —comentó lentamente—. Me gusta.

Valeria rio y situó una mano en su brazo.

—Me… me gustaría… —se encogió de hombros—, pasar más tiempo contigo y, con el tiempo, ya se verá.

—Estoy de acuerdo —confirmó él—, pero, por lo pronto… —comentó cogiéndola por la cintura—, deberás instalarte en Lugo para asegurar la protección del grimorio, y… ¿qué mejor lugar que mi hogar?

—Tu habitación… —indicó ella.

—Exacto.

Ella chasqueó la lengua.

—¿No dirán nada tus compañeros?

—La novia de Aitor, Nerea, vive la mayor parte del tiempo con nosotros y la novia de Miguel, Elena, vive justo enfrente y cuando no está trabajando siempre está con nosotros.

Ella asintió.

—Lo cierto es que me gustaría establecerme en algún lugar definitivamente y tener una vida más estable, pero esto es lo que nos ha tocado vivir a los dos. Viajar, luchar contra fuerzas sobrenaturales…, pero sí, es mucho mejor hacerlo juntos.

Daniel la besó al escuchar aquellas palabras.

Sin duda, ella era la mujer indicada para él, una mujer de carácter fuerte, decidida.

Valeria se separó de él con una sonrisa.

—Será mejor que vayamos con Anael, debe estar a punto de anochecer —indicó ella. Daniel asintió y fue hacia la puerta. La abrió y se quedó estático bajo el marco de esta. Enarcó una ceja hacia sus dos compañeros que esperaban al lado, apoyados contra la pared y con una gran sonrisa. Daniel resopló.

—Supongo que querrá explicarnos cómo hacer el conjuro —continuó Valeria antes de acercarse también a la puerta. Pasó por su lado y miró a Miguel y a Lucas con una sonrisa—. Hola —dijo como si nada, caminando por el pasillo con actitud feliz y despreocupada.

Miguel y Lucas miraron sonrientes a un Daniel que los observaba de forma suspicaz.

—Sabía que estarías con ella —pronunció Miguel. Se giró hacia Lucas—. Me debes cincuenta euros. —Lucas resopló y le entregó el billete—. Gracias —bromeó al coger el dinero—. Me estoy planteando dejar de ser cazador y dedicarme a las apuestas —continuó mostrándole el billete a Daniel que aún seguía paralizado bajo el marco de la puerta.

Daniel resopló y cerró la puerta tras de sí. Lo que le faltaba.

—¿Cuánto tiempo lleváis aquí? —preguntó Daniel iniciando la marcha por el pasillo.

Él se encogió de hombros mientras le seguía.

—Nos hemos levantado hace cinco minutos —explicó Miguel. Se avanzó más a él y situó un brazo encima de sus hombros—. Entonces… ¿es oficial?

Daniel resopló y golpeó su brazo para que se lo quitase de encima.

—No hay nada oficial y, si no te importa… —dijo deteniéndose—, preferiría que dejases ya el tema.

—¿Por? Es divertido —comentó Miguel mostrándole los dientes—. Valeria lo lleva mejor que tú —apostilló.

Daniel resopló y se decidió a ignorarlo. No serviría de nada

rebatirle o intentar negar lo que había entre ellos, había quedado más que claro cuando los habían visto salir de la habitación juntos, además, con una actitud tan jovial por parte de Valeria.

Avanzaron hasta la estancia donde se encontraba Anael apoyada contra una de las mesas, esperando a que todos llegasen.

Aitor se acercó a ellos junto a Víctor.

—¿Habéis descansado? —les preguntó—. Se prevé una noche larga.

Miguel le sonrió mostrándole los dientes.

—Nosotros sí —se burló.

Aitor enarcó una ceja, sobre todo cuando vio cómo Daniel ponía los ojos en blanco.

—Por Dios… qué paciencia —susurró Daniel alejándose de ellos.

Anael se incorporó.

—¿Ya estamos todos?

—Perdón, perdón… —comentó Marcos acelerado mientras entraba a la estancia. Fue hacia Aitor y se pasó las manos por los ojos—. Joder, me he quedado totalmente frito.

Anael señaló la mesa.

—Ya está todo preparado. Lo he molido y mezclado. Le he agregado nueve gotas de extracto de almendra y lo he secado en el horno a baja temperatura. —Los miró a todos—. Necesito que todos aquellos que tengáis habilidades obtenidas mediante la hechicería me acompañéis esta noche. —Miró a la división—. Aunque vosotros habéis adquirido alguna que otra, no os molestéis, pero no es suficiente.

Miguel enarcó una ceja.

—Desde luego, a sinceridad no te gana nadie —le susurró provocando que Anael sonriese.

—Necesito que vosotros protejáis las instalaciones por si hay algún ataque. No es seguro, pero existe la posibilidad.

—Claro, nosotros nos encargamos —confirmó Aitor.

Anael asintió y miró a los miembros de la Aurora Dorada.

—Necesito a los siete mejores. —Miró a Liú—. ¿Podrás seleccionarlos?

—Claro —respondió este.

—De acuerdo, en media hora se pondrá el sol y comenzará el peligro —dijo mirando de nuevo a la división—. Estad alerta. —Todos asintieron—. En cuanto a vosotros —miró a los miembros de la Aurora Dorada—, necesito que los siete que selecciones se encuentren a las dos de la madrugada en el sótano donde está el grimorio. Nadie más entrará en esa sala mientras se realice el conjuro. A las dos os explicaré lo que hay que hacer y a las tres lo iniciaremos.

—De acuerdo —comentó Liú.

Anael se quedó unos segundos pensativa y se apoyó sobre la mesa.

—Bien, pues… —miró el reloj colgado en la pared que marcaba las seis y cuarenta—, sé que es pronto, pero será mejor que cenemos ya… bueno… que cenéis —se corrigió ella con gracia. Miró a Aitor—. Nos vemos aquí en media hora —dijo antes de dirigirse hacia la cocina para hablar con los cocineros.

Valeria se giró para observar a Daniel que se encontraba a pocos metros de ella. Sus miradas se encontraron durante unos segundos y no pudo menos que sonreír.

—Valeria —dijo Liú acercándose. Ella reaccionó y se giró hacia él borrando la sonrisa de su rostro—, creo que tú deberías ser una de las que acompañase a Anael para la realización del conjuro.

—¿Yo? —preguntó sorprendida.

Él asintió y situó una mano en su hombro.

—Tienes un potencial mucho más elevado que el resto, solo tienes que descubrir cómo emplearlo —le susurró antes de alejarse e ir a buscar a otros cinco compañeros.

Aquellas palabras la dejaron consternada, aunque se giró de nuevo cuando sintió a alguien a su espalda. Daniel la obsequiaba con una fabulosa sonrisa.

—¿Vamos a cenar? —preguntó.

Ella miró hacia un lado, donde los compañeros de la división se dirigían a la cocina, seguramente para ayudar.

—Claro.

—Tengo que recuperar fuerzas —bromeó él mientras tomaban la misma dirección que sus compañeros.

Ella le hizo un gesto gracioso con la boca.

—¿En serio? Pensaba que un cazador no se agotaba tan fácilmente… yo estoy como una rosa.

Daniel resopló por su respuesta.

—Cuando se te pase el efecto de la transfusión probamos otra vez… a ver si opinas lo mismo —rio.

—De acuerdo —aceptó ella divertida.

Llegaron a la cocina y entre todos ayudaron a poner la mesa mientras los cocineros sacaban de la nevera las sobras del mediodía y cocinaban unas verduras al horno.

Tras unos minutos comenzaron a cenar. Aquella noche se preveía dura.

21

Daniel paseó por la planta superior y miró su reloj de muñeca.

En menos de media hora comenzarían el conjuro. Los miembros de la Aurora Dorada seleccionados por Liú, entre ellos Valeria, se encontraban desde hacía rato reunidos con Anael para realizar el conjuro sobre el grimorio y a primera hora de la mañana, en cuanto saliese el sol, partirían rumbo a Lugo.

Dio un sorbo a su taza de café y no pudo evitar sonreír cuando los recuerdos de lo que había ocurrido aquella tarde volvieron a su mente. Sí, estaba profundamente enamorado de ella.

Debía sonreír como un bobalicón porque Aitor y Marcos lo miraron sorprendidos por su actitud. Daniel borró la sonrisa de sus labios.

—¿Tan bueno está el café? —ironizó Marcos.

Daniel carraspeó.

—No creo que sonría por eso —lo picó Miguel, provocando que Aitor y Marcos lo mirasen contrariados.

Daniel se armó de paciencia. Quería a su compañero, tenía una estrecha relación con él, lo consideraba uno de sus mejores amigos, pero últimamente estaba agotando su paciencia.

—Valeria, Valeria, Valeria, Valeeeriaaa… —canturreó con el tono de una famosa canción.

Marcos pestañeó varias veces.

—¿Te refieres a la canción de Nino Bravo? ¿No era Noelia? —preguntó sin comprender.

Miguel se encogió de hombros y señaló con un movimiento de cabeza a su amigo Daniel que en ese momento rechinaba de dientes.

Todos miraron a Daniel esperando una respuesta por su parte.

—¿Quééé? —preguntó extendiendo los brazos hacia ellos, sujetando aún en su mano la taza de café.

Aitor escudriñó a su compañero de la cabeza a los pies.

—¿Hay algo que quieras explicarnos?

—Sí, sí… explica —insistió Miguel que parecía divertirse con la situación.

Si las miradas matasen, Miguel estaría bajo tierra en esos momentos. Había pensado en hablar con Aitor para comentarle su reciente situación con Valeria, incluso la proposición que le había hecho para que se instalase durante un tiempo con ellos, pero quería hacerlo a su ritmo, no ahí, a las dos y media de la madrugada y a la espera de un posible ataque a manos de vampiros o demonios.

—No creo que sea el momento indicado para hablar de ello —comentó Daniel con los labios apretados—. Creo que nos convendría a todos —enfatizó esa palabra mirando a Miguel—, centrarnos en lo que estamos haciendo.

Miguel se sentó de un salto sobre la mesa con una actitud jovial.

—Pero si no está pasando nada… —comentó con su divertida sonrisa—, de alguna forma tendremos que pasar el rato, ¿no?

Daniel se giró directamente hacia él.

—¿Desde cuándo te has convertido en una maruja? —le preguntó a bocajarro.

Miguel ladeó su cuello.

—¿Por qué lo niegas?

¿A qué venía aquella pregunta?

—¿El qué? Yo no estoy negando nada —exclamó Daniel extendiendo los brazos hacia él.

Aitor se decidió a intervenir.

—A ver, vosotros dos… —dijo dando unos pasos al frente—, ¿qué está pasando aquí?

Daniel resopló.

—Daniel y Valeria están liados —comentó directamente Miguel.

Daniel abrió los ojos de forma exagerada al escucharle decir aquello mientras recibía las miradas asombradas de todos.

—¿Liados? —preguntó Aitor sin comprender la situación—. Pero ¿no decías que no la soportabas?

—Pues por lo visto ahora sí la soporta… y mucho —continuó Miguel.

Daniel resopló.

—Entonces… cuando os pillamos dándoos un beso… ¿iba en serio? —preguntó Aitor.

Lucas dio un paso al frente.

—¿Se habían liado antes? —preguntó Lucas sorprendido.

—Ayer por la noche —informó Miguel—. Después de que Daniel la rescatase de los vampiros.

—¿Por qué siempre soy el último en enterarme de estas movidas? —preguntó como si estuviese molesto.

Aitor hizo gestos con su mano para que se centrasen en él.

—¿Vas en serio con ella?

Daniel suspiró. Bueno, de perdidos al río. Su compañero no iba a parar hasta que confesase su amor por Valeria, y, de todas formas, la mayor parte de la división ya los había descubierto, era una tontería mantener aquello en secreto.

—Síííí —respondió como si la situación le agotase.

—Es una hechicera de la Aurora Dorada… —comentó Aitor incrédulo—. Pensaba que lo de anoche había sido un simple calentón…

Daniel resopló al escuchar aquella palabra.

—Pues de calentón nada —zanjó él.

—Bueno, un poco de calor sí que os habéis dado —continuó Miguel con su tono burlesco.

—¡Una hechicera! —insistió Aitor—. Por Dios, Daniel, tú eres un cazador… —Daniel enarcó una ceja—. Sabes a lo que nos dedicamos, vamos contra vampiros, lobos, brujas y… hechiceras.

—¡Pero si estamos colaborando con ellos! —le recordó Daniel.

—A ver, jefe… —intervino Miguel de nuevo—, creo que ahí Dani tiene razón. Las hechiceras de brujería negra vale, pero… vamos… están en el mismo rollo que nosotros.

—Y ahora mismo te recuerdo que está junto a Anael, un ángel, realizando un hechizo… —continuó Daniel.

Aitor se pasó la mano por la cara intentando asimilar la situación.

—Y… ¿qué vas a hacer cuando llevemos el grimorio a Lugo? Ella tiene su camino…

—Mmm… no precisamente —comentó esta vez un poco más tímido—, es posible que se quede un tiempo con nosotros para asegurarse de que…

—¿Asegurarse? —preguntó Aitor asombrado—. ¿De qué?

—De que el grimorio está bien protegido. Además, creo que tampoco iría mal tener a una hechicera como ella en el equipo —acabó diciendo—. Te recuerdo que le dio para el pelo a Farid. Tiene un poder tremendo.

—A mí no me importa que se venga… —intervino Miguel de nuevo—, de hecho, quizá se podría instalar con Elena —sugirió, aunque luego enarcó una ceja hacia su compañero—, ¿o prefieres que se instale… en tu habitación? —acabó bromeando.

Aitor se giró hacia Miguel como si sus comentarios le agotasen la paciencia.

—Miguel, por favor… cállate.

Miguel enarcó una ceja.

—No quiero —contestó.

Aitor puso los ojos en blanco y se volvió hacia Daniel.

—Oye, a mí me parece muy bien que tengas una relación, en serio… yo mismo la tengo y…

—Y yo —remarcó Miguel desde atrás levantando la mano.

Aitor no se giró, simplemente apretó los labios al escuchar esos comentarios.

—Pero eso son cosas que afectan a toda la división y que deben hablarse. No puedes invitar a una chica a que viva con nosotros sin decírnoslo. Y ojo, que Valeria me parece una chica fantástica, pero… creo que son cosas que…

—Vale, jefe, de acuerdo, pues te informo ahora… —lo interrumpió Daniel un poco molesto por las palabras de su jefe—, Valeria se vendrá con nosotros una temporada, ¿algún problema? —preguntó cruzándose de brazos.

Aitor enarcó una ceja.

—A mí me parece bien —intervino Víctor—, siempre va bien contar con una hechicera.

—Es un buen fichaje —comentó Marcos.

—Y siempre nos puede enseñar conjuros y cosas sobre magia… de esas que molan —continuó Lucas.

Daniel mantenía la mirada clavada en Aitor.

—Que se venga —acabó diciendo—, pero ya sabéis, distracciones las mínimas.

—Tenemos las mismas distracciones que tienes tú, jefe —comentó Miguel.

Aitor resopló y se giró hacia él.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan incordio?

Miguel rio.

—Siempre he sido así, jefe —le recordó.

—Pues últimamente estás dándolo todo, estás que te sales —contestó Aitor.

Miguel iba a responder cuando un grito agudo los sorprendió a todos interrumpiendo la conversación.

Se llevaron las manos al cinturón y extrajeron sus dagas. Sabían reconocer perfectamente aquel alarido. Todos miraron hacia el techo.

—¿Vampiros? —preguntó Lucas.

—¿Quién si no iba a gritar así? —preguntó Daniel con sarcasmo.

Todos se movieron escuchando los sonidos en el techo.

—En principio, con los símbolos que ha dibujado Anael no pueden entrar, ¿verdad? —preguntó Marcos.

—Los símbolos son en especial para los demonios. Los vampiros son cosa nuestra, por eso estamos aquí —indicó Aitor. Unos pasos se escucharon en el tejado—. ¿Tenéis las linternas de luz solar? Disponedlas encendidas en cada puerta y venta…

No pudo acabar de dar la orden. La ventana de madera salió

disparada y un vampiro entró directamente. El vampiro debía de haber golpeado la ventana con un gran impulso de las piernas. La tabla de madera que hacía las veces de ventana golpeó inesperadamente a Víctor que salió despedido hacia atrás mientras el vampiro entraba y aterrizaba de rodillas sobre el suelo.

La reacción de todos fue inmediata encendiendo las linternas y enfocando hacia el vampiro, pero este se movió evitando la luz hacia el otro lado de la sala.

Daniel se movió rápidamente hacia él y antes de que el vampiro pudiese cambiar su trayectoria lo cogió por el cuello estrellándolo contra la pared y clavando su daga en el centro de su pecho.

En cuanto las cenizas cayeron al suelo, se giró hacia la ventana por donde se escuchaban un montón de alaridos.

Todos enfocaron directamente la luz de sus linternas hacia allí mientras los alaridos de decenas de vampiros llegaban hasta ellos.

—¡Hay que cubrir esa ventana! —gritó Aitor corriendo hacia una estantería pesada. Víctor se quitó la ventana de encima y resopló, cogió la linterna y enfocó al igual que Marcos y Lucas la ventana destruida para evitar que entrasen más vampiros—. ¡Ayúdame! —gritó Aitor hacia Daniel.

Ambos empujaron la pesada estantería sin mucho esfuerzo hasta la ventana, cubriendo de aquella forma un poco más la entrada. Daniel y Aitor apoyaron su espalda en ella justo cuando comenzaron a golpearla desde el otro lado para derribarla y tener acceso al recinto.

—Joder —gritó Aitor—, avisa al subterráneo de que nos están atacando. Que no suba nadie —ordenó.

Miguel cogió el *walkie* de inmediato y lo llevó hasta sus labios.

—Los vampiros están aquí. Que a nadie se le ocurra subir —exclamó.

Segundos después respondieron.

—Oído. Tranquilos, no subiremos —confirmaron.

Miguel depositó el *walkie* en el suelo y corrió junto a Lucas, Víctor y Marcos a situar las linternas en otras ventanas y en la puerta por la que podían acceder.

—Si intentan entrar se convertirán en cenizas —pronunció Víctor situando la última de las linternas en posición.

Daniel y Aitor aguantaban la embestida de decenas de vampiros que intentaban acceder a la estancia derribando la estantería con que la protegían.

—¿Y qué hacemos con la ventana? —preguntó Daniel entre golpe y golpe, con los dientes apretados—. Apenas son las tres de la madrugada y no amanece hasta las siete pasadas.

Aitor fue empujado hacia delante por el golpe, pero retrocedió rápidamente hacia atrás.

Tanto Víctor como Marcos corrieron hacia allí para ayudar.

—Quedan más de cuatro horas —indicó Víctor mientras empujaba hacia atrás también.

—Habrá que aguantar, ¿no? —ironizó Daniel empujando la estantería—, digo yo…

Lucas y Miguel se encargaban de vigilar el resto de las ventanas.

—Podríamos salir y cargárnoslos… adiós al problema —comentó Víctor.

Aitor resopló.

—Ni siquiera sabemos el número que hay —contestó Aitor a trompicones, pues no dejaban de recibir golpes desde el otro lado. Resopló y miró ligeramente hacia atrás—. Lo que está claro es que no podemos estar más de cuatro horas así… deberíamos solucionar lo de la ventana.

—Yo voto por salir y cargárnoslos —insistió Víctor.

Aitor lo miró mientras la estantería golpeaba su espalda continuamente.

—Tú estás loco, ¿verdad? Ni siquiera sabemos el número de vampiros que hay afuera, no creo que sean pocos —repitió Aitor—. Además, no podemos dejar desatendido el palacio, podrían…

Todos se callaron y miraron hacia delante cuando un fuerte estruendo sonó por encima de sus cabezas y, acto seguido, parte del techo cayó formando un boquete. Uno de los vampiros aterrizó de rodillas en el suelo.

Todos lo miraron asombrados.

—¡Joder! ¡Es un palacio del siglo diecisiete! —le gritó Daniel molesto porque hubiesen roto el techo.

Marcos se adelantó y de una patada lo impulsó contra la pared, golpeándose fuertemente.

—Vale, tenemos un problema —comentó Aitor mientras veía cómo otros vampiros comenzaban a entrar.

—¿No me digas? —preguntó irónicamente Daniel.

Víctor soltó la estantería, fue directo al vampiro y lo remató.

Elevó la mirada viendo cómo por aquel agujero comenzaban a colarse vampiro tras vampiro.

—¡Enfocad la linterna al agujero del techo! —exclamó Aitor.

Marcos corrió y puso una de las linternas enfocando hacia arriba, provocando que varios de los vampiros que entraban se convirtiesen en cenizas.

—¿Tenemos más linternas? —preguntó Marcos.

Aitor aún sostenía la estantería.

—En la bolsa hay unas cuantas linternas más —señaló con un movimiento de cabeza hacia ella—. Sacadlas todas. Hay que aguantar hasta que amanezca.

Anael alzó los brazos y miró a los que se encontraban allí.

Los siete se encontraban rodeando el grimorio protegido por la cúpula de cristal.

—La energía del universo te cubre… —repitió de nuevo Anael.

Todos los allí presentes dijeron aquellas palabras.

—Yo soy quien gobierna cada molécula visible del grimorio…

—Yo soy quien gobierna cada molécula visible del grimorio… —pronunciaron al unísono.

—Te llevo a la oscuridad y cambio la luz para que no se refracte a mi alrededor…

—Te llevo a la oscuridad y cambio la luz para que no se refracte a mi alrededor…

Anael miró al frente, al grimorio, y extendió los brazos hacia esa cúpula. Todos hicieron lo mismo.

—Lo que no se ha de ver no debe ser visto…

—Lo que no se ha de ver no debe ser visto…

—Desaparece ante todo aquel que quiera el mal…

—Desaparece ante todo aquel que quiera el mal…

Anael inspiró con fuerza y avanzó hacia el grimorio, quitó la cúpula de él y arrojó las hierbas sobre este mientras pronunciaba.

—Ahora, tu poder y energía desciende para no ser detectado. Ahora, eres invisible para todos.

—Ahora, tu poder y energía desciende para no ser detectado. Ahora, eres invisible para todos.

Echó el resto de las hierbas sobre las que había trabajado aquella tarde sobre el grimorio.

—Tu luz será apaciguada…

—Tu luz será apaciguada…

—Tu energía será ocultada…

—Tu energía será ocultada…

—Tu poder será apaciguado y ocultado…

—Tu poder será apaciguado y ocultado… —repitieron todos.

—Ahora —sentenció Anael—, por el poder de Dios, eres invisible para todas aquellas fuerzas malignas que pretenden usarte para el mal. —Inspiró—. Ahora, permanecerás oculto.

—Ahora, permanecerás oculto —repitieron todos.

Anael ungió sus manos en agua bendita y las colocó sobre el grimorio, sin tocarlo.

—Padre, protege este grimorio en su andadura hasta su nuevo hogar, permite que podamos transportarlo sin problemas y que su energía no pueda ser detectada. Amén.

—Amén —dijeron todos.

Anael dio un paso atrás y cerró los ojos, concentrándose. Sabía que lo que estaba haciendo, practicar la magia, no era algo a lo que

tuviesen que dedicarse los ángeles, pero la humanidad necesitaba ayuda y ella siempre había sido la encargada de protegerla.

Esperó unos segundos en silencio hasta que se giró y señaló la caja de madera y la mochila que habían bendecido anteriormente y sobre las que también habían realizado el mismo hechizo. Le pidió a Liú que se acercase.

—Guarda el grimorio con sumo cuidado en la caja de madera, ciérrala y métela en la mochila —ordenó ella.

Liú cogió el grimorio con delicadeza, pues se trataba de un manuscrito realmente antiguo, y lo introdujo en la caja de madera bendecida. La cerró con un pequeño pestillo que le habían atornillado para evitar que el grimorio pudiese salirse y metió la caja en la mochila.

Anael miró a todos los allí presentes.

—Su efecto durará unas veinticuatro horas. Para cuando el efecto remita espero tener el grimorio a buen recaudo y protegido —pronunció.

Liú asintió.

—¿Hay algo más que podamos hacer? —preguntó él—. Son las cinco de la mañana, aún quedan dos horas para que amanezca.

Anael asintió.

—Rezad —sugirió ella.

Valeria se acercó a Jake, situándose a su lado.

—¿Cómo van en la planta de arriba?

Jake cogió el *walkie*.

—No han dicho nada en la última media hora —reaccionó. Se llevó el *walkie* a los labios y preguntó—. ¿Cómo va por allí arriba? Aquí ya hemos acabado. Cambio y corto.

Valeria sintió cómo su corazón se aceleraba al no recibir respuesta.

Anael se acercó.

—Lo tienen todo bajo control, no os preocupéis —pronunció ella con una sonrisa tranquilizadora.

Finalmente, la voz de Aitor sonó a través del *walkie*, parecía bastante estresado, pero lo que les dijo los tranquilizó a todos, sobre todo a Valeria.

—Los putos vampiros no dejan de intentar entrar. Está claro que saben que el grimorio está aquí. —Hubo unos segundos de silencio e interferencias—. De momento está todo controlado, aunque no podemos bajar la guardia hasta que amanezca.

Anael asintió ante las palabras de él y se alejó un poco de ellos.

Valeria apretó los labios. Le hubiese gustado hablar con Daniel, pues después de haber vivido en sus propias carnes los ataques de muchos vampiros sabía a lo que se exponían. Le hubiese tranquilizado.

—En cuando amanezca cogemos el grimorio y nos marchamos —

volvió a exclamar Aitor, de lejos pudo escuchar la voz de Daniel dando órdenes.

—Joder, Víctor… ¡enfoca a esa ventana! Se les escucha moverse hacia allí.

Hubiese reconocido aquella voz en cualquier parte del mundo.

Le calmó escucharlo, pero no lo que decía. Debían de estar viviendo un infierno, aunque también tenía claro que nadie mejor que ellos para encargarse de esa situación y salir airosos. Sabía que lo conseguirían. En unas dos horas amanecería y estarían a salvo, más o menos, pues sabían que les esperaba un largo trayecto que no iba a estar exento de peligros. Con suerte, aquel mismo día el grimorio descansaría en Lugo, en un lugar mucho más adecuado que ese para su protección y podrían estudiarlo con calma para intentar atrapar a Astaroth de nuevo en una botella.

Valeria se quitó la capucha con la que cubría su cabeza y miró a su alrededor.

La mayoría de sus compañeros se había sentado en el suelo apoyándose contra la pared, muchos de ellos tenían ya los ojos cerrados, bien intentando recuperar las horas de sueño perdidas o bien, tal y como les había sugerido Anael, rezando.

Fue hacia uno de los rincones y se sentó apoyándose también contra la pared.

Cerró los ojos y comenzó a recitar en su mente todas las oraciones que sabía.

22

Ni siquiera eran conscientes del tiempo que había pasado, solo que en un determinado momento los golpes contra la estantería, los alaridos y los gruñidos cesaron.

Todos se quedaron quietos, escuchando.

—¿Se han marchado? —preguntó Marcos.

—¿Qué hora es? —preguntó Daniel aún apoyado contra la estantería junto a Víctor y Aitor que habían pasado aquellas últimas horas evitando que pudiesen acceder por aquella ventana, aguantando la estantería—. Seguramente estará amaneciendo.

—Las siete y veinte —informó Lucas.

Aquel dato les relajó y, finalmente, tanto Víctor, como Daniel y Aitor se apartaron de la estantería.

—Debe de estar a punto de amanecer —dijo Víctor dirigiéndose a una ventana—. ¿La abro? —preguntó con la daga en la mano por si debía usarla.

—Mejor apartemos un poco la estantería —sugirió Aitor.

Todos se acercaron y la desplazaron levemente para observar hacia afuera.

Aún no era de día, pero en el horizonte podía verse una fina línea anaranjada indicando que el sol comenzaba a salir.

Todos respiraron tranquilos. Los vampiros debían de haber huido al acercarse la hora. Ahora estaban seguros de que ninguno de ellos se encontraría allí, de lo contrario, en pocos minutos acabarían calcinados.

Apartaron del todo la estantería dejando el hueco de la ventana al descubierto.

Aitor fue el primero que saltó por ella saliendo al exterior.

—¿Apagamos el resto de linternas? —preguntó Lucas mientras Daniel también saltaba al exterior acompañando a Aitor.

—Aún no —ordenó Aitor—, vamos a asegurarnos de que se han marchado todos.

En el exterior el paisaje era totalmente escarpado. Desde lo alto de aquella colina podía verse el poblado más cercano y el monte Ararat. Era un lugar hermoso.

Daniel se fijó en cómo la fina línea del horizonte cada vez se agrandaba más. Ya no había duda, habían superado aquella noche. No había sido fácil, pero lo habían logrado.

El grimorio permanecería oculto para los demonios mientras realizaban el largo trayecto hasta Lugo. Les iba a llevar todo el día, pero esperaban llegar a tiempo antes de que anocheciese.

Desde aquel momento y teniendo en cuenta que en Lugo, en aquella época del año, anochecía a las seis de la tarde, disponían de once horas para llegar hasta allí y poner el grimorio a salvo.

Miró de un lado a otro y avanzó hacia delante mientras el frío helado chocaba con su piel, por suerte, sus uniformes les protegían de aquellas heladas temperaturas. Miró en dirección contraria asegurándose de que no había ninguna amenaza.

—Ni rastro de vampiros —comentó Daniel.

—Por aquí tampoco —confirmó Aitor.

—Ni por aquí —dijo también Marcos.

Aitor fue de nuevo hacia la ventana y entró al interior de un salto.

—Apagad todas las linternas y guardadlas. —Miró a Víctor—. Avisa de que ya no hay amenaza. Podemos irnos.

Víctor cogió el *walkie* y avisó por este.

Pocos minutos después todos subían a la planta superior. La mayoría desencajó la mandíbula cuando vieron los destrozos en aquel palacio monumental. Parte del techo había caído, la ventana de madera había sido arrancada de cuajo y varios trozos de pared habían saltado, fracturándose.

Aitor chasqueó la lengua cuando vio a Edgar visiblemente consternado.

Se acercó a él.

—No ha sido una noche fácil —relató Aitor que situó una mano en su hombro y dio una palmadita.

—Ya me lo imagino.

—Lo siento —continuó Aitor haciendo referencia a los desperfectos.

Edgar negó.

—No te preocupes, hoy en día no hay nada que no pueda restaurarse —comentó y fue hacia el centro de la sala para contemplar a través del agujero formado en el techo, observando cómo varios pájaros sobrevolaban el lugar.

Valeria entró en la sala a toda prisa y lo primero que buscó fue a

Daniel. Daniel también la buscó. Ambos parecieron tranquilizarse cuando se observaron el uno al otro.

Daniel fue lentamente hacia ella hasta que se situó enfrente.

—Estás… estás bien —confirmó Valeria situando una mano en su brazo.

—Sí, todos estamos bien —respondió con una leve sonrisa—, aunque no podemos decir lo mismo del palacio —dijo señalando con su cabeza los desperfectos. Ella miró un poco fastidiada lo que él le indicaba—. ¿El conjuro de invisibilidad ha ido bien?

Ella asintió.

—Sí, muy bien. Anael ha dicho que está funcionando, de hecho, aunque toda la energía que desprende el grimorio no ha desaparecido, sí la mayor parte, por lo que será mucho más difícil localizarlo —explicó.

Daniel cogió su mano con ternura y asintió.

—Entonces ha salido perfecto —corroboró él.

—Eso parece.

Edgar interrumpió la conversación que todos mantenían. Miró su reloj que marcaba las ocho menos cuarto.

—Bien, tenemos una hora de trayecto hasta el aeropuerto más cercano. ¿Lo tenéis todo preparado? —La mayor parte asintió—. Hay que estar en el aeropuerto a las diez y media.

Edgar miró a Liú que portaba la mochila. Fue hacia Valeria que lo miraba sorprendida y se la entregó.

—Cuida bien del grimorio —dijo Liú.

Ella cogió la mochila sin comprender.

—Espera… no… ¿no vamos más gente?

Liú negó y miró a Edgar.

—Seríamos demasiados y volaríais más lento… intentaremos despistarlos desde aquí. —Valeria los miró angustiada—. Anael consagrará otro libro ahora para que libere algo de poder y así piensen que sigue aquí, así podréis…

—No, no, espera… —lo interrumpió ella—, si los vampiros vienen…

—Dejaremos el libro consagrado donde se encontraba este y nos marcharemos, no sufras por eso.

Valeria, nerviosa, cogió su mano y tragó saliva.

—¿Me lo prometes? ¿Me prometes que os iréis de aquí? Si los vampiros atacan la próxima noche…

—En cuanto Anael lo tenga listo partiremos para Estambul —explicó este. Se miraron unos segundos y se fundieron en un abrazo—. Cuida del grimorio, es nuestra única esperanza.

—Así lo haré —dijo ella abrazándolo con fuerza.

Aitor se acercó.

—Debemos meter todas las cajas en la furgoneta y dirigirnos hacia el aeropuerto lo antes posible, hay que aprovechar cada minuto de luz.

Daniel asintió y se separó de ella para ayudar a sus compañeros y llevar todo lo necesario a la furgoneta.

Valeria aprovechó para coger su maleta y llevarla también a la furgoneta donde Zareh los esperaba al volante para llevarlos hasta el aeropuerto y Kemal los esperaba sentado en el asiento del copiloto, pues este sería el encargado de llevarlos primero hasta el aeropuerto de Estambul, donde repostarían, y desde allí saldrían rumbo a Lugo.

No es que les sobrase el tiempo, pero confiaba en que pudiesen llegar antes de que anocheciese.

Valeria depositó su maleta en la parte trasera de la furgoneta y se giró para despedirse de sus compañeros.

—Avísanos en cuanto lleguéis —pidió Liú.

—Por supuesto —dijo volviendo a abrazarlo.

Los chicos de la división dejaron las cajas en la parte trasera y se giraron hacia Anael.

—Os estaré esperando en Lugo —informó ella con una amable sonrisa—. Proteged el grimorio.

Todos asintieron.

—Así lo haremos —contestó Aitor mientras abría la puerta para que todos los miembros de la división se acomodasen.

Daniel entró y se sentó al lado de Valeria, la cual se mantenía girada observando a sus compañeros de la Aurora Dorada. Sintió cómo algo dentro de ella se rompía. Había perdido a tantas personas que amaba en tan poco tiempo… aunque sabía que a ellos volvería a verlos.

Sintió la mano de Daniel acariciar la suya delicadamente hasta cogerla con suavidad.

Ella se giró y le sonrió con ternura. Suspiró y se sentó correctamente mientras situaba sobre sus piernas la mochila que contenía el grimorio del rey Salomón.

Cuando todos entraron, Aitor cerró la puerta y se acomodó en el asiento.

—Todo listo —indicó.

—Bien —dijo Zareh arrancando la furgoneta—, vamos allá —comentó mientras ponía primera y aceleraba.

Valeria volvió a girarse para despedirse con un movimiento de mano de todos sus compañeros.

Sobre ella llevaba un manuscrito que había perdurado durante milenios hasta nuestros días. Si todo iba bien, al día siguiente podrían comenzar a estudiarlo.

El Palacio de Ishak Pachá se hizo más pequeño mientras se

alejaban hasta que tomaron una curva y desapareció de la vista de todos.

Farid aguantó la respiración tras pronunciar aquellas últimas palabras. Aunque no podía ver en el reflejo del agua el rostro entero de Astaroth, pudo observar la ira que desprendían sus ojos azul vidrioso.

—Lo siento —pronunció con voz temblorosa—, el Palacio de Ishak Pachá estaba fuertemente blindado. Habían realizado sellos de protección por todo el palacio para que los demonios no pudiesen entrar y, además, se encontraba toda la división allí. Ha sido imposible recuperar el grimorio.

Cerró los ojos con fuerza al escuchar el grito desgarrador de Astaroth, sin duda, promovido por la ira.

—Panda de inútiles —susurró con los dientes apretados.

—Hemos intentado entrar durante horas, pero…

—¡Calla! —lo interrumpió provocando que hasta los vidrios de las ventanas vibrasen. Astaroth se removió y caminó nervioso por su estancia. Aquella maldita división le estaba poniendo las cosas más difíciles de lo que esperaba. Miró de nuevo hacia el espejo donde podía ver difuminado el rostro de Farid—. Hiciste un trato… ¿recuerdas?

—Sí, lo recuerdo, y estoy haciendo todo lo posible por cumplirlo…

—¡Solo tenías que conseguirme el maldito grimorio! —gritó desesperado. Astaroth se pasó la mano por la cara, agobiado por la situación. Aquellos hombres solo eran humanos y, sin embargo, estaban evitando que pudiese cumplir su cometido, incluso con los vampiros de su lado le era imposible. No, no iba a permitirlo.

—Iré yo mismo y… —susurró Farid.

—¡No! —lo cortó elevando su mano—. No me puedo permitir un fallo más. —Miró fijamente los ojos de Farid—. ¿Dónde se encuentra el grimorio ahora?

Farid tragó saliva. Aquellas noticias no iban a mejorar el carácter de Astaroth.

—No… —tragó saliva—, no lo sé.

—¿Qué? —gritó asombrado.

—Sé que su última ubicación ha sido el palacio de Ishak Pachá, los vampiros me llevaron hasta él, supongo que detectaron el aroma de los miembros de la división. En ese momento fui consciente de que se encontraba allí, pude detectar su fuerza, pero… —pronunció pensativo—, han debido de realizar algún hechizo porque dejé de detectarlo.

Astaroth gruñó.

—¿Dónde están los miembros de la división? —preguntó con los

dientes apretados.

—En mi última visión vi que, en estos momentos, vuelan hacia Estambul, pero no detecté que llevasen el grimorio. Sin embargo, en el Palacio de Ishak Pachá se encuentran todos los miembros de la Aurora Dorada y hace poco menos de una hora comencé a detectar otro poder.

—¿El grimorio sigue ahí? —preguntó Astaroth como si se tratase de un ultimátum.

—Hay… hay un objeto que despide mucha fuerza y poder, pero no puedo asegurar que sea el grimorio —contestó con sinceridad.

Astaroth se quedó pensativo unos segundos. Aquella división había demostrado ser más inteligente de lo que esperaba, los había infravalorado.

Se quedó fijamente mirando los ojos de Farid.

—El grimorio debe estar en posesión de la división, es lo más lógico —apuntó.

—Es lo que he pensado, pero no puedo detectarlo…

—Tú mismo lo has dicho, durante horas perdiste ese contacto, el grimorio perdió su fuerza. Deben de haber realizado un conjuro para que no sea detectado. —Apretó los labios—. Lo que hay en el Palacio de Ishak Pachá es solo un señuelo para despistarnos.

Sí, él mismo había pensado en ello. Tenía toda la lógica. ¿De verdad iba la división a marcharse de allí y dejar el grimorio en el palacio después del ataque sufrido durante toda la noche por los vampiros? No, sabía que no eran tan estúpidos.

—¿Qué quiere que haga, mi señor? —preguntó con un hilo de voz.

Astaroth apretó los labios.

—Enviaré a los vampiros esta noche de nuevo al palacio para que se aseguren de que el grimorio no está ahí. Si la división no se encuentra allí podrán entrar en el palacio sin problema —indicó Astaroth.

—¿Y con la división? —preguntó Farid con un hilo de voz.

—Yo mismo me encargaré de ellos —respondió antes de elevar la mano y que la silueta de Farid desapareciese.

No tenía más que hablar. Estaba seguro de que la división no iba a abandonar el grimorio en el Palacio de Ishak Pachá, por mucho que Farid detectase que había algo en el interior de aquella antigua edificación que poseía un gran poder.

Se giró y salió de su estancia caminando entre los estrechos y largos pasillos que componían aquella zona del infierno. Ni siquiera se detuvo cuando Lilith apareció tras una esquina mirándolo con frialdad.

—Mis hijos… ¿qué has hecho? —preguntó con un gruñido.

Astaroth siguió el camino sin detenerse, no tenía tiempo para

atender los lloros y lamentos de Lilith. Sabía que una gran cantidad de vampiros había muerto aquella noche a manos de la división intentando entrar en el interior, pero ahora tenía cosas mucho más importantes que atender.

Lilith comenzó a caminar tras él, totalmente enervada.

—¡Están muriendo por tu culpa! —le gritó siguiendo sus pasos—. ¡Ese no era el trato! —Astaroth siguió caminando por el pasillo sin siquiera girarse, ignorándola totalmente—. Maldito prepotente, hijo de puta —le susurró a su espalda—. No pienso consentir que sigas…

Astaroth se giró totalmente enloquecido, bastantes problemas tenía ya como para tener que soportarla a ella también.

La agarró del cuello y la estrelló contra la fría y dura pared de piedra. Lilith lo miró sobresaltada, llevando rápidamente las manos a su brazo e intentando que la soltase.

Astaroth se acercó a ella intimidante, apretando su cuello.

—¿Tú no me vas a consentir a mí… el qué? —gruñó con los ojos inyectados en ira. Ella apretó los labios mientras golpeaba su brazo para que la soltase. Astaroth la miró de la cabeza a los pies—. Aquí tú no das órdenes de ningún tipo, y menos a mí.

Gruñó frente a ella y la soltó. Lilith cayó al suelo y se llevó la mano al cuello, recuperando el aliento. Astaroth permanecía a su lado, mirando hacia abajo, pero con el mentón en alto demostrando soberbia.

—No vuelvas a molestarme más —ordenó él antes de girarse y seguir su camino.

Lilith vio cómo se alejaba sin girar su cuello hacia él. Astaroth estaba perdiendo la cabeza. Siempre había sido un engreído, por ese mismo motivo había sido enviado a ese lugar, pero debía reconocer que tantos años encerrado en el recipiente no le habían sentado nada bien ni le habían hecho reflexionar lo más mínimo.

Apretó la mandíbula y se puso en pie, con la mirada fija en aquella espalda que cada vez se alejaba más. No, no iba a permitir ni una muerte más de sus hijos. Ahora lo veía claro, Astaroth no quería abrir las puertas del infierno para liberarlos a todos, él solo buscaba su propia forma de vengarse de su padre y arrasar con toda la creación, costase lo que costase. Ni ella ni sus hijos iban a ser ese precio a pagar.

Astaroth siguió caminando hasta que llegó al valle donde sabía que podía encontrar a la mayoría de demonios.

Miró entre todos ellos hasta que lo encontró.

—¡Gadreel! —gritó.

En ese momento se creó el silencio y todos se giraron para observarlo. Alguno de aquellos demonios dio un paso atrás ante la imponente figura de Astaroth.

Gadreel lo miró sin comprender, pero obedeció y caminó en su dirección.

Astaroth se giró y le indicó con un movimiento de cabeza que le siguiese al interior del estrecho pasillo. Gadreel lo obedeció, sorprendido porque lo llamase.

Se situó frente a él.

—Es posible que la división se haya hecho con el grimorio —indicó Astaroth sin preámbulos—. Los vampiros son unos inútiles. Debes conseguírmelo tú.

Lo miró sorprendido.

—¿Yo? —Se arrepintió de haber hecho aquella pregunta, pues Astaroth elevó su mentón y enarcó una ceja. Gadreel tragó saliva y asintió.

—Van de camino a Estambul, vigílalos y, si lo tienen, tráemelo —ordenó.

Gadreel asintió. No quería volver a la Tierra, no quería tener que volver a ver a Anael después de todo lo que había ocurrido entre ellos, pero no podía negarse, sabía que negarse a cumplir una orden de Astaroth significaría que desaparecería, que dejaría de existir.

No dijo nada mientras Astaroth se giraba ofreciéndole su espalda e iniciando su camino de nuevo hacia su estancia. Él ordenaba y sabía que todos obedecerían.

Gadreel inspiró con fuerza y apretó los labios. Quizá lo mejor hubiese sido no involucrarse en eso desde un principio, pero él quería ser liberado también. El simple recuerdo de Anael le estremeció. Intentó apartar aquellos pensamientos y recuerdos de su mente y se concentró en la misión que le había sido encomendada. Él también quería ser liberado y perdonado.

23

Habían aterrizado en el aeropuerto de Estambul sobre las doce y media.

Se habían mantenido aquellas horas en silencio, descansando, pues ninguno de ellos había dormido durante la noche y el cansancio comenzaba a causar estragos. Al menos, aquel par de horas le habían servido para recuperar algo de fuerzas.

Habían llegado al aeropuerto y habían tomado un café en el hangar mientras Kemal iba a buscar un jet más grande y adecuado para un viaje de cinco horas, así como a encargarse del combustible y mirar que estuviese todo a punto.

Un poco más tarde de la una y media de la tarde habían despegado rumbo a Lugo.

Valeria mantenía todo el rato sobre su regazo la mochila con el grimorio en su interior. Por el momento todo iba bien.

—Entonces, ¿se han marchado ya del palacio de Ishak Pachá? —preguntó Miguel.

Aitor asintió con los ojos cerrados.

—Sí —contestó mientras los abría y miraba por la ventanilla. Durante un buen rato el cielo había estado despejado, pero hacía ya una hora que era imposible ver tierra, pues un manto esponjoso de nubes la ocultaba—. Me ha dicho que se marcharían sobre las tres, así que ya deben de estar fuera.

Daniel miró de reojo a Valeria, la cual se encontraba sentada a su lado, apoyando la cabeza en la ventanilla y con los ojos cerrados. Su respiración era tranquila y pausada. Se había sumido en un sueño reconfortante en cuanto habían despegado.

—¿Y Anael? —susurró hacia Aitor—. ¿Estará ya en Lugo acondicionando la habitación para el grimorio?

—Supongo —respondió él—. Ella no necesita aviones como

nosotros para transportarse.

—Ya… ni tendrá *jet lag* —bromeó Víctor cruzándose de brazos y cerrando también los ojos.

Aitor bostezó.

—Eso es lo mejor de todo —indicó él.

Daniel miró por la ventanilla. No sabía qué país de Europa estaban sobrevolando, pero aún había plena luz.

—¿Crees que llegaremos a Lugo para cuando aún haya luz solar?

Aitor hizo un gesto nervioso.

—No lo sé… confío en llegar por los pelos, pero no las tengo todas conmigo. El padre Santiago nos estará esperando en el aeropuerto con agua bendita y, bueno…, crucifijos y todo eso.

Daniel asintió y miró de nuevo a Valeria, aún dormida y sujeta a la mochila que contenía el grimorio.

—Sufrimos un ataque ya en Lugo, en Estambul y en el palacio de Ishak Pachá —intervino Víctor—. Así que es mejor que no esperemos un recibimiento muy tranquilo.

Aitor le dio la razón con un movimiento de cabeza.

—Antes de llegar nos equiparemos y nos prepararemos para lo peor. Si no atacan… mejor, pero hay que estar preparados para todo. —Inspiró hondo—. El palacio de Ishak Pachá estaba cubierto por sellos que nos protegían contra los demonios y solo tuvimos que enfrentarnos a los vampiros, pero en el recorrido hasta nuestro hogar no dispondremos de nada de eso.

—Pero sí de luces solares en nuestros todoterrenos —recordó Víctor. Luego miró confundido a Aitor—. ¿El padre Santiago va a ir al aeropuerto? ¿No es un poco peligroso?

—Me ha dicho que ha santificado una caja para poder meter el grimorio y que los demonios y vampiros no puedan tocarla —explicó Aitor—. Además… ya sabéis que él es especialista en exorcismos. Contra los vampiros no puede hacer mucho, pero sí contra los demonios —acabó informando.

Víctor pareció conforme con su respuesta y se apoyó contra el respaldo.

—Toda ayuda es bien recibida —contestó Víctor.

Daniel se apoyó contra el respaldo y giró su cuello para observar a Valeria, ni siquiera se inmutaba, aunque hablasen, debía de estar rendida. Sin duda, ya le había desaparecido en gran parte la vitalidad otorgada por la transfusión que le había realizado.

Cerró los ojos y aprovechó para descansar un poco. Dejó pasar los minutos y, en un determinado momento, abrió los ojos. Ni siquiera fue consciente del transcurso del tiempo, pero estaba claro por la posición del sol que se había dormido un par de horas.

El movimiento de Valeria a su lado le hizo despertar.

Valeria le sonrió con timidez mientras se pasaba la mano por los ojos y miró a su alrededor. El resto de la división estaba en silencio, alguno de ellos como Víctor o Aitor miraban por la ventanilla, otros permanecían profundamente dormidos.

—Perdona, te he despertado —susurró ella.

Daniel se situó correctamente en el asiento y negó.

—No te preocupes… —Se acercó a ella para mirar por la ventanilla —, de todas formas, creo que ya nos aproximamos. Qué nublado está —se quejó él, pues el cielo que sobrevolaban estaba totalmente cubierto por unas espesas y grises nubes.

—Sí, no hace muy buen tiempo, fijo que está lloviendo —explicó ella mirando por la ventanilla también—. ¿Sabes dónde nos encontramos?

Daniel negó y miró el reloj de su móvil.

—Faltan cinco minutos para las seis. —Volvió a mirar por la ventanilla observando que el sol se acercaba peligrosamente al horizonte. Por lo que veía, en menos de media hora sería noche cerrada. El problema era que los vampiros también representaban una amenaza con la tenue luz del anochecer. Resopló y se puso en pie—. No vamos a llegar con la luz del día —susurró preocupado, caminando por el pasillo rumbo a la puerta de cabina. A su paso, sus compañeros se fueron despertando.

—¿Qué hora es? —preguntó Lucas mientras se estiraba.

Aitor miró el reloj de su móvil también y chasqueó la lengua.

—Casi las seis de la tarde. —Se asomó por la ventana—. Joder —susurró al darse cuenta de la posición del sol.

Se puso en pie y se giró también, obviamente con la intención de dirigirse a la cabina para preguntar, pero se detuvo cuando vio que Daniel llamaba a la puerta y abría.

—Hola, Kemal —comentó.

Kemal se giró para observar y se quitó los cascos.

—Hola —respondió.

—¿Cuánto tiempo queda para aterrizar? —Señaló hacia el sol muy cerca del horizonte—. Se nos agota el tiempo.

—En diez minutos tomaremos pista —explicó.

Daniel se giró hacia Aitor.

—Diez minutos —comentó hacia él—. Gracias —dijo cerrando de nuevo la puerta de cabina.

Aitor se había vuelto a agachar para observar a través de la ventanilla.

—No vamos a llegar a tiempo.

Víctor se acercó también.

—Aterrizaremos con luz, pero luego tenemos un trayecto de cincuenta minutos desde el aeródromo de Rozas a Barxa, cuarenta

minutos si le metemos caña —comentó preocupado.

—Mierda —volvió a decir Aitor. Miró a todos sus compañeros—. En diez minutos tomamos pista, poneos los uniformes.

Todos se detuvieron cuando la voz de Kemal sonó por los altavoces.

—Aquí el capitán, informo de que en diez minutos aterrizaremos en el aeródromo de Rozas.

—Va, va, va… —insistió Aitor.

Todos se pusieron en pie y fueron al final del jet donde guardaban las maletas.

—¿Cómo lo haremos? —preguntó Marcos mientras se quitaba la camiseta.

Valeria se había girado para observarlos, pero se dio la vuelta de inmediato al ver que se desvestían sin ningún pudor.

—Todos iremos en un mismo vehículo —indicó Aitor. Se quitó también la camiseta arrojándola al suelo y miró hacia Valeria—. Valeria, ¿Kemal también vendrá con nosotros?

Valeria no se giró.

—No, volverá a Estambul. Nos deja, reposta y se marcha —indicó ella intimidada por lo que estaba ocurriendo unos metros por detrás.

—De acuerdo, pues… —continuó Aitor mientras se quitaba los pantalones—, con Valeria y el padre Santiago seremos ocho.

—¿Qué hacemos con el otro todoterreno? —preguntó Daniel mientras comenzaba a enfundarse el uniforme por las piernas.

—Ya vendremos a buscarlo mañana. Quiero que vayamos todos juntos —explicó Aitor que se giró y miró en dirección a la muchacha que había soltado la mochila en el asiento de al lado para abrocharse el cinturón—. Valeria, tú llevarás la mochila en todo momento. Nada de llevarla a la espalda, llévala delante para controlarla mejor.

—De acuerdo.

—Nosotros nos armaremos hasta arriba con todo lo que podamos. —Miró a Lucas y a Marcos—. En cuanto el jet toque pista y se detenga en el hangar lleváis las cajas a toda pastilla al todoterreno. —Ambos asintieron—. Miguel —lo señaló—, tú coges al padre Santiago y lo subes en nuestro todoterreno con la caja bendecida.

—Muy bien, jefe.

—Daniel, coges a Valeria y la llevas directamente al todoterreno, nosotros —dijo señalándose a él mismo y a Víctor—, nos aseguraremos de que todo esté correcto y de que ningún demonio ni vampiro se nos acerque. —Miró de nuevo por el óvalo que formaba la ventanilla—. Al menos el aterrizaje lo haremos con los últimos rayos del sol.

—Está muy nublado… —comentó Daniel subiéndose la cremallera —. ¿crees que será suficiente para que los vampiros no se acerquen?

—Eso espero —respondió Aitor que acabó de subirse también la cremallera del uniforme. Fue hacia una de las mochilas y sacó unas llaves—. Víctor —dijo girándose hacia él y lanzándole las llaves—, conduces tú. —Se puso las botas y fue directo hacia la puerta de la cabina para explicarle lo que iban a hacer a Kemal—. Armaos sobre todo con dagas, linternas y alguna pistola… —se situó ante la puerta de cabina—, y, sobre todo, poneos los sellos de protección. —Abrió la puerta y entró en la cabina del piloto—. Hola, Kemal… vamos justos de tiempo, así que esto es lo que vamos a hacer… —comenzó a relatarle todo lo que habían planeado.

Daniel se puso también las botas y junto a sus compañeros fueron colocando todas las armas que podían en su cinturón.

Se giró y observó a Valeria mirando en su dirección. En ese momento, el jet se tambaleó un poco. Todos miraron hacia las ventanillas donde se podía observar que estaban descendiendo y atravesando unas esponjosas nubes.

—Sí, directo al hangar —comentó Aitor saliendo de la cabina—. Muchas gracias por todo y espero verte pronto. Infórmanos cuando llegues a Estambul, sea la hora que sea.

—Claro —respondió Kemal—. Buena suerte.

Daniel fue hacia ella y la cogió del brazo intentando levantarla mientras miraba por la ventanilla.

—Eh, que tengo el cinturón puesto —se quejó ella desabrochándoselo.

El avión volvió a moverse de un lado a otro mientras seguía atravesando las oscuras nubes de tormenta.

Finalmente pudieron ver tierra. En ese momento no parecía que lloviese, pero había poca claridad y el fuerte viento provocaba unos movimientos bruscos en el jet, zarandeándolo de un lado a otro.

—Madre mía —se quejó ella, pero Daniel la puso en pie—, ¿qué quieres? —preguntó de los nervios por las turbulencias del jet.

—Prepararnos —comentó.

Valeria cogió la mochila y se pasó las correas de esta por delante de los brazos, dejándola recostada sobre su pecho y su barriga.

De nuevo el jet volvió a zarandearse y Valeria se obligó a sujetarse al asiento.

—Vamos, vamos… —comentó Aitor pasando por su lado.

Daniel se fijó en que ya se veía la pista de aterrizaje.

Cogió a Valeria del brazo y se dirigió con sus compañeros hacia la puerta de salida del jet. Sí, el ambiente estaba muy oscuro. La pista estaba mojada, pero, por suerte, en aquellos momentos no llovía.

Todos se movieron de un lado a otro cuando finalmente el jet tocó tierra.

—Hay que ir lo más rápido posible —indicó Aitor llevando su

mano hacia la palanca del avión que le permitiría abrir la puerta y que las escaleras descendiesen.

Daniel sujetó con fuerza a Valeria por la cintura ante el frenazo del jet. Valeria se sujetó con fuerza a sus hombros y, cuando consiguió mantener el equilibrio, miró a través de la ventanilla. El jet se dirigía a gran velocidad hacia el hangar.

—Sujétate fuerte, nos vamos a mover muy rápido, ¿de acuerdo? —comentó Daniel. Valeria asintió haciendo caso a lo que decía—. Es mejor que cierres los ojos, puedes marearte.

—De acuerdo —dijo ella cerrando los ojos y preparándose, pues sabía que en cualquier momento Aitor abriría la compuerta y todos saldrían disparados hacia el vehículo.

—No parece que haya vampiros —dijo Víctor mirando la entrada. Su mirada voló directamente hacia la furgoneta vieja del sacerdote—. El padre Santiago ya está aquí.

Aitor miró a Miguel.

—Encárgate de él. —Colocó sus dos manos en la palanca y esperó a que todo el jet estuviese dentro del hangar—. Vamos allá —pronunció antes de abrir la puerta y que una corriente de aire helado hiciese que los cabellos de Valeria volasen hacia atrás.

Víctor aceleró el todoterreno al máximo.

Habían sido realmente rápidos. Valeria ni siquiera se había dado cuenta de cómo habían llegado hasta el todoterreno, había sentido una intensa corriente de aire fruto de la velocidad a la que se movían y al siguiente segundo se encontraba sentada en la parte trasera del todoterreno.

—Eh, ¿qué hacéis? ¿Qué pasa? —preguntó el padre Santiago apareciendo a su lado.

Ella lo miró asombrada y, al momento, el resto de la división entró en el todoterreno y cerraron las puertas.

—¡Acelera! —gritó Aitor a Víctor que conducía.

El todoterreno salió derrapando del hangar en dirección a la carretera que los llevaría en dirección a Barxa.

—¡Mi furgoneta! —se quejó Santiago.

Miguel que se había sentado a su lado le sonrió con ironía.

—Hola padre, nos alegramos mucho de verle… —dijo cogiéndole una caja que llevaba en su regazo—. ¿Es la caja bendecida?

El sacerdote asintió aún desorientado. Miguel no le había dicho nada, simplemente había aparecido ante él y lo siguiente que recordaba era encontrarse dentro del todoterreno de la división.

—El grimorio —dijo Aitor girándose y miró la mochila—. ¿Cabe todo o lo sacamos?

—Creo que mejor sácalo de la mochila, lo meteremos con la caja

en la que se encuentra —pronunció Miguel.

Sacaron con cuidado la caja donde se encontraba el grimorio y la introdujeron en la caja del padre Santiago, una caja bastante vieja, pero que, por lo visto, había bendecido. Sería un escudo más para evitar que demonios y vampiros pudiesen hacerse con él.

—¿A qué viene todo esto? —repitió el padre.

Aitor se giró hacia él.

—Padre, está anocheciendo… —comentó Aitor—, y los vampiros andan a la caza…

—Hay que llegar lo antes posible a Barxa —explicó Daniel mientras introducía la caja en la bendecida por el padre Santiago—. ¿Trae agua bendita y cruces?

Santiago asintió rápidamente y se llevó la mano al bolsillo. Extrajo una botellita de agua bendita y varias cruces.

—Estupendo —comentó Aitor desde delante. Miró a Víctor que conducía a gran velocidad por las curvas—. Acelera más.

—¿Más? —ironizó Víctor—. Voy a más de ciento veinte por una carretera de setenta.

Aitor resopló y observó cómo el sol se ponía tras las altas montañas. Sabía lo que significaba aquello. Con suerte el plan de Anael funcionaría y los vampiros y demonios creerían que el grimorio se encontraba aún en Turquía, pero algo le decía que no, que Astaroth no iba a ser tan tonto.

—Mierda —susurró al ver que los rayos de sol se escondían ya tras las montañas—. ¿A cuánto estamos de casa?

—A esta velocidad tardaremos poco más de media hora —indicó Víctor.

Se quedó pensativo un instante.

—Demasiado tiempo —respondió agobiado. Se giró y observó cómo Daniel cerraba la mochila con el grimorio en su interior—. Padre, ¿ha hablado con Anael?

—Esta tarde… —explicó—, sobre las cuatro, me dijo que iría a vuestra casa para preparar la habitación de conjuros y proteger ahí el grimorio.

Aitor se incorporó y extrajo de la mochila el móvil. Buscó en la agenda el teléfono de Anael y miró por la ventana. Anael descolgó al segundo tono.

—Hola, ¿ya estáis aquí? —preguntó ella directamente.

Aitor activó el manos libres para que todos escuchasen la conversación.

—Sí, estamos de camino a Barxa.

—¿Cuánto os queda? —preguntó apresurada.

Víctor se removió un poco incómodo.

—Acabamos de pasar la ciudad de Lugo, creo que una media hora

más o menos —comentó acelerando más.

—Ya no hay luz solar —explicó Aitor mirando a través de la ventana—. ¿Está todo preparado?

—Sí, ya está todo —confirmó Anael—. He añadido unos cuantos sellos de protección más y he realizado el hechizo de invisibilidad en la mesa donde colocaremos el grimorio.

—Estupendo —canturreó Aitor—. Cuando nos falten diez minutos para llegar te avisamos para que… —se quedó callado cuando un aullido sonó a lo lejos.

Todos se removieron nerviosos en el vehículo y comenzaron a mirar por la ventanilla. No se observaba nada, pero aquel aullido era imposible de ignorar.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Anael a través del manos libres.

Aitor miró hacia el cielo ya oscuro, cubierto de aquellas gruesas nubes que auguraban una gran tormenta.

—Vampiros —comentó mirando con atención—. Conecta la luz solar —ordenó a Víctor que las encendió de inmediato.

Las luces eran un poco más potentes que la luz larga de cualquier todoterreno, aunque con la particularidad de que era más brillante.

—Se acercan —susurró Daniel girándose para observar a través de la luna trasera.

—¿Los ves? —preguntó Aitor acelerado.

—No —respondió Daniel que no dejaba de mirar de un lado a otro, igual que sus compañeros.

—¿Necesitáis ayuda? —preguntó Anael con urgencia.

—De momento no —respondió Aitor—. Pero cualquier cosa te aviso. Cuando te llame prepara la puerta del garaje para abrirla en cuanto nos veas aparecer.

—De acuerdo —contestó ella.

Un fuerte golpe sonó en la parte más elevada del todoterreno, lo que hizo que Víctor, durante unos segundos, hiciese zigzaguear el vehículo.

Valeria tragó saliva mientras miraba hacia el techo del vehículo.

—Parece que no los hemos logrado despistar —indicó Daniel.

—¿Están…?

Otro aullido muy potente les hizo estremecerse. ¿Se encontraba sobre el techo del vehículo? Supieron que era así cuando escucharon más pasos.

Víctor movió el todoterreno de un lado a otro mientras tomaba las curvas intentando echarlo fuera, pero sabía que los vampiros, al igual que ellos, disponían de una fuerza sobrenatural y no sería tarea fácil echarlo a la carretera.

Víctor centró la vista en la carretera. Más golpes sonaron sobre el techo y, de repente, uno de los vampiros saltó sobre el capó del

vehículo, de rodillas, mostrando con actitud agresiva los colmillos hacia ellos. Víctor movió el todoterreno de un lado a otro, pues el vampiro tapaba toda su visión.

—¡Joder! —gritó Aitor antes de encender la linterna y enfocarlo con la luz, convirtiéndolo en cenizas al momento.

—¡Hijo de puta! —exclamó Víctor antes de volver a su carril.

Pero los pasos sobre el techo del vehículo sonaron de nuevo. No estaban solos, al menos debía de haber dos más.

—¡Las linternas! —ordenó Aitor mientras enfocaba hacia delante, al capó, para que los vampiros no pudiesen situarse de nuevo sobre él.

Daniel cogió la suya y la encendió, pero antes de que pudiese enfocar hacia el cristal este estalló en cientos de pedazos ante la patada de uno de los vampiros.

—¡El grimorio! —exclamó Aitor girándose hacia atrás con la linterna, pero su ventanilla estalló también en cientos de trozos haciendo que Víctor se saliese durante unos segundos al arcén y provocase que el todoterreno botase sobre sí mismo por los baches.

Uno de los vampiros que iban sobre el techo, se agachó y se introdujo por la ventanilla.

—¡Hijo de puta! —gritó Daniel dándole con todas las fuerzas de su codo en la mandíbula. El vampiro gritó hacia ellos mientras Valeria sujetaba con fuerza el grimorio en su pecho y se convertía en un ovillo.

—Padre nuestro que estás en el cielo… santificado sea tu nombre…. —susurró el sacerdote ante los gritos exaltados de todos, sujetando la cruz entre sus dedos.

El estallido de la otra ventanilla trasera hizo que todos volviesen a agachar su cuerpo para evitar los cortes producidos por la explosión de los cristales.

Los vampiros estaban siendo sumamente agresivos.

El vampiro que permanecía enganchado en el techo fijó su mirada en Valeria.

—¡Matadlo! —gritó Aitor.

Daniel cogió la daga y directamente la clavó en su pecho antes de que el vampiro consiguiese realizar otro movimiento.

Todos movieron sus manos quitándose las cenizas de encima, pues con la corriente de aire la ceniza viajaba por todo el todoterreno.

Santiago se pasó la mano por la cara y por la boca.

—Puaaaj —se quejó con asco mientras sacudía su cabello.

Otro vampiro hizo acto de presencia intentando entrar por la ventanilla, pero Marcos lo apuntó con la linterna desintegrando media parte de su cuerpo.

—Necesitamos la luz solar en el interior —gritó Daniel mientras se echaba un poco más sobre Valeria, protegiéndola.

—Si activáis la luz en el interior no podré ver bien, en el interior es muy intensa y me cegará —respondió Víctor rápidamente mientras escuchaban a varios vampiros más aterrizar sobre el techo.

No iban a detenerse hasta conseguir proteger el grimorio, el problema era que aún quedaba mucho camino por recorrer, demasiado.

Lucas y Marcos extrajeron sus armas y se situaron al lado de cada una de las ventanillas sin cristal. Marcos golpeó con el codo los cristales que aún quedaban de la ventana y se asomó.

Extrajo parte de su tronco y con la linterna enfocó la parte superior del techo donde suponía que debía de haber más vampiros, pues los pasos y golpes no dejaban de sucederse.

No supo si había conseguido limpiar de vampiros el techo, pero los golpes cesaron.

Miguel saltó de su asiento trasero al maletero y abrió la trampilla para extraer más armas.

—Hay más linternas —comentó sacándolas. Luego miró hacia arriba esperando escuchar algún golpe más, pero parecía que Marcos había conseguido limpiar el vehículo de vampiros por el momento.

Valeria tragó saliva mientras se apartaba el cabello de la cara, pues la corriente de aire que entraba al todoterreno era fuerte.

—¿Se… se han ido? —preguntó preocupada.

Daniel, echado prácticamente sobre ella, también miró hacia arriba y después hacia los lados.

—Parece que sí, pero no creo que tarden en atacar de nuevo.

Aitor se mantenía enfocando con la linterna hacia el capó para que no volviesen a saltar sobre este y quitarle visibilidad a Víctor que conducía como un poseso.

No hizo falta que Aitor diese ninguna orden más. Miguel tendió a cada uno de ellos, incluso a Santiago y a Valeria, todas las linternas que llevaban y las encendieron enfocando al exterior, intentando evitar que pudiesen acercarse al todoterreno.

Víctor tomó una curva un poco cerrada a demasiada velocidad haciendo que todos se desplazasen hacia un lado.

—Cuidado —le previno Daniel.

—No me toques las narices… —contestó Víctor con los dientes apretados—, estoy intentando ir lo más rápido que puedo.

Valeria se incorporó levemente sobre el asiento sujetando con fuerza la caja, con la respiración acelerada y apuntando con la linterna hacia afuera, en la misma dirección que Daniel.

—Vamos a atravesar un pequeño poblado —indicó Víctor.

—¿Cómo se llama? —preguntó Marcos intentando saber a qué distancia se encontraban de Barxa.

—¡Y yo qué sé! —continuó Víctor con tono frenético—. No me he

fijado en el nombre.

—¿No puedes rodearlo? —preguntó Daniel.

—¿Quieres que nos perdamos? ¡Joder! —gritó.

—Sigue recto —indicó Aitor—. No nos vamos a desviar del rumbo. Además, a estas horas y con el tiempo que hace no creo que nos encontremos a nadie por la calle.

—Los pueblos aquí son cuatro casas —explicó Santiago desde atrás.

—Perfecto —dijo Aitor sin dejar de enfocar hacia delante—. ¿A cuánto debemos estar, padre?

—¿Cómo voy a saberlo sin el nombre del pueblo? —preguntó irónicamente con la voz bastante aguda.

Daniel se fijó durante unos segundos en Valeria. No la había escuchado quejarse en ningún momento, pero se dio cuenta de que una gota de sangre resbalaba por su mejilla. En su frente había un pequeño corte provocado por la explosión de los cristales de la ventanilla.

—¿Te duele? —le preguntó.

Ella lo miró sin comprender y llevó la mano hacia la mejilla como si no fuese consciente de la herida que tenía.

—No me había dado ni cuenta —respondió observando sus dedos teñidos de rojo.

Daniel asintió y volvió a mirar con atención en dirección a la ventanilla rota por donde entraba una corriente helada.

Víctor miró atento hacia delante, hacia la carretera que en esos momentos era larga y recta, con tres casas a un lado de la carretera. Suponía que aquel pequeño poblado debía de tener alguna casa más a ese lado, aunque no tenía tiempo de averiguarlo. Parpadeó varias veces cuando intuyó ver una figura al final de la carretera. Entornó los ojos. A lo lejos podía ver a un hombre situado en un lateral. Llevaba un abrigo largo de color negro y miraba atento hacia su vehículo.

—¿Qué cojones…? —preguntó—. ¿Quién es ese?

Todos miraron hacia delante asombrados, sin que Víctor redujese la velocidad. Solo esperaba que a ese loco no le diese por cruzar en ese momento.

Nadie dijo nada, aunque al acercarse todos se sorprendieron cuando aquel hombre elevó la pierna como si se dispusiese a golpear el vehículo.

Valeria se sujetó con fuerza a la caja cuando sintió cómo todo el vehículo se desplazaba a un lado patinando sobre el asfalto.

El golpe fue extremadamente fuerte, desviando el todoterreno de su trayectoria, y aunque Víctor intentó controlarlo no pudo evitar que este girase y comenzase a dar vueltas de campana sobre el arcén.

Por suerte, Valeria llevaba el cinturón puesto y no salió despedida

cuando el vehículo comenzó a girar sobre sí mismo, poniéndola boca abajo varias veces. Sintió cómo Daniel se situaba sobre ella, protegiéndola, pero se obligó a cerrar los ojos ante el mareo de dar tantas vueltas.

24

Daniel se puso de rodillas en el interior del vehículo, igual que el resto de sus compañeros de la división.

—Padre, padre… —gritó Miguel ayudándolo a incorporarse.

El todoterreno había quedado boca abajo sobre el arcén.

Miguel ayudó a incorporarse a Santiago que parecía aturdido.

—¿Está bien, padre Santiago? —preguntó mientras lo ayudaba.

Santiago asintió y miró de un lado a otro intentando ubicarse. Se había hecho una brecha en la cabeza y sangraba profusamente.

Daniel dejó de abrazar a Valeria, pues la había mantenido entre sus brazos durante todos los giros que había dado el todoterreno.

—¿Estás bien?

Ella también se encontraba desubicada, como si no comprendiese lo que estaba ocurriendo.

—¿Qué… qué ha pasado? —preguntó llevándose la mano a la frente, notando la herida que se había hecho poco antes.

—Nos han golpeado —señaló Víctor mientras se incorporaba sobre el techo del suelo que en ese momento se encontraba sobre la tierra.

—¿Quién? —preguntó Aitor asomándose a la ventana.

Su mirada voló directamente hacia aquella silueta alejada varios metros de ellos. Era un hombre corpulento, de cabello corto y castaño, vestía un traje y un abrigo largo color negro.

—No es un vampiro, eso está claro —respondió con la mirada clavada en él. ¿Quién era ese hombre? Desde luego no era un civil normal, la fuerza que destilaba era impresionante, mucho más que la de ellos. El todoterreno debía de ir a una velocidad superior a ciento veinte kilómetros por hora, sin embargo, al pasar a su lado había golpeado con su pierna el todoterreno, desplazándolos a gran velocidad.

Tragó saliva cuando vio que ese hombre los miraba y comenzaba a

dar pasos en su dirección, lentamente.

Aitor golpeó la puerta del todoterreno y esta salió disparada.

—Vamos, fuera, fuera —gritó con urgencia.

Daniel miró a través de los cristales rotos y, aunque estaba a bastante distancia, pudo ver cómo caminaba hacia ellos, sin prisa, con toda la calma del mundo.

—Mierda, mierda… —gritó mientras se movía rápidamente para ayudar a Valeria a salir del todoterreno.

Aitor ayudó al resto de sus compañeros y extrajo una daga, aunque algo le decía que contra aquel hombre no podría hacer nada, lo rodeaba un aura de peligrosidad y fuerza difíciles de describir.

Salieron del todoterreno arrastrándose y miraron en aquella dirección.

—¿Quién cojones es ese? —preguntó Daniel mirando en dirección a aquel hombre cada vez más cercano.

—Oh, no… —susurró el padre llamando la atención de todos y, acto seguido, hizo la señal de la cruz llevándose la mano a la frente, al pecho y a cada lado—, protégenos, Dios mío.

Daniel lo miró contrariado mientras ayudaba a Valeria a ponerse en pie.

—¿Sabe quién es? —preguntó mientras la ponía en pie, pues Valeria aún permanecía aturdida. Daniel tragó saliva y lo observó, la niebla baja que recorría en aquel momento el asfalto de la carretera le daba un aspecto más tenebroso. Daniel situó a Valeria a su espalda para protegerla y todos extrajeron sus dagas.

—N-n-no… —tartamudeó Santiago retrocediendo unos pasos hacia atrás, asustado—, no podréis hacer nada con esas dagas… —dijo sujetando la cruz entre sus dedos. Todos lo miraron sin saber qué hacer, ¿por qué Santiago se asustaba tanto? Lo habían visto luchar contra demonios y jamás habían visto una cara de terror como esa—. No… no podemos hacer nada contra… contra él. —Directamente elevó el crucifijo hacia él—. Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre… —dijo estirando el brazo hacia delante, en su dirección, pero la cruz salió disparada de su mano y se estrelló contra un árbol haciéndose añicos.

Todos dieron un paso hacia atrás, ni siquiera sabían a quién o a qué se enfrentaban.

—¿Qué narices está pasando? —gritó Víctor dando unos pasos hacia atrás. Miró de un lado a otro y su rostro se iluminó al descubrir que, sobre una pequeña colina, había una ermita—. ¡Allí! —gritó mientras daba pasos hacia atrás.

Aitor miró en aquella dirección, la ermita era pequeña, pero sería un buen lugar para esconderse, sabía que los demonios y los vampiros no entrarían allí fácilmente.

—¡Corred hacia allí! —exclamó Aitor.

Daniel cogió a Valeria de la cintura y Miguel al padre Santiago, desplazándose rápidamente hacia el lugar en cuestión de segundos.

Se situaron enfrente de la ermita, pero cuando Aitor intentó abrir la puerta de madera, esta estaba cerrada.

Se giró para observar que aquel ser comenzaba a subir la colina sin detenerse un segundo.

Los aullidos de los vampiros hicieron que todos elevasen su mirada hacia el cielo.

—Joder… ¡abre la puerta! —gritó Víctor mientras extraía el arma de su cinturón y disparaba en dirección a aquel hombre una ráfaga de cinco disparos.

Tragó saliva y miró sobresaltado cómo él elevaba su mano y seguía su camino, deteniendo las balas que cayeron al suelo casi sin ningún esfuerzo por su parte.

Aitor elevó su pierna y golpeó la puerta de la ermita.

El interior era más grande de lo que habían pensado en un principio. Sus paredes eran de piedra. Había unos treinta bancos de madera a cada lado formando un pasillo hasta llegar al altar donde varias velas encendidas iluminaban aquella zona. A cada lado había figuras de la Virgen María y de diversos santos.

Entraron al interior y Aitor cerró de inmediato la puerta de madera, no sin antes cruzar una mirada con aquel hombre que los seguía y que se acercaba cada vez más. Pudo ver, en ese momento, cómo varios vampiros aparecían cerca de él.

—Necesitamos a Anael… —susurró Santiago retrocediendo hacia el altar.

—¿Quién cojones es ese? —preguntó Daniel siguiéndolo mientras Aitor y Miguel cerraban la puerta.

Iba a cerrar la puerta del todo cuando una voz femenina apareció a su lado.

—Gadreel —susurró.

Aitor y Miguel se giraron sobresaltados para encontrar a Anael a sus espaldas. La miraron sorprendidos.

—¿Qué…? —preguntó Miguel—, ¿qué haces aquí?

Ella apretó los labios y corrió junto a ellos hacia el altar.

—Tenemos problemas —susurró ella mientras todos se detenían ante el altar.

Contempló a todos los miembros de la división. El padre Santiago se encontraba entre Aitor y Miguel, Valeria cogía la mano de Daniel, nerviosa, mientras Marcos, Lucas y Víctor se aseguraban de tener sus armas cargadas con balas.

—¿Qué clase de problemas? —preguntó Aitor—. Ese tío ha desplazado nuestro todoterreno como si fuese un coche de juguete…

—Sin hablar de que ha retirado la cruz del padre Santiago de su mano a distancia y la ha estampado contra un árbol —recordó Daniel.

Ella tragó saliva y miró hacia la puerta.

—Es muy poderoso, esas armas no servirán de nada…

Daniel se removió nervioso.

—Bueno… mmm… —tendió los brazos hacia ella—, por muy poderoso que sea tú eres un ángel. —Miró al resto de la división—. ¡Tenemos a un ángel en nuestro equipo!

Ella chasqueó la lengua.

—Y los demonios no pueden entrar en la iglesia, ¿verdad? —preguntó Víctor acelerado.

Ella apretó los labios, se le notaba inquieta, jamás la habían visto así.

—Bueno, eso no es del todo así… —titubeó un poco—, él no… no es un…

Se quedaron en silencio cuando notaron cómo el suelo comenzaba a vibrar. Las velas que había sobre el altar comenzaron a repiquetear sobre este amenazando con caerse.

De repente, las vidrieras con símbolos de ángeles saltaron por los aires y una enorme corriente de aire entró en el interior de la ermita.

Todos elevaron su mirada hacia arriba observando cómo las dos lámparas que colgaban del techo comenzaban a bambolearse por el movimiento, como si hubiese un terremoto.

Anael tragó saliva y se giró lentamente, con todo el cuerpo en tensión.

Ahí estaba, Gadreel entró en la ermita mientras todo comenzaba a temblar con más fuerza, como si el lugar provocase su rechazo.

Avanzó por el pasillo creado entre los bancos a cada lado, haciendo que con cada paso los bancos de madera se apartasen de él, como si una fuerza invisible los impulsase hacia un lado, alejándose de Gadreel.

Anael inspiró con fuerza mientras lo veía acercarse. Sabía a lo que había venido, pero no pensaba consentir que se llevase el grimorio.

Dio un paso hacia delante dejando a la división a su espalda. Coincidió la mirada con él. Gadreel tenía una mirada decidida.

—Marchaos —susurró Anael hacia la división mientras adoptaba una postura apta para entrar en combate.

Santiago dio un paso hacia delante tratando de frenarla.

—Anael, no… —susurró.

—¡Marchaos! —ordenó ella de nuevo sin apartar la mirada de Gadreel, el cual también se preparaba para defenderse de un ataque.

Miguel tiró del brazo de Santiago para que los siguiese. Corrieron rodeando el altar y bajaron unas escaleras.

Fueron hacia una puerta y la abrieron. Había un largo pasillo que

daba a otra puerta, corrieron por este y Aitor la abrió. Había confiado en encontrar una puerta trasera para huir de allí, pero se encontraban ante la sacristía, una habitación pequeña sin una vía de escape.

Anael lo miró fijamente, sin moverse.

—Gadreel, por favor… no lo hagas. No tienes por qué hacerlo —suplicó.

Él la escudriñó con la mirada.

—Claro que tengo que hacerlo, Anael. Tú más que nadie deberías comprenderlo. —Ella apretó los labios al escucharle pronunciar aquellas palabras—. Cada uno tiene su misión, y, cómo no, de nuevo, estamos en bandos diferentes.

—Aún puedes cambiar —insistió ella.

Gadreel la miró fijamente, durante unos segundos pareció dudoso, pero finalmente alzó los brazos en señal de lucha.

—Sabes que no puedo hacerlo, Anael.

Ella tomó aire y adoptó la misma postura que él.

—No te lo permitiré —susurró ella.

Dicho esto, Anael desapareció de su vista y apareció ante él, pero Gadreel fue igual de rápido que ella y paró el golpe situando su brazo por delante. Anael lo bajó, juntó los dos brazos y golpeó con fuerza el estómago de él, distanciándolo, haciéndolo retroceder.

Gadreel resbaló hacia atrás y se detuvo con la fuerza de las piernas.

—Sigues siendo igual de buena luchadora —comentó él.

—Siento no poder decir lo mismo de ti —ironizó ella antes de volver al ataque y golpearlo con un rápido movimiento de su pierna, pero Gadreel lo esquivó y la empujó con su cuerpo hacia atrás.

Santiago fue el primero en entrar en la sacristía.

—Aquí estaremos a salvo —dijo entrando acelerado. Todos lo siguieron. Santiago se acercó y tendió los brazos hacia Valeria—. Dame la caja. Yo la protegeré.

Valeria miró de reojo a Daniel, el cual asintió y ella se la entregó de inmediato mientras la división cogía sillas e incluso una mesa para bloquear la puerta.

La sacristía no tenía ninguna luz, pero a través de las altas cristaleras entraba la poca claridad del exterior que, aunque escasa, era suficiente para manejarse.

Era una sala rectangular a lo largo. A su derecha había un gran altar dorado donde debían guardar todos los ornamentos necesarios para practicar la misa, precedido en lo alto por una gran cruz. Sobre el altar había un cáliz en el que aún quedaba un poco de vino consagrado de la última misa realizada aquel día. Después del altar había un armario donde los sacerdotes que oficiaban las misas guardaban sus hábitos. Aitor y Daniel fueron rápidamente hacia el

armario y lo movieron hacia la puerta. Por lo que habían visto no era fácil frenar a aquel ser, pero harían todo lo posible. Valeria miró a su alrededor. No era una estancia muy grande, pero en las paredes permanecían colgadas infinidad de cruces de madera y el retrato del Sagrado Corazón de Jesús. Confiaba en que todo eso pudiese detener el avance de aquel ser.

Miró hacia el padre Santiago que se había agachado con la caja y la abría para extraer de ella la caja más pequeña que contenía el grimorio. Cogió la cajita y la situó al final de la estancia, situando sobre esta su rosario.

Valeria tragó saliva sin saber qué hacer o cómo ayudar en aquella situación tan desesperada. Estaban totalmente atrapados allí, sin escapatoria. Contempló a Santiago que se arrodillaba ante el altar y comenzaba a rezar.

Sintió cómo sus ojos se humedecían y observó a la división intentando bloquear la puerta con todo lo que podían. Una vez no quedó nada que poder situar ante ella para evitar el paso, se situaron justo enfrente y extrajeron sus armas apuntando a la puerta.

Gadreel saltó esquivando la pierna de Anael y bloqueó el brazo de ella que pretendía golpearle con el codo en la cara. Situó una mano cerca de su estómago y, sin necesidad de tocarla, la impulsó hacia atrás alejándola de él.

—¿Crees que vas a poder conmigo? —le preguntó Gadreel mientras ella se ponía firme y adoptaba de nuevo una postura de lucha—. Apártate de mi camino, Anael —ordenó—, no quiero hacerte daño.

Ella ignoró totalmente su comentario y apareció de nuevo ante él, en un movimiento muy rápido esquivó el brazo de él y, al igual que Gadreel había hecho, lo impulsó con una onda hacia atrás. Gadreel corrió hacia ella y dio un fuerte salto para sobrepasarla por encima, pero ella se elevó rápidamente y le bloqueó el paso arrojándolo al suelo.

—No voy a permitírtelo, Gadreel. No voy a dejar que te lleves el grimorio —exclamó antes de que Gadreel hiciese rodar su cintura sacándosela de encima.

Anael intentó esquivarlo, pero no pudo evitar el golpe con el pie que la arrojó por los suelos haciéndola rodar.

Anael gimió, pero volvió a ponerse en pie lentamente. Gadreel se había levantado y puesto firme. Sabía que era un buen luchador, incluso mejor que ella.

—Te lo voy a pedir por última vez —rogó ella—, si alguna vez valoraste nuestra amistad, lo que tuvimos… márchate —le suplicó.

Gadreel puso su espalda recta y tragó saliva. Aquello no le gustaba, no deseaba aquello, no deseaba tener que enfrentarse a ella. Aunque

en un pasado muy lejano hubiesen tomado caminos muy diferentes, entre ellos dos hubo alguna vez algo más que una amistad.

—¿Amistad? —ironizó él—. Entre nosotros hubo mucho más que una amistad, pero tú me traicionaste —acabó susurrando como si aún le afectase.

Ella negó.

—No te equivoques, tú nos traicionaste a todos —le recordó ella—. Si me hubieses hecho caso, si… —tuvo que callarse cuando Gadreel avanzó rápidamente hacia ella y detuvo su golpe con el brazo. Acto seguido, Anael esquivó su otro brazo y se agachó cuando Gadreel intentó golpearla. Desapareció un segundo y apareció a su lado golpeándole con la rodilla en el costado, pero Gadreel no se detuvo y la cogió del brazo, la llevó hacia él y la golpeó con su hombro, agachándose levemente e impulsándola hacia atrás.

—Lo hecho, hecho está —sentenció Gadreel mientras ella se ponía en pie de nuevo, obstaculizándole el paso—, y ahora nada puede cambiarse —pronunció antes de arremeter de nuevo contra ella. Anael esquivó el primer golpe, pero no el segundo.

Gadreel situó su mano en su estómago y la impulso con tal fuerza que salió despedida contra la pared de la ermita golpeándose fuertemente. El golpe fue tan violento que Anael cayó al suelo y parte de la pared cayó sobre ella.

Gadreel la observó tendida en el suelo unos segundos. Sus ojos reflejaron arrepentimiento en ese momento, pero debía cumplir su misión.

—Lo siento, Anael —susurró antes de avanzar hacia el altar, rodearlo y tomar el pasillo que lo llevaría hacia la sacristía, donde sabía que la división permanecía escondida.

Daniel se situó frente a Valeria, igual que el resto de la división, apuntando con sus armas hacia la puerta, sin saber qué pasaría a continuación.

Valeria se había arrodillado junto al sacerdote y parecía estar rezando una oración.

El silencio era abrumador, tanto que asustaba.

Ni siquiera sabían qué había hecho Anael. Sabían que era fuerte, muy fuerte, pero también habían presenciado la fortaleza de aquel ser que los había desplazado de la carretera sin ningún esfuerzo.

Les pareció escuchar unos pasos y Aitor se acercó un poco más a la puerta para escuchar. Todos se pusieron en guardia, incluso Valeria y Santiago giraron sus cabezas mirando hacia la puerta. Valeria sintió cómo una gota de sudor frío producido por los nervios caía por su frente, no podía siquiera controlar su respiración ni los rápidos latidos de su corazón.

—¿Es… Anael? —susurró ella temblorosa.

Aitor elevó una mano para que guardasen silencio mientras se acercaba a la puerta para escuchar. Sí, alguien se acercaba por ese pasillo.

No pudieron reaccionar. Todo saltó por los aires. La puerta, la silla, el armario… todo estalló en mil pedazos con tanta fuerza que los arrojó a todos al suelo.

Daniel se incorporó de inmediato y lo primero que hizo fue mirar a Valeria que había caído al lado de él.

Todos contuvieron la respiración cuando parte de las astillas de la puerta y el armario se quedaron suspendidas en el aire y Gadreel dio un paso al frente entrando en la sacristía. Pudieron observar, totalmente anonadados, cómo todos los símbolos religiosos se giraban, incluso el vino del cáliz se alzaba hacia el techo. Las cruces se giraron rápidamente convirtiéndose en invertidas y el retrato del Sagrado Corazón cayó al suelo haciéndose añicos.

—No —susurró Aitor poniéndose en pie con sus dos armas.

Santiago corrió hacia la caja y se situó arrodillado frente a ella, intentando protegerla, aunque sabía que nada podía hacer frente a él.

El resto de la división se puso en pie rápidamente y elevaron sus armas hacia él, pero antes de que ninguno tuviese tiempo de apretar el gatillo, Gadreel elevó su mano derecha lentamente.

La sensación de ingravidez se apoderó de sus cuerpos. Aquel hombre tenía más poder del que jamás habían visto, más incluso que el gran hechicero de Thelema, Farid.

Daniel y sus compañeros sintieron cómo se elevaban hasta el techo, quedando allí retenidos, dejando vía libre a ese ser. Todos flotaban, excepto Santiago que permanecía arrodillado ante la caja con sus dos manos unidas y sin dejar de rezar.

Valeria sintió cómo se le cortaba la respiración al chocar contra el techo y permanecer allí suspendida, sin apenas poder moverse, era como si hubiese perdido el control de todo su cuerpo. Su mirada coincidió con la de Daniel durante unos segundos, el cual luchaba desesperadamente por liberarse de aquella fuerza y descender, pero era imposible.

Aitor intentaba impulsarse hacia abajo, pues la presión que ejercía aquella fuerza contra el techo era tan fuerte que parecía que fuesen a fundirse con él.

Aitor abrió los ojos al máximo al observar una de sus armas de fuego a pocos centímetros de él, también suspendida. Intentó estirar el brazo hacia ella, pero era demasiado difícil.

Daniel gruñó mientras miraba a Gadreel caminar lentamente hacia Santiago que permanecía de rodillas.

—¡Nooo! —logró gritar, pero sin lograr ningún efecto.

Gadreel se situó justo enfrente de Santiago, el cual no elevó su

mirada, permanecía totalmente concentrado en sus plegarias.

—¡Padre! —gritó Aitor intentando alcanzar el arma.

—¡Basta! —gritó Víctor también intentando llegar a otra arma para defender al padre Santiago. Sabía lo que ocurriría a continuación.

Todos gritaron cuando el padre Santiago se elevó también con un grito, notando cómo todos sus músculos se contraían por aquella fuerza sobrenatural que lo elevaba.

—¡Nooo! —gritó Aitor intentando alcanzar el arma. Apretó los dientes y con un fuerte rugido logró tocar el frío acero del arma.

—¡Suéltalo! —ordenó Daniel que contemplaba la situación sin poder moverse ni un ápice.

Gadreel se acercó a Santiago, el cual lo observaba con temor, extendiendo sus brazos hacia los lados y a poco menos de un metro de altura del suelo.

Gadreel únicamente negó ante él y miró a su espalda. Allí estaba, lo que tanto ansiaba y necesitaba.

Se agachó para coger la caja que sabía que contenía el grimorio justo cuando una fuerza invisible lo desplazó hacia atrás, haciendo que retrocediese resbalando sobre el suelo.

La mirada de Gadreel se clavó en los ojos azules de Anael que se había materializado ante el padre Santiago.

—Anaeeel —gruñó Gadreel cargándose de paciencia.

En ese momento, todos cayeron al suelo con un fuerte golpe. Daniel se movió rápidamente hacia Valeria que había caído del techo sobre su hombro izquierdo, intentando protegerla.

Anael lo miró fijamente.

—No te lo permitiré —repitió ella. Miró de reojo a Aitor y susurró —. Cerrad los ojos.

La espalda de Gadreel se puso totalmente erguida, puede que la división no comprendiese lo que quería decir con aquellas palabras, pero Gadreel sí lo supo.

Fue a dar un rápido paso hacia ella cuando Anael elevó su mano hacia él y una intensa luz comenzó a inundar toda la estancia, la misma luz que Anael había creado cuando había realizado el exorcismo a Nerea.

—Regna terrae, cantate Deo, psallite cernunnos, regna terrae, cantata Dea psallite Aradia caeli Deus, Deus terrae —gritó ella provocando una fuerte corriente de aire hacia Gadreel que tuvo que cubrirse el rostro con un brazo para evitar que la luz lo cegase y hacer fuerza con sus piernas para no salir despedido—. Humiliter majestati gloriae tuae supplicamus. Ut ab omni infernalium spirituum potestate.

Daniel se echó encima de Valeria para protegerla y cerró con fuerza los ojos, pues la luz comenzaba a ser tan intensa que si los mantenía abiertos lo dejaría ciego. El viento que se estaba originando

en el interior de la sacristía era tan fuerte que todos se obligaron a tirarse sobre el suelo, aunque la mayor fuerza la estaba dirigiendo hacia Gadreel.

Gadreel apretó los dientes y gruñó al ver lo que Anael hacía. Igualmente, no podía rendirse, necesitaba el grimorio como fuese, no podía fallar o sabía cuáles serían las consecuencias.

Reunió todas las fuerzas que pudo y dio un paso hacia delante, acercándose a Anael, aunque empezaba a sentir cómo aquella luz comenzaba a quemarle más de la cuenta.

—Laqueo, and deceptione nequitia, Omnis fallaciae, libera nos, dominates. Exorcizamus te, omnis immundus spiritus. Omnis satanica potestas, omnis incursio infernalis adversarii, omnis legio —continuó gritando Anael hacia él.

Gadreel logró dar otro paso hacia ella con su brazo por delante, protegiéndose y echando el cuerpo hacia delante, pues le costaba en exceso avanzar. Sabía lo que Anael estaba haciendo y que de aquella forma lograría vencerlo, lo único que necesitaba era dar cinco pasos, coger la caja y desaparecer, aunque Anael se lo estaba poniendo demasiado difícil.

Comenzó a sentir cómo su cuerpo ardía y comenzaba a desintegrarse levemente con aquella implacable luz.

El resto de la división permanecía tumbado sobre el suelo, excepto Santiago que se había arrinconado en un rincón y ocultado su rostro entre sus piernas para que la intensa luz no dañase sus ojos.

Gadreel dio otro paso más hacia ella.

—Omnis and congregatio secta diabolica. Ab insidiis diaboli, libera nos, dominates, Ut coven tuam secura tibi libertate servire facias, Te rogamus, audi nos! —continuó Anael dándole más énfasis a sus palabras mientras lo señalaba con su mano.

Gadreel dio otro paso más y consiguió mirar en dirección a ella. La intensa luz que emanaba del cuerpo de Anael solo le permitía ver una silueta de luz blanca.

—Terribilis Deus Sanctuario suo. Cernunnos ipse truderit virtutem plebi Suae, Aradia ipse fortitudinem plebi Suae.

—Anael, ¡basta! —suplicó Gadreel mientras sentía cómo la luz lo desintegraba sin poder dar un paso más.

Anael se detuvo en aquel momento. Sí, estaban en bandos diferentes, pero ellos habían compartido tiempo atrás unos fuertes sentimientos. Sin embargo, ahora ambos luchaban por una causa bien distinta y por mucho que le doliese hacerlo debía proteger a la humanidad costase lo que costase.

—Lo siento, pero es lo que debo hacer —susurró ella mirando hacia la figura medio agachada de Gadreel. No quería llegar a eso, pero era la única opción que tenía—. Benedictus Deus, Gloria Patri,

Benedictus Dea, Matri gloria! —acabó gritando el final del exorcismo.

Pudo ver cómo el cuerpo de Gadreel desaparecía de la estancia. No quería llegar a aquello, en cierto modo odiaba tener que hacerlo, pero no le había quedado otra opción.

Inspiró con fuerza e intentó calmar sus emociones mientras descendía la mano y la luz se iba difuminando hasta que volvió la oscuridad.

Aquella estancia había quedado prácticamente destrozada. La puerta estaba hecha añicos, el altar y las cruces habían caído de las paredes…

Anael tardó unos segundos en recuperar el aliento.

Daniel elevó lentamente su cabeza y miró en dirección a Anael, la cual permanecía aún ante Santiago y parecía pensativa.

Valeria se removió entre sus brazos y entonces reaccionó.

—¿Estás bien? —preguntó ayudándola a incorporarse.

—Sí, estoy… estoy bien —dijo apartándose el cabello de la cara.

Daniel miró al resto de la división que permanecía todavía sobre el suelo, sin reaccionar. Ni siquiera comprendían lo que había ocurrido allí.

Santiago se levantó poco a poco y lo primero que hizo fue coger la caja donde guardaban el grimorio. Se acercó por la espalda a Anael y tragó saliva.

—¿Estás bien?

Anael no se giró, simplemente apretó los labios y asintió lentamente.

Aitor se puso en pie y recogió su arma del suelo colocándola en su cinturón.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Aitor contemplando el perfil de Anael.

Ella finalmente reaccionó y se giró hacia él.

—Un exorcismo —susurró.

Daniel ayudó a Valeria a levantarse.

—Pero en principio los demonios no pueden entrar en una iglesia, ¿no? —preguntó confundido—. Y este se ha paseado por ella como si fuese…

—Gadreel no es un demonio —susurró ella pensativa, pronunciando su nombre ante ellos por primera vez. Los miró. Todos recogían sus armas del suelo mientras prestaban atención a lo que ella decía—. Es un ángel…

—¿Un ángel? —preguntó Daniel—. Pensaba que los ángeles eran todo amor y este casi acaba con nosotros.

—Es un ángel caído —acabó ella, aunque pareció que aquellas palabras le afectaron más de lo que esperaba, ya que hizo un gesto incómodo ocultando su rostro y apretando los labios. Durante unos

segundos se quedó en silencio, hasta que inspiró con fuerza y los miró decidida—. Hay que irse de aquí y poner el grimorio a salvo.

—Ese tal Gadreel… ¿no nos molestará más? —preguntó Aitor.

Ella negó.

—No durante un tiempo. Un exorcismo te deja agotado —susurró mientras salía de la estancia y se dirigía al pasillo.

Daniel enarcó una ceja y miró a Aitor con suspicacia, pues jamás habían visto a Anael hablar de aquella forma, parecía realmente afectada.

—Gracias —comentó Aitor provocando que ella se detuviese—. Gracias por salvarnos y proteger el grimorio.

Anael se giró y esta vez los miró con ternura.

—Esa es mi misión —susurró ella. Miró hacia la puerta por la que se accedía a la ermita donde se encontraba el altar—. Hay algunos vampiros, pero parece que la mayoría se han ido.

—¿Cómo lo hacemos? —preguntó Víctor mientras cogía una daga con cada mano.

Aitor avanzó por el pasillo.

—Meted el grimorio en la mochila y que lo lleve Valeria como antes. La mochila debe de estar en el todoterreno. —Miró a Daniel—. No tenemos vehículo, así que nos va a tocar correr hasta casa… ¿a cuánto estamos?

—Serían unos veinte minutos en coche —respondió Anael desde el principio del pasillo—. A vuestra velocidad podéis estar en cinco minutos… o en menos —acabó encogiéndose de hombros.

Aitor asintió.

—Daniel, encárgate de Valeria. Miguel… —señaló con un movimiento de cabeza al padre Santiago.

Miguel fue hacia él y colocó una mano en su hombro.

—Vamos a dar un paseíto —comentó con su acento andaluz.

—El resto —continuó Aitor sacando de su cinturón una daga con cada mano—, nos encargaremos de los vampiros que puedan molestarnos por el camino. No nos detendremos hasta llegar a casa. Proteged a Daniel y a Valeria, que puedan avanzar sin problemas.

Todos asintieron mientras caminaban por el pasillo y salían a la ermita, situándose ante el altar.

No había puerta, Gadreel la había destruido sin problema. Al menos, todos respiraron tranquilos cuando al acercarse no vieron a ningún vampiro cerca. Sin duda. la potente luz que había proyectado Anael había hecho que los vampiros se alejasen.

—Víctor, ¿puedes recoger la mochila del todoterreno? —preguntó.

En pocos segundos Víctor se encontraba allí con la mochila y ayudando a Valeria a introducir la caja que contenía el grimorio.

—¿Nos esperas en casa? —preguntó Aitor mirando a Anael.

Ella negó.

—Os acompaño —comentó saliendo en primer lugar de la ermita y mirando hacia el cielo, en ese momento unas gotas de lluvia cayeron sobre su frente.

—Bien —dijo Aitor girándose hacia el resto de sus compañeros—. Nos vemos en casa.

Daniel sujetó con fuerza a Valeria por la cintura, situando la mochila donde se encontraba la caja que contenía el grimorio entre los dos pechos.

—Iré muy rápido, cualquier cosa me dices —avisó él.

Ella asintió mientras apoyaba su frente en su hombro.

El resto de la división comenzó a correr y Daniel los siguió sujetando a Valeria entre sus brazos.

25

Gadreel se materializó entre los estrechos pasillos del infierno. Todo su cuerpo ardía como si hubiese estado en medio de una hoguera.

Gimió y miró hacia delante. Al final del estrecho pasillo podía intuir las figuras de varios demonios. Todo su cuerpo sudaba. La debilidad se había instalado en él y prácticamente no podía mover ningún miembro de su cuerpo.

Apretó los dientes e intentó ponerse en pie, pero aún no podía. Jamás le habían realizado un exorcismo, aquella era la primera vez, pero sin duda era la peor experiencia de su vida.

—Anael —susurró cerrando los ojos con fuerza.

¿Cómo había podido hacerle eso? ¿Cómo había realizado un exorcismo contra él?

Tragó saliva e intentó recuperar la fuerza de su cuerpo, pues si lo encontraban allí comenzarían las preguntas y era lo que menos deseaba en esos momentos.

Astaroth le había hecho un encargo y no había sido capaz de realizarlo. ¿Qué iba a decirle? La división poseía el grimorio del rey Salomón y sin él ellos jamás lograrían hacerse con el conjuro que permitiría abrir las puertas del infierno. Ni vampiros ni demonios lo habían conseguido, él tampoco.

Hubiese podido lograrlo sin problemas si no fuese por Anael. Pese a lo que le había hecho no se sintió enfadado, sino dolido. Sí, estaban en bandos diferentes de nuevo, pero eso no le daba el derecho a realizar un exorcismo contra él, ni siquiera a él se le había pasado por la cabeza semejante idea.

Tragó saliva e intentó ponerse de rodillas, pero la debilidad era tal que no pudo ni levantarse. ¿Qué iba a hacer? Sabía que tardaría varios días en recuperarse de lo que Anael le había hecho. Él era fuerte, pero

los exorcismos debilitaban en exceso y él no era inmune a eso. Con suerte, en unos minutos podría recuperar algo de fuerzas y dirigirse a sus aposentos. Descansaría y, cuando recuperase fuerzas, volvería a por el grimorio. Sabía que Astaroth no se andaba con tonterías cuando se trataba de recuperar el grimorio.

Se arrastró sobre el frío suelo negro mientras sentía las gotas de sudor resbalar por su mejilla y, finalmente, consiguió sentarse con mucho esfuerzo y apoyarse contra la pared de piedra de aquella alta montaña.

El ambiente era muy caluroso, sin embargo, en aquel momento un sudor frío y un escalofrío lo recorrió de la cabeza a los pies.

Apretó los labios e intentó aparentar normalidad al escuchar unos pasos acercarse. Sintió todo su cuerpo temblar cuando esa persona se detuvo a su lado. Supo de quién se trataba de inmediato. Inspiró aire intentando llenarse de valentía para enfrentarlo.

Astaroth se había situado a su lado y lo miraba con el mentón alzado y una mezcla de furia e impaciencia en su mirada. Gadreel ni siquiera se atrevió a mirarlo.

—Eres patético —le escupió Astaroth.

Gadreel alzó levemente su mirada hacia él. Por mucho respeto que le tuviese, incluso miedo, él tenía su orgullo. Se había jugado el cuello por él, había hecho todo lo que le había ordenado hasta el punto de haber arriesgado su propia vida… ¿y para qué?

Astaroth lo miraba fijamente.

—¿Te has dejado doblegar por una panda de humanos? —preguntó con ironía.

Gadreel no dijo nada. No le gustaba el tono que estaba empleando. Hubiese sido muy fácil explicarle que el motivo por el que se encontraba allí y por el que estaba tan agotado era porque había sido víctima de un exorcismo por parte de Anael, un ángel que aún conservaba su luz, pero prefirió callarse, sabía que si la mencionaba lo próximo que haría sería ir a por ella. Tampoco deseaba eso. Estaban en bandos diferentes, pero durante milenios ambos habían permanecido unidos. Una cosa era querer escapar de allí, pensar que el castigo de su padre había sido desproporcionado, que Anael le había traicionado, pero otra cosa muy distinta era revelarle que Anael se encontraba junto a la división, ayudándoles, sabía que aquello desataría más la ira de Astaroth y, sinceramente, no quería enfrentarse a eso tampoco.

—Volveré a por el grimorio en cuanto…

—¿En cuánto qué? —espetó Astaroth golpeándole con el pie en la pierna.

Gadreel tuvo que contenerse de decirle algo respecto a ese gesto.

Sí, él era el primero que quería ser libre, quería volver a la Ciudad

Celeste en el Reino de los Cielos, pero los métodos de Astaroth eran demasiado crueles, incluso para un ángel caído. No le importaba las muertes que pudiese ocasionar, no le importaban nada todos aquellos demonios y ángeles caídos que se encontraban allí, precisamente, por seguir a la tríada maligna en un pasado muy lejano. No, no sentía remordimientos, solo ira hacia su padre y un deseo tan grande de venganza que si fuese necesario acabar con todos los demonios y ángeles caídos del infierno para conseguirla lo haría.

Ni siquiera un gesto de preocupación, unas palabras de ánimo o consuelo, ni siquiera le importaba cómo se encontraba o qué había ocurrido, lo único que le interesaba era el dichoso grimorio, costase lo que costase.

—Ya me encargaré yo, como siempre —susurró Astaroth pasando por encima de él sin mirarlo.

Gadreel se giró para observar a Astaroth alejarse sin decir nada más.

Los últimos eones habían sido horribles, ¿quién iba a pensar que realmente su padre iba a castigarlos para toda la eternidad? Con el paso de los milenios la ira por el castigo había ido desapareciendo y la resignación y el pesar se habían apoderado de él.

Por suerte, aún podía visitar la Tierra de vez en cuando y huir de aquel lugar. Habían sido desterrados del cielo, de su hogar… y eso ya era suficiente castigo.

Sin embargo, el castigo de la tríada maligna era aún peor, pues ellos jamás podrían escapar del infierno, ni siquiera se les permitía que, como a los otros ángeles caídos, una vez cada quinientos años pudiesen visitar la Tierra durante un año.

Al principio había sido un castigo aún peor que el ejecutado para la tríada, ya que, aunque podía disfrutar del mundo durante un año, el hecho de regresar y saber que no volvería a pisar ese mundo durante tanto tiempo lo hacía insoportable, pues debía superar ese dolor una y otra vez. Ahora, aquel año donde podía disfrutar del mundo se había convertido en un bote salvavidas para él y, tras liberar a Astaroth, lo único que hacía era preguntarse si realmente era lo correcto.

Cierto que el castigo había sido desproporcionado, pero ¿qué culpa tenía la humanidad? Cada vez se convencía más de ello, sobre todo tras ver el comportamiento egocéntrico de Astaroth.

Inspiró y cerró los ojos intentando calmarse, al menos no había acabado con su vida, lo cual ya era todo un logro.

En cuanto recuperase las suficientes fuerzas como para ponerse en pie se dirigiría a su propia estancia y descansaría para recuperarse del exorcismo.

Cerró los ojos y suspiró, ¿cómo había podido llegar a esto?

Aitor fue el último en entrar cerrando la puerta de la vivienda con un portazo.

Se giró y miró a todos los miembros de la división. Miguel soltaba al padre Santiago con cuidado y Daniel hacía lo mismo con Valeria.

Todos estaban a salvo, los vampiros no los habían molestado por el camino hasta la vivienda, seguramente atemorizados por el poder de Anael, además, sabían que en el interior de su casa estaban seguros. Allí no podrían entrar.

—Vamos —susurró Anael caminando por el pasillo rumbo a las escaleras que la llevarían al subterráneo donde disponían del garaje y de la habitación que la misma Anael había diseñado para conjurar demonios, ahora reconvertida en una habitación sumamente protegida donde esconder el grimorio.

Bajaron las escaleras a toda prisa. Cuando antes escondiesen el grimorio mejor.

Valeria siguió con la mochila entre sus brazos al lado de Daniel.

Bajaron al garaje y fueron directamente a la puerta que había al lado.

Nada más abrir la puerta el olor a incienso la mareó un poco. Entraron observando a su alrededor, la habitación estaba cambiada.

Anael había forrado todo el suelo y las paredes con sábanas blancas sobre las cuales había dibujadas diferentes runas y sellos de protección que harían que el poder que desprendía el grimorio pudiese pasar desapercibido. En el centro había una mesa con varias velas encendidas que daban claridad a la estancia y en el suelo, sobre la sábana blanca y rodeando la mesa, una gran estrella de David.

Anael fue hacia Valeria y situó una mano en su hombro.

—Aquí —señaló hacia la mesa de madera.

Valeria fue hasta la mesa junto a ella y depositó la mochila sobre ella. La abrió y le mostró la caja a Anael. La extrajo y la situó ante Anael como si le diese el honor de abrirla.

Anael le sonrió, pero negó.

—Es un libro de magia, no puedo tocarlo —le explicó.

Valeria asintió sin pedir más explicaciones y abrió la caja ella misma.

El resto de la división se acercó para observar.

Valeria se quedó petrificada al observarlo. Cuando habían realizado el hechizo de invisibilidad la noche anterior no había apreciado la belleza que aquel grimorio destilaba.

Sabiduría y magia ancestral que habían perdurado hasta nuestros días, uno de los libros más especiales que jamás se había escrito, redactado por el propio arcángel Miguel para combatir a los demonios y a todos los males de este mundo, pero que contenía una magia en parte oscura.

Anael fue hacia otra de las mesas y cogió un atril dorado y una cúpula bastante parecida a la que protegía al grimorio en el Palacio de Ishak Pachá, una cúpula de cristal con símbolos mágicos labrados en plata tales como la estrella de David incrustados en ella.

—Ponlo sobre el atril —le pidió Anael.

El resto de la división se situó a su espalda para observar. Valeria lo cogió con sumo cuidado y delicadeza situándolo sobre este.

El grimorio tenía un tono amarillento en las hojas de papiro y la cubierta era de cuero, con una estrella de David dibujada en un cuero más oscuro, como si la hubiesen quemado sobre él. Se notaba que era un libro muy antiguo, pero tampoco podrían decir que tenía milenios, realmente se había conservado muy bien, en parte, suponía que eso debía de agradecérselo al Vaticano que lo había guardado durante siglos y a su orden, la Aurora Dorada.

Hasta sus tiempos había llegado un libro cuyo poder era capaz de cambiar el curso de la humanidad.

Valeria se giró y miró a Daniel que se encontraba a su lado, observando también petrificado el libro, conscientes todos del gran tesoro que tenían ante ellos.

Valeria apretó los labios y miró a Anael.

—¿Puedo abrirlo? —preguntó con timidez.

—Claro —respondió Anael.

Valeria abrió con sumo cuidado el grimorio mientras todos miraban con expectación.

Las páginas estaban hechas a base de pergamino, más grueso que una hoja normal, su color amarillento en las esquinas daba a entender lo antiguo que era mientras que por el centro de la página el color era más suave.

Tragó saliva al fijarse en los símbolos que había. Lo miró atentamente. No comprendía nada.

Pasó a la siguiente página donde había también decenas de símbolos más pequeños, incapaz de comprender su significado. Había estudiado desde pequeña la magia, los sellos, las runas…, pero los que aparecían en el grimorio del rey Salomón jamás los había visto.

Miró a su lado, Daniel observaba el manuscrito con la misma expectación y sorpresa que ella.

—¿Conoces este idioma? —le preguntó Daniel a Valeria.

Ella negó lentamente volviendo su mirada a los símbolos del manuscrito.

—No lo entiendo. —Se giró hacia Anael, desesperada.

Anael asintió como si ya supiese que no iban a comprenderlo.

—Se trata de la lengua acadia, actualmente extinta. Se hablaba en la antigua Mesopotamia, principalmente hablada por asirios y babilonios durante el segundo milenio antes de Cristo. Es… —

continuó ella dando un paso hacia delante—, escritura cuneiforme derivada del sumerio.

Víctor se giró hacia Anael.

—¿Lo entiendes? ¿Puedes leerlo? —Anael asintió—. Menos mal… —susurró este.

—Pero no puedo acercarme al grimorio —recordó ella.

—Podemos poner un proyector —propuso rápidamente Aitor—, y reflejar los pergaminos en la sábana blanca.

Anael sonrió aceptando su sugerencia, de aquella forma no tendría que acercarse al grimorio y podría traducirles el libro poco a poco, pues era bastante extenso.

—Creo que tenemos un proyector en… —continuó Marcos.

—No —interrumpió Anael—, habéis hecho un buen trabajo, pero ahora debéis descansar. —Aquella afirmación los dejó a todos sorprendidos—. Mañana comenzaremos con la traducción del libro. —Se quedó unos segundos callada mientras apretaba los labios—. Además, no es nuestro único problema. Recordad lo que os expliqué… —Todos enarcaron una ceja—, para realizar correctamente el conjuro necesitamos también el anillo del rey Salomón, el verdadero.

Daniel frunció el ceño.

—¿No nos explicaste que se encontraba en el infierno?

Anael inspiró con fuerza y asintió.

—Así es.

Víctor dio un paso adelante.

—¿Y cómo se supone que vamos a recuperarlo?

Anael se mojó los labios y asintió pensativa.

—Yo no puedo descender a los infiernos —se lamentó—, pero vosotros sí.

Todos la miraron sorprendidos.

—Que yo sepa… —intervino Daniel de nuevo—, para que un humano pueda descender a los infiernos debe haber sido bastante malote y morir —acabó la frase, preocupado.

Anael se quedó observándolos y, durante unos segundos, guardó silencio.

—Necesitáis un viajero.

—¿Un viajero? —preguntó Víctor.

—Hay gente que tiene determinados dones. Un viajero puede desplazarse entre diferentes planos de la realidad.

Aitor asintió.

—De acuerdo, y… ¿dónde encontramos a uno?

—Yo conozco a… una —indicó Anael.

—¿A una? —preguntó Daniel de nuevo.

Anael asintió.

—Sí, Katherine Fernández —respondió ella, aunque se encogió de

hombros—. Supongo que podrá ayudarnos.

—De acuerdo, pues…. —comentó Aitor—, vayamos a buscarla, ¿dónde vive?

Anael sonrió un poco tímida.

—Bastante lejos, la verdad. —Chasqueó la lengua—. Lo mejor será que descanséis esta noche y mañana nos ponemos a ello. Hay que traducir el libro, aprender los conjuros y dar con ella. Supongo que seguirá viviendo donde siempre.

—¿Dónde? —insistió esta vez Víctor.

—En Puerto Natales.

Víctor enarcó una ceja.

—¿Y dónde está eso?

—En Chile —respondió Anael encogiéndose de hombros de nuevo.

Víctor, Aitor y Daniel se llevaron la mano a la cara y resoplaron.

—Nos va a tocar coger otro avión —comentó Víctor y miró a Valeria—. ¿Crees que la Aurora Dorada podrá prestarnos…?

—Claro, no habrá problema —interrumpió Valeria rápidamente.

—De acuerdo —dijo Anael—, pues descansad y recuperad fuerzas. Mañana nos ponemos a ello. El grimorio estará bien aquí, no os preocupéis.

Dicho esto, desapareció.

Todos se miraron entre ellos y luego contemplaron el grimorio.

Daniel se acercó de nuevo a este y resopló.

—Lo cierto es que no se entiende nada de lo que pone…

Víctor se encogió de hombros.

—Ese grimorio tiene miles de años, ¿esperabas que estuviese en castellano actual?

Daniel se encogió de hombros e hizo un gesto gracioso.

—Por pedir…

Aitor dio una palmada y los miró a todos.

—Hagamos lo que nos ha dicho Anael, descansemos y mañana será otro día.

—Yo me muero de hambre —admitió Lucas dirigiéndose a la puerta.

—Yo también —le siguió Víctor hacia la puerta—. ¿Cocinas algo?

—¿Cocinar ahora? Ni hablar —dijo Marcos girándose hacia el resto de la división—. ¿Pedimos unas pizzas? Yo voy a cenar y me voy al catre.

Aitor asintió mientras se dirigía a la puerta.

—Me parece bien, ya llamo yo —dijo buscando el teléfono en la mochila. Los contempló a todos y luego miró a Daniel y a Valeria que permanecían juntos—. Mmm… podemos darnos una ducha mientras las traen. —Miró directamente a Valeria—. Supongo que vosotros dos no tendréis problema en compartir la…

—Ninguno —contestó Daniel cogiendo de la mano a Valeria—. Se queda conmigo.

Valeria se removió con timidez, pero asintió.

—De acuerdo —dijo Aitor—. Voy a avisar a Nerea de que ya hemos vuelto, seguramente querrá venir para conocerte.

—Yo voy a buscar a Elena —intervino Miguel rápidamente desapareciendo de la habitación.

Daniel se giró hacia Valeria.

—Nerea es la novia de Aitor y Elena la de Miguel, te llevarás muy bien con ellas, ya verás —comentó.

Valeria asintió agradecida por ello.

—Bien —comentó Aitor—, nos vemos en quince minutos en el comedor.

Víctor pasó al lado de Valeria y Daniel.

—¿Tendréis suficiente tiempo? —ironizó mientras se dirigía a la puerta para subir a la primera planta.

Daniel puso los ojos en blanco y miró de reojo a Valeria.

—Ni caso —indicó—, son así de bromistas.

—¿No me digas? —ironizó ella también—. No lo había notado durante todos estos días.

Daniel sonrió divertido y cogió más fuerte su mano.

—Vamos, te enseñaré mi habitación —dijo dirigiéndose junto a ella a las escaleras.

—Ya la he visto, ¿recuerdas? —comentó Valeria mientras subía los escalones.

—Pero no mi cama… es muy, muy, muy cómoda… —acabó con un tono bastante grave.

El soplido que emitió Víctor tras ellos les hizo desviar la mirada hacia él.

—Menos mal que las habitaciones están insonorizadas —bromeó este pasando a su lado.

Daniel negó y se giró hacia Valeria que lo miraba divertida. Sí, estaba claro que Valeria comprendía perfectamente el humor de todos y, en particular, la insinuación de Víctor.

—¿Duermes al lado? —le preguntó ella.

Víctor se giró y asintió.

—Sí, pared con pared.

Ella le hizo un gesto gracioso con la lengua.

—Pues sí, tienes suerte de que estén insonorizadas —pronunció ella encogiéndose de hombros.

—¡Ja, ja, jaaa! —rio Daniel al ver cómo Víctor enarcaba una ceja al escuchar la respuesta de Valeria.

—Desde luego, estáis hechos el uno para el otro —comentó él divertido mientras se dirigía a la habitación.

Valeria se giró con una sonrisa hacia Daniel, el cual la observaba divertido y le plantó directamente un beso apasionado que la dejó descolocada. Parecía que aquella respuesta le había divertido de verdad.

—Vamos… —dijo frente a ella con una mirada totalmente apasionada—, primero te voy a enseñar la ducha…

Valeria asintió con un gesto rápido de su cabeza, indicando desesperación.

—Necesito una ducha, urgentemente.

Él le guiñó el ojo y abrió la puerta de su habitación.

—Usted primera —la invitó indicándole que entrase, aunque mientras él la seguía cerraba la puerta con el pie—. A la duchaaa… —canturreó mientras se bajaba la cremallera del uniforme.

Valeria rio al verlo. Daniel se movió rápidamente hacia ella, apareciendo enfrente, lo que provocó que brincase.

—Mecachis —se quejó ella—, no hagas eso.

Daniel sonrió ante el gesto de ella y descendió de nuevo hacia sus labios. Llevó sus manos hasta la camiseta de ella y la subió sacándosela por los brazos. Valeria se abrazó a él con fuerza.

¿Quién iba a imaginar que aquella mujer que había conocido el día que habían liberado a Astaroth y contra la que había luchado iba a acabar entre sus brazos de aquella forma?

La vida estaba llena de sorpresas, y estaba seguro de que muchas más les aguardaban.

Lo poco que les había explicado Anael sobre lo que debían hacer era peligroso, pero ahora se sentía con más fuerzas que nunca, pues tenía a alguien por quién luchar a su lado, y lo harían, los dos juntos.

Un cazador, una hechicera con un gran poder aún por explorar.

Estaba seguro de que les esperaban muchos peligros, pero juntos podrían con todo.

FIN

AGRADECIMIENTOS

No quiero dejar pasar esta ocasión para agradecer, como siempre, a las personas que me han ayudado durante la escritura de esta novela.

A mis lectoras cero, de todo corazón, muchas gracias a las tres por estar siempre ahí y por ayudarme tanto.

A mi pareja, Raúl Diaz-Peñalver, por sugerirme ideas y siempre estar dispuesto a concederme un rato para escribir, así como ayudarme tanto siempre. Muchas gracias por estar siempre ahí.

A Marien Fernández, de nuevo, miles de gracias por esa portada tan bonita y por las maquetaciones que haces. Es un placer trabajar contigo.

Y, por último y no menos importante, millones de gracias a tod@s l@s lector@s que, de una forma u otra, me han animado a escribir esta serie y que siempre confían en mis novelas para evadirse de lo cotidiano y pasar un rato entretenido.

[1] Se suele utilizar como la forma abreviada de la frase Shalom aleijem, literalmente «la paz sea con vosotros». Se puede también traducir como "hola".

[2] Exorcismo en latín: Que la santa cruz me ilumine, que el dragón no me domine, apártate Satanás. Vuelve a tu lugar.